

COLECCIÓN UNIVERSAL

N.º 226 a 228

MASSIMO D'AZEGLIO

# Héctor Fieramosca

NOVELA

TOMO I - II



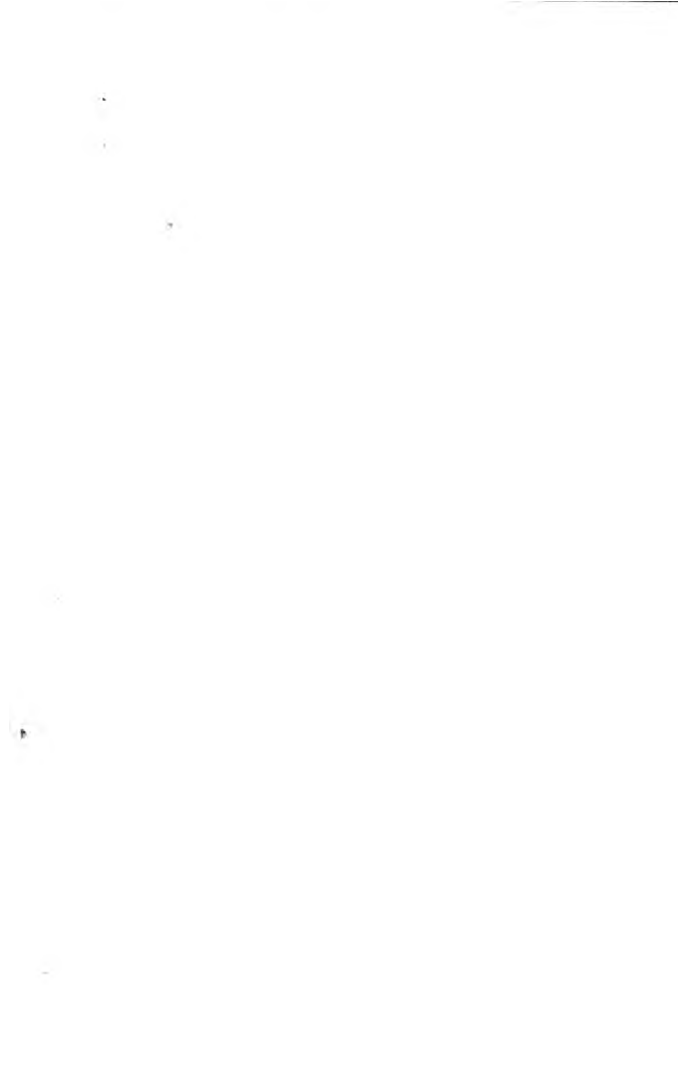
Precio: 1,50 pesetas.

MADRID, 1920

**Library**  
of the  
**University of Wisconsin**

FROM THE LIBRARY OF  
**ANTONIO GARCIA SOLALINDE**  
1893-1937  
PROFESSOR OF SPANISH  
1924-1937







**COLECCION UNIVERSAL**

---

Massimo d'Azeglio

---

**HECTOR FIERAMOSCA**

TOMO I

MCMXX

---

**ES PROPIEDAD**  
**Copyright by Calpe, 1920.**

---



COLECCION UNIVERSAL

MASSIMO D'AZEGLIO

# Héctor Fieramosca

NOVELA

TOMO I

La traducción del italiano ha sido  
hecha por J. I. de Alberti.



MADRID, 1920



~~495045~~  
495045

APR 15 1941

G. SOLALINDE

X36Y

*Massimo Taparelli, marqués d'Azeglio, uno de los hombres más eminentes de Italia en el siglo XIX, estadista, escritor, artista, nació en Turín el 24 de octubre de 1798 y murió en Milán el 15 de enero de 1866. Descendía de antigua y noble familia bretona, que emigró primero al Delfinado y más tarde al Piamonte, y de la cual habían salido ya varios personajes notables. A la edad de quince años fué Massimo a Roma, acompañando a su padre, que había sido nombrado embajador de Cerdeña cerca del Gobierno pontificio. Más tarde volvió a la Ciudad Eterna, donde permaneció ocho años, dedicado enteramente a la pintura. Habiendo muerto su padre, César, el 29 de noviembre de 1830, Massimo, que hacía un año había vuelto a Turín, dejó a su hermano Roberto en la casa paterna y se trasladó a Milán. Allí trabó amistad con Alejandro Manzoni y se casó con su hija. Entonces, bajo la dirección del insigne autor de LOS NOVIOS, se dedicó Massimo enteramente a la literatura, y publicó dos novelas: HECTOR FIERAMOSCA y Nicolás de Lapi, de las cuales, la primera sobre todo, dada a luz en 1833, fué un gran éxito. Acerca de estas dos obras, la crítica serena e imparcial ha aceptado el juicio que el propio autor expresó sobre una de ellas diciendo: "Creo,*

dejando aparte toda molestia, que FIERAMOSCA tiene un valor real."

Había escrito ya los primeros capítulos de otra novela titulada *La Liga Lombarda*, cuando, de pronto, la abandonó, se despidió bruscamente de la literatura y se consagró a la política, haciéndose propagandista de las ideas liberales y recorriendo Italia con sus amigos Balbo y Gioberti. En 1846, poco antes de la muerte de Gregorio XVI, salió a luz su libro *Los últimos acontecimientos de Romaña*, que era al mismo tiempo sátira del Gobierno pontificio, excitación a los príncipes italianos a la concordia y refutación del espíritu sectario de los mazzinianos. En el primer período del pontificado de Pío IX, D'Azeglio volvió a Roma, tomó parte activa en el movimiento liberal que se iniciaba, y aun parece influyó bastante en el ánimo del Papa para que éste se decidiera a implantar algunas reformas. En la guerra de 1848, peleando a las órdenes del general Durando, cayó herido gravemente en Vicenza. Restablecido de sus heridas, fué elegido diputado de la primera Cámara piemontesa, y después del desastre de Novara—23 de marzo de 1849—fué llamado a la presidencia del Consejo de ministros el 11 de mayo de 1849. En medio del movimiento reaccionario de esa época, consiguió mantener las reformas liberales y mejorar notablemente la situación económica del país, hasta que, el 20 de octubre de 1852, cedió su elevado puesto al conde de Cavour. A partir de esta fecha, D'Azeglio fué, suce-



*sivamente, ministro plenipotenciario en las Romañas el año 1859, senador del reino y gobernador de la provincia de Milán.*

*Además de los escritos citados, publicó otros varios, de polémica la mayor parte, y le sorprendió la muerte cuando estaba escribiendo la obra Mis recuerdos, publicada después de su muerte por su hija Alejandrina (1).*

---

(1) Publicada en la Colección Universal, números 98, 99, 100, 101, 102, 103, 123, 124 y 125.

---



# HÉCTOR FIERAMOSCA

---

T O M O I

## CAPÍTULO PRIMERO

Al caer la tarde en un hermoso día de abril del año de 1503, la campana de Santo Domingo, en Barletta, daba el último toque de oraciones. En la plaza, situada en la costa, de cara al mar—punto de reunión de los tranquilos habitantes, que en éste, como en todos los lugarejos meridionales, suelen reunirse a descansar de las faenas del día platicando al raso—, varios grupos de soldados españoles e italianos, los unos discurriendo, los otros firmes o sentados, algunos recostados en las barcas varadas en la arena, y de las que estaba plagada la orilla, charlaban con ese continente de presunción característico en la soldadesca de todas las edades y de todos los pueblos, que parece decir: “El mundo es nuestro.” Como respuesta a tal jactancia, y dando tácita aprobación con ello, los habitantes del lugar, cedido lo mejor del campo, se mantenían aparte. El que,

queriendo reproducirse este cuadro, se lo representara por una reunión de soldados de nuestro tiempo, sometidos a la tiránica uniformidad, se hallaría muy lejos de alcanzar una visión justa. El ejército de Gonzalo, la infantería especialmente, aun siendo la más bien equipada y la mejor de la cristiandad, desconocía, más que cualquier otra milicia del siglo XVI, la horrible disciplina moderna, que ha conseguido asimilar, de pie a cabeza, a todos los soldados del mundo. En aquellos tiempos, el hombre que seguía el oficio de las armas, a pie o a caballo, podía vestirse, armarse y adornarse como más le agradaba. De aquí la variedad admirable de aquella multitud; la diversidad de formas, de adornos, de colores y de composturas, a través de las cuales fácilmente podía reconocerse la nación a que pertenecía cada uno. Los españoles, graves y sosegados en su altivez, permanecían envueltos, o, como dicen ellos, embozados en sus capas, por bajo de las cuales asomaban las largas y sutiles hojas de Toledo; los italianos, locuaces y expresivos, vistiendo jubón o colete y con la daga pistoresa prendida muy atrás.

Al sonar la campana cesó el murmullo, y destocándose la mayor parte, las cabezas quedaron descubiertas; porque en aquel tiempo, también los soldados creían en Dios, y, en ocasiones, le rezaban. Tras de un breve silencio, vueltos a calar los chapeos, se prosiguió la charla; y aunque aquella turba, en conjunto y a primera vista, tu-



viese un aspecto de alegría y de vivacidad, no era difícil advertir en ella, observando los diversos grupos, un motivo general de tristeza y de desaliento, hacia el cual se dirigían las ideas y las palabras de todos. Y en verdad que el motivo era poderoso: el hambre se dejaba sentir entre las tropas y también entre los habitantes de Barletta, donde el Gran Capitán, aguardando los tardíos socorros de España, había encerrado su ejército, muy inferior al de los franceses, para no arriesgar en la aventura de una jornada los fines de toda una campaña.

Tres lados de la plaza los formaban algunas casuchas de pobres marineros y pescadores, la iglesia y hostería; el cuarto, abierto al mar, se hallaba, como es costumbre, obstruído, embarazado por las embarcaciones, redes y demás aparejos de pesca.

En la última línea del horizonte, como surgiendo del fondo de las aguas, se veía la masa negra del monte Gargano, iluminada en su cima por un postrer reflejo del crepúsculo.

En el espacio intermedio, entre las estribaciones del monte y la costa, navegaba trabajosamente una pequeña embarcación. Chuceaba aprovechando las intermitentes ráfagas de aquel golfo, que rizaban de acá o de allá la superficie de las aguas. La distancia que aun separaba a la embarcación, y la dudosa luz del ocaso, no permitían distinguir desde la costa cuál fuera su bandera. Un español que, junto con otros vetera-

nos, se hallaba próximo a la orilla, arqueadas las cejas y retorciendo los grandes bigotes, más grises que negros, no quitaba ojo de la nave.

—¿Qué miras así, como una estatua y sin que te dignes atender a lo que se te dice?

Este apóstrofe de un soldado napolitano, que no habiendo obtenido respuesta a una primera pregunta lo tomaba a mal, no mudó ni en un punto la imperturbabilidad del español. Al fin, con un suspiro que más bien parecía salir de un fuelle que del pecho de un hombre, dijo:

—*¡Voto a Dios, que nuestra señora* (1) *de Gaeta, que da buen rumbo a tantos como la ruegan en el mar, podría traernos ese barco a los que se lo pedimos en tierra y que no tenemos donde hincar el diente más que en la culata del arcabuz! ¡Quién sabe si no trae a bordo trigo y provisiones para esos descomulgados franceses que nos tienen prisioneros en esta jaula para hacernos morir de hambre!... ¡Y mala Pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si a su gracia el señor Gonzalo Hernández, cuando ha comido bien y cenado mejor, se le importa de nosotros más que de la suela de sus zapatos!*

—¿Qué puede hacer Gonzalo?—replicó con desdén el de Nápoles, satisfecho de contradecirle—. *¿Deberá convertirse en pan para que se lo trague una bestia como tú? Cuando lo tenga, lo dará. ¡Quién devoró las naves que, por desgra-*

(1) Así es el original.

cia nuestra, vararon en las playas de Monfredonia? ¿Fué Gonzalo, o vosotros?

El español, algo alterado el semblante, iba ya a responder cuando le cortó la palabra otro del grupo, que, dándole palmadas en la espalda, moviendo la cabeza y bajando la voz como para poner más intención en sus palabras, le dijo:

—Acuérdate, Nuño, de que la punta de tu pica estaba a tres dedos del pecho de Gonzalo el día que en Tarento, para reclamar el pago de la soldada, se hizo aquel juego tan extraño, aquella chanza... Si alguna vez he creído que tu negro pescuezo debía hacer amistad con el cáñamo, fué entonces... ¿Te acuerdas de aquel vocerío, que hubiera espantado a un león? Sin embargo... ¿Se mueve allí la torre del castillo?—y señalaba al torreón mayor de la fortaleza, que asomaba por encima de las casas—, pues lo mismo se movió Gonzalo. Impávido, me parece estar viéndolo, apartó con su mano velluda la pica y te dijo: “Mira que sin querer no me hieras...”

Al llegar a este punto, el sombrío rostro del viejo soldado se hizo doblemente sombrío; y para terminar un diálogo que le agradaba poco, interrumpió diciendo:

—¿Qué me importa a mí de Tarento, de la pica ni de Gonzalo?

—¿Qué te importa?—replicó el primero sonriendo—. Si quieres andar a buenas con Ruy Pérez y conservar intacto el camino del pan, para cuando Dios fuere servido de enviárnoslo, no ha-

bles tan alto que Gonzalo te oiga y se acuerde de Tarento... Media palabra es poco, y una, demasiado—dicen los italianos—; y hombre prevenido, hombre salvado.

Nuño respondió con un despropósito, en el cual su conciencia no parecía tomar parte. A pesar suyo, la advertencia que acababan de hacerle le ponía en cuidado; lanzó una mirada hosca a su alrededor, ansiando descubrir si la idea de denunciar sus poco mesuradas palabras había prendido en la mente de algunos; pero, afortunadamente, la indagación fué tranquilizadora.

Entre tanto, la plaza había quedado casi desierta. Sonó la hora de queda en el castillo, y los de este grupo imitaron a los otros, que ya dispersos se habían perdido por las estrechas y obscuras calles de la ciudad.

—Diego García regresará esta noche—decía caminando Ruy Pérez—. Las buenas lanzas de su tercio habrán hecho caza en la campiña, y acaso tengamos mañana mejor comida que cena hoy.

Las ideas suscitadas por una tal esperanza truncaron la conversación, y cada uno tornó silenciosamente a su albergue.

El barco, que en un principio parecía continuar su ruta, poco a poco se había ido acercando a la costa. Echó al agua una lancha, a la cual saltaron dos hombres, y rápidamente bogaron hacia la playa.

Apenas la barca se apartó del costado, la nave, cargando velas, se alejó, perdiéndose de vista. La



lancha abordó en la parte más oscura de la playa, y los que bogaban saltaron a tierra. El primero de estos extranjeros, persuadido de que en aquel sitio no había nadie, se detuvo para esperar a su compañero, que había quedado atrás recogiendo una valija y algunos otros envoltorios. Hecho esto, condujo la barca a la punta de un pequeño muelle, desembarcadero de flotas mayores, y vino a reunirse con el otro que, por lo que demostraba su presencia y cierto aire de superioridad, no parecía de condición igual a la suya, y que le dijo como conclusión del diálogo mantenido en el trayecto:

—Y ahora, Miguel, ya es tiempo de andar con prudencia. Sabes quien soy, y no te digo más.

Miguel entendió bien todo el significado de aquellas escasas palabras; asintió con un movimiento de cabeza, y ambos se dirigieron a la hostería.

Delante de la puerta principal, seis delgadas pilastras de ladrillo rojo sostenían un emparrado, bajo el cual estaban dispuestas varias mesas para el servicio de la parroquia. El huésped—cuyo nombre era Baccio da Rieti, pero al cual la sospecha del vecindario había confirmado con el nombre de “Veneno”, por el que todos le llamaban—había hecho pintar entre dos ventanas un gran sol rojo, al que el artista, siguiendo nociones astronómicas conservadas aún, había atribuído ojos, nariz y boca, circundándola de unos rayos dorados a modo de cola de golondrina que por el día se divisaban a una milla de distancia. El interior de

la casa estaba dividido en dos pisos: en la planta, una cuadra que servía de cocina y de comedor; por una escalera de madera se ascendía al otro piso, donde habitaba el huésped y su familia y donde se acogían los desdichados a quienes las circunstancias obligaban a pasar allí la noche.

En aquel tiempo era costumbre general en Italia cenar a las veintitrés (1); por lo tanto, a la hora de nuestro relato no se hallaban en la hostería, sentados a la puerta tomando el fresco, más que algudos soldados y jefes de escuadra de la compañía del señor Próspero Colonna, que en esta campaña seguían la suerte de las tropas españolas: jóvenes y aguerridos todos ellos, tenían costumbre de reunirse allí con otros valientes del ejército. El huésped, que sabía su oficio, cuidaba mucho de que no les faltara ni naipes ni vino. Siendo hombre alegre y lleno de astucia, tenía para cada uno su frase, y de este modo, entreteniéndolos, a todos les sacaba el dinero.

La charla, las risas y el bullicio llegaban a las nubes, y justamente se hallaba "Veneno" de pie en el tranco de la puerta, el mandil terciado y haciéndose aire con el gorro, cuando asomaron los dos forasteros, que, por no parecerlo, caminaban despacio, deteniéndose a trechos y dialogando íntimamente. Cuando se hallaron delante de la puerta y el resplandor del hogar iluminó sus figuras, se los vió ataviados ni más ni menos que como

---

(1) Así es el original.

otro cualquiera de los allí reunidos. Poca atención puso en ellos la tropa cuando pasaron adentro; solamente uno, que se hallaba sentado algo distante, y que por estar en la sombra había podido reparar mejor en los recién llegados, no pudo contener un ¡oh! de sorpresa, exclamando al tiempo que se incorporaba: “¡El duque...!” El tono con que fué pronunciada esta palabra daba a entender claramente que debía ir seguida de un nombre; pero una rapidísima mirada del que entraba bastó para ahogar aquel nombre en la garganta del soldado. Ninguno reparó en su extrañeza, y sólo un compañero que estaba a su lado le dijo:

—¡Boscherino! ¿Con qué duque sueñas ahora? Sin embargo, no te he visto beber en todo el día. ¿Te parece que es éste lugar para duques?

Sin entrar en explicaciones, y pareciéndole mentira el no encontrar apoyo y ser tenido por loco o por borracho, Boscherino disimuló hábilmente la respuesta, tornando de nuevo a la interrumpida charla.

“Veneno” había seguido a los recién llegados al interior de la hostería; con su redonda y untuosa persona, su cara color de aceituna, barbuda y maliciosa, en la cual se descubría una mezcla de truhán y de asesino, sin gran ceremonia y llevándose la mano al gorro que se había puesto, dijo:

—¡Manden los señores!

De los dos, el que ya sabemos llamarse Miguel, adelantándose, dijo:

—Quisiéramos cenar.

El hostelero, haciendo contorsiones y con un tono de aflicción que se esforzaba en hacer sincero, exclamó:

—¡Cenar!... Querréis decir, a lo más, tomar un bocado... ¡Dios sabe a lo que ha quedado reducida esta casa con el asedio! Antes, un pan valía un cortonés, y ahora vale medio florín; a eso lo pago yo en el horno. De todos modos, por señores como lo parecen sus mercedes, intentaré algún medio... me ingeniaré.

Y con este preámbulo, destinado según costumbre de hosteleros, a hacer pagar diez por lo que vale dos, abrió un armario, y sacando de él una cazuela, la puso en el fogón. Con ayuda del aire hecho con el mandil, que levantaba la ceniza, estuvo pronto recalentado un guiso de carnero que, según el huésped, era la única vianda que a aquellas horas había en todo Barletta, y que debía servir de cena a un caporal que, de un momento a otro, vendría por ella. Pero a señores como los presentes no se los podía mandar a la cama en ayunas.

Bueno o malo, se hizo honor al guisote, que fué servido en platos de vidriado y en unión de una panzuda botijilla de vino y medio queso de oveja, duro como un guiño, y en el que estaban marcadas las huellas de los que anteriormente se habían arrojado a probar en él el temple de sus cuchillos.

La mesa a que se hallaban sentados estaba al

fondo de la sala, si se puede dar este nombre a aquella cueva ennegrecida por el humo. Al lado opuesto había una chimenea de campana, grande como para cobijar a una docena de personas y que tenía a derecha e izquierda tres o cuatro hornos. Delante estaba la mesa del cocinero, y hacia el medio de ella, en forma de T, un estrecho tablero que avanzaba a todo lo largo de la estancia, casi hasta el extremo opuesto, donde se hallaban cenando los forasteros. De la viga maestra, en el centro, colgaba una lucerna de latón, de cuatro mechas mortecinas, pero suficientes para que el que entraba no se rompiera las espini-llas en los bancos y escabeles que rodeaban la mesa.

El posadero, así que hubo dispuesto lo necesario para los que cenaban, silbando como era su costumbre, salió a la puerta, en el instante mismo en que llegaba, galopando sobre un macho, un hombre que, saltando a tierra, gritó:

—¡Sus, amigos: alegría y buen ánimo, que hay grandes nuevas! Y tú, “Veneno”, hazte veinte pedazos para dar abasto a todo... Ha vuelto Diego García: ahora mismo descabalga en casa y sólo tardará un instante en venir a cenar. Le acompañarán veinte o veinticinco camaradas, todos de buen diente: él solo ya vale por cuatro. Cuida de que nada les falte y pronto... ¿Qué aguardas? ¡Estás muerto? ¡Muévete!

El huésped se había quedado con la boca abierta. Los bravos, rodeando al portador de la noti-

cia, le atosigaban a preguntas, ansiosos de conocer los incidentes de la jornada.

—¡Basta de atolondro, o no os diré ni una palabra! ¿Quién es quien ha de hablar, vosotros o yo?

—Acaba de una vez y dinos lo que hay—gritaron todos.

—Hay que ahora mismo volvemos exhaustos, muertos; que hemos estado catorce horas a caballo, sin tomar ni un sorbo de agua... ¡Eh, “Veneno”, un medio, bien fresco, que traigo la garganta más seca que la yesca! Pero cuarenta cabezas de ganado mayor y setecientas de reses menores han entrado ya en Barletta, seguidas de tres prisioneros, hombres de armas, que, si Dios quiere, vomitarán tantos escudos de oro como cristianos somos, si desean volver a ver la puerta de su casa.—¡Tuvimos la nuestra para desmontarlos de sus caballos y quitarles las espadas!—¡Pero, ese vino, lo traerás o no, antes de entregar tu alma del diablo!—Manejaban a dos manos como centellas; en particular uno de ellos vino a tierra, y el caballo, herido, se le cayó encima. Todos le gritamos: “ríndete o mueres”; pero él continuaba blandiendo un espadón que, a no rompersele, de un golpe que le tiró al caballo de Iñigo y que dió en el arzón ferrado, o tenemos que rematarlo a lanzadas, o dejarle marchar. Al fin, terminó por entregar a Diego García la media espada que le había quedado.

En esto llegó “Veneno” con una jarra, que entregó al narrador.

—¡Gracias a Dios que has venido!—exclamó.

—¿Y cómo se llama ese demonio?—preguntó Boscherino.

—No sé... Dicen que es un noble francés, un barón que se llama algo así como La Crotte... La Motte. Ahora recuerdo, sí, La Motte; un pedazo de animal que hace temblar la tierra. Y no hay más: la aventura ha terminado con buen fruto, y, si Dios quiere, nos refocilaremos.

Asomándose luego al interior de la posada gritó:

—Pero ¿qué haces, traidor, poltronazo, que aun no has puesto las viandas al fuego?... ¿Quieres que te mida las espaldas con este vergajo?

Y entró decidido a ejecutar su amenaza; pero se contuvo viendo un gran caldero suspendido sobre un brazado de chaparra que flameaba chisporroteando, mientras el huésped, rojo y sudoroso, sin acordarse de la carestía ni del asedio, y sabiendo que con Paredes y su compañía no valían bromas, iba de acá para allá preparándolo todo. En un abrir y cerrar de ojos halló cuanto necesitaba, y descuartizado un cordero, una parte la puso a cocer, y otra parte, ensartada en largos asadores, la puso a sollamar dándole vueltas. La faena presentaba tan buen cariz, que el que la había ordenado exclamó:

—Esto va bien, “Veneno”. Si éstos, al presentarse aquí, no encuentran las cosas a punto, hubieras tenido que enterarte de lo que pesan los cinco dedos de Diego García. Me voy para enviártelos en un vuelo.

—Pero ¿tú no vendrás con ellos, Romazzotto?—preguntó un caporal.

—¿Cómo he de venir? La compañía está aún a caballo; me conviene alojarla y estar ojo alerta al botín depositado en la plaza del castillo; de noche, las manos trabajan muy aprisa, y nunca faltan en estos escuadrones quienes separan manejarlas. Fieramosca, Miale, Brancaleone y todos los nuestros están a la mira y nos han encarecido que se eviten escándalos. En otra ocasión les llegará la vez a los españoles: al que le toca, toca.

—Siendo como dices—replicó Boscherino—, iremos a ayudarte. ¡A ver, camaradas! Los que en ello tengan voluntad: mientras nosotros hemos holgado todo el día, este amigo se ha tirado al colete un montón de leguas; es preciso ayudarle...

Todos abandonaron la posada, y rodeando a Ramazzotto, se encaminaron hacia el sitio donde la tropa aguardaba su vuelta. Marchaba él narrando y respondiendo, echadas al brazo las riendas de la cabalgadura, y Boscherino, que le atendía sin perder palabra, de pronto sintió que le cogían de la capilla, y volviéndose a mirar, pudo distinguir en lo obscuro a un hombre, al que reconoció como a uno de los que habían permanecido en la hostería cenando.

—Boscherino—le dijo quedo y deteniéndole mientras los otros continuaban su marcha—, el duque quiere hablarte. No te inquietes, porque no te ha de venir ningún daño. Y ahora, ya que estás prevenido, abreviemos; vente



A Boscherino le entró fiebre oyendo estas palabras. Con voz apenas perceptible murmuró:

—¿Sois vos, don Miguel?

—Sí, soy yo; calla y procura conducirte como quien eres.

Boscherino había servido como cabo de escuadra al señor Juan Pagolo Baglioni y a otros señores italianos, y en todos los hechos de armas de aquel tiempo se había comportado como un valiente; no había hombre a quien diesen menos cuidado las aventuras y el peligro; así, al reclutar el señor Próspero una compañía de quinientos infantes y cien arcabuceros, para enviarlos en socorro de Gonzalo, se le había confirmado con un buen salario, atendiendo al grandísimo aprecio que de él se hacía.

Pero todo su esfuerzo no fué suficiente para evitar que al oír las palabras de Miguel, y sabiendo ante quién había de presentarse, no le flaquearon las piernas. Si él hubiese podido elegir, prefiriera muy luego encontrarse ante diez enemigos que el ir adonde iba. Recordando lo ocurrido hacía poco, se decía:

—Seguramente que me oyó cuando exclamé: “¡El duque!” ¡El diablo desde el infierno movió mi lengua!... Sin embargo, yo estaba algo distante y me parece que no alcé tanto la voz. Pero ¿qué se le escapará a esa alma condenada?... ¿Qué intenciones le habrán traído ahora aquí?...

Así pensando, llegaron a la hostería. En la co-

cina sólo se hallaban los de casa; el duque se había hecho conducir a la alcoba donde había de pasar la noche y que estaba en el piso alto, en el cual las ripias, mal unidas, dejaban ver y oír cuanto se hablaba o sucedía debajo.

Al posadero le había asaltado la sospecha de que aquel hombre no era lo que aparentaba; pero asediados tan sólo por la parte de tierra, por la costa arribaban a la ciudad toda clase de gentes y nadie ponía atención en una cara nueva.

Subieron la escalereja don Miguel y Boscherino, y entraron en la habitación del duque. Una cama cubierta de sarga gris, una pequeña mesa y algunos escabeles componían todo su mobiliario. La lámpara, que ya expiraba, con el aire hecho por la puerta al abrirse, se apagó. Mientras don Miguel bajaba en busca de otra luz, quedaron en la obscuridad el duque y Boscherino. Este no se movió de donde había quedado; adosándose al muro, no se atrevía a pronunciar palabra ni casi a respirar, y él mismo se asombraba de tenerse en tan poco; él, que no apreciaba a nadie en el mundo... Pero estaba delante de aquel hombre maravilloso y terrible, tan cerca, que en el silencio en que se mantenían los dos percibía su respiración agitada; y a pesar suyo, tal escalofrío le invadía, que quisiera estar muerto.

Tornó don Miguel con una luz, y entonces se pudo ver al duque, sentado al extremo de su lecho. Su presencia era la del hombre que no ha conocido jamás el reposo ni de alma ni de cuerpo;

de buena complexión, enjuto de carnes y de estatura algo mayor que la ordinaria, tenía en todos sus movimientos un no sé qué de agitación, como un temblor, que no se puede describir. Vestía un capote obscuro con mangas perdidas; llevaba al cinto una finísima daga, y sobre la mesa había dejado la espada y el sombrero, adornado con una sola pluma negra. Tenía los guantes puestos y calzaba botas fuertes de viaje.

Volvió hacia los recién llegados su cara pálida, de mejillas hundidas y moteadas de manchas lividas, con bigotes rojizos y una barba crecida que le descendía hasta el pecho en dos mechones. Sería imposible encontrar en el mundo algo parecido a aquella mirada, que, a voluntad, se expresaba punzante como una víbora, dulce como la mirada de un niño o terrible como la pupila sangrienta de la hiena.

Miró a Boscherino, que permanecía en el mismo punto, encogido, agobiado como quien aguarda su sentencia de muerte. Boscherino le conocía, y aunque la mirada relevaba de todo temor, no se creía seguro.

—Me has reconocido—le dijo—y te lo agradezco. Siempre te tuve por un hombre de bien, y si no me hubieses salido al paso, te hubiera buscado. Sabía de antemano que estabas aquí. No confíes a nadie el secreto de mi presencia en la ciudad; ya sabes que puedo remunerar bien tus servicios, y que, por el contrario, si me enojas, buscas tu ruina.

Boscherino, que conocía de sobra todo el alcance de aquellas palabras, respondió:

—Su excelencia ilustrísima puede hacer de mí lo que quiera, que yo le serviré siempre fielmente; mis hechos anteriores fían por mí; pero tengo que suplicar a su excelencia me haga merced de escuchar dos palabras, dichas con entera franqueza.

El duque hizo un gesto de aprobación, y Boscherino volvió a decir:

—Contáis con mi fidelidad inquebrantable, glorioso señor; pero pudiera suceder que alguno, como yo, os haya reconocido. Si esto es así, y la noticia se divulga y se me ve salir de aquí, podría acarrearne una acusación, y de la que difícilmente saldría con honra.

—Anda—respondió el duque—, persevera en tus propósitos, cumple como bueno, y nadie te hará cargos que no mereces. En cuanto a mí, estaré oculto nada más que unas horas; pasadas éstas, que sepan todo, y cada uno diga lo que se le antoje; pero que no se enteren por ti, si es que estimas en algo mi amistad.

Boscherino nada replicó a estas palabras. Incluyó reverentemente la cabeza en señal de acatamiento, y sin otro temor que el de no ser tenido por suficientemente humilde, pidió licencia, y caminando de espaldas, al tiempo que se inclinaba, salió de la estancia, donde le parecía haber estado mil años. Pasados algunos minutos, don Miguel también abandonó la alcoba del duque, y en-

trándose en la que le estaba destinada, se encerró en ella.

El piso superior de la hostería, aquella noche permaneció tranquilo y silencioso, como si estuviera deshabitado.

---

## CAPITULO II

La brigada para la que había sido dispuesta la cena hizo su entrada en la hostería cerca de las dos de la mañana. En un momento, toda la planta del mesón quedó invadida.

Haciendo honor a sus huéspedes, "Veneno" había dispuesto la mesa, aderezándola con limpios manteles, y aparte los platos y cubiertos de peltre, que lucían más que de ordinario por haberlos fregado mejor, acá y allá había distribuído sendas hojas de enredadera, a modo de platillos, para los jarros y los vasos, sobre los cuales, al reflejo de una profusión de candiles, brillaban infinitas gotas de agua, fiel testimonio de que estaban recién enjuagados.

Diego García de Paredes entró el primero; tras de él venían los nobles prisioneros franceses: Jacques de Guignes, Giraut de Forces y La Motte.

El español, el hombre más audaz y forzado de todo el ejército, y acaso de toda Europa, producía la impresión de que la Naturaleza, al formarle, había querido mostrar en él el tipo de hombre de armas, en las cuales, tanto más gran-

de era el éxito cuanto mayor la robustez y la fuerza muscular. Su estatura aventajaba en mucho a la de sus compañeros, y en un temperamento como el suyo, de acción incesante, el ejercicio había enjugado sus carnes de toda grasa, dando a sus músculos un tal desarrollo, que su pecho, su espalda y la complexión toda de sus miembros semejaban la de un coloso de la antigua estatuaria, de formas atléticas y bellísimas a un mismo tiempo. El cuello, grueso como el de un toro, sostenía una cabeza pequeña y engallada, coronada en lo alto de la nuca por un penacho de cabellos crespos; su rostro, viril y de expresión firme y decidida, pero sin sombra de jactancia ni de altanería. No faltaba a su aspecto una cierta gracia natural, y en sus ojos se leía a las claras la simplicidad de un espíritu leal y lleno de nobleza. Libre de la armadura, vestía justillo y bragas de gamuza, ceñidos a raíz de la carne, de suerte que el juego de sus músculos se señalaba tan marcadamente como si estuvieran desnudos. Una capilla corta a la española, echada sobre un hombro, completaba su simple vestimenta.

—Nobles caballeros—dijo a los franceses con hidalga cortesía, invitándolos a pasar—. Los españoles tenemos un adagio que dice: “Los duelos, con pan son menos”. Si la suerte os ha tratado mal hoy, acaso mañana nos tocará a nosotros; mientras tanto, aquí todos somos amigos. Cene-mos, que, por Dios santo, creo que en ello es-

taremos conformes. Más de una lanza quedó rota en la jornada, y, por hoy, ya es bastante. Seguro está que nadie nos acuse de dejar al orín roer nuestros aceros. ¡Buen ánimo! Mañana discutiremos las condiciones del rescate, y podréis ver que don García conoce el trato que se debe a caballeros como vosotros.

El continente de La Motte, al escuchar estas palabras, era el del hombre que se esfuerza por contener su cólera. Valiente, buen soldado, de un arrojo temerario en la lucha y de una presencia conforme con su calidad, era el hombre más soberbio del mundo, y no podía soportar aquel proceder lleno de corrección del que le había hecho prisionero. Sin embargo, reconociendo que sería ruin el mostrarse desconsiderado, respondió lo más alegremente que pudo:

—Si vuestra mano es tan liberal para poner tasa, como ligera en el blandir la espada, el rey cristianísimo aflojará su bolsa, si es que quiere recuperarnos, u os haré compañía por el resto de mi vida.

—Iñigo—dijo Paredes volviéndose a un guapo mozo de veinticinco años que, aguardando la cena, había puesto ya mano en el pan—, si se habla de estocadas, habrá que preguntarle a tu caballo qué sabor tienen las del barón.

Y dirigiéndose nuevamente a La Motte:

—Ahora recuerdo que estáis desarmado—le dijo—. He aquí mi espada—y desciñéndola la puso al costado de su prisionero—. Sería injusto que



un brazo como el de su señoría no hallara guarnición en que apoyarse. Tendréis a Barletta por cárcel hasta concertar el rescate. ¿Me dais vuestra palabra de caballero?

La Motte tendió su diestra a Paredes, que la estrechó, agregando:

—El mismo pacto queda hecho con vuestros compañeros. ¿No es así?

Y se volvió, interrogando a Correa y a Acevedo, los soldados que habían preso a los compatriotas de La Motte. Dieron ellos su conformidad, y con idéntica cortesía, desprendiéndose de sus espadas, se las ciñeron a los franceses.

—¡A la mesa, señores!—gritó en aquello el huésped, depositando sobre los manteles una gran cazuela, donde yacía la mitad del cordero aderezado con cebolla y otras hortalizas, más dos fuentes de ensalada. La presencia del condumio fué más contundente para la famélica reunión que la voz del ventero; todos, con gran ligereza, desertaron del grupo, y acercando los bancos a la tabla, tomaron puestos. Durante unos minutos no se escuchó palabra, y sólo el estrépito de la vajilla, platos, vasos, cubiertos, acomodados a su gusto por cada uno.

Diego García, solo, a la cabecera, sentó a sus lados a La Motte y a De Guignes, y trinchanto con una gran daga, en un momento quedaron distribuidas las porciones del asado entre los comensales. El estómago de hierro de Paredes, poderosamente auxiliado por dos filas de dientes blan-

quísimos y de una fortaleza sin semejanza, quedó en unos momentos, si no satisfecho, aquietado; no le sobraron en el plato ni los huesos, pues sus mandíbulas competían con las del mastín en triturarlos. Concluída la refacción, llenó los vasos de sus compañeros y el suyo. Bebiendo y apaciguada la furia primera del hambre, poco a poco fué animándose la conversación, dialogando todos, ya sobre anécdotas de la campaña, de caballos, de algún golpe dado o recibido, o sobre los diversos accidentes del día.

En la parte inferior de la mesa, donde estaban sentados los veinte o veintitrés españoles, dejando cortésmente la cabecera a los extranjeros, se descubría en los dichos como en los hechos aquella afable fraternidad que ocasiona el encontrarse a diario y juntamente arriesgados en los mismos peligros. Entonces es cuando se comprende lo que vale la mutua ayuda y el estar prontos a socorrerse los unos a los otros.

El conjunto de aquellos hombres de rostro ennegrecido quemado por el sol, y en los que la fatiga del ajetreo y el calor de la digestión inyectaban de rojo, producía al reflejo de las luces colocadas en alto un efecto de claroscuro digno del pincel de Gherardo delle Notti.

La pitanza tocaba a su término; la charla se había hecho común, y las risas y el alborozo, generalizándose, animaban a aquellos valientes que habían sacado honra y provecho en la escaramuza del día. Solamente Iñigo permanecía con aire en-

furruñado, los codos en la mesa y silencioso, sin terciar para nada en la conversación de sus compañeros.

—Iñigo—le dijo tendiendo hacia él la mano Acevedo, que, habiendo bebido más de lo justo y siendo hombre regocijado, no podía soportar la actitud sombría de su camarada—; Iñigo: si las mujeres de Barletta merecieren una mirada de tan buen mozo como tú, creeríamos que te habías enamorado. Pero, por Dios, que estamos bien seguros de que no es así; más fácil fuera que te hubieses dejado el corazón en España o en Nápoles.

—Ni me acuerdo de las mujeres, Acevedo. Pienso en mi caballo, que ese francés me ha dejado medio muerto, dando cuchilladas como un loco cuando ya se veía perdido, sin escape. ¡Pobre "Castaño"! Tiene un anca destrozada, y ni creo que pueda salvarlo, ni espero encontrar nunca otro animal semejante. ¿Te acuerdas de lo que hice en Tarento? ¿Y cuando se trató de vadear aquel río?... No me acuerdo el nombre... Allí, donde mataron a Quiñones; ¿recuerdas que había más fondo de lo que se creyó...? ¿Quién ganó el primero la orilla? ¿Y al fin de tantas pruebas y tantos peligros debía acabar a manos de ese maldecido de Dios!

—No hables tan alto—observó Correa.

—El hecho ocurrió en buena lid, y ni debemos culpar a los prisioneros ni conviene que nos oigan.

—Pues te juro—continuó Iñigo—que, con tal de ver sano a mi pobre “Castaño”, preferiría estar yo mal herido, y que antes le perdonara al francés haber roto su espada sobre mi cabeza, que arremeter, como lo hizo, contra mi caballo. El que sabe tener la espada, ataca al hombre, y no tunde a derecha y a izquierda y a lo loco, como ese condenado, que más bien parecía que se espantaba las moscas.

—¡Tienes razón, por Cristo!—gritó Sagredo, un veterano de bigotes y barba que atestiguaban haberse hallado en más de un zafarrancho—. Cuando yo era joven pensaba como tú. Mira mi frente—y golpeándose en ella con una mano encallecida por el guantelete, le mostraba una cicatriz que le corría de una a otra ceja—. Esta me la hizo el “Rey Chico” por culpa de un caballo: el bayo más lucido del campamento, ¡lo que se dice de verdad un caballo!... Cuando llegaba el trance de meterse en refriega batiendo hierro, no había más que obligarle así, con las bridas, hurgándole a la par con las espuelas y... ¡no quieras saber! Encogía los ijares y se iba a la empinada con tal brío, que, para no salir por las orejas, te aseguro que tenía que apretar bien los muslos; era un bote al que le teníamos cogido el manejo: de suerte que cuando él descendía para sentar los cabos, aprovechando el empuje de su peso, largaba yo mi cintarazo, que era como el rayo de Dios, y moro que cogíamos por delante se las najaba a los infiernos... ¡Y a la hora de

la siesta?... Me tumbaba entre sus patas y dormía a su sombra; y era tal el respeto de aquel pobre "Zamorano" de mi alma, que ni se atrevía a espantarse las moscas por miedo a despertarme. En el sitio de Granada (1), donde se dió a conocer el Gran Capitán, y al que ninguno de vosotros asistió..., entonces era un buen oficio el de la guerra, no como ahora; os lo dice Sagredo. A las órdenes directas de don Fernando y de la reina Isabel, que era una hermosura, en unión de la Corte toda, bien pagados y mejor mantenidos hombres y caballos, todo el mundo servido como un príncipe... Pero volviendo a mi relato: en una salida en la que el "Rey Chico", a la cabeza de los suyos, combatía como un león—y era un hombre que no me llegaba a las barbas, pero tenía un brazo que dondequiera que tocaba hacía pupa—al pobre "Zamorano", una azagaya le atravesó el pescuezo de parte a parte, y por vez primera en su vida hoció en tierra. Salté de la silla y reconocí que no había remedio; sin embargo, esperaba que aun podría conducirle del diestro hasta nuestro campo, pues por nada del mundo lo hubiera yo dejado... El animal me seguía, sin poderse mantener en pie, y no me da vergüenza decirlo: a mí, que no sabía lo que era llorar, me bajaban las lágrimas hasta la gorguera del yelmo. En aquello se movió una revuelta, y una compacta avalancha de moros, batidos en retirada, galopaba hacia mí. Mugían como toros; yo solo,

(1) De Cartagena, equivocadamente, dice el original.

a pie y cogido entre medias del torbellino, me vi muerto. Manejando la espada como pude, me abrí espacio; pero cayó sobre mí el alfanje del rey y partiéndome el yelmo, me hizo rodar sin vida. Pero manecí privado no se cuánto tiempo; pero al volver en mí e incorporarme, vi al pobre “Zamorano” rígido, muerto, al lado mío.

El caso del caballo de Sagredo había sido escuchado por todos con gran interés, y al terminar su relato el veterano, no había podido menos que mostrar en su rostro, surcado por la edad y el trabajo, que la memoria del antiguo compañero perduraba aún en su corazón. Un poco avergonzado de esta debilidad, se sirvió vino para distraer las miradas que aun estaban fijadas en él.

Jacques de Guignes, que, al igual de los otros prisioneros, había cobrado ánimo a medida que se llenaba el estómago, oída la historia de “Zamorano”, dijo:

—*Chez nous*, señor caballero, esto no hubiera sucedido tan fácilmente, si bien es verdad que las leyes de la caballería se van olvidando. Un guerrero se creería deshonrado si, en igualdad de condiciones, su espada cayera sobre el caballo del enemigo; pero entre moros, como es sabido, no se puede esperar esta cortesía.

—Sin embargo—replicó Iñigo—, se podría demostrar que no es sólo costumbre de moros matar los caballos; lo saben las llanuras de Beinevento y lo supo el pobre Manfredo. Carlos d’Ar

jou, que dió la orden. era tan moro como cualquiera de nosotros.

La estocada iba bien dirigida, y el francés se irguió en su asiento.

—Eso se dice, y acaso sea verdad; pero Carlos d'Anjou combatía por un reino, y además tenía que entendérselas con un excomulgado, enemigo de la Iglesia.

—Y él ¿no porfiaba por lo ajeno?—interrumpió Iñigo con una amarga sonrisa.

—Sabréis—dijo La Motte—que el reino de Nápoles era feudo de la Santa Sede, y que Carlos había recibido la investidura; además, el derecho de una buena espada vale cualquier cosa.

—Y además..., además..., digamos las cosas claras—insistió Iñigo—: los barbudos alemanes de Manfredi y los mil caballeros italianos que, guiados por el conde Giordano, combatían contra los franceses, se habían mostrado de tal suerte desde el comienzo de la batalla, que Carlos d'Anjou, queriéndose hacer rey de Nápoles, no consideró inútil el echar mano de ciertos procedimientos, a pesar de las leyes de caballería, aun en vigor.

—Os concederé, si lo queréis—continuó La Motte—, que los alemanes sean estimables bajo la coraza, y en algunos momentos habrán podido hacer frente a la gendarmería francesa; pero en cuanto a los italianos, verdaderamente hace doscientos años eran lo mismo que son ahora, y no les hacía falta a los franceses, para derrotarlos, perder el tiempo acometiendo a sus jamelgos... En

cinco años que vengo recorriendo Italia he aprendido a conocerlos. He seguido al rey Carlos en la campaña del valeroso Luis d'Ars, y os aseguro que más dieron que hacer los italianos con sus engaños que con sus espadas; la única guerra que ellos conocen y que ignora la lealtad francesa.

Estas jactanciosas palabras sonaron mal a todos, principalmente a Iñigo, que, teniendo una cultura y un ingenio más que medianos, era amigo de los italianos que militaban bajo la bandera de España, conociendo, además, cómo habían sucedido las cosas cuando la invasión del rey Carlos. Sabía, por ejemplo, que, a pesar de la lealtad francesa, a los florentinos no se les había cumplido lo pactado, dando lugar a la rebelión de Pisa; y ni las fortalezas que la imprudencia de Pedro de Médicis había puesto en sus manos habían sido restituídas en el momento acordado. Todo esto pasó rápidamente por la memoria de Iñigo, y las palabras de La Motte le encolerizaron, no pudiendo sufrir que los pobres italianos, traicionados y humillados por los franceses, fueran tratados por estos mismos como traidores y villanos. Estaba a punto de replicar; pero advertido por el francés el mal efecto de sus palabras, agregó:

—Habéis llegado de España hace poco tiempo, señores, y no sabéis aún qué raza de canallas son los italianos; vosotros no habéis tenido relación ni con el duque Ludovico ni con el Papa ni con Valentino, que primeramente os reciben con los brazos abiertos y después buscan la manera de



claváros el puñal por la espalda. Pero en Fornova se presentó ocasión de demostrar lo que vale un puñado de valientes contra una nube de traidores. El Moro (1), primero que ninguno, cayó en sus redes. ¡Miserable! Si no se le pudiera acusar de otro delito que el de la muerte de su sobrino, ello sólo bastaría para tenerle por el más infame de los criminales.

—Pero—interrumpió Correa—su sobrino era un hombre enfermizo, de poco juicio, y muy bien pudiera suceder que hubiese muerto de muerte natural.

—Tan natural como la de todos aquellos a quienes se les suministra un veneno. De Forces y De Guignes lo saben, que, como yo, estuvieron alojados en el castillo de Pavía. El rey fué a visitar a la desgraciada familia de Galeazzo, y esto lo sé de boca de Felipe de Comines, al cual se lo refirió el mismo rey. El Moro le condujo por ciertos pasadizos secretos a dos estancias, bajas y húmedas, que daban a los fosos del castillo; allí encontró al duque de Milán, con su mujer y sus dos hijos; ella se arrojó a los pies del rey pidiéndole por su padre, y hubiera podido rogarle por ella misma y por su marido; pero aquel traidor del Moro estaba presente; el pobre Galeazzo, pálido y extenuado, guardó silencio, agobiado por la enormidad de su desgracia. Ya llevaba en las venas el veneno que le dió muerte... ¿Y César Bor-

---

(1) Luis Esforce, duque de Milán.

gia?... Para no hablar más, ¿dónde encontraréis otro ejemplo parecido? Le hemos visto hacer cosas que se cuentan y no se creen; muchas de sus empresas son ya conocidas, y todo el mundo sabe que asesinó a su hermano para arrebatarle bienes y honores; todo el mundo sabe cuánto ha hecho para llegar a enseñorearse de la Romaña; todo el mundo sabe que mató a su cuñado y envenenó a cardenales, a obispos y a tantos otros que le hacían sombra.

Volviéndose hacia sus compatriotas, con la expresión del que recuerda un hecho conocido y digno de compasión, exclamó:

—¿Y la pobre Ginevra de Monreale? La más bella, la más virtuosa, la mujer más amable que jamás se haya conocido. Estos amigos míos la recuerdan: la conocimos a nuestro paso por Roma en el 92; pero su mala suerte quiso que también la conociera el duque Valentino, entonces cardinal. Era esposa de uno de los nuestros, al cual se había unido más por obediencia a su padre que por afección. Pues bien: fué presa de una enfermedad que nadie pudo conocer; se probaron todos los remedios, pero fueron inútiles; una extraña circunstancia me dió a conocer el infernal secreto que nadie podía descubrir. Su enfermedad no era otra que un veneno suministrado por Valentino para castigarla en su honestidad. ¡Infeliz! ¿No son cosas éstas para pedir que el cielo descargue sus rayos?

Aquí el francés hizo una pausa, y, pensativo,

parecía buscar en su memoria cierta circunstancia que el tiempo había desvanecido.

—Sí; no me engaño; hoy, al entrar en Barletta, he visto entre vuestros soldados a uno de cuyo nombre no me acuerdo, pero con el cual estoy seguro de haber tropezado más de una vez en Roma por aquella época. Tiene un semblante y una estatura que no se olvidan. Se decía por entonces que era el amante oculto de Ginevra; y una vez muerta ésta, desapareció él y nada volvió a saberse de su vida... Sí, sí, estoy seguro de que es el mismo—dijo, dirigiéndose a sus compatriotas—. A una milla de la ciudad, cuando nos detuvimos en la fuente para esperar a la infantería, aquel joven pálido, de cabellos castaños y de rostro que no creo haber visto jamás hombre más bello, ni más melancólico... Sí, sí, es él seguramente; pero no recuerdo su nombre. •

Los españoles se miraron unos a otros interrogándose quién pudiera ser.

—¿Era italiano?—preguntó uno.

—Sí, italiano. Aunque él no desplegó los labios, un compañero que había echado pie a tierra y que le ofreció agua le habló en italiano.

—¿Y sus armas?

—Creo que llevaba una coraza lisa, con cota de malla, y si no me engaño, una pluma y una banda azules.

Iñigo, el primero, gritó:

—¡Héctor Fieramosca!

—Justo... Fieramosca—dijo La Motte—. Ahora

lo recuerdo: Fieramosca. Pues bien: este Fieramosca estaba enamorado de Ginevra, al menos así se decía; y muchos, no habiendo vuelto a verle después de la muerte de su amada, creyeron que se había suicidado.

A estas palabras, los españoles sonreían, diciéndose entre sí que no eran de extrañar la melancolía y la vida un tanto retraída que observaba el joven, muy diversa de lo que correspondía a su edad y a su posición. Todos, sin embargo, elogiaban su buen natural, su valor y su cortesía; en todo el ejército era amado y querido, y sobre todo de Iñigo, su amigo, que admirando, sin envidiarlas, sus cualidades de guerrero, tomó la palabra en su defensa con todo el calor de que es capaz la amistad en el corazón de un español:

—¿Os agrada su rostro? ¿Y a quién no le agradaría? Pero ¿qué vale en un hombre la belleza? ¡Si conocierais el alma de este joven, su nobleza y su gran corazón!... ¡Lo que él ha osado, espada en mano, con aquel arriesgado valor que en la mayoría va unido a una cierta embriaguez, y que en él, por el contrario, se mantiene siempre sereno y frío en medio del mayor peligro!... He conocido en mi vida a jóvenes aguerridos, lo mismo en la corte de España que en la de Francia; pero os juro por mi honor que jamás encontré un hombre que reuniera las condiciones de este italiano.

Las simpatías de que Fieramosca gozaba en el

ejército hicieron que cada uno quisiera agregar por su cuenta algún elogio; Sagredo, más apasionado que ninguno, dijo así:

—Aunque nunca me haya sobrado el tiempo para perderlo con las mujeres, y no haya podido comprender jamás cómo un pecho cubierto de malla puede sufrir tales tormentos, sin embargo, ver a ese valiente joven siempre triste y con el rostro abatido me produce una pena que yo mismo no acierto a explicarme; pero, ¡por Dios santo!, daría mi mejor caballo—con tal que no fuera el “Castaño”—por verlo reír una sola vez.

—Ya decía yo que era mal de amores—exclamó Acevedo—. Cuando un joven está pálido, silencioso y busca soledad, ya se sabe: asunto de faldas. Bien es verdad—agregó sonriendo—que en más de una ocasión, cuando la suerte nos vuelve la espalda, teniendo los naipes en la mano, la boca se amarga, el semblante palidece y un hombre se torna más mohina que si hubiese veinte sayas de por medio. Pero no es lo mismo: la cosa es pasajera. En cuanto a Fieramosca, con él no hay ese peligro: jamás le he visto las cartas en la mano. Lo que ahora me explico es el porqué de sus viajes nocturnos. Como sabéis, mis ventanas dan al muelle... Más de una vez le he visto meterse en un bote solo, alejarse y dar vueltas alrededor del castillo. ¡Buen viaje!—me decía yo metiéndome en la cama—. No hay quien tenga sus gustos. Y pensaba que iría buscando alguna aventura. Lo que no me podía imaginar e

se marchara mar adentro para llorar a la muerta. Parece imposible que un soldado como él se deje arrastrar por esa locura.

—Eso demuestra—replicó Iñigo con calor—que el pecho más enardecido puede abrigar un corazón sensible y amoroso. Y, ¡vive Dios!, que en esto hemos de hacer justicia a Fieramosca, como a todos sus compatriotas, que los hermanos Colonna reunen bajo su bandera; ninguno de cuantos llevan una espada al costado y una lanza en la mano puede vanagloriarse de llevarlas más dignamente ni de ser más que ellos.

A estos elogios, expresados con el fuego de un espíritu franco y amante de la verdad, los españoles asintieron con las palabras o con el gesto, no pudiendo negarles su aprobación ellos que diariamente eran testigos del arrojo de los italianos. Pero La Motte, caldeado por las palabras y por el vino, como los otros prisioneros, encarándose con Iñigo, que durante la cena le había estado pinchando, respondió con una risa irónica y una mirada compasiva, que hizo brotar de rabia al español:

—En cuanto a esto, señor caballero, ni yo ni mis compatriotas opinamos como vos. De muchos años hacemos la guerra en Italia, y como antes he dicho, hemos visto emplear más frecuentemente el puñal y el veneno que la lanza y la espada. Creedlo así. Un gendarme francés—e hizo un gran aspaviento—se avergonzaría de tener como de cuadra a un hombre que no valiese algo

más que uno de estos poltrones de Italia. Juzgad ahora si es imaginable el parangonarlos con nosotros.

—Oíd, caballeros, y abrid bien las orejas—respondió Iñigo, que no pudo ya reprimir su cólera oyendo tratar de modo tan villano a sus amigos y que al mismo tiempo se desfogaba contra aquel que le había herido el caballo—. Si alguno de nuestros compañeros italianos estuviese aquí, Fieramosca el primero, y vos estuvieseis libre, en vez de prisionero de Diego García, podríais comprobar antes de acostaros que a un guerrero francés apenas le bastarían los dos brazos para defenderse de un italiano; pero puesto que estáis prisionero y aquí no hay más que españoles, yo, que soy amigo de Fieramosca y de los italianos, sostengo en nombre de ellos que vos y quienquiera que digan que ellos pueden temblar teniendo una espada en la mano y enfrente un enemigo, sea el que sea..., y ser, como vos decís, poltrones y traidores, miente por su boca, y yo afirmo que todos ellos están dispuestos a sostenerlo a pie, a caballo, con todas las armas o con la espada sola, donde y cuando y siempre que os plazca.

La Motte y sus compañeros, los cuales, al escuchar estas palabras se habían revuelto llenos de soberbia contra Iñigo, demudados los rostros, atónitos y ciegos de indignación, aguardaban el fin de aquella réplica. Como ocurre cuando en medio de charlas y de risas se levanta una voz airada, que todos callan y cada uno se apercibe

por lo que pudiera tronar, los españoles, silenciosos y con el oído atento, aguardaban el desenlace de aquel reto.

—Somos prisioneros—observó La Motte con una orgullosa resignación—y no podemos aceptar el desafío; pero con la aprobación de los soldados a quienes hemos rendido nuestras armas, y que recibirán nuestro rescate, en mi nombre y en el de mis compañeros y en el de las armas francesas, respondo y repito lo que ya he dicho anteriormente, lo que diré siempre: que los italianos sólo sirven para urdir traiciones y no para hacer guerra, y que nunca más ruin gente puso pie en el estribo y vistió coraza. Y el que diga que yo he mentado, miente, y se lo sostendré con las armas en la mano.

Después, buscándose en el pecho, sacó una cruz de oro, y habiéndola besado, la puso sobre la mesa exclamando:

—Que no encuentre esperanzas en este signo de nuestra salvación cuando llegue mi última hora; que se me tenga por caballero desleal e indigno de calzar espuelas de oro, si no respondemos yo y mis compatriotas al reto que los italianos me hacen por vuestros labios. Y con la gracia de Dios, de Nuestra Señora y de San Dionisio, que mantendrán nuestra razón, mostraremos a todo el mundo la diferencia que existe entre un soldado francés y esta canalla de italianos que vos protegéis.

—Sea en nombre de Dios—repuso Iñigo.



Luego, él también, abriéndose el colete, se descolgó del cuello una imagen de Nuestra Señora de Montserrat, y habiéndose persignado con ella, la puso al lado de la cruz de oro de La Motte; y aunque experimentase un sentimiento de humillación al no poder, "por su pobreza", ofrecer una prenda de tanto valor como la del francés, venciendo su vergüenza, dijo:

—He aquí mi prenda; que Diego García las tome en nombre de Gonzalo, el cual no rehusará conceder campo franco a nuestros nobles amigos ni a los caballeros franceses que acudan a combatir con ellos.

—No por cierto—repuso García, recogiendo los objetos empeñados—. Gonzalo no podrá impedir jamás a estos valientes que midan sus armas y cumplan con sus deberes de caballeros. Pero vos, barón—dijo a La Motte—, tendréis que roer un hueso mucho más duro de lo que imagináis.

—Ese es asunto mío—respondió el francés sonriendo—. Ni yo ni mis compañeros juzgaremos como el trance más peligroso y lucido de nuestra vida el de demostrar a este compatriota vuestro su error, haciendo botar de sus sillas a cuatro italianos.

Diego García, que no se encontraba verdaderamente en su elemento sino cuando entraba en el calor de la batalla o hablando de lances y episodios de combates, no cabía en sí de gozo al ser testigo de los preliminares de un torneo que sería seguramente concertado con todas las reglas y

con todo el rigor que inspiraba el honor de dos naciones, y alzando la cabeza y la voz y batiendo palmas, gritó:

—Vuestras palabras, caballeros, son dignas de hombres de honor y de soldados como vosotros, y estoy seguro de que los hechos no serán inferiores. ¡Vivan los valientes de todos los pueblos!

Y al decir esto, alzó su copa. Los demás le imitaron, y en medio de una gran alegría, se bebió muchas veces en honor de los futuros vencedores.

Apaciguada un poco la algazara, Iñigo continuó:

—La injuria que habéis hecho al valor italiano no es cosa que mis amigos dejarán pasar de ligero ni podrá terminarse rompiendo una lanza, como si se tratara del premio de una justa. No hablaré ahora del número de combatientes, que éste lo fijarán de acuerdo las dos partes; sea éste el que sea, os propongo a vos y a los que con vos luchen un combate con todas las armas y a toda sangre hasta que cada uno caiga muerto o herido o se vea obligado a abandonar el campo. ¿Aceptáis estas condiciones?

—Las acepto.

Concertado así el lance, y no teniendo nada que agregar por el momento, las fatigas del día y la hora avanzada aconsejaron a todos el reposo. La tropa abandonó la mesa, y saliendo de la hostería, el grupo fué disolviéndose y cada uno ganó su alojamiento. Los barones franceses, tratados con

toda cortesía, fueron recibidos en la casa de aquellos que los habían hecho prisioneros. Creemos poder asegurar que, a pesar de las bravatas con que habían mostrado tener a los italianos en tan poco, un íntimo escozor y en algunos la misma experiencia, les advertía que para salir con honra de aquel empeño eran necesarios hechos y no palabras. Iñigo, por su parte, aunque persuadido del valor de los italianos y de que por sus hazañas podrían parangonarse con los guerreros más valientes del mundo, pensando en que los adversarios eran gentes de mucha cuenta y las mejores espadas del ejército francés, no dejaba de preocuparse por el fin que pudiera tener una empresa tan importante y arriesgada. La Motte y sus compatriotas eran hombres capaces de hacer frente a quienquiera que fuera; sus proezas eran conocidas por toda la soldadesca de su tiempo, y en las mesnadas francesas había otros muchos que no les iban en zaga, ni en valor ni en pericia. El nombre de Bayardo, por ejemplo, bastaba por sí solo para agregar gran peso a la balanza.

A pesar de tales reflexiones, el altivo español no se arrepintió ni un instante de haber sacado el pecho por los italianos, y pensó que habría faltado a su deber tolerando que los insolentes prisioneros vituperaran a gentes que no lo merecían, que eran sus amigos, y que, además, no se hallaban presentes. Y, para terminar, decía a sí mismo: "¿Es posible que sea vencido el que combate por el honor de su patria?"

Confortado el ánimo con esta reflexión, se decidió a visitar a la mañana siguiente a Héctor Fieramosca para darle cuenta del hecho y para disponerlo todo de manera que el éxito coronara a aquellos por los cuales él se había interesado. Lleno su espíritu de tan honrosos pensamientos, desvelado, aguardó la hora de poner mano a la empresa.

---

## CAPÍTULO III

La fortaleza de Barletta, ocupada por Gonzalo y algunos jefes del ejército, se hallaba situada entre la plaza mayor y el mar. En las casas del contorno estaban alojados los oficiales españoles e italianos con su servidumbre. Entre éstos, en una de las mejores estancias, los hermanos Próspero y Fabricio Colonna se habían hospedado con todo el suntuoso séquito de escuderos, criados y caballos, como correspondía a señores de su estirpe y poderío. Héctor Fieramosca les era querido sobre todo por sus muchas y relevantes condiciones; considerándolo como a un hijo, lo habían acomodado en una casita próxima a la playa y contigua a la que ellos habitaban. El cuarto más alto de la casa, en el que Héctor solía dormir, tenía las ventanas a Levante.

Al día siguiente de la cena, apenas el primer resplandor del alba descubría en el horizonte la línea brumosa del mar, cuando Fieramosca, dejando el lecho, en el que no siempre encontraba reposo, salió a una terraza, al pie de la cual venían a chocar suavemente las aguas, agitadas por el fresco viento de la mañana.

¡Pobres habitantes del Septentrión! No sabéis cuánto valen estas horas bajo un cielo del Mediodía, de cara al mar, mientras la Naturaleza duerme aún y el silencio apenas es interrumpido por el murmullo de las olas, que, semejantes al pensamiento, no han tenido reposo desde el instante en que fueron creadas, ni lo tendrán jamás. El que no se ha encontrado solo y a esta hora; el que no ha sentido su rostro refrescado por el aire del amanecer, ni ha visto huir al murciélagó ahuyentado por las primeras luces del día en las costas de Italia, no sabe hasta dónde puede llegar la divina belleza de las cosas creadas.

Sobre el terrado crecía una palma. Sentado sobre el parapeto, la espalda recostada en el tronco y las manos cruzadas sobre una rodilla, nuestro joven gozaba en aquellos momentos de quietud y de la pureza del aire que precede a la aurora.

La Naturaleza le había concedido el don precioso de inclinarse por su propia índole a todo cuanto existe de bello, de bueno y de grande. Un solo defecto se le podía poner, si como defecto puede considerarse el de una bondad excesiva. Pero avezado desde los primeros años a las armas, tuvo ocasión de conocer bien pronto los hombres y las cosas; su mente, certera en los juicios, comprendió el límite que se debe poner a la bondad misma para que no degenera en debilidad, y la rigidez adquirida en la frecuencia del peligro, en un corazón como el suyo, dió por resultado una firme entereza, digna dote de un pecho viril.

El padre de Fieramosca, caballero capuano de la escuela de Braccio da Montone, envejecido en las guerras que laceraron a Italia durante el siglo XV, no pudo legar a su hijo más que una espada, y éste, desde muy joven, creyó que el oficio de las armas era el único digno de él, y durante muchos años no ocuparon su imaginación pensamientos superiores a los de su época, en la cual la fuerza de las armas no se aplicaba sino al acrecimiento de la reputación y del caudal; pero con la edad se desarrolló en él su buen juicio, y en los breves momentos que le dejaba el guerrear, en vez de distraer sus ocios en la caza, en las justas o en otros placeres juveniles, tomó apego al estudio de las letras, conoció a los grandes autores de la antigüedad y los honrosos hechos de los que derramaron su sangre en pro de su patria y no en beneficio del que mejor pagaba. Comprendió entonces cuán pobre era la profesión de las armas empleadas tan sólo con el fin de enriquecerse con el expolio de los débiles y no en la virtuosa aspiración de defenderse a sí mismo y a los suyos de las agresiones extranjeras.

En su adolescencia había tenido que seguir a su padre, al que asuntos de gran importancia llevaron a Nápoles. En la corte de Alfonso conoció al célebre Pontano, en el cual, atraído por el ingenio del muchacho y por sus buenas disposiciones, le tomó gran afecto, y admitido en la academia, que, aunque fundada por Panormita, llevó el nombre de Pontaniana, se dedicó a enseñarle con el

mayor esmero, recibiendo en pago del joven discípulo el culto afectuoso que producen la gratitud y la admiración. El amor a las cosas de la patria y a las glorias de Italia, despertado con las elocuentes palabras del maestro, no podía permanecer oculto en un corazón como el suyo, y creció hasta el extremo de la exaltación. Combatió mano a mano con un caballero francés, mayor que él en años y en vigor, porque le oyó expresarse en términos desdeñosos para Italia, e hiriéndole, le obligó a confesar su error delante del rey y de la corte. Salió de Nápoles y encontró al objeto de sus amores, del cual tenemos ya noticia por el prisionero francés.

Pero cuando Carlos VIII invadió Italia y las armas francesas la tuvieron bajo su yugo, se despertó en él más ardiente que nunca el amor a su patria, viendo al invasor enseñorearse de ella como un amo. Se corroía oyendo narrar las insolencias del extranjero a su paso por Lombardía, por la Toscana y por otros Estados de Italia; y cuando se divulgó la fama de la fiera respuesta dada por Pedro de Capponi al rey, y que éste había cedido, resplandecía de júbilo poniendo en las nubes el nombre del valeroso florentino.

Caída la dinastía de Nápoles, Fieramosca se inclinó de parte de España para oponerse de algún modo al creciente poderío de las otras potencias y porque el orgullo español le parecía menos insufrible que la vana jactancia francesa. Además, un enemigo que sólo podía arribar por la costa



se le imaginaba menos peligroso, y estimaba que, cuando los franceses fueran expulsados, sería más fácil empresa establecer un gran Estado italiano.

A la claridad que se difundía hacia el Oriente se iban desvaneciendo hasta ocultarse las últimas estrellas. Ya el sol iluminaba la más alta cima del Gargano, tiñéndolo de rosa y matizando las sinuosidades del monte, mientras del lado opuesto, abierto en forma de media luna, en el litoral donde estaba Barletta, mostraba a la luz creciente del sol una amena e intrincada variedad de valles y colinas que descendían hasta la playa. Entre los castaños, dorados por el sol, aparecían algunos verdes prados y algunos trechos de tierras cultivadas; aquí se iluminaba el corte de un acantilado; allá, las laderas más elevadas se teñían de alegres colores, amarillos, violáceos, según la naturaleza de su suelo; el mar, cerúleo, parecía inmóvil; solamente al pie de las rocas, desdoblándose en espumas, las ceñía como con una cinta de cándida blancura.

En la parte más interna del golfo, sobre un islote unido a tierra por un puente largo y estrecho, se erguía entre palmeras y cipreses un monasterio con su capilla y su campanil, provisto de murallas y torrecillas almenadas para defenderlo del asalto de los corsarios y de los sarracenos. Héctor lo observaba lleno de interés, arqueando las cejas, porque la neblina que a esta hora envolvía la costa no le permitía distinguir los contornos del edificio. Oído atento, escuchaba el débil

sonido de la esquila, que tañía la oración matinal; y estaba tan atento, que no oyó las voces de Iñigo, que lo llamaba desde el patio. El español, no obteniendo respuesta, subió.

—Después de una jornada como la de ayer—dijo saliendo a la terraza—, no esperaba encontrarte levantado antes que el sol.

El que haya tenido alguna vez el corazón inflamado de un solo pensamiento podrá juzgar la impresión de Fieramosca al verse interrumpido en sus abstracciones. Se volvió con un gesto tan desusado en él, que Iñigo comprendió que su visita no era oportuna; pero el espíritu de Héctor era lo bastante discreto y afectuoso para no ocasionar a un amigo el menor resentimiento. Sin responder a la pregunta, vino hacia él tendiéndole la mano, y dueño ya de su serenidad habitual, le dijo alegremente:

—¿Qué viento te ha traído a estas horas?

—El mejor de los vientos. Y es tal la nueva que te traigo, que habrás de darme albricias. No he querido aguardar a que se haga de día para traértela. Siempre envidié tu virtud, y ahora tengo que envidiar tu fortuna. ¡Feliz tú, Héctor mío! El cielo te ha reservado una empresa tan alta, que no tiene precio, y se te ha venido a las manos sin gastos ni fatigas. Has nacido de pie.

Fieramosca hizo entrar a su amigo en la habitación, e invitándole a que tomara asiento, aguardó la anunciada nueva.

Rápidamente fué informado de cuanto acaeció

la noche antes. Iñigo le indicó de qué modo había tomado él la defensa de los italianos y el combate propuesto. Al referir las insolentes palabras de La Motte, Héctor, lleno de furor y golpeando la mesa con el puño, centelleaba de alegría.

—No ha llegado a tal extremo nuestra situación que nos falten brazos y espadas para obligar a esos franceses a que se traguen cuanto en mal hora echaron por su boca. ¡Dios bendiga tu lengua, Iñigo, hermano mío!—decía abrazándole—. Te viviré obligado eternamente por el empeño que pusiste en la defensa de nuestro honor. Ni en la vida ni en la muerte olvidaré jamás este generoso rasgo tuyo.

Y las caricias del uno y las protestas del otro no acababan nunca. Calmado un poco el primer impulso, Fieramosca continuó:

—Y ahora ya no es tiempo de hablar, sino de hacer.

Llamó a un criado, y mientras le vestía, iba nombrando a los compañeros que podían empeñarse en la empresa, pensando formar tan numeroso cortejo como fuese posible.

—Hay muchos—decía—entre nosotros; pero el lance es tan arriesgado, que conviene elegirlos. Francaléone es uno: no habrá lanza francesa que haga retroceder su empuje; Capoccio y Giovenalle: los tres son romanos. Los Oracios no esgrimían una espada con mayor destreza; son tres... Sigamos adelante... Fanfulla da Lodi, ese loco endemoniado... ¿No le conoces?

Iñigo levantó la cabeza, frunciendo el ceño y mordiéndose los labios como haciendo memoria.

—Seguramente lo conoces. Aquel lombardo, lancero en la compañía de Fabricio... El que el otro día galopaba en el muro del bastimento a la puerta de San Bacolo...

—¡Ah, sí, sí!—respondió Iñigo—. Ahora recuerdo.

—¡Bien! Ya son cuatro. Este, mientras tenga manos, sabrá moverlas. Yo seré el quinto, y con la ayuda de Dios cumpliré con mi deber. ¡Masuccio!—gritó, llamando a su criado—. Anda, ve, que ayer se me rompió la cubierta del escudo; hazla ajustar cuanto antes. ¿Sabes? Y la espada grande y la daga que las afilen de nuevo, y... ¿Qué te iba a decir?... ¡Ah! Mi arnés español que esté listo.

El criado hizo un gesto asintiendo.

Iñigo, gozoso ante tal ardimiento, exclamó:

—No te faltará tiempo para ponerlo todo en orden. La batalla no será hoy ni mañana.

Pero Fieramosca, agitado por la fiebre, no pensaba en ello, y hubiera querido encontrarse ya mano a mano con sus enemigos, y sin atender a lo que le decía Iñigo, pasada revista a sus compañeros, pareciéndole pocos los cinco ya elegidos:

—¡Ah! ¿Y dónde dejamos a Romanello de Forli?—exclamó dando voces—. ¡Ya son seis! Y Ludovico Benavoli, siete. A éste lo conoces, Iñigo, y lo has visto en campaña... ¡Masuccio! ¡Masuccio!

El criado volvió a entrar.

—A mi caballo de guerra “Airón”, el que me ha regalado el señor Próspero, que no le falte cuanto paja y cebada quiera, y antes de que apriete el calor, hazlo trotar en la pista una hora; mira además si es preciso herrarlo de nuevo.

Mientras daba estas órdenes había ido vistiéndose. El criado le puso la capa, y ceñida la espada y a la cabeza una gorra con una pluma azul, dijo a Iñigo:

—Soy contigo. Primeramente, es preciso hablar con Próspero; después, se le dará conocimiento a Gonzalo para que arregle el salvoconducto.

Mientras caminaban por la calle iba repitiendo uno a uno los nombres de los caballeros que podían tomar parte en la lucha. Ninguno le satisfacía en el primer momento; examinaba los antecedentes de cada cual, su fuerza, su valor, con objeto de no agregar a tan arriesgada empresa sino a hombres bien experimentados. De Branca-leone, el romano, tenía la mayor esperanza; lo conocía mucho, sabía sus condiciones de hombre de bien, de gran corazón y de maravilloso arrojo; le agradaba su natural serio y apartado de la loca algazara de los demás compañeros, y lo estimaba con tan buena amistad, que en alguna ocasión había estado a punto de descubrirle sus relaciones con Ginevra; pero una cierta timidez, y acaso la falta de oportunidad, se lo había impedido. Su familia, sus antepasados todos, habiendo sido gibelinos, figuraron siempre en el

partido de los Colonna; él mismo mandaba una compañía de lanceros en el ejército de Fabricio, y en éste, como en otro servicio cualquiera de la guerra, siempre se hacía notar su diligencia. Brancaleone era de mediana estatura, ancho de espaldas y de pecho, de pocas palabras y sólo atento a sus quehaceres. Tenaz y obstinado en la persecución de su empresa, y no teniendo otro pensamiento que el de la victoria de los Colonna, fuera de la cual nada le interesaba, por sostener este empeño se hubiera dejado cortar en mil pedazos.

Para ir a casa de los Colonna, Héctor e Iñigo debían pasar por ante el alojamiento de Brancaleone. Le encontraron en aquel momento dando órdenes a los palafreneros y mozos de cuadra que domaban unos caballos. Apoyado en la guarnición de la espada, apenas si movía los labios para hacerse entender. Fieramosca le invitó a seguirlo, con el propósito de ordenar el asunto, y una vez explicado, Brancaleone, sin descomponerse ni alterar en lo más mínimo su expresión, dijo:

—El ejemplo hará ver a los ciegos. Cuatro estocadas a mi manera, y asunto concluído.

Y en su aseveración no había fanfarronada; más de una vez se había visto cercado en campo abierto y siempre supo salir con honra.

## CAPÍTULO IV

Como las injuriosas palabras de La Motte, que dieron ocasión al lance, habían sido escuchadas por una veintena de hombres, no podían pasar en secreto; así pues, la noticia corrió rápidamente, esparciéndose por la ciudad y por todo el ejército de tal modo, que cuando Iñigo y los dos italianos arribaron al alojamiento de Próspero Colonna, no se hablaba allí de otro asunto. Lo más florido de la juventud italiana acudía a casa de su jefe, anhelando saber de qué manera habrían de conducirse. Uno a uno, habían ido llegando todos los designados por Fieramosca, y hasta otros, hasta más de cincuenta.

Se hablaba mucho, a grandes voces y manifestando cada uno, en sus rostros y en sus ademanes, cuánto les escocía la injuria recibida.

Los españoles que la noche anterior habían concurrido a la cena también se encontraban allí, mezclados entre sus compañeros italianos, y repetían las palabras de los prisioneros y de Iñigo, haciendo comentario de ellas y proponiendo medidas, citando ejemplos y atizando un fuego que ya ardía por sí solo.

La soldadesca ocupaba parte del portal y del patio. Algunos se habían introducido en una sala baja, donde los hermanos Colonna solían dar audiencia a sus hombres cuando los sucesos de la campaña lo requerían. Suspendidas del muro relucían las armaduras, recamadas de oro y de finísimos damasquinados, pulidas y brillantes como espejos. En esta sala se guardaba la bandera de la mesnada, en la cual, sobre un campo rojo, estaba bordada la columna con la leyenda *Columma flecti nescio* (1). Esta misma divisa estaba pintada en los escudos, que, con otras armas dispuestas convenientemente, cubrían y ocupaban toda la sala. Al fondo, sobre dos recios caballetes, había dos armaduras completas de caballo, con sus sillas, sus gualdrapas de terciopelo carmesí, adornadas con la enseña de sus señores y las bridas en incrustaciones de oro, todo ello digno de la grandeza de tan noble casa.

Seis halcones encapuchados y sujetos con cadenas de plata se sostenían sobre su alcándara delante de una ventana; a uno y otro lado había una porción de pertrechos de caza, afición muy frecuente de los caballeros de la época.

Tras algunos instantes apareció en la puerta Próspero Colonna, al que todos dejaron paso, saludándole reverentemente. El avanzó respondiendo a los saludos con un noble continente y vino a sentarse en un sillón de cuero rojo, próximo a

---

(1) No sé doblarme.



una escribanía que había en el centro, e invitó cortésmente a los visitantes a que tomaran también asiento.

Venía vestido con un tabardo negro, recamado, una gruesa cadena de oro al cuello, de la cual pendía un medallón del mismo metal, primorosamente cincelado; traía a la cintura una daga de acero forjado, y a pesar de la sencillez de su traje, su admirable prestancia, su rostro, de un tinte pálido y un poco ceñudo, su alta frente, que reflejaba un temperamento esforzado y un entendimiento nada común, su continente todo, inspiraban la reverencia que se rinde más a las excelsas dotes del espíritu que a los favores de la fortuna y del nacimiento. Tenía las cejas muy espesas, barbita a la española y una mirada honda y reservada que realzaba su autoridad y poderío.

El suceso presente era para él de una grandísima importancia, no sólo por estar en juego el honor de las armas italianas, sino porque el éxito de aquella acción en las circunstancias en que dos reyes poderosos combatían con incierta fortuna podría acarrear grandes consecuencias para él y para toda la causa de los Colonna. El triunfo en un lance que tendría, a no dudarlo, una gran resonancia, podría dar alta reputación a sus hombres y a su bandera; y ya triunfaran los capitanes españoles o los franceses, en lo sucesivo unos y otros pondrían mayor reparo en agredirlos y un mayor interés en conservar su amistad.

Además, conocida es de todos la obstinada ri-

validad existente en el territorio romano entre el partido de los Colonna y de los Orsini, que, perseguidos entrambos por la fuerza y las trapacerías de Alejandro VI y de César Borgia, podían, ya con la ayuda del extranjero o con los propios recursos, aprovechando una ocasión propicia, pensar en desquitarse; y si en algún momento la fortuna se les había venido tan a las manos que podían aferrarla de los cabellos, era en éste.

Conocía el sagaz condotiero el espíritu ardoroso de Fieramosca y cuánto podían en él la sed de gloria y el amor a la patria. Sabía también que frecuentemente sus fogosos discursos inflamaban el ánimo de sus compañeros exaltando en ellos el sentimiento de la raza, y pensaba que en aquellos momentos su ejemplo podría ayudarle para comunicar a los suyos aquel divino amor que arrastra a los hombres a la realización de las grandes empresas

Por eso, al tomar la palabra, se dirigió a él. Conocía ya en parte lo sucedido, pero deseaba volver sobre ello, más minuciosamente, para mejor formar juicio. Héctor expuso el hecho, significando particularmente las palabras de Iñigo en favor de la nación italiana, y cuando hubo terminado, Próspero, levantándose, dijo así:

—Ilustres señores: Si vosotros no fueseis quienes sois, y si yo, por mi contacto con vosotros en tantas batallas, no tuviera la experiencia de vuestro denodado valor, creería llegado el mo-

mento de recordaros cómo nuestros abuelos, por sus imponderables virtudes de amor a la patria, supieron colocarla tan alto que el Universo quedó deslumbrado; hasta tal punto, que las tinieblas y desventuras de diez siglos no han podido extinguir los últimos reflejos de tan maravilloso resplandor. Entonces, éstos que hoy trasponen los montes, y que, satisfechos con derramar la sangre de Italia, agregan la injuria y el escarnio, temblaban al sólo nombre de Roma. Y os diré que a tal extremo ha llegado hoy la descarada insolencia de esta gente, que después de haber arrebatado—¡Dios sabe cómo!—la gloriosa corona adquirida con tantos esfuerzos y con tanta sangre, y que haría de Italia la reina de los pueblos, les parece no haber hecho bastante, viendo que aun conservamos una espada en la mano y la coraza sobre el pecho, siendo así que ellos quisieran reducirnos al extremo de no poder morir luchando por nuestro propio honor.. ¿Qué más podré deciros?... ¡Sus, vamos todos y caigamos sobre tan voraces ladrones, violadores del derecho! Ya veo en la expresión de vuestros rostros que mis palabras retardan el impulso de vuestro ánimo.. Pero mi posición de jefe, doblemente difícil en ocasión tan grave como ésta, me ordena poner freno a vuestros deseos y me obliga a deciros que no todos podrán tomar parte en la lucha, pues conviene que la gloria de nuestra venganza se encomiende a unos pocos. El magnífico Gonzaló, debiendo con fuerzas inferiores mantener

los derechos del rey católico, no consentiría que la sangre de sus soldados se derramara en otras empresas. Sólo espero obtener salvoconducto y campo franco para diez hombres. No conviene demorar ni un instante más la demanda; vcty, y una vez obtenida, tornaré con vosotros. Que cada uno escriba en una hoja su nombre y que sea Gonzalo quien elija; pero primeramente habéis de jurar conformidad con cuanto él disponga.

El discurso fué acogido con un murmullo de aprobación. Todos juraron, y escritos los nombres y entregados al señor Próspero, éste salió a la puerta, donde dos criados tenían aparejada una mula. Montó y, acompañado tan sólo de aquellos dos servidores, se dirigió a la fortaleza.

Tras una media hora, que pareció un siglo a la impaciente ansiedad de los jóvenes, volvió, y echando pie a tierra, entró de nuevo en la sala, en la que cada cual volvió a ocupar su puesto. El silencio y la expresión de las miradas, todas fijas en el patricio romano, demostraban cuánta era la ansiedad por conocer el nombre de los elegidos y la esperanza de cada uno en ser el agraciado.

—El magnífico Gonzalo—dijo al fin Próspero sacando del pecho las hojas y poniéndolas sobre la mesa—se muestra grandemente satisfecho de nuestros propósitos, y convencido de que a vuestro valor le ha de ser fácil la victoria en tan heroica empresa, concede salvoconducto y campo abierto a diez hombres, y no ha sido pequeño el trabajo

para que llegara a este número, sólo otorgado por la importancia del caso.

Abierto el pliego que contenía los nombres de los elegidos, leyó como sigue:

Héctor Fieramosca.

(Este, al oírse nombrar el primero, oprimió lleno de alegría el brazo de Brancaleone, que se sentaba a su lado, mientras las miradas de todos se volvían hacia él, mostrando que ninguno se juzgaba capaz de disputarle aquella primacía.)

Romanello da Forli; Héctor Giovenale, romano; Marcos Carellario, napolitano; Guillermo Albimonte, siciliano; Miale de Troya; Riccio de Parma; Francisco Salamone, siciliano; Brancaleone, romano; Fanfulla, de Lodi.

Quien se hubiese hallado presente sin conocer a los designados, hubiera podido distinguir, por la alegría radiante de cada uno, que la suerte le había elegido para tan noble empresa. El rostro, siempre pálido, de Fieramosca, se tornó sonrosado, y las palabras que dirigía a sus compañeros daban a entender cuán grande era la conmoción interior que experimentaba. Sus más queridos pensamientos hallaban ocasión de acometer una obra digna de ellos. "Al fin—se decía—, la sangre italiana correrá alguna vez para más noble causa que la de defenderse de los invasores." Si alguno le hubiese dicho en aquel instante: "Vencerán los tuyos; pero tú morirás", se hubiera creído mil veces dichoso; pero había esperanzas y casi la certeza de vencer y de saborear

la victoria, y pensaba en la vuelta, lleno de gloria, en medio de la alegría y del júbilo de todos. Imaginaba las alabanzas, el honor imperecedero que debería Italia a su nombre y el orgullo que por su mediación habrían de experimentar las personas que le eran queridas.

En este punto, un pensamiento emanado de lo más profundo del corazón pasó como una nube, obscureciendo por un instante el júbilo que resplandecía en su semblante. Acaso las pasadas desventuras aguzaban nuevamente en su corazón la profunda espina de los recuerdos. Pero duró un momento. ¿Podría entonces tener mayor preocupación que la del suceso que se avecinaba?

Próspero Colonna había sido elegido por Gonzalo para maestro de campo. Esto le imponía la obligación de enviar el cartel de desafío, de equipar a los suyos, de atender a que nada faltase, de todo aquello que podía favorecer al éxito; de cuidar, finalmente, de que el combate se realizara por una y otra parte dentro de las condiciones de guerra. Se trató, ante todo, de fijar día y sitio. Se estaba en los primeros días del mes, y se acordó que el combate tendría lugar hacia mediados, con objeto de dejar tiempo suficiente a los preparativos. En cuanto al sitio, se enviarían hombres expertos que elegirían el más a propósito.

Después de esto se redactó el cartel, que fué escrito en francés y consignado a Fieramosca y a Brancaleone para que lo llevaran al campo enemigo aquel mismo día.

Dispuestas así las cosas, Próspero, dirigiéndose a los diez elegidos, les habló de este modo:

—Nuestro honor, caballeros, está ahora pendiente del filo de vuestras espadas, y no imagino en qué otro lugar estaría más seguro ni tendría más digna representación. Pero por esto mismo habéis de jurar no arriesgaros desde ahora hasta el día de entrar en campaña en ninguna otra empresa donde pudierais correr el peligro de ser heridos o de tropezar con algún impedimento que os privara de montar a caballo en el día designado. Comprenderéis que si esto ocurriera, por cualquier incidente, caería el reproche sobre nuestras armas.

A todos pareció muy razonable aquella advertencia, y no hubo ninguno que se negara a aceptar bajo su palabra la condición propuesta.

Mientras tanto, la mayor parte de los que se veían postergados, no teniendo nada que hacer allí, fueron desfilando. Sólo permanecieron los diez elegidos, y ellos también, al ser entregado el cartel a Fieramosca, desalojaron la sala. Héctor, acompañado de Brancaloneo, se dirigió a su casa con objeto de disponer lo necesario y marchar cuanto antes al campamento de los franceses. Se armaron los dos a la ligera, con cota, guantelete y una cofia ferrada, y tomando consigo un heraldo, se encaminaron a la puerta de San Bacoło, que se abría sobre el campo enemigo. Alzado el rastrillo y bajado el puente, salieron a un arrabal que, abandonado en el éxodo de sus habitantes,

había sido destruído y saqueado por el pillaje de la soldadesca de uno y otro ejército. Desde aquí el camino se abría entre algunos huertos, saliendo después a campo raso hasta llegar al campamento a unas horas de camino. Al atravesar aquellas ruinas, Héctor reparó en algunas pobres mujeres medio desnudas, que, conduciendo de la mano o al regazo a sus pequeños, muertos de hambre, rebuscaban entre los escombros por si hubiese podido escapar alguna cosa a la avarienta rapiña de los soldados que realizaron el saqueo. El corazón del joven manó sangre al presenciar aquel espectáculo, y no pudiendo remediarlo, no quiso soportar su visión: picó espuelas, y al trote se alejó hasta salir al campo.

La insólita alegría que le reanimaba pensando en el próximo encuentro se turbó con aquel espectáculo en apariencia insignificante; resurgieron en él, más fuertes que nunca, sus pensamientos sobre la miseria de Italia y su odio contra los franceses, causantes de aquellas desventuras. No pudo ocultar a Brancaleone, que cabalgaba a su lado, la lástima que le producían los males de aquellos desdichados, y aquél, que en el fondo era un hombre bueno y caritativo, aunque rudo en apariencia por el continuo ajeteo de la lucha, también los compadecía, participando de su infortunio.

Viéndole Fieramosca en aquella disposición de ánimo, exclamó moviendo significativamente la cabeza:



—¡He aquí los presentes que nos trae el extranjero! ¡He aquí el bienestar que nos acarrea! Pero si alguna vez ves a estos hombres transponer los Alpes...

Y quería decir: “Buscaremos la manera de des-  
embarazarnos también de los españoles”; pero recordó que se hallaba bajo su bandera, e interrumpiendo la frase la terminó con un suspiro.

Brancaleone, que pensaba más en el partido de Colonna que en el bien de la patria, no podía participar por completo de los sentimientos de su amigo. Sin embargo, experimentándolos a su modo, exclamó:

—Si pudiéramos derrotar a este ejército, no tardaríamos mucho en beber el vino de Virginio Orsino, y las cuevas del castillo de Bracciano verían por vez primera caras cristianas. Palestrina, Marino y Valmontana no verían más las hogueras del campamento de aquellos truhanes, ni se volvería a oír a cada instante aquel grito condenado de *Orso, orso!*... Pero ¿es que no se paga los sábados?

Comprendiendo Héctor por esta protesta que si Brancaleone participaba de sus deseos, se hallaba, sin embargo, muy lejos de coincidir enteramente con él en cuanto a los motivos, guardó silencio, y durante un buen rato caminaron sin que ninguno de los dos pronunciara palabra.

Delante, como a un tiro de ballesta, caminaba el heraldo. No habrá olvidado el lector los detalles referidos por el prisionero francés acerca de

los amores de Fieramosca. Sus compañeros, que le escuchaban por primera vez, se condolían de sus desgracias por el afecto que todos le profesaban y porque en una reunión de jóvenes se tolera difícilmente al que no participa del buen humor general.

Aquella misma mañana, mientras se trataba del reto en casa del señor Próspero, se habló del caso y algo llegó a oídos de Brancaleone. Era éste poco curioso. Sin embargo, después que cabalgaron un buen trecho en silencio, viendo la melancólica abstracción de su amigo, le supo mal y, contra su costumbre, se dispuso a interrogarle, haciéndolo con palabras de amistad y de solicitud y suplicándole tuviese a bien relatarle los motivos de su tristeza. Lo hizo tan hábilmente que consiguió su intento. Además, Fieramosca estaba seguro de que podía confiar en él; y como difícilmente podía contener el secreto, que se escapaba de su corazón agitado, miró fijamente a su amigo y le dijo:

—Me preguntas algo que jamás he confiado a nadie. A ti mismo no te lo diría, y no lo llesves a mal, si no pensara en que puedo morir en la contienda. Entonces, qué sería de... Sí, sí... Tú eres un verdadero amigo, un hombre de bien y has de saberlo todo. Sentiré que llegues a cansarte con lo extenso de mi relato; pero no podría con escasas palabras darte cuenta de tan extraños accidentes.

Brancaleone le animó con un gesto, y Fiera-

mosca, tras de un profundo suspiro, dió comienzo a su relación de este modo:

—Al susurrarse los primeros rumores de guerra por parte del rey de Francia, que amenazaba con irrumpir la Italia, yo, joven de diez y seis años, que me encontraba, como sabes, al servicio de Luis el Moro, deserté de sus huestes, y pareciéndome un deber mío el ofrecer mi vida en defensa de los reyes de Roma, que ya de tantos años nos gobernaban, vine a Capua. Ya estaban organizando las compañías, y el conde Bossio de Monneale, que tenía el mando, me destinó a la defensa de la ciudad. Todo estaba dispuesto, y no teniendo por el pronto nada que hacer, nos dedicábamos a la buena vida. Por las noches nos reuníamos en casa del conde, el cual, antiguo amigo de mi padre, me trataba como a un hijo. Ya antes de marchar a Milán al servicio del duque Luis, frecuentaba yo aquella casa, en la que conocí a su hija, aun niña, y sin saber cómo, ambos nos infundimos un acendrado amor. La víspera de mi marcha a Lombardía fué de llantos y de caricias inefables. Yo recuerdo que montaba un soberbio caballo, y al partir quise pasar bajo las ventanas de Ginevra, que así se llamaba, para decirle adiós con la mano. A escondidas del padre y de todos los deudos de la casa, porque apenas despuntaba el día, ella me arrojó una banda azul, que desde entonces cruza mi pecho. Pero todo aquello era cosa de juego. En un año de ausencia se había enfriado bastante aquel primer amor.

Vuelto, como te he dicho, y visto de nuevo a Ginevra, que, habiéndose hecho mujer, era la criatura más bella del reino, no pude defenderme y recaí preso en el mayor y más poderoso amor que jamás se haya sentido. Ella, que se acordaba de los primeros años y me volvía a ver, laureado y con cierto prestigio en las armas, aunque su honestidad no le consentía manifestarlo, bien comprendía yo su placer cuando me escuchaba contar mis excursiones por tierras de Lombardía, las acciones en que había tomado parte y los usos y costumbres de aquella corte. Si ella se complacía escuchándome, mucho más me interesaba yo en agradarla; y tan adelante fueron las cosas, que no podíamos vivir separados el uno del otro.

Yo, que veía venir los acontecimientos, andaba cavilando sobre los obstáculos que se nos presentaban. De un momento a otro comenzaría la guerra. ¡Desgraciado de aquel que en tales circunstancias se encontraba prendido en redes de amor! Y si al principio buscaba los medios de estar a su lado, luego, barruntando lo que más nos convenía, convencidos de que en nuestro amor no podía hallarse nada reprochable, procuraba ocultarlo, y por todos los medios pretendí arrancármelo del corazón. Las cosas anduvieron así algún tiempo; pero la lucha, en vez de amenguar mi pasión, la acrecentaba, y queriendo refrenarla con el alejamiento, más se aferraba dentro de mí y casi casi me conducía por mal camino. Mi semblante se había tornado sombrío; los mayores can-

sancios no lograban procurarme el sueño, y siempre con la imaginación fija en ella, sentía correr las lágrimas ardientes por mis mejillas y me asombraba de mí mismo. Pasaron así muchas semanas, reduciéndome a una tal situación que quería tomar un partido. Ya adivinarás por cuál me decidí. Un día, cerca de media noche, la encontré sola en un jardín, y, como Dios me dió a entender, le declaré el bien que ambicionaba. Ella se sonrojó, y sin decir palabra, huyó de mi lado, dejándome más triste y más desconsolado que nunca.

Desde aquel momento procuró mantenerme a distancia, y casi nunca delante de gente me dirigía la palabra; con lo cual, desesperado y no pudiendo soportar aquel inextinguible amor, determiné irme con Dios, buscando la muerte en el lugar donde ya había comenzado la lucha. Precisamente la compañía del duque de San Nicandro marchaba a Roma para unirse al duque de Calabria y me incorporé a su ejército; sin comunicarle mi propósito, un día quise repetir la prueba; pero ella se mantuvo en su punto, con lo que yo debí persuadirme de que el amor que había creído descubrir en ella era tan sólo un sueño de mi imaginación.

Resuelto a ello—era por la tarde, y aquella noche debía alojarse en Capua la compañía del duque para partir por la mañana—, puse mis cosas en orden para estar al día siguiente a caballo. Como de costumbre, concurrí a la velada en casa

del padre de Ginevra. Nos encontrábamos los tres solos en torno de la mesa y se jugaba a la *tabla real*; cuando hallé la ocasión le dije como había decidido partir a la mañana, pues me enojaba ya aquel ocio y tenía deseos de combatir, para lo cual le suplicaba me diera licencia. El conde elogió mi propósito, y yo, con el rabillo del ojo, observaba, no perdida aún la esperanza, el rostro de Ginevra. ¡Piensa cómo quedaría yo cuando la vi mudar de semblante y enrojecérsele los párpados! A escondidas me lanzó una mirada que me decía lo suficiente.

Quedé suspenso, vacilante; pero comprendiendo que no podría honradamente volverme atrás, me fué forzoso en aquellos momentos, en que me sentía el hombre más feliz de la tierra, mantener mi desafortunada partida: de aquí nacieron todos mis infortunios.

¡Si Dios hubiese querido matarme cuando puse el pie en el estribo, hubiera sido menor el daño para ella y para mí!

Partí para Roma, maldiciendo mi estrella, y llegué allí cuando por una parte entraba el rey Carlos y por la otra se retiraban los nuestros. Hubo varios encuentros, y yo tanto me arriesgué en ellos combatiendo contra los suizos, que me dejaron por muerto con dos lanzadas en la cabeza, de las que a duras penas pude curar. Estas heridas las sufrí cerca de Bellietri. Recogido de campo y curado, permanecí allí dos meses sin tener la menor noticia de Ginevra ni de su pa-

dre, escuchando tan sólo las tristes noticias que llegaban del reino, y que aumentadas siempre por el vulgo y mezcladas con mil relatos fabulosos, no se podía colegir de ellas nada concreto. Restablecido al fin, y queriendo salir de tanta incertidumbre, una mañana monté a caballo y me vine a Roma. Encontré en ella un desorden enorme. El Papa Alejandro, que al paso del rey por la ciudad se le había mostrado poco amigo viendo cómo andaban las cosas del reino, y que ya se hablaba de la liga entre Luis el Moro y los venecianos, lo que obligaría a los franceses a volver sobre Roma, estaba en gran ansiedad y reorganizaba de la mejor manera su ejército, fortificando la ciudad y su castillo.

Apenas echado pie a tierra, fuí a presentar mis respetos a monseñor Capece, que estuvo conmigo muy afable y quiso a todo trance obligarme a dejar la hostería.

Entre tanto, crecían en Roma los rumores, aguardándose por momentos la vanguardia del rey, compuesta de suizos muy temidos de todos.

Arribó al fin el ejército. El Papa, con Valentino, había huído a Orvieto. Los franceses, unos se alejaron de la ciudad, otros en Prati (1). Se comportaban bastante bien con el pueblo, hasta el punto que todos se consideraron tranquilos. Pocos días después, el rey marchó a Toscana. Sin embargo, por Roma continuaban merodeando, hoy

(1) Se llamaba así el trozo de la campiña romana entre Castel Sant-Angelo, el Tiber y el monte Mario.

uno, mañana otro, los jefes, dedicándose a la rebusca de avituallamientos en los lugares donde hallaban menor oposición. Después cesaron los temores, y cada uno atendió como de costumbre a sus asuntos. Yo, pensando siempre en Ginevra, apenas pude hacerlo honrosamente; me despedí de monseñor Capece para volver a casa y saber noticias ciertas de allá, que en todo aquel tiempo no había tenido ocasión de hablar con quien la conociera.

Una mañana temprano me puse en camino dispuesto a cabalgar todo el día hasta Citerna, y de la calle Julia, donde vivía monseñor, tomé por la plaza Farnese, y, dirigiéndome hacia la puerta de San Giovanni, junto al Coliseo, me tropecé con una patrulla de franceses, con bagajes; y cuando estuvieron cerca, vi que traían una litera, donde yacía uno de sus capitanes. Por la venda que ceñía las sienes, comprendí que debía estar herido en la cabeza. Conteniendo el caballo, me había detenido para dejarles paso, cuando me sobrecogió un grito agudo, y volviéndome a mirar, vi a Ginevra, que, del otro lado, caminaba con ellos. Pero, ¡Dios santo, cómo había cambiado! Fué un milagro el que yo no cayera a tierra. El pecho me estallaba bajo la coraza; sin embargo, presumiendo lo que pudiera ser, fingí seguir mi camino, y, volviendo grupas, sin perderlos de vista y pensando en lo peor, seguí tras ellos hasta el alojamiento.

Bien puedes creer que no me resolví a presen-



tarme nuevamente a monseñor, que me creía ya a muchas millas de distancia, y mucho menos me atreví a presentarme a Ginevra, temiendo, si lo-graba hablarle, oír de sus labios lo que no hubiera podido soportar. Pero, al mismo tiempo, impa-ciente por aclarar las cosas, no me determinaba ni sabía qué partido tomar.

Dejándome conducir por el caballo, al que la querencia encaminaba hacia las cuadras de mon-señor, me encontré en Banchi, frente a la tienda de un tal Franciotto, apodado el "Barca", porque su comercio era el de transportar mercancías desde Ostia a Ripa Grande.

Al topar con este sujeto, antiguo amigo mío, eché pie a tierra, y, llevándolo aparte, le confié que, habiendo abandonado el palacio de monseñor por ciertos motivos, me convenía permanecer oculto. El me ofreció su casa, situada en un arrabal, y me condujo a ella. Una vez allí, tomé el partido de declararle que, habiendo visto a una doncella, con cuya familia tenía amistad, en unión de cierto francés, deseaba saber cómo la había conducido hasta allí para prestarle ayuda si era necesario. E indicándole el sitio donde se habían apeado, le rogué se ingeniara para hablar con alguno de la servidumbre y hallar el modo de que, sin descubrirme, pudiera yo realizar mis deseos.

Franciotto, que era hombre sagaz y de grandes recursos, fácilmente supo complacerme. A la media hora vino a buscarme y me condujo a un mesón donde nos aguardaba uno de sus acólitos, que ya

había trabado relaciones con un escudero del francés, e invitándole a beber, le había tirado de la lengua y puesto en situación de tal modo, que cuando nosotros arribamos le fué muy fácil a Franciotto enderezar la conversación hasta hacerle decir lo que jamás hubiera querido yo saber. El nos contó que, llegados a Capua y encontrando en ella una gran resistencia, la ciudad fué tomada al asalto y saqueada luego; que su amo, Claudio Grajano d'Asti, que así se llamaba, se entró con su tropa en la casa del conde de Monreale, el cual, herido en la refriega, había sido transportado a su estancia, sin ánimos ya para defenderse. Llegados hasta el mismo lecho donde yacía, la hija, de rodillas, imploró por ella y por su padre a Grajano, que, rabioso como un perro, se disponía a atropellar por todo; pero el conde, incorporándose trabajosamente, le dijo:

—Cuanto poseo en el mundo es vuestro; pero tomad por esposa a esta hija mía para que su honestidad se salve y no caiga en manos de esas gentes.

Ginevra, temblando, por la vida de su padre y por la de ella misma, no supo oponerse. Dos días después murió el conde.

Me mordía las manos pensando que, acaso si yo me hubiese encontrado presente, no hubiera ocurrido tan grandes desventuras. Pero ya no había remedio. Salí de allí, y toda la noche anduve vagando por las calles como un loco, y más de una vez estuve a punto de quitarme la vida: la miseri-

cordia de Dios me contuvo. Era tanto el dolor y el desfallecimiento experimentado, que las palabras no podrían expresarlo. Por instantes me faltaba la vida, y no pudiendo soportar ya tantos sufrimientos y tan repetidos afanes, formé los más extraños propósitos e imaginé las más locas resoluciones. Pensaba en matar al marido; en buscarme la muerte por algún modo tan extraño que Ginevra pudiera conocer que había sido conducido a ello por causa de su amor, y me confortaba la idea de su pesar; de una en otra, haciendo mil imaginaciones, estuve a punto de perder la cabeza.

Pasé en este estado varios días, hasta que una tarde me decidí a probar fortuna. Embozado en la capa hasta casi ocultar el rostro, y con la gorra encasquetada hasta las cejas, me fuí al alojamiento donde paraban. Se asomó a la ventana una sirvienta y me preguntó qué quería. "Di a la señora—respondí—que quiere hablarle uno que llega de Nápoles y le trae noticias de los suyos."

Me hicieron pasar a una sala baja alumbrada por un candilejo que apenas daba luz. A mí me parecía tan pronto hallarme a las puertas del paraíso como a las del infierno; y era tan profunda mi emoción, que se me tambaleaban las piernas, y tuve que sentarme. Aguardé algunos minutos, que me parecieron muchos años; pero cuando sentí hacia la escalera el rumor de unos pasos y el roce de unas sayas, casi casi perdí todo el aliento de vida.

Entró Ginevra y permaneció un poco alejada,

mirándome. Yo, ¿lo creerás?, no pude ni moverme ni articular palabra; pero ella, apenas me hubo reconocido, lanzó un grito y cayó traspuesta. La cogí en mis brazos, le abrí el corpiño y me las valí como pude para reanimarla, aunque desconcertado por la importancia del caso y por el temor de ser descubierto. Con el agua de un jarro que allí había le rocié el rostro; pero las lágrimas ardientes que me brotaban de los ojos e inundaban su frente fueron más poderosas para volverla a la vida. Viéndola recobrada, no supe hacer otra cosa que cogerle una mano y llevarla a mis labios, con tal pasión que creí que mi alma trasponía en aquel punto. Así permanecemos algunos instantes. Al fin ella, temblorosa, se apartó de mí, y con voz apenas perceptible me dijo:

—¡Héctor, si supieras lo sucedido!

—Lo sé—respondí yo—; lo sé todo y no necesito saber más. Solamente quiero morir cerca de ti y verte alguna vez mientras me dure la vida.

En esto se oyó un rumor en la parte alta, y sentí que el frío me helaba los huesos, temiendo ser sorprendido y que a ella pudiera sucederle algún daño. Dándole a entender con el gesto, más que con las palabras, que me ausentaba, salí de allí menos afligido y desconsolado.

Entre tanto, las heridas del marido no curaban; muchos franceses, caballeros y prelados venían diariamente a visitarle. Aunque el maravilloso rostro de Ginevra mostrase los afanes que la atormentaban interiormente, su belleza no decaía.

Y una cierta y lánguida palidez le daba tal expresión de apasionamiento que no se la podía mirar sin quedar rendido. Entre aquellos señores producía tal impresión su juventud, su porte y todas sus dotes angelicales, que de ella se hacían lenguas, hasta el extremo que, corriendo su fama, llegó a oídos de Valentino. Mucho se hablaba entonces en Roma de este personaje. El duque de Gandía, su hermano, había sido muerto una noche en la calle aun no hacía un mes, y sobre esta muerte se le hacían grandes cargos. Además, renunciando a la púrpura cardenalicia, se había dedicado por entero a las armas, y se decían de él cosas tan enormes que no se sabía qué pensar. Temí entonces que Ginevra fuese también víctima de sus asechanzas, y acerca de esto oí de boca de la plebe muchas inconveniencias que no me atrevía a castigar por respeto a ella misma, consumiéndome de rabia al no poder hacer un escarmiento que manifestara mi condición.

Así las cosas, llegó el momento en que, con la excusa de visitar al marido, entraba y salía en su casa familiarmente, y si al verlo experimentaba una aversión indecible, la refrenaba y la sufría gustoso, y aun hubiera sufrido muchas cosas más con tal de verla alguna que otra vez, aunque jamás podía hablarla ni expresarle mis sentimientos; bien que ya sabía de antemano, conociéndola, que hubiera sido machacar en hierro frío.

Grajano d'Asti era de aquellos hombres que se

encuentran diez a cada paso; ni bello ni feo, ni bueno ni malo; buen soldado, pero que hubiera servido al turco si le hubiese pagado mejor. La hacienda de Ginevra le había hecho lo suficiente rico, y él la valuaba como se valúa una propiedad: exclusivamente por su renta.

Pasaron algunas semanas más. Por la tarde solía ver a Ginevra, de cuya amistad conmigo el marido no recelaba; preocupado con su herida, que no acababa nunca de cerrarse, poco experimentado en asuntos de amor, sus pensamientos iban por otros derroteros, lo cual favorecía nuestras entrevistas, que llegaron a ser más frecuentes.

Entre tanto, Valentino, deseando reunir gente para la empresa de la Romaña, entabló negociaciones con Grajano d'Asti, ya más repuesto y en disposición de montar a caballo. Fácilmente se pusieron de acuerdo, contratándose por veinticinco lanzas, lo que al marido de Ginevra le pareció un buen negocio. Una tarde vino el duque a casa de Grajano para estipular el contrato, y con tal motivo se celebró una fiesta, a la que asistieron algunos prelados franceses y varios caballeros que, hallándose sin colocación, esperaban ser contratados por el duque, ya que él aceptaba a cualquiera sin reparos. Yo pensaba si ofrecer también mis servicios para correr la misma suerte que Ginevra; sin embargo, no podré decirte por qué no me decidí ni por qué aquella noche no concurrí a su casa. La pasé vagando por las calles más desiertas de Roma, siempre torturán-

dome el cerebro con mil suposiciones y sin poder librarme de ellas. Hacía días que encontraba a Ginevra más abatida y me parecía por momentos descubrir en ella un no sé qué indescifrable y que ella ocultaba en lo más profundo de su pecho. ¡Dios sabe las ansias que pasé aquella noche!

Al día siguiente fuí a su casa como de costumbre. Al llegar a la puerta advertí un desorden extraño. Salía un fraile de Araceli con el Bambino (1). Un sudor frío corrió por mi cuerpo... Me precipité en la casa, y una criada me dijo:

—La señora está en trance de muerte.

La noche antes, después de la cena, había sido presa de un desvanecimiento que no se creyó de importancia. Conducida al lecho y confortada con paños calientes, se tranquilizó, permaneciendo así hasta la mañana; pero ya estaba el sol muy alto y no volvía en sí. Entonces se llamó a un tal maestro Jacobo, de Montebueno, entendido en medicina, que la encontró fría, y el desgraciado, en vez de echar mano de todos los recursos, se conformó con algunas palabras recomendando que la dejaran descansar. Volvió a la tarde, y, sobresaltado, dijo que ya no había remedio, e hizo llamar al cura; y, sin más socorrerla ni combatir tan inexplicable mal, poco después del *Angelus*, la desconsolada familia oyó de labios de aquel médico que todo había terminado.

---

(1) El Bambino de Araceli, imagen del Niño Jesús, se consideraba como milagroso y se llevaba a las casas de los moribundos

En este punto del relato llegaban a un lugar desde el cual ya se divisaba el campamento de los franceses. Héctor calló; avanzó el heraldo tocando su trompeta, saliéndole al encuentro un jinete para averiguar qué querían. Conocido el motivo, advirtió al oficial de guardia, el cual, después de leer la carta que escribía Gonzalo al duque de Nemours, jefe de aquel ejército, rogó a Brancaloneo y a Fieramosca que aguardaran hasta que el duque les concediera licencia para entrar en el campo. Ofrecióles entretanto una barraca donde se alojaba la guardia; pero los dos amigos, habiendo oído que el alojamiento del capitán estaba aún lejos, resolvieron aguardar allí en tanto que volvía la respuesta.

Cerca crecía un grupo de encinas rodeado de fresca hierba, y que ofrecía apacible sombra para resguardarse del sol, que en aquella hora abrasaba. Atados los caballos a un árbol, los dos guerreros, después de desarmados, sentáronse el uno al lado del otro, apoyando las espadas en los troncos. Una ligera brisa marina refrescaba sus rostros. Entonces el uno comenzó a hablar de nuevo animadamente, mientras que en el otro acrecía el interés por escucharle.

---



## CAPITULO V

Fieramosca prosiguió su relato de este modo:

—Muerta Ginevra, el mundo acabó para mí. Salí de la casa aturdido, los ojos secos y en ellos retratado el asombro. ¿Dónde fuí y qué hice en aquellos primeros momentos? Apenas lo podría decir si los acontecimientos posteriores no me lo hubiesen hecho conocer. Andaba como un imbécil, o como sucede cuando una maza ferrada te hiere en la cabeza y por algunos momentos te zumban los oídos y te parece que todo da vueltas a tu alrededor; de este modo, sin saber lo que ocurría en torno mío, pasé el puente. La casa de Ginevra estaba al lado de la torre di Nona—y siguiendo el arrabal viene a dar en la plaza de San Pedro—. Mi buen amigo Franciotto, enterado en parte de mi desventura, andaba en mi busca y me encontró al fin caído al pie de una columna. ¿Cuál era mi estado? No sabría decírtelo. Sentí unos brazos que me suspendían y que me sentaron. Entonces volví en mí y lo vi a mi lado. Comenzó a consolarme con cariñosas palabras, y poco a poco fui reponiéndome. Me ayudó a levantarme, me condujo hasta casa, me desnudó, me acostó, se sentó

a mi cabecera y se estuvo a mi lado silencioso, sin siquiera enojarme con palabras de consuelo que él sabía que eran inútiles. De esta suerte, sin pronunciar palabra, pasamos toda la noche. Me había acometido una fiebre violentísima, que por momentos me atacaba al cerebro, y en mi delirio creía ver una fantástica figura cargada de armas que me oprimía el pecho hasta ahogarme. Finalmente, el llanto vino en ayuda de mi naturaleza; sonaban las diez en el reloj del castillo, y los rayos del sol penetraban por las rendijas de la ventana. Próximas a la cabecera del lecho colgaban del muro la espada y todas mis armas. Alzando los ojos distinguí la banda azul que años antes me había dado Ginevra. Su vista, como una ballesta que dispara, abrió paso a mis lágrimas, que comenzaron a brotar a torrentes, y esto, aliviando mi pecho, fué causa de que renaciera a la vida. Después de una hora de llanto me encontré reanimado y pude escuchar algunas palabras. El concurso del buen Franciotto me ayudó a pasar el día, y por la noche me levanté. A medida que volvía en mí meditaba sobre el partido que más me convenía tomar; y de uno a otro pensamiento, desesperando muchas veces de poder continuar la vida, y considerando si me dejaba consumir de dolor lo insoportable que sería aguardar tal género de muerte, resolví perecer y volver cuanto antes al lado de aquella alma bendita. Resuelto a ello, me pareció haber logrado una gran ganancia, y me quedé tranquilo. Franciotto, que no se

había separado de mí, salió un momento para inspeccionar su comercio, prometiéndome volver cuanto antes. Yo entonces, cogiendo mi daga—esta misma que llevo al cinto—, quise realizar mi propósito; pero, acordándome de que aquella tarde debía ser el entierro de Ginevra, quise contemplarla por última vez y morir a su lado. Vestido de cualquier modo, ceñida mi espada y al pecho mi único tesoro, aquella banda azul, salí.

Pasado el puente me encontré con el entierro. En dos hileras venían los frailes de la Regla, y muchos otros, cantando el *Miserere*. Tomaron por la vía Julia y por el puente Sixto, llevando el féretro cubierto con un gran paño de terciopelo negro. Yo, si he de decir verdad, a la vista de aquello no me impresioné: pensando que, si no en vida, al menos en la muerte, estaríamos juntos; que emprendíamos el mismo viaje y que íbamos a tener el mismo albergue. Me agregué al cortejo abrigando una funesta alegría, y con todo el pensamiento en el más allá me dejé conducir sin saber adónde iba. Pasado el puente Nuevo por el Trastevere, entramos en Santa Cecilia, depositando el ataúd en la misma cripta donde está sepultado el hijo de Santa Francisca Romana. Me mantuve aparte apoyado en el muro mientras los frailes cantaban las últimas exequias. Al fin, entonaron el *Requiescat in pace*. Todos salieron, en silencio, y yo quedé solo y envuelto en una obscuridad casi absoluta. No había más luz que la lámpara de la Virgen. Oí el rumor y los pasos de

la gente que se alejaba. Sonó la hora de queda, y tintineando el manajo de llaves, sentí acercarse al sacristán, que se disponía a cerrar. Al pasar junto a mí se me acercó y me dijo:

—Se va a cerrar.

Y le respondí:

—Yo me quedo.

El entonces, observándome y haciendo como quien reconoce, dijo:

—¿Eres el servidor del duque? Has andado en extremo solícito... Dejaré la puerta encajada, y, puesto que estás aquí, me voy a mis quehaceres.

Y sin decir más, se alejó.

Aquellas palabras me dejaron confuso, y no sabía si él o yo estábamos soñando... ¿Qué duque? ¿Qué puerta entornada?... ¿Qué quería decir todo aquello que pensaba yo entre mí? Muy distante de la verdad, y no sintiéndome en disposición de discurrir, volví a mi primera resolución, y tras de un breve espacio en medio de aquella absoluta quietud, me acerqué al ataúd con el frío de la muerte en mis huesos. Quitado el paño que lo cubría y sacando mi daga, que era fuerte y aguda, me puse a violentar la caja, costándome gran trabajo con aquel solo instrumento hacer saltar los clavos; pero tanto afán puse en ello, que al fin pude lograrlo.

Su hermoso cuerpo apareció envuelto en blanquísimo sudario; antes de morir quise contemplar su angélico rostro por última vez; de rodillas comencé a levantar los lienzos que me impedían

satisfacer aquel último consuelo. Al fin, apareció su rostro, semejante a una estatua de cera. Temblando apliqué mi frente a la suya, y furtivamente, porque me pareció un delito, no pude menos de besarla en los labios. En este punto los de Ginevra se estremecieron. Me sentí morir. ¡Cuánto puede, Dios omnipotente, tu misericordia! Tenía en mi mano su pulso, y el latido de su corazón paralizaba el mío. Ginevra no estaba muerta.

Pero piensa cuál sería mi extravío encontrándome solo en aquella situación. Si ella volvía en sí, pensaba, al encontrarse en aquel lugar, el terror bastaría para darle muerte. No sabía qué hacer... Volví los brazos suplicantes hacia la imagen, e invocándola en plegaria ferviente:

—¡Oh, Madre de Dios! ¡Haz que yo pueda salvarla!

Y en lo más profundo de mi corazón hice el voto solemne de no pretender jamás de ella cosa alguna que atentare a su honestidad si lograba volverla a la vida; de igual modo ahuyenté para siempre el propósito de dar muerte a su esposo, intención que vivía arraigada en mi ánimo y que antes o después hubiera puesto en ejecución. No permaneció indiferente la divina piedad a tan sincera y fervorosa plegaria.

Franciotto, que había salido de casa, como te dije, al volver me había visto marchar hacia el puente, y temiendo, como me confesó después, que pretendiese quitarme la vida, me siguió; pero, hombre discreto, evitaba el hablarme en aquellos momen-

tos, comprendiendo que mi situación no era la más a propósito para consejos, sino para prestarme ayuda en el momento que fuese necesario. Entró con los otros en la iglesia, permaneciendo oculto en un ángulo obscuro y, según después me dijo, me vió echar mano a la daga, y estuvo por acudir y detenerme el brazo: hubiera llegado tarde. Viendo después que mi intención era tan sólo la de abrir la caja, estuvo atento, y cuando comprendió mi situación y la necesidad de ayuda, se me acercó.

Sentí sus pasos apenas acababa mi plegaria; me volví y lo encontré a mi lado. Me abracé a sus rodillas, como aquel que recibe dos vidas en un mismo punto y como a un ángel que descendiera de los cielos en mi socorro. Alzándome pensaba de qué modo se podría sacar de su fúnebre lecho a Ginevra; al fin, tomando el paño de terciopelo que cubría la caja, lo tendí del revés para que, si ella volvía en sí, no pudiera darse cuenta de lo que significaba aquella envoltura, y acomodando los lienzos que la envolvían hasta hacerle lo mejor posible una especie de lecho, la sacamos de la caja, y con el mayor cuidado la colocamos sobre él.

La desventurada Ginevra no había abierto aún los ojos; pero algunos roncosp suspiros salían de su pecho. Franciotto, buscando en los armarios, tuvo la suerte de encontrar las vinajeras de la misa, y trayéndolas aplicó una de ellas a sus labios y vertió en ellos algunas gotas de vino con el propósito de reanimarla.

Después, con todo esmero, yo a la cabeza y Franciotto a los pies, suspendimos el paño donde iba el cuerpo adorado de Ginevra, y sin incidente alguno, gracias a la intervención de la Santísima Virgen, lo sacamos fuera de la iglesia, dirigiéndonos por San Miguel hacia Ripa, en cuyo muelle Franciotto tenía una barca. No creímos encontrar sitio más seguro. Hicimos un lecho sobre cubierta, y ayudados por dos o tres hombres que nos aguardaban en la lancha, acomodamos el cuerpo. Mientras, Franciotto corrió en busca de un barbero amigo suyo, hombre fiel y que podía prestarnos ayuda si era necesario sangrarla.

Franciotto tenía que pasar por delante de Santa Cecilia. Al acercarse vió junto a la puerta una compañía de hombres armados, que en un principio creyó era una guardia; pero acercándose a ellos sigilosamente, comprendió que no era así. Había unos treinta soldados, entre picas y espadas, y un poco más allá una litera servida por dos hombres. El que parecía mandar a aquella gente aguardaba a la puerta de la iglesia, embozado en una capa, dando muestras de una gran impaciencia. A poco aparecieron dos criados, que dirigiéndose a él exclamaron:

—Excelencia, la caja está rota y vacía.

Fué tan grande la impresión de aquellas palabras, que el de la capa, sacando de debajo una linterna, dió con ella tal golpe en la cabeza del criado, que le hizo caer muerto a sus pies; y el otro, a no escapar corriendo, hubiera también pe-

recido, que ya el embozado había puesto mano en la espada. Tras de muchas increpaciones y reniegos, optó por marcharse. Franciotto había distinguido entre el grupo de gentes de armas uno con ropilla y capa de curial, y a la luz de algunas antorchas reconoció ser el maestro Jacobo de Montebuono. La presencia de aquel bribón en tal lugar y compañía le sugirió extrañas sospechas. Cuando todos echaron a andar, Franciotto los siguió de lejos, y en vez de buscar al barberc, pensó en el propio maestro Jacobo. Sólo temía el que se hiciese acompañar hasta su casa por algunos soldados; pero quiso Dios que, habitando al principio de la calle Songara, cuando estuvo en el puente Sixto, hallándose ya muy cerca, dejó marchar a los otros, que cruzaron el puente, y él se vino a su casa. Entonces se le acercó Franciotto, y asegurándole que nada tenía que temer, le rogó que fuese con él hasta Ripa Grande para ver a una joven que estaba gravemente enferma; y tanto supo rogar, que lo llevó consigo.

No bien entrados en la barca, cuando nos reconoció a mí y a Ginevra, comprendiendo que había caído en un lazo. Franciotto, llamándome aparte, me contó todo lo que había visto a la puerta de Santa Cecilia y las palabras que había oído. Todo aquello me dió que pensar, descubriéndome al mismo tiempo el cómo debían de haber sucedido las cosas. Llamé al maestro Jacobo, y apretándole y amenazándole, a él que era el hombre más cobarde del mundo, le hice cantar. El me dijo cómo



por orden de Valentino había dado a Ginevra la noche del banquete un vino compuesto, en virtud del cual quedó abismada en un letargo cataléptico; con lo que, dándola por muerta, fué conducida a la iglesia, de donde el duque había de sacarla fácilmente aquella misma noche.

Era un verdadero milagro el fracaso de una trama tan bien urdida; imagina cuántas veces di las gracias a Dios.

Entonces, dirigiéndome al maestro Jacobo, le dije:

—Escuchadme... Ahora mismo podría mataros con esta daga, pero os quiero conceder la vida con tal de que ella se salve. Recurrid, pues, a vuestros remedios, si queréis escapar sano y salvo; pero os advierto que, si después se os ocurre confiar a alguien el desenlace de esta aventura, más tarde o más temprano os mataré como a un perro.

El maestro, aterrado, me prometió hacer cuanto yo le ordenase, y sin más vacilar se acercó a Ginevra. Yo entonces, aconsejándome de Franciotto, mandé soltar la amarra de la barca, y siguiendo el curso del río, vinimos a arribar a Magliana poco antes de dar las cinco.

El maestro no habló jamás una palabra de cuanto sucedió en aquella noche.

Y fué que, entre tanto, Ginevra, vuelta en sí y habiendo abierto los ojos, miraba a su alrededor atónita. Yo, seguro entonces de volver a contemplarla viva, y pareciendo haberse operado un milagro, daba gracias a Dios.

Al cabo de una hora, teniendo yo entre mis manos una de las suyas, sobre la que apoyaba la frente y a veces mis labios, mesándome ella los cabellos que me caían sobre la frente y mirándome con fijeza, me dijo al fin:

—¡Oh, eres tú, Héctor mío!... ¡Pero, cómo?... ¡Dónde estamos? Esta no es mi alcoba.

Y observaba la cámara adonde la habíamos transportado.

—¿Qué ha ocurrido, Dios mío?

En esto Franciotto, que de cuando en cuando se asomaba para observar cómo andaban las cosas, apareció en la puerta. Ginevra lanzó un grito, y abrazándose a mí toda temblorosa, decía:

—¡Socórname, Héctor!... ¡Míralo, míralo! ¡Virgen Santísima, ampárame!

Yo me esforzaba solícitamente en tranquilizarla; pero era inútil: tal espanto le producía la presencia de Franciotto, que parecía que los ojos se le iban a escapar de las órbitas. Teniendo presente todo lo acaecido, le dije:

—Serénate, Ginevra, no es ése el duque, sino un querido amigo mío que sólo desea tu felicidad.

A estas palabras, deponiendo todos sus temores, volvióse solícitamente hacia Franciotto, y faltó poco para que le pidiera perdón. Piensa cómo maldeciría yo en mis adentros a Valentino.

Ginevra me rogaba insistentemente que le explicara por qué se encontraba allí, y yo le suplicaba que tuviese buen ánimo y una confianza entera en mí; que atendiera tan sólo a su salud,

procurándose el reposo, que le era muy necesario. Tanto le dije, que logré tranquilizarla, y ya de mañana, después de hacerle tomar un cordial, se durmió.

Yo, por mi parte, no descansaba. Comprendía que era una loca esperanza pretender que permaneciera conmigo, y que, a mi pesar y quizás al suyo, ella pretendería volver con su marido apenas las fuerzas se lo permitieran. Envié inmediatamente a Roma a Franciotto para que se informara del estado de Grajano y de cuanto hubiese sucedido en la casa.

Franciotto volvió al caer de la tarde, trayéndonos la nueva de que Valentino había levantado el campo con sus tropas, encaminándose a la Romaña, llevando consigo a Grajano. No se sabía cuáles eran sus propósitos ni qué empresa había de acometer primero.

Comuniqué estas noticias a Ginevra, la cual, conociendo ya todos los riesgos por que había pasado, vacilaba sobre qué partido tomar. Yo le demostré que en modo alguno le convenía volver a Roma, donde Valentino podría verla de nuevo e insistir en su primer propósito: que su marido, empeñado en los quehaceres de la guerra y supeditado a la voluntad del duque, difícilmente podría, aun queriéndolo, servirle de defensa. Además, ¿dónde encontrarlo? Le rogué con el mayor afecto no pretendiera contrariar lo que bien a las claras era la voluntad de la Providencia, que por caminos tan extraños nos había reunido, apar-

tándola de una situación llena de insidias y de peligros; que pensara que, alejándonos de allí, podríamos, aprovechándonos de su presunta muerte, encaminarnos sin infundir sospechas a un lugar donde, libre y tranquila, pudiera al menos esperar y ver qué partido le convenía, en vista de lo que la fortuna le deparara a ella y a su marido; y como expresión de mi fe, le dije estas palabras:

—Ginevra, yo he jurado a la Virgen Santísima que te tendría a mi lado ni más ni menos que si estuvieses con tu madre.

Franciotto asintió a mis palabras ayudándome a convencerla, hasta que al fin Ginevra, pudiendo vencer los remordimientos, me dijo:

—Tú serás mi guía, Héctor. En ti está el demostrarme que es el cielo quien te ha enviado a mí.

Tomada esta resolución, recomendé de nuevo al maestro, con la mano puesta en la daga, que recordara su promesa, y lo dejé volver a Roma en compañía de Franciotto, del cual me separé con verdadero sentimiento. Volví a la barca, y sin procurarme otros medios, echamos río abajo hasta Ostia, desde donde costeando nos dirigimos a Gaeta. El reino estaba en manos de los franceses, y siendo éstos amigos de Valentino, no me parecía que estaríamos seguros hasta no hallarnos a mil millas de distancia; por lo cual, sin fatigar demasiado a Ginevra, continuamos el viaje alejándonos de la costa; y con la ayuda de Dios, una tarde arribamos salvos a Mesina, donde di-

mos gracias a la Providencia de todo corazón por habernos sacado de tantos peligros.

Llegado Fieramosca a este punto, advirtieron movimiento en el campo enemigo y un tropel de caballos que se dirigía hacia ellos. Héctor agregó:

—Mucho me queda por contar; pero éstos llegan y no tenemos tiempo. Para concluir, te diré que permanecemos cerca de dos años en Mesina; Ginevra, retirada en un monasterio, en el cual yo, que me hacía pasar por su hermano, la visitaba frecuentemente. Por este tiempo se había encendido la guerra entre España y Francia. La vida que yo llevaba me parecía indigna de un soldado y de un italiano. Sujeto como estaba por el voto hecho en Santa Cecilia, nuestros amores tenían que mantenerse en los límites de la virtud.

Toda Italia se había levantado en armas. Los franceses parecían los más fuertes, y a un lado el amor a la patria, que me impulsaba a lidiar contra el enemigo más peligroso, abrigaba dentro de mí un antiguo rencor contra los franceses, contra sus insolencias. Además, te lo digo sinceramente, creía a Ginevra más segura bajo las banderas de España, donde no podía alcanzarla Valentino. Estas razones, conocidas de Ginevra, que no obstante su amor no podía consentir que yo permaneciera indiferente mientras se combatía por la suerte de Italia, me resolvieron y escribí a Próspero Colonna, que en aquellos momentos hacía la recluta por cuenta de Gonzalo, quien por entonces estaba empeñado en la campaña de Manfredonia,

adonde nos dirigimos zarpando de Mesina, Durante la travesía ocurrió un extraño accidente. Estábamos en Tarento, y después de un descanso, una mañana salimos hacia Manfredonia. Era en el mes de mayo y hacía una niebla densa; nuestra barca, armada de dos velas latinas y doce remos, volaba sobre el mar, plano como una tabla. A mediodía, y a la distancia de un tiro de arcabuz, descubrimos cuatro naves, que nos intimaron a la obediencia. En el primer momento pensé en huirles, y hubiera podido hacerlo porque teníamos viento de popa; pero pensando en que con la artillería podrían causarnos algún gran estropicio, tomé rumbo hacia ellos. Eran embarcaciones venecianas que venían de Chipre y conducían a Venecia a Catalina Cornaro, la reina de aquella isla.

Enterados de quiénes éramos, no se nos molestó, y tras de ellos continuamos el viaje. Era ya de noche; la niebla se había hecho aún más densa, y yo consideraba como una gran ventura el haberme encontrado con aquella cuadrilla, que nos evitaría el extraviar nuestro rumbo en medio de aquella obscuridad. Hacia la media noche, Ginevra dormía y sólo dos hombres habían quedado en pie para cargar las velas y manejar la barca. Pero éstos también se habían adormilado. Sólo yo, sentado a proa, velaba, abstraído en mis pensamientos. Todo estaba en silencio, cuando me pareció oír en la cubierta de la nave donde iba la reina, y que nos precedía a corta distancia, los pasos de algunos hombres; les oía cuchichear;

pero con palabras amenazadoras y llenas de ira. Agucé el oído: una voz de mujer se mezclaba entre las otras y parecía demandar piedad. Después, con intervalos, como si quisieran sofocarlo, se oía un llanto. Al fin, percibí un golpe en el mar, como de un cuerpo que cae. Yo me levanté de un salto, y frunciendo las cejas, me pareció descubrir un no sé qué de blanco que se agitaba a flor de agua. Me arrojé al mar, y en cuatro brazadas me acerqué y pude echar mano a un trozo de vestido, y aferrándole con los dientes, volví a la barca remolcando un cuerpo. Mi gente, que se había despabilado al ruido, nos ayudó a subir a bordo. Vimos entonces que era una joven vestida sólo con la camisa y atadas las manos con una cuerda. Por el momento no daba señales de vida; a fuerza de cuidados logramos reanimarla. Procuramos quedar rezagados de los venecianos, que continuaban su rumbo sin cuidarse de nosotros. Arriamos las velas y permanecemos aguardando hasta el amanecer.

Salido el sol, abrió un poco el tiempo, y en breves horas estuvimos en Manfredonia, donde encontré al señor Próspero y donde Ginevra y la otra se alojaron en una hostería.

Tú ahora querrías saber quién era aquella doncella salvada del mar; pero no puedo satisfacer tu deseo, porque no lo sé. Ni yo ni Ginevra pudimos arrancarle una sola palabra ni del suceso ni de antecedente alguno de su vida. Es levantina; seguramente sarracena, y la mujer más recta, más

leal y más cariñosa del mundo, al mismo tiempo que la más fiera y animosa; ni la sangre ni las armas la intimidan, y ante el peligro más parece animada de un espíritu varonil que de la flaqueza de una mujer.

Desde aquel día ha permanecido siempre con Ginevra, y yo pude lograr de la abadesa de Santa Ursula que las recibiera a ambas en su monasterio, donde por la proximidad, ahora que la guerra nos tiene encerrados en Barletta, puedo visitarla con más frecuencia.

---



## CAPÍTULO VI

En esto arribaron los franceses que debían conducirlos al campo. Los dos amigos se levantaron, y montando a caballo se unieron a aquéllos.

Atravesaron por medio de largas filas de tiendas y de barracas y entre una turba de gente que corría a su encuentro deseando saber a qué venían. Rodeados de un tropel de soldados, desembocaron en una plaza formada por muchos pabellones en círculo, en cuyo centro, bajo una gran encina, estaba el del capitán. Se hallaba allí reunida la flor de los capitanes del ejército. Echaron pie a tierra y fueron introducidos. Después de una correcta pero breve acogida, trajeron dos escabeles, sobre los cuales tomaron asiento los dos italianos, de espaldas a la puerta.

La tienda estaba revestida de un raso azul, ramado de lirios de oro, y era de forma cuadrangular, dividida en dos partes iguales por cuatro esbeltas columnas de madera con estrías celeste y oro. Al fondo había un lecho cubierto por una piel de leopardo, bajo el cual dormían dos grandes lebreles. Próxima había una mesa atestada de frascos, ampollas, cepillos, joyas, collares, y colgado encima, un espejo de forma poligonal con un

marco de plata cincelada. Todo ello daba a entender que el distinguido duque no desdeñaba el atildarse. Un elegante moderno hubiera buscado en vano entre aquellos objetos de *toilette* la indispensable agua de colonia; pero, en cambio, podría encontrar dos grandes vasos de plata dorada, en la que había escrito: *Eau de citrebon* y *eau dorée*. Colgadas de las columnas, a modo de trofeos, había armaduras, lanzas y azagayas.

En el centro se hallaba sentado Luis d'Armagnac, duque de Nemours, virrey de Nápoles y elegido por el rey Luis XII para capitán en aquella guerra. Vestía un tabardo azul ribeteado de cibelina, y su noble postura rebosaba juventud, ardimiento y cortesía caballeresca. D'Aubigni, Ivo d'Allegre, Bayardo, monseñor de la Palicce, Chandénier, estaban a su lado, y rodeándolos, muchos barones y caballeros menos principales, que formaban un círculo dentro del cual venían a quedar encerrados Héctor y Brancaleone. Este último, más entendido en manejar el brazo que en improvisar anegas, dejó a Fieramosca la comisión de exponer la embajada.

Alzóse el joven y dirigió a su alrededor una rápida mirada, en la que ardía una llama de valerosa arrogancia, pero sin insolencia, como convenía al lugar y al objeto de su misión.

Narró el insulto de La Motte; propuso el encuentro, y para cumplir con las formalidades al uso, desplegado el cartel, leyó en voz alta la propuesta siguiente:

“Haut et puissant Seigneur Louis d’Armagnac, duc de Nemours. Ayant appris que Guy de La Motte, en présence de D. Iñigo López de Ayala, a dit que les gens d’armes italiens étoient pauvres gens de guerre; sur quoi, avec vostre bon plaisir, nous respondons qu’il a meschamment menti, et mentira toutes fois et quant qu’il dira telle chose. Et pour ce, demandons qu’il vous plaise nous octroyer le champ a toute outrance pour nous et les nostres, contre lui et les siens, a nombre egal, dix contre dix.

Próspero Colonna, Fabricio Colonna.—Die VIII aprilis MDIII.”

Leído el cartel, lo tiró al suelo, a los pies del duque, y Bayardo, desenvainando la espada, lo recogió en la punta.

Héctor, próximo a terminar su discurso, al hacer una pausa, miró a uno de los relucientes escudos que tenía delante, y que a modo de espejos reflejaban la cara de los que se hallaban situados a su espalda: la imagen de Grajano d’Asti se reflejaba en él. Héctor se turbó, y volviéndose, vió, en efecto, firme y a dos pasos de él, al marido de Ginevra, que lo escuchaba. Este repentino e inesperado encuentro truncó al final ya de su discurso la fuerza que hubiera querido imprimirle, y los circunstancias, que desconocían el caso, juzgando producida su vacilación por causas muy distantes de la verdad, hicieron poco honor a Fieramosca. Algunos de los guerreros franceses sonrie-

ron, pensando que no había que temer gran cosa de gentes que parecían turbarse con sólo hablar del próximo combate. El joven, apercebido del mal efecto, sintió subir la sangre a sus mejillas; pero, serenando su ánimo, pensó que, llegado el momento, se probaría el valor de cada uno.

La respuesta del duque no fué corta, ni de palabras ni de baladronadas; tanto más cuanto que el aspecto del italiano y su ánimo poco firme le daba argumento para ello.

Minutos después terminaba el parlamento y los mensajeros pasaron a una tienda próxima, donde se les sirvió un refrigerio.

Graiano también había reconocido a Fieramosca, y cuando salieron de la tienda del duque se le acercó, saludándole con la displicencia de los que estiman a los hombres más por los dones de la fortuna que por las virtudes personales. Lo había conocido pobre, y por su aspecto no le parecía que hubiera aventajado mucho en su posición.

—¡Oh!—le dijo—. Señor Juan..., no, señor Mateo... ¡Diablo!... No me acuerdo... Pero poco importa... En el mundo los que no se mueren vuelven a encontrarse.

—Así es—respondió Fieramosca, el cual, a pesar de la generosidad de su carácter no podía reprimir un sentimiento de rencor al encontrar de nuevo vivo y sano al que creía muerto y era poseedor de lo que él más amaba en el mundo. Hubiera querido no dejar tan a solas aquella excl-

mación: *Así es*; pero sus esfuerzos fueron inútiles y guardó silencio.

Graiano, que no se conformaba con medias palabras, viendo que el diálogo quedaba interrumpido, continuó:

—¿Y qué hacemos ahora? Estamos por España, ¿verdad?

A Héctor le pareció que en aquella interrogación en plural había algo de desdén, y respondió:

—¿Que qué hacemos? Vos no lo sé. Yo estoy con Próspero Colonna.

—¡Bah! Tened en cuenta el proverbio—dijo riendo, el piamontés—: *Orsini, Colonna y Frangipani, recogen hoy y pagan mañana*.

Este dicho corría entonces entre los soldados de ventura, teniendo su origen en la escasez de dinero con que tropezaban frecuentemente los señores romanos, los cuales estaban por lo mismo más ávidos de rapiña y menos puntuales en el pago de sus gentes.

Fieramosca, que no estaba para chanzas en aquel momento, no respondió; pero para no pasar por descortés, le preguntó cómo le iba y por qué había dejado el partido de Valentino.

—¡Oh!—repuso Graiano—. Porque ése es muy ambicioso y ha metido demasiada carne en el asador. Si hoy o mañana muere el Papa, todos caerán sobre él y le harán restituir el capital y las gabelas. Vale más no hablar de él. Ahora me he acomodado aquí, y me encuentro tan a mi gusto, que no me cambiaría por el Papa.

Durante este diálogo habían llegado a la tienda donde encontraron la colación, y apenas habían terminado cuando vinieron a buscarlos de parte del duque para hacerles entrega de la respuesta, que estaba, como podía presumirse, llena de orgullo y de jactancia. En ella se decía que los franceses estaban prontos al combate; que pedían que fuesen trece y no diez los combatientes, número considerado como fatal y elegido para presagiar el daño de los italianos. Además, se hizo entrega a los mensajeros de una carta cerrada para Gonzalo, y, separadamente, una lista de los caballeros franceses que habían sido designados para la lucha.

Héctor y Brancaleone volvieron al pabellón, aguardando sus caballos para regresar a la plaza. Entre tanto, se sirvió vino en abundancia, y los italianos bebieron en compañía de muchos caballeros franceses, entre los cuales estaba Bayardo. Este suplicó a Fieramosca le diera a conocer la lista. Héctor, sacándola del seno, se la dió. Entonces todos, llenos de curiosidad, rodearon a Bayardo, que leyó los nombres siguientes:

Charles de Tourges, Marc de Frignes, Giraut de Forces, Martellin de Lambris, Pierre de Lyaye, Jacques de la Fontaine, Elliot de Baraut, Jean de Landes, Sacet de Jacet, Guy de la Motte, Jacques de Guignes, Naute de la Fraise, Claude Grajan d'Asti.

—¡Claudio Grajano d'Asti!—exclamó Fieramosca mirándole asombrado.

—Sí, Claudio Grajano d'Asti — respondió el mismo—. ¿Creéis acaso que no sea yo tan grande y tan gordo como los demás?

—Pero, decidme, señor Claudio, ¿sabéis por lo que se combate en este duelo?

—¿Por ventura soy sordo? Lo sé perfectamente.

—Sabéis, entonces, que los italianos han sido tratados de traidores y de poltrones por los franceses, y que por eso se combate. Y ahora decidme, ¿de qué país sois vos?

—De Asti.

—¿Y Asti no está en el Piamonte? ¿Y el Piamonte es Italia, o Francia? Y siendo vos soldado italiano, ¿queréis combatir con los franceses contra el honor de Italia?

Los ojos de Fieramosca centelleaban al pronunciar estas palabras, y hubiera usado de otros argumentos si el recuerdo de la promesa hecha no le impidiera poner mano a la espada.

Grajano, por el contrario, que se encontraba a mil millas de distancia del pensamiento de Fieramosca, no había podido comprender desde el principio adónde iban a parar aquellas interrogaciones; aguardó el fin, y cuando llegó a darse cuenta, le pareció el mayor disparate del mundo; por lo cual, no dignándose contestarle directamente, se volvió a los demás y les dijo riendo:

—¿Han oído sus mercedes? Se diría que por primera vez tiene una lanza en su mano. ¡Vayan con Dios Italia, los italianos y quienes la defiendan! ¡Yo sirvo al que me paga! ¿No sabéis, jo-

vencito, que para nosotros los soldados donde está el pan está la patria?

—Yo no me llamo jovencito: me llamo Héctor Fieramosca—respondió éste, que no se podía contener—, y no entiendo una palabra de ese lenguaje tan cobarde que vos habláis. Si no fuera...

Y en este punto, involuntariamente, su mano fué a parar de nuevo a la empuñadura; pero se contuvo y siguió hablando con la cara contraída, como el que se ve obligado a tragar saliva.

—Sólo una cosa, ¡vive Dios!, no puedo comprender: que estos nobles caballeros, que vos, caballero Bayardo, el primero en todo el mundo entre los hombres de nuestra profesión, el más leal y el más hombre de bien, podáis escuchar que un italiano vitupere de este modo a su patria. Pero ¿quién no sabe que en todas partes nacen traidores?

—El traidor eres tú—gritó como un trueno el piamontés.

Y los dos metieron mano a las espadas; pero no llegaron a lucirlas, porque los demás, interponiéndose, les recordaron que un mensajero no podía ni ofender ni ser ofendido. La gritería y el tumulto fueron grandes; pero la voz de Bayardo que se dejaba oír sobre todas, los apaciguó, y Grajano fué alejado a la fuerza de allí.

Fieramosca, que había medio desenvainado la espada, golpeó con la mano en el puño para guardarla del todo y se volvió a Bayardo para excusarse de lo ocurrido.



El caballero, poniéndole sus dos manos sobre los hombros, le miró fijamente, tanto que el joven, sonrojándose, bajó los ojos; y estando así, Bayardo lo besó en la frente diciéndole:

—*Benoiste soi la femme qui vous porta.*

Una hora después, el puente de la fortaleza de Barletta se bajaba para dar paso a Héctor y a Brancaleone.

---

## CAPITULO VII

La mañana del día empleado por los italianos en los preparativos de lucha no fué perdida para los huéspedes, que desde la noche anterior ocuparon las habitaciones superiores en la posada del Sol. Sus nombres, que eran un secreto para todos menos para el caporal Boscherino, no lo serán tampoco para nuestros lectores. El uno era el propio César Borgia, duque de Valentino; el otro era don Miguel de Corella, uno de sus condottieros.

Comparar a tales rufianes con las bestias más dañinas y enemigas de todo ser viviente, es poco. Aquéllas obran por instinto, y el instinto tiene sus límites; pero ¿qué límite podrán tener en el camino de la perversidad los corazones miserables, guiados de un ingenio de diabólica sutileza, amparados en su poder, en el valor—porque no todos los bribones son cobardes—y en sus inmensas riquezas?

El hijo de Alejandro VI, terror de Italia y de todo el que poseía oro, dignidades o mujer hermosa, se encontraba solo, en una casa pobre y en medio de una multitud en la que cada uno hu-

biera comprado con su vida el placer de realizar en él su venganza.

Los que no conocen cuánta seguridad puede encontrar en sí mismo un temperamento fuerte unido a una reflexión fría y calculadora, darán a esta confianza el nombre de temeridad. Pero el duque se conocía suficientemente a sí mismo, y poniendo en la balanza, de un lado el peligro, y del otro las ganancias que podía reportarle su venida a Barletta, encontraba todas las probabilidades en su favor.

Dos circunstancias lo habían impulsado a este viaje: la una, encontrar a Ginevra, que por más de un indicio sospechaba estaría con Fieramosca; y si no podemos suponer que un hombre de sus condiciones estimara a esta mujer más que a tantas otras, al menos podemos afirmar que le escocía en extremo la forma en que había sido burlado. La otra era una razón de Estado; y para dar una idea de ella a nuestros lectores, es necesario reclamar su atención sobre la tenebrosa política de aquellos tiempos.

El poder de la casa de los Borgias, nacido de la exaltación del cardenal Rodrigo Lenzuoli al trono pontificio, había crecido poderosamente con las armas espirituales y temporales, con los robos, con las uniones de familia y con la ayuda de Francia, a tal extremo, que cada príncipe y cada república italiana vivían en continua sospecha. César, primeramente cardenal, no satisfecho con los productos de la púrpura, deseaba recoger para él solo la

herencia de su padre y el producto de sus delitos. El duque de Gandía, su hermano, portaestandarte de la Santa Sede, al cual el Papa tenía intenciones de darle un Estado en Italia, era el único impedimento que se oponía a su ambición. Un puñal pagado por el cardenal, o, según algunos, manejado por su misma mano, suprimió una noche aquel obstáculo. Un pobre hombre que hacía guardia custodiando unas barcas de carbón en Ripa vió llegar a tres hombres a la orilla del río; uno, a caballo, era el cardenal; a las ancas, de través, y sostenido por los otros a los pies y a la cabeza, venía el cadáver del hermano. Lo echaron al Tíber, lavaron la grupa del caballo y desaparecieron por una obscura callejuela.

Un mes después, el duque, depuesta la púrpura, montaba a caballo a la cabeza de un ejército. Usando unas veces de la fuerza, otras de la traición, ocupó muy pronto Faenza, Cesena, Forli, la Romaña, parte de la marca Camerino y Urbino. Pero la manera de conquistar y las artes empleadas para mantener el mal ganado señorío, y las injurias hechas a todos, encendieron en contra suya el odio universal, que sólo aguardaba para revelarse una ocasión propicia. Esta podía nacer de dos circunstancias: o por la muerte del Papa, o por faltarle la ayuda de los franceses.

La edad del Papa y la fortuna de las armas francesas, siempre fluctuante, le advertían que debía procurarse otro apoyo para el momento en que una de las anteriores llegara a faltarle.

Su perspicacia, que sabía penetrar en el sentido de las cosas y en el corazón más cerrado, le mostraba la verdadera situación de Italia en aquellos momentos. Conocía el valor impetuoso de los franceses, más aptos para vencer en una jornada que para sostener las fatigas de una guerra árida y larga.

Presentía, por otra parte, que el valor de Gonzalo sería suficiente para abatir aquel poderío; su prudencia, su firmeza y su perseverancia terrible harían cambiar la suerte de la flor de lis. De aquí que pensara en procurarse alguna relación con Gonzalo y tener aquella puerta abierta para en caso de que sus antiguos aliados vinieran a menos.

Una previsión tan celosa, de la cual si los franceses llegaban a tener la más remota sospecha quedaría fallida, no podía ser encomendada a nadie. De aquí que, saliendo ocultamente de Simigaglia, hubiese llegado a Barletta. Faltaba una hora para el alba cuando Valentino, que tenía uno de aquellos temperamentos férreos para los cuales apenas es necesario el reposo, ya se había levantado, y llamando a don Miguel, que estaba oído atento para no caer en falta, le entregó un pliego diciéndole:

—Esto para Gonzalo, que te dará un salvoconducto. Si te pregunta por mí, yo no estoy en Barletta; pero sí próximo. Ayer noche, por los soldados que cenaban ahí abajo, adquirí noticias de Ginevra. Estoy seguro de que ese Fieramosca la

tiene consigo o no muy lejos. Supongo que en algún lado próximo a la costa. Antes de vísperas sabré en dónde. Búscame a Fieramosca y haz que no se escape.

Don Miguel recibió la carta y las órdenes de su señor sin proferir palabra. Volvió a su cuarto, se vistió, y cuando se hizo día claro, calándose la capucha, se encaminó a la fortaleza.

Mientras don Miguel caminaba, el duque, desde el ventanillo, lo seguía, mirándole con malos ojos y con un gesto que presagiaba desventuras. Y, sin embargo, entre todos los pillos que tenía a su servicio—y los había de lo más escogido—, ninguno estaba tan compenetrado con su espíritu y con sus andanzas como aquél; y si la fidelidad puede albergarse en un pecho tan ruin, don Miguel había dado a su señor pruebas de ella en momentos de suma importancia. Pero precisamente porque le estaba más obligado y porque viniendo a ser su brazo derecho no podía desprenderse de él, César Borgia le odiaba. El origen de aquel hombre era muy dudoso; algunos lo suponían oriundo de Navarra; y sobre las circunstancias que lo habían conducido al servicio del duque se contaba un extremo caso de venganza realizada por él contra el hermano.

Vivía don Miguel con su mujer, que era joven y bella, y con un hermano menor, soltero. La belleza de la cuñada pudo tanto en el corazón del joven, que, echándose a la espalda todo respeto, no paró hasta reducirla en todo a su volun-

tad. Pero no supieron disimular suficientemente la intriga, que fué advertida por una sirvienta, la cual dió el soplo al marido. Este, puesto sobre aviso, los sorprendió, y acometiendo a ambos con un puñal, pudieron escapar de sus manos sin otro daño que algunas heridas.

Fué tanto el encono por el ultraje recibido, que, poniéndose en seguimiento de su hermano, quería matarlo a toda costa. Ellos, sabiendo que les tenía jurada la muerte, supieron esconderse tan bien, que durante algunos años fué inútil el intento del marido, al cual, desesperando ya de poder satisfacer su venganza, la rabia y el despecho lo conducían al sepulcro.

Por aquel entonces, en el año de 1485, fué publicado un jubileo en el país donde vivía don Miguel. Se hicieron procesiones, penitencias y sermones en las plazas, con lo que muchos antiguos odios se extinguieron, haciéndose las paces y deponiendo rencores para ponerse todos en gracia de Dios.

Pero el hermano, por más protestas de reconciliación que don Miguel le hizo, no consintió jamás en presentarse ante él. Al fin del año santo, empleado por don Miguel en continuas prácticas de penitencia, se resolvió a dejar el mando; y dirigiéndose a un convento de descalzos, entró como novicio, llegando luego a pronunciar sus votos solemnes. Enviado por los superiores a varias regiones de España, y, por último, a Roma, para que estudiara Teología, llegó a ser un eminente

doctor, y volviendo a España con fama de santo, fué ordenado en el sacerdocio. Dijo la primera misa con aquella pompa y asistencia de fieles, de amigos y de parientes que es costumbre en semejantes solemnidades; terminado el oficio, volvió a la sacristía, donde, aun revestido de los ornamentos sagrados, acudieron los amigos y parientes a besarle la mano y a abrazarlo. Todos le habían oído muchas veces deplorar el odio alimentado durante tantos años contra su hermano y decir que no tenía otro deseo en el mundo que el de lograr el completo olvido del pasado.

Ante lo solemne del caso, y movido por la súplica de los parientes, el hermano se resolvió a ir con ellos. Teniéndole delante, comenzó a hablarle con palabras sencillas, y abriendo sus brazos, el sacerdote lo estrechó contra su pecho, ante la alegría y la edificación de todos. Pero a poco se le vió que doblaba las rodillas y caía a tierra, dando un suspiro, mientras el sacerdote, blandiendo un puñal sutilísimo que le había hundido en el corazón, besaba la hoja sangrienta, y empujando con el pie el cuerpo del hermano, exclamaba:

—¡Al fin has caído!

Y huyó.

Fué tal el estupor de los circunstantes, que ninguno se movió para seguirle.

Su cabeza fué pregonada, y él, de tierra en tierra, llegó a Roma, donde Valentino le dió amparo, salvándole la vida. El duque tardó poco en conocer sus cualidades, y lo empleó en asuntos de



gran importancia, llegando a ser muy pronto aquel perverso fraile el alma de todas sus empresas.

Cuando llegó a la puerta del castillo, interrogado por la guardia, que le salió al encuentro, mostró un cofrecito que traía bajo el brazo, diciendo que venía de Levante y buscaba a Gonzalo para ofrecerle algunos objetos de rarísima virtud y de remedio oculto contra las enfermedades. Uno de los soldados, después de examinarlo, le invitó a seguirle. Entraron en un gran patio cerrado por altos muros, de antigua arquitectura. Las habitaciones de todos los pisos daban a unas galerías interiores formadas por columnas de granito, sobre las que descansaban arcadas románicas u ojivales, según la época de la construcción. Muchas torres redondas, almenadas y del tono rojizo del ladrillo, surgían a desigual distancia y elevándose muy por encima de los tejados. En la más alta, llamada la torre del reloj, ondeaba un gran estandarte amarillo y rojo: la bandera de España.

Subieron al primer piso por una escalera volada de alto barandal, sobre el que había una hilera de leones toscamente tallados en piedra, y entraron en una sala en la que el guía, abandonando a don Miguel, le dijo:

—Cuando salga el Gran Capitán podréis hablarle.

—¿Y queréis decirme cuándo saldrá?

—Cuando le dé la gana—respondió groseramente el soldado, y volvió a sus quehaceres.

Don Miguel sabía de antemano que la paciencia es la divinidad de las antesalas, y nada replicó. Reparando luego en que un grupo de caballeros retirados al fondo, junto a un ventanal que daba a la costa, lo estaba observando, para acercarse a ellos discurrió ir mirando las antiguas pinturas que decoraban los muros de la estancia, con lo que, poco a poco, y del modo más natural, llegó hasta ellos. Para sus adentros se decía: "Quién sabe si encontraré aquí algo bueno." Y aprovechando diestramente la ocasión de meter baza, a los pocos instantes se había incorporado al grupo.

La suerte, esa deidad a la que en la mayoría de los casos se invoca inútilmente, le sirvió mejor de lo que él esperaba. Observando con aguda mirada a los caballeros allí reunidos, reparó en uno como de cincuenta años, alto, flaco, con un hombro derrengado y que llevaba al cinto un espadón que le salía por debajo del balandrán y con el que partía las espinillas a todo el que se le acercaba, mientras hacía saludos y reverencias, echándoselas de hombre importante y necesario. Las cejas, que se elevaban arqueadas hasta mitad de la frente, y sus ojos grises, redondos y espantados, daban a su semblante una expresión mezcla de curiosidad y de estupidez. Y esta última cualidad se destacaba aún más por una perenne sonrisa de agrado con que matizaba todas sus palabras.

Este hombre era don Litterio de Fastidüs, podestá de Barletta y el hombre más impertinente, más vano y más desagradable del mundo.

Don Miguel, que sabía leer en las fisonomías, conoció en el acto que aquél era su hombre; se acercó a él, y con los modales más correctos, que cuando él quería solía usarlos de un modo extraordinario, lió con él la hebra. El podestá no terminaba jamás una peroración sin agregar una coletilla chistosa, de ese género que el lector conoce seguramente si ha recorrido las aldeas del reino asistiendo después de comer a la tertulia del boticario.

Era obligatorio reírle las gracias, y don Miguel, adivinándolo, se retorció de risa, exclamando:

—¡Jamás he hallado en el mundo hombre más ocurrente!

De este modo, en menos de media hora quedaron amigos.

Llevaban conversando un buen rato, cuando las puertas de la cámara de Gonzalo se abrieron y apareció Próspero Colonna, que había venido a recoger el salvoconducto; al atravesar la sala, todos le hicieron una gran reverencia. Don Miguel preguntó quién era, y don Litterio, dándola siempre de enterado, le explicó el lance, agregando multitud de detalles de lo ocurrido la noche antes en la cena, de Fieramosca y de sus amores. Don Miguel, aprovechando rápidamente la coyuntura, le preguntó:

—Ese joven... ¿Cómo decís que se llama?

—Fieramosca.

—¿Es amigo vuestro ese Fieramosca? Me interesa saberlo.

—¡Oh! Es muy amigo mio. Le protege el señor Próspero, y, en general, goza de grandes simpatías. Es un bravo mozo. Nos encontramos diariamente en casa de Colonna o en la plaza. ¡Lástima que tenga tan feo vicio! No se ríe jamás. ¡Nunca! Siempre con una cara de excomulgado, que parte el corazón. Yo había caído en la cuenta desde el primer instante; pero ninguno me hacía caso... ¡Son tan extraños estos hombres de armas!... Para ellos es un motivo de mengua el enamorarse. Al fin, ayer noche el prisionero francés que lo conoció en Roma descubrió el misterio; ya no hay duda: como dice muy bien el proverbio, *amor, tos y sarna, no pueden ocultarse*.

La ocurrencia del podestá fué acogida por don Miguel con una carcajada, que se repitió dos o tres veces, lo que dió pie a don Litterio para repetir otras tantas el adagio.

Don Miguel, dando un tono de seguridad a sus palabras, replicó:

—A mí me bastaría con verlo para curarle de ese amor, hasta el extremo que nunca jamás volviera a acordarse; pero...

Y aquí hizo una pausa con intención de hacerse rogar.

—¡Curado!—dijo el podestá—. ¿Cómo podríais curarlo? Para estas fiebres se necesita otro remedio que el de médico y boticas.

—Pues yo os digo que quisiera encontrar un amigo dispuesto a ayudarme, y pongo la cabeza a que no quedo por embustero.

Don Litterio le observó para adivinar si hablaba en serio o en broma, y no hay para qué decir todo lo que hizo el otro para que aquella investigación le resultara favorable. Y cuando estuvo medio persuadido, le dijo:

—Si no queréis más que eso...

Y se regocijaba interiormente pensando en que había de ser él quien tuviera el mérito de aquella portentosa curación, como se vanagloriaba de haber sido él quien descubrió la enfermedad.

Realmente, el que hubiese realizado el milagro de hacer de Fieramosca un colega, amigo de franchelas y de holgorios, habría sido puesto en las nubes por sus camaradas y por todos los que le conocían.

Por esto se afanaba por averiguar qué medio habría para obtener una cosa tan difícil, y pinchaba a don Miguel para que se lo descubriera; pero éste, firme en su terreno, hacía rogarse, afectando desconfianza. Al fin, como dejándose convencer, le descubrió que en Turquía había visto emplear un secreto maravilloso para borrar las más exaltadas pasiones, y no le costó gran esfuerzo hacerse enteramente dueño del cerebro de grillo de aquel desdichado pedestá, que estimaba como una gran ventura haberse tropezado con aquel hombre.

—Todo consiste—decía don Miguel—en que yo pueda habérmelas cinco minutos con la dama. Lo demás es cosa mía.

—Eso, así, de pronto, no puedo prometéroslo, porque, a decir verdad, no la conozco. Pero si

está en Barletta o diez millas a la redonda, dejadme a mí, que no pasarán veinticuatro horas sin que yo os dé una nueva noticia. Ahora mismo busco a Juliano, mi alguacil, un diablo para el caso que no hay nada oculto...

—¿Y dónde nos volveremos a ver?—preguntó don Miguel.

—Donde os parezca. En la hostería del Sol, si os agrada, a eso de las diez de la noche.

—Conforme—respondió don Litterio.

Y dejando a don Miguel encantado de su suerte, se dirigió a la Casa Comunal en busca de Juliano.

Si el lector no lo lleva a mal, le dejaremos marchar, para acompañar a don Miguel, que se aburre solo en la antecámara.

Aguardó todavía un rato la comparecencia de Gonzalo, hasta que al fin logró que un ujier le introdujera.

Estaba el Gran Capitán de pie, junto a una ventana, envuelto en un ropón de raso rojo con vueltas negras; su augusta presencia, la alta frente, la mirada escrutadora, la fama, en fin, de hombre tan eminente suscitaron en el ánimo del condottiero de Valentino un sentimiento de temor, y casi podría decirse de cobardía, que asalta al hombre envileciendo al encontrarse cara a cara con un hombre de bien. Hizo un saludo profundo y reverente, y dijo:

—¡Glorioso señor!... La importancia del caso que se me ha encomendado cerca de vuestra mag

nificencia me ha obligado a presentarme con un nombre que no es el mío. Si os ofendí con ello, humildemente os demando perdón; pero, como podréis juzgar vos mismo, el secreto era de tal índole, que la persona que a vos me envía sólo a vuestra fidelidad podría confiarlo.

A estas palabras respondió brevemente Gonzalo diciendo que podía descansar en su lealtad quienquiera que se fiara de él.

Don Miguel le entregó la carta del duque, y recibiendo el salvoconducto, fué a llevarlo a su amo, garantizándole que el secreto de su estancia en Barletta sería respetado por Gonzalo.

Agregó después qué provecho le prometía sacar de su nuevo amigo don Litterio, con lo que Valentino, satisfecho del giro que tomaban sus asuntos, se caló el capuchón hasta los ojos, y envuelto en el mantelo, salió de la hostería, y embarcando en un bote, se hizo conducir a la parte trasera de la fortaleza, donde Gonzalo, según prometiera a don Miguel, había enviado a un hombre que le esperara. Le fué abierto un portillo, y por una escalera y por ciertos escondrijos secretos, arribó a la cámara del capitán español.

No creemos necesario dar un infome detallado de esta conferencia. En substancia, Valentino expuso, con una admirable clarividencia, el estado de las cosas de Italia; las fuerzas, las esperanzas y los temores de los diversos Estados; dió a entender que le sería muy halagüeña su aproximación a los españoles, indicando que a tal resolu-

ción le impulsaba el beneficio que podría reportar a su pueblo el triunfo de las armas españolas; logrando, con una seriedad que sabía fingir maravillosamente, inspirar de sí mismo una opinión muy por encima de lo que pregonaba su fama. Ofreció constituir con España una Liga en la que entraría el Papa y en la que se daría cabida a los venecianos, si querían acogerse a ella, y con la cual se comprometerían a ayudarse mutuamente en sus empresas, convenio que no se revelaría mientras que los españoles no llegaran a posesionarse de dos terceras partes del reino. Propuso acometer con sus propias fuerzas la empresa de la Toscana, dando a entender que en toda Italia los verdaderos amigos de Francia eran los florentinos y que convenía abatir a un enemigo tan poderoso. Añadió, por último, que estimaba de un gran provecho para esta Liga el ponerse al habla con los paisanos, ayudándolos a reponerse de los daños que les había causado la república de Florencia, de la cual, recuperada su fortaleza, serían ellos sus primeros guardianes.

Gonzalo no hizo ninguna objeción esencial a esta proposición que César Borgia, con su ingenio sutil, había expuesto con verdadera videncia, y que, por otra parte, se ajustaba exactamente a la verdad. Pero el español lo conocía y a duras penas se fiaba de él.

Tomó el partido de no dar por el momento respuesta concreta, y dijo deseaba conferenciar con sus íntimos antes de tomar una resolución. No



escatimó al responderle ni buenas palabras ni oficiosas cortesías, conduciéndole luego a una cámara de planta que daba al mar, para que la ocupara como dueño durante todo el tiempo que se sirviera pasar en Barletta, y haciéndole servir además por alguno de sus más fieles criados con todo el honor y ceremonia que se debía al hijo de un Papa.

Hacia la tarde, Fieramosca y Brancaloneo llegaron a la puerta de la ciudad. Apenas entrados, se congregó alrededor de ellos una multitud de oficiales, hombres de armas y soldados, que se engrosaban a medida que iban avanzando por la ciudad. Todos deseaban ser los primeros en conocer la respuesta de Francia.

—¿Cómo han ido las cosas? ¿Qué responden? ¿Quién combatirá? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Pero los dos amigos respondieron riendo:

—Venid hasta el castillo y lo sabréis.

Llegados a la fortaleza y a la presencia de Gonzalo, Fieramosca le entregó el pliego del duque de Nemours, que aquél leyó en alta voz y en el que se decía que quedaba aceptado el reto; pero negándose a conceder campo franco. Esta negativa extrañó a todos, y el Gran Capitán dijo:

—Nunca hubiera esperado que los franceses buscaran un subterfugio para eludir la batalla. Pero el campo lo tendréis, yo os lo juro.

Después, llamando a un secretario, le dijo:

—Escribiréis al duque de Nemours se sirva suprimir todo obstáculo; que le ofrezco una tregua

hasta que termine el combate, y, por último, que de aquí a dos días espero a mi hija doña Elvira, a la que pienso agasajar con fiestas, y si él quiere, mientras descansan las armas, venir a festejarse con nosotros, será un motivo de mayor regocijo.

Entre escribir la carta, enviarla y recibir contestación apenas si transcurrieron un par de horas. El duque de Nemours aceptaba la invitación y la tregua, que fué pregonada por la ciudad a toque de trompa aquella misma tarde, justamente con los nombres de los combatientes italianos, a los cuales, para completar el número indicado por los franceses, se habían agregado otros tres, que eran:

Ludovico Aminale, de Termi.

Mariano de Sarni.

Giovanni Capoccio, romano.

---

## CAPITULO VIII

El monasterio de la isla, erigido entre el monte Gargano y Barletta, estaba consagrado a Santa Ursula. Sus muros hoy no ofrecen a la vista más que un montón de ruinas cubiertas de zarzas y de hierba; pero en la época de nuestro relato se conservaba en buen estado y formaba un edificio de aspecto severo, elevado por los tardíos remordimientos de una princesa de la casa de Anjou que vino allí a terminar santamente una vida deslizada entre el desenfreno de los placeres y de las ambiciones. No se podía hallar refugio más tranquilo y más ameno que éste.

Sobre un escollo, elevado como a unas veinte brazas sobre el nivel del mar, y en un tellano de tierra fértil de unos quinientos pasos de superficie, en el ángulo más próximo a la tierra firme, se elevaba la iglesia. Entrase a ella por un precioso pórtico sostenido por esbeltas columnas de granito. El interior tiene tres naves, con arcadas ojivales sostenidas por haces de columnas sutiles ornamentadas, recibiendo la luz de abrigados ventanales góticos con vidrieras de colores que representaban milagros de la santa. La tribuna,

construída en rotonda tras del altar mayor, está decorada de mosaico en campo de oro. En ella se ve al Padre Eterno en la gloria, y a sus pies, Santa Ursula con las once mil vírgenes, llevada por los ángeles.

La iglesia, algo apartada de poblado, estaba casi siempre desierta. Sólo las monjas se reunían en coro a las horas de ritual.

Era por la tarde, y mientras se cantaban las vísperas en torno al altar mayor, con esa cantinela lenta y monótona, una mujer rezaba arrodillada junto a un sepulcro de mármol blanco marfilado por los años y cubierto por un dosel de la misma piedra, tallado de hojas de cardo y de figuras a estilo gótico, donde reposaban los restos de la fundadora del monasterio.

Esta mujer, cubierta hasta los pies por un velo blanco, pálida, inmóvil en su actitud, se hubiera creído una figura suplicante tallada por el mismo artista, si dos largas trenzas de cabellos castaños no se distinguieran a través del velo, y si los párpados, que de cuando en cuando se elevaban, no hubiesen dejado ver unos ojos azules, en los cuales se leía el fervor de una ardiente plegaria.

La desdichada Ginevra—pues era ella—tenía razón para implorar. Se encontraba en aquellos instantes en que al corazón de una mujer no le son suficientes sus propias fuerzas para dominarse sí misma; se arrepentía, pero muy tarde, de haber seguido a Fieramosca y de haber unido en cierto modo su suerte a la de un hombre a quien

por prudencia y por deber, hubiera debido esquivar más que a ningún otro. Se arrepentía de haber permanecido tanto tiempo sin indagar noticias de su esposo y sin saber si estaba vivo o muerto. Su razón le decía: "Lo que hasta ahora no se hizo, puede hacerse aún"; pero la voz de su corazón le respondía: "Ya es tarde." Y *esta es tarde* sonaba dentro de él como una sentencia irrevocable. Los días se deslizaban largos, angustiosos, amargos, desprovistos de toda esperanza de poder salir de aquella situación, si no de otro modo, al menos rindiéndose a una de aquellas fuerzas que la combatían. Su naturaleza se agotaba bajo el peso de aquel continuo dilema.

Las horas próximas al mediodía las pasaba menos difícilmente: bordaba, leía libros y paseaba por el huerto del monasterio. ¡Pero la tarde!... Los pensamientos más tristes, las cavilaciones más angustiosas reaparecían, a semejanza de aquellos insectos que, al caer de la tarde, se multiplican y se hacen más irritantes, como si aguardaran aquella hora para asaltarla todos a la vez. Ginevra entonces se refugiaba en la iglesia, en la cual, si no encontraba ni alegría ni paz, hallaba al menos algunos instantes de consuelo.

Su oración era breve y siempre la misma: "Virgen Santísima—decía—, haz que yo desee no amarlo." Y algunas veces agregaba: "Haz que yo me resuelva a buscar a Grajano y desee encontrarlo." Pero frecuentemente le faltaba valor para proferir esta última súplica. En el constante re-

petir aquellas palabras le sucedía algunas veces sorprenderse ella misma con el pensamiento puesto en Fieramosca en el instante mismo en que sus labios pedían olvidarlo. Entonces suspiraba, lloraba; pero descubría claramente cuál era su deseo más arraigado.

En aquel día, obedeciendo a una de esas alternativas tan frecuentes en el corazón humano, le pareció hallar fuerzas para tomar resueltamente un partido. La idea de una enfermedad que su salud quebrantada le anunciaba como próxima; la idea de la muerte entre los horrores de una conciencia atormentada, la acometió en un momento de vacilación, y haciendo oscilar la balanza, la resolvió a informarse del paradero de su marido y una vez descubierto, volver a él a toda costa. Si Fieramosca hubiese estado entonces presente le hubiera declarado su resolución sin dudar un momento; pero, alzándose para abandonar la iglesia, se dijo: "Esta tarde vendrá y lo sabrá todo."

Las monjas, terminado el coro, desfilaron por una puertecilla que daba al claustro, volviéndose a sus celdas.

Ginevra salió después, encaminándose a una galería limpia como un espejo que circundaba un pequeño jardín. En el centro había un pozo bajo un tejadillo sostenido por cuatro pilastras de piedra. De aquí, atravesando una larga avenida, llegó un patio situado a la espalda del convento. Al fondo, apartada del edificio, se levantaba una casita, no sujeta ya a la clausura y destinada a

alojamiento de los forasteros. Allí habitaba Ginevra, en compañía de la joven salvada por Fieramosca, ocupando dos o tres habitaciones que, según la costumbre monacal, no tenían más comunicación unas con otras que un corredor común. Ginevra, al entrar en la estancia donde solían pasar juntas la mayor parte del día, encontró a Zoraida ocupada en una labor y cantando una canción en lengua árabe, toda en tonos menores, como es corriente en las tonadas meridionales. Miró un momento el bordado y suspiró. Era un ferreruelo de raso azul, recamado de plata, que bordaban las dos y que destinaban a Fieramosca. Después se sentó a un balcón sombreado de pámpanos y que miraba hacia Barletta. El sol se escondía tras las colinas de Fuglia; algunas nubes alargadas flotaban en el cielo, iluminadas al resplandor del sol poniente, semejando peces de oro que nadaban en un mar de fuego y cuyos tonos se reflejaban en las olas, surcadas acá y allá por alguna barca de vela que un ligero viento de Levante empujaba hacia la playa. Los ojos de la joven estaban fijos en el muelle del puerto que se veía enfrente y del que con frecuencia se destacaba una barca en dirección a la isla.

Aquel día la esperaba con más ansiedad que de ordinario, porque presentía que le había de traer una resolución, y fuera lo que fuera, dada su situación, sería siempre preferible. Pero aquellos momentos de expectación le parecían demasiado largos y penosos. Quisiera tenerle ya pre-

sente y que hubiese escuchado razones tan difíciles de expresar. Si tardaba aún mucho, o si por casualidad no viniera, ¿conservaría ella al día siguiente entereza bastante?

Un punto obscuro que apenas se movía no tardó en aparecer sobre las aguas, cerca de la playa. Minutos después se le vió agrandar y acercarse y aun cuando apenas se podía distinguir que era una lancha tripulada por un hombre, Ginevra lo reconoció y sintió que se le oprimía el pecho. Por una súbita protesta de todo su ser, le pareció imposible lo que un momento antes creía irrevocablemente decidido. Con alegría hubiera visto que la barca virase hacia el puerto; pero avanzaba, ya estaba próxima a la isla, ya se oía el chapoteo de los remos al entrar en el agua.

—¡Ya está aquí, Zoraida!—dijo volviéndose su compañera, que, alzando apenas la cabeza, asintió con el gesto, volviendo a su labor. Ginevra saltó, y dirigiéndose a una escalera tallada en la roca, descendió hasta el mar en el momento en que Fieramosca echaba los remos en el fondo de la barca, cuya proa tocaba las rocas.

Y si a ella le flaqueaba el ánimo y le faltaba el corazón para declararle sus resoluciones, él, por su parte, que tenía cosas graves que revelar, se sentía más animado.

Alejado durante mucho tiempo de los lugares donde guerreaba Grajano, no había tenido la menor noticia de él. Algunos soldados que vinier



de la Romaña, mal informados o confundiendo el nombre, dijeron que había muerto.

Tenía para él demasiada importancia esta noticia para que se inclinara a no creerla o se afanase por adquirir la certeza de ella. Rara vez sucede que donde se pretende descubrir el propio daño se desee ver claro. Así, dilatando el comprobar la verdad, había vivido en la incertidumbre hasta aquel día en que sus propios ojos lo habían sacado del engaño. Tornó a Barletta luchando consigo mismo y en la duda de si debía descubrir o no la verdad a Ginevra; lo primero, le apartaría de ella para siempre, y lo segundo, lo estimaba como deslealtad. Por último, ¿cómo ocultar nada a la que sabía leer en su pensamiento?

De este modo, siempre vacilante, llegó a la isla y no había aún determinado nada cuando encontró a Ginevra, y, obligado entonces a decidirse, se abstuvo por el pronto de revelarle nada, diciéndose para sí: "Ya lo pensaremos."

—Esta tarde me he retrasado—dijo él subiendo la escalera—. Hoy hemos tenido mucho que hacer: hay grandes novedades.

—¿Novedades?—repuso Ginevra—. ¿Buenas o malas?

—Buenas. Y con la ayuda de Dios, dentro de unos días serán aún mejores.

Llegaron a la explanada delante de la iglesia. Al extremo opuesto, en la saliente más angosta, donde la roca cae a plomo sobre el mar, había

una glorieta de cipreses con una cruz en medio y rodeada de bancos rústicos.

Detenidos allí, bajo el rayo argentado de la Luna, que ya lucía, dominando el resplandor purpúreo del crepúsculo, Fieramosca comenzó a hablar:

—Alégrate, Ginevra mía. Hoy ha sido un día de gloria para Italia y para nosotros; y si Dios no niega su ayuda a la justicia, éste será el principio de mayor gloria. Pero es preciso ser fuerte para poder servir de ejemplo a las mujeres italianas.

—Habla—repuso la joven mirándole fijamente para observar su fisonomía y leer anticipadamente en ella la prueba que se le demandaba—. Soy mujer, pero tengo corazón.

—Lo sé, Ginevra; y antes dudaría de que el sol ha de salir mañana que de ti.

Entonces le narró lo sucedido, contándole minuciosamente el origen del lance, su ida al campo francés, la vuelta y todos los preparativos del combate. Y cuáles fueron sus animosas palabras, cuáles los accesos de amor patrio y sus deseos de gloria, y cómo la presencia de Ginevra animaba su fuego, todo ello lo conocen los que han sentido latir precipitadamente sus corazones al hablar de una acción generosa en favor de la patria a una mujer capaz de iguales sentimientos.

Y a medida que hablaba y su verbosidad adquiría mayor expresión en el decir, en la voz y en los ademanes, la respiración de Ginevra se hacía

más frecuente; su seno, como la vela hinchada a intervalos por un viento de ráfagas, se dilataba y se oprimía, combatido por el ímpetu de afectos discordes, pero todos dignos de ella. Su mirada, iluminándose a tono con las palabras del joven, brillaba fosforescente; y cuando él terminó, arrebatándole la espada con su noble y blanca mano, exclamó llena de ardiente audacia:

—¡Si yo tuviese un brazo como el tuyo para manejar esta espada que apenas puedo sostener, ni irías tú solo ni podría suceder que me dijeran: "Han vencido a los italianos, pero él quedó allí..." ¡Oh, yo sé muy bien que al ser vencido tú no volverías!...

Y la idea del próximo peligro la hizo romper en lágrimas, algunas de las cuales cayeron en las manos de Fieramosca.

—¿Por qué lloras, Ginevra?... ¿Desearías por algo de este mundo que no se realizara el combate?

—¡No, Héctor, eso nunca! ¡No me hagas ese ultraje!

Y enjugando las lágrimas, continuó:

—Ya no lloro..., míralo: ha sido un instante tan sólo...

Y con una sonrisa, que los párpados aun humedecidos hacían más bella, agregaba:

—He querido dármele de valerosa y hablar de espadas y de luchas, pero yo misma me he descubierto.

—Las mujeres de tu temple pueden obrar mi-

lagros con las espadas sin tocarlas; podríais volver al mundo del revés si supierais conducirlos; y no lo digo por ti, Ginevra, sino por tantas otras mujeres italianas que en nada se te parecen.

Estas últimas palabras fueron oídas por Zoraida, que llegaba en aquel momento trayendo al brazo un canastillo de fruta, una hogaza de pan, miel y otras golosinas. Vestía Zoraida al uso de Occidente, y en los vivísimos colores de su traje, como en la manera de combinarlos, se advertía el gusto de los países bárbaros. Traía la cabeza cubierta de una tela retorcida, cuyas puntas le caían sobre el pecho. Tenía las cejas altas, el perfil aguileño, la tez morena, y, si cabe decirlo, ligeramente dorada, con ese tono que caracteriza a las razas próximas al Cáucaso. En sus maneras cariñosas brillaban de vez en cuando relámpagos de una naturaleza salvaje, de una atrevida ingenuidad, exenta de todo miramiento. Deteniéndose, observó a Héctor y a Ginevra, y con palabras italianas, pero con un dejo de pronunciación extranjera, exclamó:

—¿Hablabas de mujeres, Héctor? Yo también quiero oír.

—Y algo más que de mujeres—dijo Ginevra—; se hablaba de una danza en la cual nosotras haríamos el ridículo.

Estas palabras, dichas con segunda intención, despertaron aún más la curiosidad de Zoraida. Héctor repitió entonces lo que ya había contado a Ginevra. La joven permaneció suspensa,

meditando algunos momentos. Después, moviendo la cabeza, dijo:

—No comprendo. ¿Tanta cólera, tanto hablar porque los franceses han declarado que os estiman en poco? Pero, ¿no os lo han dicho antes bien claro con los hechos, viniendo a vuestro propio país a arrebatáros el sustento y a arrojaros de vuestras propias casas? ¿No os lo dicen también los españoles, viniendo a Italia con iguales propósitos? El ciervo no caza al león en su cueva; es el león el que caza al ciervo y lo devora.

—Zoraida, aquí no estamos entre bárbaros, donde la fuerza lo decide todo. Tendría que hablar-te mucho para explicarte los derechos que tiene la corona de Francia sobre el reino. Unicamente te diré que es feudo de la Santa Iglesia, lo que significa que ella es el ama, y siendo el ama, delegó hace cerca de doscientos años en Carlos, duque de Provenza, del cual es sucesor el rey cristianísimo.

—¡Bah! ¿Y a la Iglesia quién se los dió?

—Se los dió un guerrero francés que se llamaba Roberto Guiscardo, el cual se había apoderado del reino con su ejército.

—Ahora lo entiendo menos. El libro que me ha dado Ginevra, y que he leído de arriba abajo con gran atención... ese que está escrito por Issa-ben-Yussuf...

—Sí.

—¿No dice acaso que todos los hombres fue-

ron creados a imagen de Dios y redimidos con su sangre? Comprendo que entre los cristianos haya algunos que, abusando de la fuerza, se erijan en señores de vidas y haciendas, por encima de sus iguales; pero ¿cómo este abuso puede constituir un derecho que se transmita de padres a hijos? No lo comprendo.

—No sé—respondió Fieramosca sonriendo — si es que no comprendes, o que comprendes demasiado. Lo cierto es que sin este derecho, ¿qué sería de los Papas, de los emperadores, de los reyes, y, sin ellos, cómo andaría el mundo?

Zoraida se encogió de hombros y no respondió. Con las viandas que traía en el canastillo dispuso una colación sobre uno de los bancos, cubriéndolo antes con un mantel que olía a limpieza.

—¡Vamos!...—exclamó Héctor para distraer los pensamientos que leía en la frente de Ginevra—. Alegrémonos mientras se pueda y que el mundo siga su marcha—y se pusieron a comer animadamente.

—El proverbio — continuó Fieramosca — dice: “No habléis de muertos en la mesa”. Ni tampoco de desafíos. Hablemos de cosas alegres. Próximamente se celebrarán grandes fiestas: Gonzalo ha decretado un torneo, una corrida de toros, representación de comedias, bailes y banquetes, un verdadero holgorio.

—¿Qué dices? ¿Y los franceses? — preguntó Ginevra

—Los franceses asistirán también. Se les ha

ofrecido una tregua, y no serán tan groseros que la rechacen. Se trata de festejar la llegada de doña Elvira, hija del Gran Capitán, y él, que la ama más que a las niñas de sus ojos, quiere que reine la alegría.

A esto siguieron infinidad de preguntas, hechas por las mujeres, a las cuales contestaba Fieramosca procurando satisfacerlas en su curiosidad. El lector puede adivinar lo que preguntaban:

—¿Bella?

—Bellísima, según dicen. Con una cabellera que parece de hebras de oro.

—¿Llegará dentro de unos días?

—Quedó enferma en Tarento, y ahora vuelve, ya curada, al lado de su padre.

—¿Que si la quiere? Hizo por ella lo que no hizo jamás por él mismo. Habréis oído decir que en Tarento se sublevaron las tropas españolas porque no les pagaban. Según Iñigo me contó, Gonzalo vive de milagro: todos aquellos energúmenos le rodeaban estrechándole con sus picas, y un tal Sciar, capitán de infantes, cuando Gonzalo le decía que no tenía dinero, le respondió villana e innoblemente: “Que lo busque tu hija.” Gonzalo calló. Apaciguado el tumulto, la ciudad quedó tranquila, y a la mañana, al despertar, ¿qué creeréis que vieron en la plaza? Al capitán Sciar en la ventana misma de su cuarto, mientras a aquellos que le habían puesto su lanza en el pecho no les hizo el menor daño. ¡Ved si la quiere!

Entretenidos en la charla, se había hecho tarde.

—Ya es hora de marchar—dijo Fieramosca levantándose.

Las dos mujeres le acompañaron hasta la barca. Ginevra descendió con él hasta el último extremo. Héctor saludó a Zoraida, que había quedado algo apartada; pero ella apenas contestó al saludo. Héctor, no reparando en ello, dijo a Ginevra:

—No me ha entendido. Despídeme tú. ¡Adiós! En estos días acaso no pueda venir a verte. De todos modos, Dios dirá.

Metió los remos en el agua y se alejó de la isla.

Ginevra, subiendo la escalera, permaneció un buen rato contemplando la larga estela de la barca. Cuando ya no vió nada, entró en su estancia, cerrándola con dos cerrojos.

---



## CAPITULO IX

Desde que el mundo es mundo, los pájaros han sido siempre cogidos por los cazadores con los mismos engaños. De igual modo, los hombres han caído siempre en las mismas redes. Pero la más peligrosa de todas es acaso la que nos tiende nuestro amor propio.

Don Miguel lo sabía, y conociendo de qué pie cojeaba el podestá, en poco tiempo, como ya hemos visto, lo tuvo de su mano. Cuando don Litterio salió de la antecámara de Gonzalo, iba fantaseando, dando vueltas en su imaginación a mil pensamientos, y no cabía en sí de gozo por haberse topado con aquel hombre, que le auguraba tantas maravillas. Bien es verdad que a veces le asaltaba la sospecha de que pudiera ser un farsante; pero, teniendo tan alta idea de sí mismo, se decía, como se dicen todos los que se pasan de listos: "A mí no hay quien me la dé."

A la hora convenida, nuestro hombre estaba en la hostería del Sol; pero no pudo adelantar ninguna noticia a don Miguel, porque el criado, que según él era un lince, prometía mucho, cumplía poco y no averiguaba nada.

Por la noche, en la mesa, la mujer y la doncella comprendieron que algo muy grande le andaba por la cabeza, y no le dejaron tragar bocado a su gusto a fuerza de preguntas. Fué un milagro que no les descubriera todo. Conservar un secreto, máxime cuando podía darle importancia, era para él más fatigoso que contener la tos.

Ya se le escapaban las palabras. ¡Oh, si supierais!... Traigo entre manos un asunto...

Pero se contuvo, comprendiendo lo peligroso de una indiscreción, y levantándose de la mesa, tomó una luz y se metió en la cama.

Aquella noche se le hizo un siglo. Al fin, amaneció. Se vistió de un salto, y encaminándose a la plaza, se detuvo en casa de un barbero, donde don Miguel le había prometido venir a buscarle. Sentado en un banco, al que concurría todas las mañanas el notario, el médico, el boticario y dos o tres más, que representaban la mentalidad de Barletta, el podestá, cruzadas las piernas, un codo en ellas y la mejilla descansando en la mano, miraba a un lado y a otro aguardando la presencia de su amigo. El boticario, el notario y los otros allí reunidos, le habían dicho más de una vez: "Buenos días, señor podestá". Pero, viendo que sus palabras apenas tenían respuesta, y que no adelantaban gran cosa con sus insinuaciones, se mantenían aparte, hablando entre ellos y diciendo: "¿Qué diantre le sucederá esta mañana?" Don Litterio les dejaba decir y callaba. Su carácter tenía dos aspectos: uno, humildísimo y com-

placiente, para aquellos que eran más que él; otro hurao y esquinado, para los inferiores, disposiciones que, como es sabido, constituyen el patrimonio concedido por el cielo a los tontos de remate.

Transcurrida una media hora, don Litterio oyó tras de sí una voz que decía:

—Excelencia... señor podestá, con su venia, si usía se digna... Las he cogido de madrugada.

Volviéndose, vió al jardinero de Santa Ursula, Jenaro de Rafanillo, que le ofrecía un puñado de cerezas, de las que diariamente venía a vender al mercado.

Sabía por experiencia que, merced a este tributo, podía vender sin preocuparse de las ordenanzas.

—Tengo otras cosas en que pensar de mayor interés que tus cerezas—respondió don Litterio; pero mirando el capacho e inflando los carrillos, cogió con un noble desdén tres o cuatro pámpanos, los colocó en el poyo a modo de plato, y soplando, se sirvió un buen puñado de cerezas.

—¿Son buenas, eh? Ayer se las llevé a la señora y me dijo que no había visto en su vida nada más hermoso.

—¿Quién es esa tal señora?

—La señora Ginevra... La que habita en la hospedería y que, según dicen, es una gran señora napolitana, cuyo marido o hermano—no sé a punto fijo—, que está al servicio del señor Próspero, va a visitarla casi diariamente.

El hortelano se disponía a charlar largo y tendido; pero don Miguel, que, llegado un momento antes, se hallaba a espaldas del podestá, exclamó tocándole en el hombro:

—Me parece que este hombre puede ponernos en camino. Dejadme hacer a mí.

Y sin aguardar más, se puso a interrogar a Jenaro, conociendo bien pronto por sus respuestas que aquella señora era precisamente la que él buscaba. Para un hombre como él, lo demás era tarea fácil. Pero para llegar al monasterio, estudiar el terreno y disponer todo lo necesario para apoderarse de Ginevra, pensó que el podestá podría serle utilísimo. Convenía, por tanto, inspirarle una gran confianza, alejando de él toda sospecha sobre la finalidad de sus planes. Lo llevó aparte y le dijo:

—Convendría que habláramos. Aguardadme en la hostería del Sol. Mientras, voy a ver si este hombre puede indicarnos quién es el joven que visita a Ginevra.

Don Litterio se fué a la hostería, y él, conduciendo al hortelano al punto donde se montaban las guardias y donde se reunían oficiales y soldados, le preguntó:

—A ver si está aquí.

Jenaro observó el grupo, y viendo a Fieramosca, dijo:

—Aquél es.

Don Miguel había encontrado al fin al hombre a quien buscaba.

Cinco minutos después se reunía con el podestá en el parador, a aquellas horas desierto, sentándose el uno enfrente del otro, junto a una mesa, en la que había dos vasos y una jarrilla de vino griego. Don Miguel, con la expresión más ingenua del mundo, comenzó a decir:

—El descubrimiento está ya hecho; pero no quiero pasar adelante sin deciros algunas palabras. Yo, que he recorrido el mundo, me precio de conocer a los hombres a primera vista; y, en lo poco que nos hemos tratado, reconozco no haber hallado nunca un hombre de mayor ingenio que el vuestro.

El podestá anunció en su rostro una respuesta de gratitud; pero don Miguel no le dejó hablar.

—No, no, yo digo lo que siento. Vos no me conocéis aún; pero si yo pensara de otro modo, os diría ahora mismo sin el menor rodeo: “Señor podestá, paciencia; pero sois un veleidoso atolondrado; un cabeza a pájaros”... Lógicamente, si yo fuera un embaucador, me asociaría a otro de mi oficio; pero como me jacto de ser un hombre cabal como el primero—y salga el que quiera—, no me arredra el tener que entendérmelas con el que sea más despabilado. Y hechas estas salvedades, quiero revelároslo todo, mas no para que me creáis por mis palabras: os lo demostraré con hechos, y entonces podréis decir que os habéis asociado a un hombre de bien.

Y tras de este preámbulo, sacó a relucir una de sus patrañas: que había sido un gran pecador,

y que para obtener el perdón había peregrinado hasta Jerusalén, visitando el Santo Sepulcro; que un eremita del Líbano lo había absuelto por fin imponiéndole como penitencia que recorriera el mundo durante siete años, y donde encontrase una buena obra que realizar, de cualquier clase que fuera, la realizara, aun a costa de su propia vida, y conformándose siempre con una existencia modesta y humilde. Que él, obedeciendo aquel mandato, había consagrado al servicio de los hombres todas sus fuerzas y los conocimientos adquiridos en sus largos viajes a través de la Persia, la Siria y el Egipto.

—Ahora—prosiguió—comprenderéis por qué me afano en libertar a vuestro amigo de sus amores y de los peligros que pudieran acarrearle la perdición eterna de su alma. La mujer es, sin duda esa Ginevra, de Santa Ursula; a vos toca el procurar que yo pueda verla. Podríais temer que yo fuera un miserable, y tenéis mil razones para desconfiar de mí antes de introducirme en aquella casa.

Don Litterio se agitaba haciendo contorsiones.

—No... Si tenéis razón... No hay nadie que lleve escrita en la frente su honorabilidad. ¡Y, por desgracia, hay tantos truhanes!... Pero cuando os demuestre que con la ayuda de Dios me basta una ojeada para extraer los tesoros de las entrañas de la tierra, detener el vuelo de una bala de arcabuz y realizar otras cosas difícilísimas, que veréis en mí y cuya utilidad recaerá sobre vos, puesto que

yo nada he de percibir, conformándome tan sólo con lo que escasamente constituye el sustento de mi vida, entonces diréis: "Este, que podría hacerse rico y vivir en la opulencia, vive pobre y trabajosamente. Por lo tanto, lo que cuenta es verdad y no puede tenersele por un farsante." Dos palabras más y termino. "Para muchos ha sido gran fortuna el tropezarse conmigo: a vos pudiera suceder otro tanto. Pensadlo y resolveos cuanto antes. La penitencia que debo cumplir me obliga a recorrer el mundo sin detenerme en lugar alguno más de una semana."

Esta arenga que el podestá escuchó con la boca abierta y sin resuello, hizo que se avergonzara de haber dudado un solo instante. Más aún, para dár-selas de hombre prevenido, dijo que, aparte de experimentar alguna de aquellas pruebas, él de todos modos le hubiera servido de buena voluntad.

Y puestos enteramente de acuerdo, se separaron, quedando en volverse a encontrar lo más pronto posible y prometiendo don Miguel indagar entretanto si en aquellos contornos yacía sepultado algún tesoro. Aduñado del podestá y viendo que su farsa marchaba a pedir de boca, se dispuso a preparar la ratonera. Buscó a Boscherino, y le dijo que el duque le necesitaba a su servicio. Aquél, que al solo nombre del duque temblaba de pies a cabeza, respondió sin más averiguación:

—Estoy dispuesto.

Y don Miguel, sin descubrirle aún, le dijo:

—Aguárdame en la puerta que da a la playa, camino del puente de Santa Ursula.

Aceptada la tregua por el capitán francés, los asediados podrían campar a sus anchas, alejándose del recinto de la fortaleza. Boscherino acudió puntualmente a la cita, donde se le unió su compañero, que traía un envoltorio debajo del brazo. Si alguien los hubiese seguido, los hubiera visto caminar por la playa hasta una milla más allá del puente que une la tierra firme con la isla, allí, echando a la izquierda, meterse entre la espesura de un soto desierto y entrar en una antigua ermita abandonada y que muchos años antes había servido de cementerio. Pero más tarde, y cerrada la noche, volveremos a hacer este viaje. Ahora solamente diremos que cerca de media noche apareció en la plaza don Miguel, solo; se acercó al podestá, que se hallaba en la barbería, y le dijo al oído:

—Ya hemos encontrado el sitio. Esta madrugada, a las tres, os aguardo a la puerta de vuestra casa. No os hagáis esperar.

Puntualmente don Miguel se encontró en el sitio indicado. Salió el podestá, cerró diligentemente sin hacer ruido, y a la chita callando, eligiendo las callejuelas más extraviadas y oscuras, en poco tiempo se encontraron fuera de la ciudad.

Anda que anda, oyeron dar las cuatro en el reloj del castillo, con un sonido opaco y como arrastrado por el viento. Habían pasado Santa Ursula, y avanzando por la playa, se hallaban



próximos a la ermita derruida. Caminaban por una ladera desierta, estéril; acá y allá algunos matorrales entecos y silvestres, entre los que se abría un sendero que iba a perderse en un arenal donde los pies se hundían hasta las rodillas. De trecho en trecho encontraban el álveo seco de un torrente, lleno de guijas y de cantos rodados; pero los dos viajeros, aunque sobreponiéndose a todas las dificultades, caminaban en muy diversa disposición de ánimo. Don Miguel, acostumbrado a andar más de noche que de día, marchaba delante con un paso firme y seguro; el otro, que en su vida se había hallado fuera de la ciudad después del "Angelus", le seguía dando resoplidos, atisbando a su alrededor y maldiciendo para sus adentros el instante en que había salido de su casa.

¡En verdad fué mala para él aquella salida. Atormentaban su imaginación mil temores, y no era el menor el de encontrarse solo, lejos de poblado, de noche y con un hombre que, al fin y al cabo, no sabía quién era. Sin embargo, para infundirse ánimos, cantaba tres o cuatro notas —para la quinta no le quedaban alientos—; después le parecía oír ruidos entre los matorrales, o a la débil luz de la luna, oculta entre nubarrones, creía distinguir un hombre, que luego, al acercarse, era un tronco o un risco; le asaltaban mil visiones distintas, hasta aparecérselle los difuntos, y muy quedo les rezaba un *Réquiem* o un *De profundis*. En tales disposiciones, llegaron a

un claro del bosque, en cuyo centro se erguía la ermita. En la puerta había pintados una porción de esqueletos rígidos; los unos con mitra, otros con tiara o con corona y llevando en la mano unos cartelones en los que se habían escrito algunos versículos en latín, como: *Beati mortui qui in Domino moriuntur; Misere mei, Domine, et cetera*. Y aunque resultara difícil leerlos a la luz de la luna, las figuras de los muertos eran lo suficientemente visibles para causar espanto.

Don Miguel encendió una linterna y se dispuso a ganar la puerta. El podestá, que se había retirado algunos pasos, al comprender las intenciones de su compañero, se le escapó un "¿Aquí?", que era como un lamento, lleno de tal espanto, que hizo dibujar una sonrisa en los sutiles y lívidos labios de don Miguel.

—Es preciso hacer ánimo, señor podestá, que en estos parajes con el miedo no se adelanta nada, y hasta puede ser perjudicial. El que os acompaña obra en nombre de Dios, y para mostraros que con ello se obliga y se satisface a las almas de los difuntos, comencemos por dedicarles una oración.

Y arrodillándose, comenzó a recitar el *Misere* y el *Dies irae*, a los cuales don Litterio respondía como Dios le daba a entender, haciendo votos, si escapaba con vida, de encender todos los sábados una vela a Santa Fosca y ayudar la víspera de las ánimas.

Terminada la oración, se dirigieron a una puer-

ta medio desquiciada y que apenas giraba sobre los goznes herrumbrosos. Al empujarla y ceder, don Miguel estuvo a punto de caer a tierra. Entraron destrozándose las calzas en las zarzas que entorpecían el acceso.

El pavimento estaba materialmente sembrado de huesos. En un rincón había un ataúd apollado y algunas palas que habían servido, Dios sabe cuándo, para cavar sepulturas. Este era el único mobiliario de aquel recinto. Algunos centenares de murciélagos, al aparecer los visitantes con la linterna, revolotearon lanzando su extraño chillido, batiendo las alas contra la pared y buscando refugio en un campanil gótico que arrancaba del altar mayor.

El lugar, la soledad, lo desusado de la hora, todo ello era suficiente para infundir temor, o al menos para disponer el ánimo del más templado a fúnebres visiones. El pobre don Litterio, que cuando el sol se encontraba en lo alto del horizonte había pensado en aquel momento, sin turbarse, hallándose ahora allí, comprendía la enorme diferencia que existe entre el dicho y el hecho. Miraba aquellos huesos que tenía a sus pies; aquellos muros verdes por la humedad en los que aun se descubrían antiguas pinturas; y de pie en el centro, con las manos cruzadas, aguardaba el fin de aquella endemoniada aventura.

Don Miguel dejó en el suelo el envoltorio; sacó el libro de los conjuros, vistió una estola negra pintada de signos cabalísticos, y con gran cere-

monia, armado de una pértiga, comenzó a trazar unos círculos. Dibujó luego un atrio, e invitó al podestá a entrar en él con el pie izquierdo, y poniendo en sus manos el talismán, comenzó a murmurar palabras latinas, griegas, hebreas, ora invocando el nombre de un centenar de demonios, en virtud de Dios Todopoderoso; ora alzando o bajando la voz y haciendo pausas, durante las cuales se oía el eco prolongado bajo las bóvedas. Algún murciélago, revoloteando, rozaba las mejillas del podestá, que, encogido y temblando, era la viva representación del frío. El pobre hombre temía por instantes ver salir de aquella sepultura los mismos muertos cuyos esqueletos estaban pintados en la fachada, e imploraba a Dios, suplicándole de su misericordia se sirviera anular todos los conjuros de su terrible compañero.

Y mientras que arrodillado rogaba de esta suerte, sintió un estremecimiento a sus espaldas; alzó los ojos y vió a un extremo, en el ángulo formado por el campanil, una luz lívida y una forma humana envuelta en un sudario que surgía lentamente de una fosa.

El espectro permaneció inmóvil, y no hay para qué decir cómo se quedaría el podestá. Don Miguel se le acercó y le dijo al oído:

—¡Vamos, valor! Ha llegado el momento de demostrar la entereza de ánimo. Pronto, pedidle lo que deseáis.

Todo era inútil; el podestá no podía ni moverse, ni responder, ni respirar siquiera.

Don Miguel entonces interrogó a la aparición en un lenguaje desconocido, y a sus palabras el fantasma alzó un brazo indicando una sepultura cuya losa estaba levantada.

—¿Habéis entendido? Dice que cavando ahí encontraremos tal cantidad de florines, que nos daremos por contentos.

Pero don Litterio nada oía. Y convencido de que sería inútil insistir con él, don Miguel se dirigió a la sepultura, entrando en ella fácilmente. A poco salió trayendo una vasija de oro cubierta de tierra, y acercándose al podestá, que permanecía inmóvil, volcó delante de él un chorro de monedas de oro, o al menos así lo parecían, que cayeron en tierra, sin que su vista tuviera poder suficiente para volver el cuerpo al alma al que tanto se había arriesgado por obtenerla.

Apenas había caído la última moneda, cuando, abriéndose con estrépito la puerta, asaltaron la iglesia quince o veinte jetas de bandoleros, armados de picos y partesanas, y rodeando a don Miguel y al podestá, les pusieron las puntas de las armas en el pecho. Don Miguel apenas tuvo tiempo para echar mano a la empuñadura de la espada; pero sintiendo que cuatro o cinco puntas le horadaban la ropa y que ya le llegaban a lo vivo, se contuvo sin hacer resistencia, pues de otro modo era hombre perdido. En cuanto al podestá, su estupor era ya de tal calibre, que el nuevo accidente no produjo en él ningún efecto exterior. Permaneció como estaba, con los ojos

extraviados, la cabeza enterrada en los hombros, las manos cruzadas, estrechándolas tan fuertemente que las uñas se le clavaban en la carne. Con voz estrangulada exclamó:

—¡No me matéis, que estoy en pecado mortal! (1).

En aquella tremolina, la linterna había rodado por el suelo iluminando de abajo arriba aquella abigarrada escena. Los asaltantes permanecieron un momento inmóviles para persuadirse de que los dos presos no querían ni podían defenderse. La banda estaba compuesta de individuos de mala ralea, de los que en aquellos tiempos eran denominados aventureros. Ahora los llamamos asesinos, y aunque entonces también lo eran, se distinguían con aquel nombre especialmente las partidas compuestas casi en su totalidad por soldados que habían abandonado sus banderas para agruparse a las órdenes de un jefe y saquear los pueblos haciendo cuanto daño podían.

Algunos, armados de un peto o coselete; otros, con cimera de hierro; otros, con espada y cuchillos; muchos, con cascos puntiagudos, sobre los cuales ondeaban plumas, y todos, pendiente del pecho, llevaban la imagen de alguna virgen. La mayoría, en vez de zapatos, llevaban sandalias de piel de cabra, con las cuales escalaban mejor

---

(1) Este argumento tiene aún hoy un gran poder sobre los bandoleros de la campiña romana. El que escribe estas páginas conoce a un hombre que, apelando a este recurso, se libró de una muerte segura.

las montañas. De las caras no hay que hablar; vistas a la luz de aquella linterna, con la barba y los bigotes larguísimos y hechos una maraña, parecían demonios desencadenados.

Uno de ellos, dejando en el suelo la partesana que apuntaba a la garganta del podestá, arrebató a éste y a su compañero las armas, registrándolos luego, para ver si traían alguna otra escondida.

Mientras ocurría este desconcierto, el espectro, despojándose del sudario y transformado en hombre de este mundo, apercibiéndose de que no había tiempo que perder, había trepado por el campanil, y sentado en una viga, sujeto a las piedras que sobresalían del muro, aguardaba el instante de poder escapar. Desde la obscuridad de su escondite, sin ser visto, podía observar lo que sucedía abajo. El capitán de los malandrines, un joven que podría tener diez y siete años, de aspecto terrible, fornido, con una cicatriz que le hundía toda la frente, estirándole las cejas en forma de ojivas, le largó un puntapié en los riñones al podestá para decidirle a levantarse. No podía hallarse un remedio más rápido para curarle de su atolondramiento. Se levantó sin aguardar al segundo aviso, y conducido a un ángulo con don Miguel, fueron amarrados, quedando bajo la custodia de algunos, mientras los otros recogían y contaban a la luz de la linterna el oro esparcido por el suelo. Hecho esto, lo guardaron en una bolsa de cuero, que el capitán llevaba a la cintura, sa-

liendo todos y llevando en medio a los prisioneros, a los cuales, con toda la cortesía característica en esta clase de gente, ordenaron que caminaran a buen paso, si no querían probar la punta de las dagas.

Después de haber caminado media milla, por una escarpadura y en lugares donde no había trazas de senderos, se pararon, vendándoles los ojos.

El miedo había devuelto el habla al podestá, que pedía compasión llorando como un niño. Los asesinos se mofaban de él, dejándole decir.

Don Miguel, poniéndose en lo peor, se decía entre dientes: "Hemos hecho un pan como unas hostias." Pretendió tantear las intenciones de aquella gente para ver si podía escapar de sus manos; pero a la primera palabra le cerraron la boca de tal puñetazo, que le hizo tragar dos dientes. No pudiendo ver ni hablar, estaba con el oído atento. Escuchó cómo los bandidos trataban entre ellos de cómo se habían de repartir el oro y los prisioneros. Oyó hablar de rescate y discutir sobre cuál de los dos podría pagarlo a más alto precio.

Entre aquellas voces se oían palabras de todos los dialectos italianos; pero don Miguel advirtió una cuya pronunciación, de acento extranjero, le pareció alemana. En lo mejor de sus observaciones se sintió coger por varios brazos, que le suspendieron, y llevado en hombros, lo alejaron de la cantera, sin que pudiera adivinar qué dirección tomaban.



El viaje duró más de una hora, interrumpido por algunos descansos, durante los cuales el cuerpo de don Miguel era depositado bonitamente en tierra. El, aun siendo un hombre valiente, sentía miedo de morir como un perro rabioso, y en medio de sus terrores, las ligaduras que le aprisionaban y la incomodidad de ser llevado a hombros, descansando sobre las aristas de las armaduras, le producían una rabiosa indignación.

Al fin se detuvieron. Se oyó el estrépito de una pesada puerta que se abría; entraron, y la puerta volvió a resonar, cerrándose a sus espaldas. Aquí don Miguel fué desligado y empujado hacia dentro. Ya sin venda, sus ojos descubrieron un camaranchón, en el que por un tragaluz entraba la débil claridad de la luna. En una de las paredes había un puertecilla baja, forrada de hierro y llena de cerrojos. La abrieron, y una voz ordenó a don Miguel:

—Entra ahí.

El se agachó, y mientras tentaba con un pie, por ver si había escalones, un empujón, dado en las espaldas con el regatón de una pica, lo hizo caer, más rápidamente de lo que él hubiera querido, al fondo de una cueva, y por un procedimiento que le hizo imposible contar los escalones descendidos.

Un cerrojo, rechinando al ser corrido, advirtió a don Miguel que por aquella puerta no había esperanza de escapar.

El antro era obscurísimo. Don Miguel comenzó

por palparse la boca, que le dolía horribilmente del puñetazo recibido. Se retiró las manos humedecidas y comprendió que debía de ser sangre, deduciendo además que de allí en adelante no debía contar ya con treinta y dos dientes, sino con treinta tan sólo.

—Si el diablo os hubiera llevado a ti y a tu padre, como era su deber, no me encontraría yo en este trance—dijo, increpando con el pensamiento a aquel que le había lanzado a tal empresa.

Sin embargo, hizo cuanto pudo para darse alientos, y, tanteando, trató de descubrir dónde estaba. Allá en lo alto, por un resquicio, se advertía una débil claridad, y le pareció sentir hacia fuera el batir de las olas contra un muro. En un ángulo tropezó con un montón de paja; se echó sobre ella y aguardó lo que la suerte le deparase.

## CAPITULO X

El lector habrá adivinado, sin duda, que el espectro no era otro que el cabo Boscherino.

Fáltale conocer ahora cómo la partida de aventureros se encontró tan a punto para turbar los planes de don Miguel. El hecho ocurrió de este modo:

Tenía don Litterio una criada guapa y frescachona, causante de que pudiera ponerse en duda la integridad de su fidelidad conyugal. Esta moza, accedía, de una parte, a los suspiros del cincuentón de su amo, de la otra, se dejaba querer por un mozo de mulas que servía en la casa. Por la encadenación de estos amores, el secreto del podestá, que debía aquella noche andar en busca de un tesoro, descendió hasta la cuadra.

El criado, que tenía amistad con algunos bribones de los pertenecientes a la banda de Pietraccio, que tal era el nombre del mesnadero, arregló las cosas de modo que, si el tesoro llegaba a descubrirse, al menos una parte viniera a parar a su bolsa, y no por entero a la de su amo.

Y ahora, antes de que volvamos a tratar de don Miguel, es necesario que conozca el lector

los lugares donde se desarrollaron los hechos que vamos a relatar.

En la cabeza del puente que conduce a la isla de Santa Ursula había una torre cuadrada y maciza, semejante a la que se encuentra en el puente Lamentano, en el camino de Roma a Sabina. La entrada estaba cerrada por una gran puerta, un rastrillo que se dejaba caer en caso necesario y un puente levadizo. Por una escalera de caracol se ascendía a los pisos superiores, adonde se alojaban el comandante y los soldados; en la parte superior había una terraza circundada de almenas, entre las cuales se veía salir las bocas de dos falconetes.

Contratados a su servicio, tenía la abadesa del monasterio, investida de sus derechos de baronía, ochenta infantes, entre picas y arcabuceros, mandados por un tal Martín Schvarzenbach, tudesco, soldado de ventura, que encontraba más cómodo el rascarse la barriga, bien pagado y mejor comido en aquella torre, que andar arrastrando la vida por los campos de guerra en donde había adquirido la enseñanza de que el placer de saquear ciudades era a veces interrumpido por la bala de un arcabuz o por la punta de una alabarda.

Sus tres pasiones dominantes eran la de vivir apartado del bullicio, la del robo y la de beber todo el vino de Puglia de que era capaz su estómago; y, la verdad sea dicha, sobre este particular poco le tenía que envidiar a un tonel.

Estas predilecciones se leían claramente en su cara; las dos primeras, en los ojos llenos de avidez y de cobardía; la segunda, en un arrebolado vivísimo, que, dejando amarillo el resto de su cara, se concentraba en la nariz. Barba rala y de chivo, labios gruesos y un cuerpo que hubiera sido apto para los quehaceres de la milicia si la glotonería no le hubiese convertido a los cuarenta años en un hombre flácido y enervado, como si tuviera setenta.

Su oficio se reducía a cerrar la puerta todas las tardes. Los ejércitos que guerreaban en aquellos contornos no llevaban miras hostiles contra el monasterio; por lo tanto, no tenían que cuidarse de ellos. Las bandas de aventureros que recorrían el país no habrían osado acometer a ochenta hombres fortificados en una torre, con dos falconetes. Pero había además otra razón que permitía dormir tranquilamente a Martín Schvarzenbach, aunque viviera rodeado de facinerosos. El se había contratado con la abadesa para guardar el monasterio; pero no se obligaba por esto igualmente a custodiar y defender los ducados, florines y demás haberes de los habitantes de aquel condado y de aquellos que lo atravesaban yendo de paso. Mas como no podía andar a la descubierta pescando en las bolsas ajenas, se había asociado con Pietraccio, guardándole las espaldas o ayudándole con su gente, siempre que la empresa lo requiriera: él era el encargado de esconder dinero, objetos y también personas, con tal que

fuesen tales que se pudiera esperar de ellas un buen rescate.

Estas operaciones se realizaban con tal cautela, que las víctimas hubieran culpado a todo el mundo menos a Martín, que no tenía otra reputación que la del primer borracho del reino.

En manos de este tipo se encontraba casualmente don Miguel, el cual había pasado toda la noche conjeturando, pero sin poder sospechar en dónde se hallaba.

A la primera luz del alba oyó tres disparos de artillería, al igual que los que disparaban diariamente desde la torre de Barletta. Arreglándoselas como pudo, logró trepar hasta la tronera por donde entraba la luz; pero el espacio estaba de tal modo cubierto por la yedra, que no dejaba ver más que una faja de agua. Manteniéndose asomado un rato, vió pasar una barca llena de hortalizas, pudiendo distinguir que el que la conducía era el jardinero de Santa Ursula. Don Miguel adquirió entonces la certeza de hallarse en los bajos del torreón que defendía la entrada del puerto.

Apenas retirado de su observatorio, se abrió la puerta, y dos soldados bien fornidos le condujeron a presencia del capitán.

Este acababa de levantarse y estaba casi en paños menores, sentado en la cama, delante de una mesa en desorden y sobre la que se apreciaban restos de una opípara cena. A todo lo largo del muro corría un rastrillo guarnecido de plomo.

cas, arcabuces de mecha, petos de malla y otros atalajes. Miró a don Miguel con unos ojos que difícilmente podían levantar unos párpados rugosos que los cubrían, y golpeando el suelo, le dijo:

—Debes saber, maese... Tú, como quiera que te llames, que el que pasa la noche en mi hostería paga cien florines de oro de a diez liras de cuño florentino, o, si te conviene más, del de San Marcos. De no ser así, una cuerda con un peñón al cuello y un baño te redimen de pagar el escote. ¿Qué prefieres?

—Acaso lo que a mí me convenga no te haga a ti juego—respondió don Miguel con una gran serenidad—. Ayer noche nos echaste mano a mí y al otro; pero había alguien más en la iglesia a quien tú no pudiste ver, pero que te vió a ti, que te conoce, y que a estas horas estará en Barletta contando tus truhanerías, y muy pronto ese daño de que hablas te lo darán a ti y no a mí si no encuentras el medio de impedir que trescientos o cuatrocientos catalanes y castriotas vengan a echar abajo la puerta de la torre. Ahora bien: tú puedes convencerlos de que te ahorquen de una almena en vez de echarte al agua; pues, por lo que veo, te obligarían a probarla por la primera vez en tu vida.

Esta idea le fué inspirada por la presencia de un barrilillo que el tudesco tenía a la cabecera, en substitución de una cruz o de una santa imagen.

La réplica, hecha en un tono altanero, engalló

al condestable, que, calándose el gorro sobre los ojos, exclamó:

—Si te figuras que te las tienes que entender con un pipiolo, y que vas a asustarme con tus bravatas, te advierto, en primer lugar, que no te creo, y en segundo, que, aunque vinieran todos los albaneses, o lo que hayas dicho, no les temo ni a ellos, ni al mar, ni a la horca; y no sé cómo me detengo y no te hago trincar por el pescuezo ahora mismo... Pero, ¡qué diantre!, prefiero el tintineo de tus florines al graznido de los cuervos que vendrían a sacarte los ojos. Por lo tanto, manos a la obra. Ahí tienes recado de escribir. Dispón que te envíen el dinero y lárgate con mal año donde te parezca.

Don Miguel, sin precipitarse a contestar, lo miraba con la expresión del que nada teme por su parte y vacilla si deberá tomar las cosas en serio o en chanza. La indignación del capitán estaba ya para explotar, y no en palabras, cuando don Miguel se resolvió a hablar de nuevo.

—Condestable... Un hombre a quien gustan los florines y el vino no le desagrade, debe de ser un buen compañero. El buen soldado debe ser así: bribón, glotón y poco devoto. ¡Quién diablo te mete a dártelas de malvado! Vamos, yo quiero que seamos amigos. Y, realmente, te debía de cobrar la noche que me has dado; pero no, te la perdono, y en su lugar, quiero proporcionarte una ganancia.

Aquí, se volvió a los dos bisoños que lo habían



conducido y que aun lo tenía sujeto cada uno de un brazo.

—¿Qué es esto, muchachos? ¿No tenéis nada que hacer por ahí? Estáis a mis costados como los dos ladrones a los lados de Nuestro Señor... Anda, buen mozo—dijo, desprendiéndose de uno y dándole una palmadita en la cara.

Luego, librándose del otro por el mismo procedimiento:

—Y tú también... no os necesito. Sé mantenerme bien derecho. Marchaos y estad ojo alerta por si aparece alguien por el camino de Barletta. Yo quiero decir dos palabras aquí a su señoría. Ya veis que no tengo armas ni he de pretender engullírmelo ahora en ayunas. ¡Qué diablo, haría falta tener más estómago que vosotros!

Los soldados, que estaban tan estupefactos como Martín ante aquel desparpajo, miraron a su amo para adivinar lo que debían hacer. Aquél accedió con la cabeza y salieron; pero al encontrarse solo con don Miguel, juzgó prudente alzarse y permanecer en pie, teniendo la espada al alcance de su mano.

—Me has pedido cien florines de rescate. No creía yo valer tan poco. Y para enseñarte a tasar mejor, te daré doscientos.

El tudesco desparramaba los ojos y la boca se le hacía agua.

—Sí, doscientos. Al fin y al cabo, esto no significa nada. Si tuvieras arrestos para servirme con diligencia y fidelidad, podría crearte una si-

tuación de la que quedarías maravillado. Pero es inútil, porque tendrías que convertirte en un hombre resuelto, locuaz, reservado a tiempo... En fin, no tener esa cara de zampatortas y esos ojos de lechuza, que parecen patatas en aceite.

Martín, al oír hablar con aquel aplomo, creía estar soñando, y le pasaba por la imaginación la idea de que acaso tuviera en su poder a un príncipe o algún gran personaje disfrazado. Pero no sabiendo a qué atenerse, y viéndose maltratado en su propia casa, respondió:

—En nombre de Dios o del diablo que te lleve, ¿quién eres? ¿Qué es lo que quieres? Habla, que ya estoy atufado y no sirvo para que nadie me tome de bufón.

—Tiento, tiento, y por las buenas, que si suelto la mía, no os diré nada y será peor para vos. Sabed, pues...

Un soldado que entró interrumpió a don Miguel, diciendo:

—Condestable, se ve una gran polvareda por el camino de Barletta. Parece gente de a caballo; al menos así lo dice Sandro, que ve más que ninguno.

El alemán dió un salto, volviéndose hacia el prisionero, que reía maliciosamente.

—Ya os lo había dicho; pero no tengáis miedo. Juicio, y todo acabará bien. Ve—dijo al soldado—, y si sucede algo de nuevo, avísame.

—Como iba diciendo, has de saber que aquí en el monasterio habita una persona retenida por

alguien, cuyo nombre no hace al caso, y la cual preferiría antes andar por el mundo y gozar de la vida que pasársela entre santos y cruces. Aquí se trata de jugar limpio. Si una noche u otra viniere una barca con cinco o seis personas para raptarla, y el condestable sintiera ladrar algún perro, o alguna voz delicada pidiendo socorro—ya lo sabes, las mujeres comienzan a gritar dos horas antes de que se las toque—, no se preocupe mi señor capitán, y pensando que ha sido un sueño, vuélvase del otro lado y continúe roncando. Este insignificante servicio le rendirá, como caídos del cielo, quinientos cequies nuevos del cuño de San Marcos, o, si los prefiere, con la flor de lis; y acaso acaso, una contrata más ventajosa que la que ahora tiene con estas beatas.

El pobre Martín, que en medio de sus vicios tenía una buena cualidad, y era la de mantenerse fiel a quien lo pagaba, tentado por tal oferta estuvo a punto de claudicar. Pero esa ley en virtud de la cual nada existe en el mundo ni absolutamente malo ni absolutamente bueno, lo salvó del completo naufragio, respondiendo con un tono ofendido y con palabras que más expresaban reconvención que cólera:

—Martín Schvarzenbach ha servido a los milaneses, a los venecianos y al emperador el tiempo justo de sus contratos, y jamás ha traicionado a ninguno; la abadesa de Santa Ursula le ha pagado el año hasta diciembre de 1503; si su señoría... o quien sea... yo qué sé... algún señor... o

uno que recluta gente para algún príncipe italiano, quiere contratarse, hablemos. Le haré ver la compañía; son cincuenta picas y treinta escopeteros; todos ellos de veinte a cuarenta años; y respecto a los arreos, no falta ni una hebilla. Si nos convenimos, el primero de enero de 1504 nos volveremos a ver, y si queréis, asaltamos el monasterio y nos lo llevamos todo, hasta la cocina, adonde os dé la gana. Pero antes de esa fecha, mientras me quede una carga de pólvora y la hoja de un puñal, no habrá quien le toque a la punta de un cabello, ni a las monjas ni a la última de las novicias.

—Y vos, maese Martín, ¿creéis que yo no sepa cuáles son los deberes de un hombre como vos? ¿Creéis que tendría cara para proponeros una granujada de ese calibre? No me conocéis. La persona de quien se trata no es ni monja ni novicia, y tiene tanto que hacer en el monasterio como ese barril que tenéis ahí al lado. Dios os lo tome en cuenta, que bien se ve que sois un hombre leal, que sabe cuándo se puede caminar a placer y cuándo hay que apretar el paso; cuándo se puede dormir a cubierto con medio vaso de buen vino y cuándo hay que tumbarse al sereno con el estómago vacío. Pero el que puede ganarse quinientos florines sin ninguna molestia, con todo el honor del mundo y en gracia de Dios, debe tener en cuenta que estos bocados no caen tan fácilmente como un higo maduro... Ahora, si queréis tomar esto en consideración, pronto nos

pondremos de acuerdo; pero es preciso que os decidáis, porque esos caballeros no tardarán mucho.

La virtud de Martín, como la de casi todos los hombres, era susceptible de una transacción. De aquí su respuesta:

—No tratándose de las monjas, es otro el asunto.

Mientras don Miguel pensaba si debería aclarar a Martín cuál era la mujer que deseaba raptar, una porfía suscitada a la puerta de la habitación entre dos soldados y una vieja interrumpió su razonamiento.

—¡El demonio te estrangule, maldita jorobada! Está aquí quien debe estar, y el condestable tiene otras cosas en que ocuparse que en darte a ti oídos.

Así hablaba uno de los soldados, tratando de cortar el paso a una vieja de menguada estatura, desgredada y con dos ojos de madreperla ribeteados de rojo. Casi se había introducido ya; pero el soldado la había cogido de la papada y le tiraba de la piel, torciéndole la boca. La vieja lanzó tal zarpazo con sus uñas de acero en la mano que la detenía, que el soldado la dejó libre, viniendo ella a caer como un fardo sobre don Miguel, al cual se agarró, escurriendo el bulto de un puñetazo que le enviaban desde fuera y que si le coge, ¡desgraciada de ella!

—¡Anda de ahí, hijo de cura!—dijo, volviéndose hacia el soldado, que, chupándose la sangre del arañazo, miraba a la vieja como un mastín

mira al gato que le ha peinado el hocico—. ¡Anda de ahí, y si no tienes bastante, ven por otra!

—Anda, fea bruja, vuelve otra vez cuando yo esté de guardia... “Sandro mío, bendito seas.”—Y estas palabras las decía sumiendo el labio inferior para remedar la voz de la vieja—. “¡Déjame entrar en el monasterio... Nada más que un momento para decir dos palabras a la forastera y que me dé unas hilas para Scannaprete, que está herido, y unos polvos para Pacciano, que tiene fiebre”... ¡Un cáncer para ti!—agregó con voz natural—; que te comiera a ti y a quien te manda. Vuelve, vuelve y verás cosa buena. Que me arranquen la lengua como el Valenza, que Dios bendiga, se la arrancó al bandido de tu amo, si no te envió con la oración que mereces a reunirte con tus compañeras la noche de San Juan.

A la vieja no le hubieran faltado razones para contestarle y no infringir uno de los artículos fundamentales del código femenino, que le ordenaba hablar la última; pero estaba ansiosa por desembuchar lo que traía, y que era de importancia; así, volviendo las espaldas a Sandro, con un gesto tan despectivo, que no es para describirse, se dirigió al condestable.

—Si no ponéis mano, se va a armar la grananza. Allá arriba se ha destapado el infierno esta noche. Las gentes han vuelto antes de amanecer, conduciendo a ese horrible cristiano que prendisteis anoche. ¡Virgen santa! Parecía un cadáver

de tres días. Pero le duró poco el miedo. Pietraccio lo ha abierto como a un corderito lechal.

—¡Cómo!—exclamaron a un tiempo Martín y don Miguel—. ¡Han matado al podestá! ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cómo?

—¡Qué queréis que os diga, Virgen mía bendita! Pietraccio quería hacerle comprender que pagara no sé cuántos ducados de rescate, y ya podéis figuraros: sin lengua, no podía hacerse entender. El otro permanecía con la mirada fija, vidriosa, más en el otro mundo que en éste. Entonces, el jefe le escribió lo que pretendía y se lo dió a leer. Peor. Parecía la estatua de San Roque que hay en la capilla de Belfiore. Pietraccio entonces le largó dos o tres bofetadas de las suyas, y como si no. Por último, perdiendo los estribos, y ya sabéis cómo las gasta, le hincó el cuchillo en la boca del estómago, y arriba, arriba, lo abrió en canal. Con el cuchillo en la mano se queda solo: achica al más templado. En fin, ¡qué se va a hacer! ¡Es todavía un niño! ¡Se lo he repetido tantas veces a su madre: “¡Ghita, el muchacho abusa de las manos!” Pero no hay manera de sentarle el juicio.

Esta noticia y el modo de contarla impresionaron, aunque por distintos motivos, a los que la escuchaban, hasta el punto de que no encontraron palabras para responder.

La vieja continuó:

—Acabaré, y me largo, que estoy sin descan-

sar desde ayer. Se habían echado para descansar un rato cuando entró Cocco d' Oro corriendo.

—¡Vamos, vamos pronto! Ahí viene el preboste con su tropa.

Todos nos levantamos. Estaban ya en Malagrotta y venían a galope. Nosotros echamos a correr por la montaña, hasta llegar a la gruta de Focognano, donde nos escondimos y donde quedan sin miga de pan ni gota de agua. Por los alrededores patrullan más de doscientos, entre esbirros y soldados. ¡Dios quiera que a alguno no le cuelguen antes de su santo! Hay que hacer algo para remediar a aquella gente. Ya habrán encontrado el cadáver del podestá. ¡Virgen santa!... ¡En qué precipicio hemos caído! Dice Ghita que no os olvidéis de que allí no hay nada que roer y que es necesario enviarle cuanto antes algo.

Al terminar estas palabras, viendo sobre la mesa los restos de la cena, se precipitó sobre ellos sin pedir permiso, llenándose el delantal de menudugos, de cachos de carne y de fruta. Luego se echó en una calabaza que llevaba colgada el vino que había quedado en la botella, bebiéndose el que no cupo, y limpiándose la boca con el dorso de la mano, echó a andar, dando un empujón a Sandro para apartarle, y desapareció sin decir más.

A Martín, aquella serie de acontecimientos le habían puesto la cabeza hecha una devanadera. Con una mano en la barbilla y la otra a la espalda, iba y venía por la alcoba, sacudiendo la



cabeza y bufando. La súbita presencia de la gente de Barletta le inclinaba a dar crédito a las palabras de don Miguel, el cual ya se lo había prevenido. Esto le hacía pensar que realmente aquel hombre debía ser otro del que aparecía. Primeramente, resolvió entendérselas con él para que no lo descubriera cuando llegasen los que seguían la pista a los asesinos del podestá. Deponiendo toda arrogancia, y más bien encomendándose a él, le dijo que lo considerara como a un criado suyo, prometiéndole ayudarle en su empresa.

Apenas había terminado este acuerdo, se oyó el galopar de los caballos que entraban en el puente, y una voz clara y fuerte como una trompa, que gritaba:

—¡Condestable! ¡Schvarzenbach!

Salió éste, encontrándose con Fieramosca y con Fanfulla da Lodi, que le aguardaban a la cabeza de un escuadrón.

El lector recordará seguramente haber leído el nombre del segundo entre los capitanes italianos.

Entre todos los hombres de armas con que contaba Italia, no había ninguno de ánimo más temerario que éste. Por el más pequeño motivo, a veces sin ninguno, arriesgaba la vida. Sin reflexionar nada, sólo atendía a darse buena vida y a la necesidad de manejar las manos. Agil como un leopardo, todo nervio, magro de cuerpo, pero fuerte de complexión, parecía que la Naturaleza, sabiendo que en él había de alojarse un alma arriesgada hasta la locura, se había cuidado de

formarle de modo que puliera ser apto para resistir las pruebas más peligrosas. Hijo de un soldado, de Givolano Riario, había practicado la vida de las armas desde la infancia, habiendo servido en todos los Estados de Italia, en los cuales, unas veces por pendencia, otras por desacatos o por veleidad, continuamente cambiaba de amo. Los florentinos habían sido los últimos, y había huído de ellos por la siguiente causa:

En el sitio de Pisa fué dado un asalto, en el cual, si Paolo Vitelli, capitán de la República, no hubiese dado la orden de retirada, las tropas florentinas, que, llenas de ardimiento, se esforzaban por consolidar los primeros triunfos, aquel día se hubieran apoderado de Pisa. La conducta de Vitelli, tachada como traición por los florentinos, fué luego, como es sabido, la causa de su muerte. Fanfulla, siempre a la cabeza de los primeros, había trepado por una escala hasta abrazarse a una almena, desde la cual, haciendo girar su espada, ya estaba sobre el muro, y su arrojo desesperado movía a los demás a seguirlo, cuando sonó el toque de retirada y le dejaron solo. No resignándose a obedecer, tuvo, sin embargo, que abandonar el puesto y descender entre una lluvia de dardos, piedras y disparos de arcabucería, que, sin tocarle, le dejaron llegar sano y salvo al campo, coriendo como un loco, mugiendo e insultando a cuantos encontraba.

En el pabellón del capitán se habían reunido en consejo todos los comisarios florentinos. Fan-

fulla, cayendo en medio de ellos y llamándoles traidores, con una tranca que había cogido, comenzó a repartir golpes, sin reparar ni a quién ni cómo, ni dónde; y fué tal la cantidad de leña, de patadas y de puñetazos, que como él era muy forzudo y los había cogido de sorpresa, rodaron por el suelo, maltrechos, y antes de que pudieran reponerse y conocer al autor de aquella sarracina, Fanfulla, sin decir adiós, saltó a caballo. Estaba ya muy lejos del campamento cuando los capitanes, recobrados, pensaron en seguirle.

Dejando de este modo el servicio de los florentinos, se acomodó con Próspero Colonna, encontrándose en aquellos momentos en Barletta con el resto de la compañía.

El aviso llevado por Boscherino de que el podestá había sido preso por los salteadores—noticia dada de modo que no pudieran recaer sospechas sobre él—había puesto en movimiento al preboste de Barletta con sus esbirros, los cuales se habían dirigido hacia la montaña. Fieramosca y Fanfulla, con algunos soldados de a caballo, los siguieron, apartándose luego de ellos para hacer un reconocimiento por los alrededores del bosque donde estaba la iglesia. Los esbirros les entregaron dos prisioneros a los que les habían echado mano con gran trabajo, y Fieramosca y Fanfulla los condujeron a la torre donde mandaba Martín Schvarzenbach.

Cuando bajaron a la puerta, los dos foragidos estaban en medio de la tropa, aguardando se les

abriera la prisión. Era el uno Pietraccio, el jefe de la banda, un joven de aspecto feroz y salvaje, de miembros fornidos y con un mechón de cabellos rojizos que le caían sobre los ojos; los brazos, desnudos, rojos aún por la sangre del podestá, los traía atados tan fuertemente, que la cuerda hendía la carne; conservaba la mirada baja y siniestra del lobo que ha caído en la trampa. El otro era una mujer de elevada estatura y bellísimas formas, a quien el trabajo y las fatigas de aquella vida, y sobre todo, la desesperación de encontrarse en aquel trance, envejecían prematuramente. Una herida que recibiera en la cabeza, defendiéndose, le había hecho perder el sentido; por lo que dos soldados la condujeron en brazos hasta la torre. Al dejarla caer en el suelo, el mismo dolor le hizo abrir los ojos y lanzar un gemido profundo, mientras la sangre que le brotaba de la frente le cubría el rostro y le bajaba por el pecho. La cárcel donde había estado don Miguel fué abierta de nuevo, y a ella fueron arrojados, Pietraccio, atado como estaba, y la mujer.

Entregados los presos, los soldados volvieron hacia la montaña por si había que conducir algunos otros. Fanfulla entró en la alcoba del condestable, y Héctor, aprovechando aquella circunstancia, fué a ver a la forastera.

Las dos mujeres, que no le aguardaban a aquella hora, se sorprendieron grandemente al verlos, y tras los primeros saludos, escucharon el relato

de los motivos que los habían conducido al monasterio.

Narrando la caza dada a los malandrines, les dijo que, juntamente con el capitán, habían apresado a una mujer, la cual, haciendo frente a los esbirros, había sido herida en la cabeza. Ginevra, condolida de la desgracia de aquellos desdichados, quiso ir a socorrerlos. De un armario sacó lo que estimaba más conveniente: polvos y unguentos, que, como ya hemos visto, habían servido más de una vez para auxiliar a los bandidos, y rogó a Fieramosca pidiera al condestable la llave de la prisión. Salió éste, y bajando por la escalera de caracol que conducía a la alcoba de Martín, sintió en ella un estrépito del cual no podía figurarse la causa. Abriendo la puerta, encontró a Fanfulla en el centro de la estancia, dando tajos con un mandoble a diestro y sinestro, con la misma facilidad que si manejase un bastón. Entreteníase en hacer molinetes, tirar estocadas, amagar tajos con tal velocidad, que la espada no se veía apenas; y si hubiese tenido que defenderse contra todo un ejército, no lo hubiera hecho con mayor entusiasmo.

Héctor, que iba a entrar, se contuvo en el quicio de la puerta, temeroso de que le alcanzara un trastazo en aquella refriega, y sonriendo presenciaba aquella lucha loca, que el otro, sin percatarse de que era observado, continuaba lleno de ardimiento; y entre aquellos golpes tirados al aire, para desgracia del amo de la casa, no todos

fueron dados en el vacío; por descuido o con intención, uno de ellos había puesto fin a los largos servicios de aquel barrilillo que Martín conservaba a la cabecera de la cama, y que quedó abierto en dos como una nuez, corriendo el líquido que contenía hacia un rincón desnivelado de la estancia.

—Tarde se trasiega el mosto este año—dijo al fin Fieramosca, riéndose. Fanfulla, vuelto hacia él, tiró el espadón, y sin decir más, dejándose caer sobre la cama, se desternillaba de risa—. ¿Qué diablos hacías, loco de atar? Mira, mira: en un instante has hecho más destrozos que un tercio de catalanes en una semana. ¿Y Martín, dónde está?

Fanfulla, sosegado al fin, contestó:

—Estaba aquí hace un momento, y me decía que el mandoble no lo sabían manejar más que los suizos y los alemanes. Yo le respondí que era cierto, suplicándole que me diera algunas lecciones; y ensayándome como pude, le alcancé un tajo al barrilillo... Que me ahorquen si lo hice aposta; pero él, irritado, lo ha tomado en mal sentido. ¡Es un imbécil! No ha querido escuchar mis excusas... Creía de buena fe que nosotros, pobres italianos, no sabíamos manejar una espada. Total, que nos hemos dicho algunas insolencias y se ha marchado jurando y maldiciendo. ¿Qué hubieras hecho tú? Por mi parte, sin reparar en sus artes de esgrimidor, le he largado un viaje a la lombarda y le he dicho: Si queréis

que nos veamos ahí abajo, en el prado, delante de la torre, os prometo haceros una brecha en esa calabaza alemana que tenéis por cabeza, para demostraros que lo que hice con el tonel fué una equivocación.

—¿Y él, qué te ha respondido?

—Que me quitara de su vista, que le olía mal.

Decir estas palabras y revolcarse nuevamente por el lecho, riendo y echando por el aire cuanto había en él, fué todo uno.

Pero es el caso que el capitán, no queriendo habérselas con aquel endiablado, y de otra parte, transida el alma por la pérdida de su vino, había salido de la alcoba blasfemando en alemán para dirigirse a una habitación del segundo piso donde se había ocultado don Miguel, y desde allí, oyendo lo que decía Fanfulla, continuaba lanzándole improperios, a los cuales éste, intercalándolos en el relato, respondía con iguales insultos.

Fieramosca, de un carácter contrario a esta clase de bromas, intervino, y no sin gran trabajo logró al fin conciliarlos. Martín bajó; Fanfulla se marchó riendo, y Héctor, que a duras penas contenía la risa, viendo cómo contemplaba el alemán su barril hechò dos, como el avaro que encuentra su arca abierta y vacía, le expuso los deseos de Ginevra, y con buenas palabras le suplicó que abriera la puerta. El condestable, en tanto, había recogido los dos trozos del barril, y con un paño, a modo de esponja, lo empapaba

en el vino, estrujándolo luego y procurando de este modo salvar algo de su tesoro.

Al escuchar la petición de Ginevra, dijo refunfuñando:

—¡Eso! Los asesinos hallan quien los socorra, y un pobre hombre que no se mete con nadie, ni se ocupa en otra cosa que en sus quehaceres, tropieza con un loco que le pone la casa patas arriba.

—Tenéis razón, mi querido Martín. Pero ¿qué culpa tengo yo de eso?

—Resultará que soy yo el causante por haberos suplicado que vinierais a mi casa a trastornarlo todo.

Fieramosca insistió:

—Está bien. Volved dentro de media hora y podréis entrar en la prisión... ¡Que no os murierais todos!...—agregó entre dientes.

Pero Fieramosca había salido ya y no pudo oírlo.

---



## CAPITULO XI

La captura de Pietraccio y de su madre era un accidente que podía traer graves consecuencias a Martín y trastornar los proyectos de don Miguel. Cambiadas impresiones, ambos estaban de acuerdo en la necesidad de procurar la fuga al asesino, impidiendo que éste fuera conducido a Barletta, donde podrían ser descubiertos los manejos del capitán. Pero no era fácil encontrar un medio ni atraer responsabilidades para el que lo custodiaba.

Cuando Fieramosca vino a pedirle permiso para entrar en el calabozo, turbado como estaba por su querrela con Fanfulla, no pudo, de primera intención, caer en la cuenta de que aquello podía facilitar sus planes. Tuvo, sin embargo, la suficiente prudencia para dar tiempo, confiando en la astucia de su nuevo amigo, al que subió a buscar, esperando que aquél hallara un medio de sacarle de apuros. Cuando don Miguel supo la petición de Fieramosca, le dijo:

—Si lo hubiésemos pagado, no nos serviría mejor. Dejadme hacer a mí y veréis qué labor más lucida. Pero... ya sabéis.

—Entendido. Siempre que no se trate de las monjas...

—A las monjas—respondió don Miguel—no las tocaremos; estad seguros. Ahora, dadme la llave de la prisión y aguardadme aquí.

Cogió la llave, bajó al primer piso y abrió la puerta, procurando no hacer ruido. Escuchó atentamente, y oyendo que la madre y el hijo hablaban, se detuvo en el primer peldaño de los cuatro o cinco que descendían a aquella cueva, y desde el cual, alargando el cuello, podía ver y oír a los dos desdichados.

La mujer había sido dejada en el suelo, con la cabeza apoyada en una viga que había en un ángulo; pero la misma angustia de la fiebre la había hecho rodar, cayendo de bruces sobre la toba húmeda del suelo, sin hallar fuerzas para levantarse. El hijo, con los brazos ligados aún, no podía mover ni un dedo, siendo inútiles sus esfuerzos para ayudarla. Desesperado, permaneció de rodillas junto a ella, mirando estúpidamente a un lado y a otro.

La mujer intentaba levantar la cabeza, pero estaba demasiado débil para lograrlo. Con gran trabajo consiguió al fin su hijo ayudarla con las rodillas e incorporarse hasta quedar en la posición de antes. Pero el movimiento le ocasionó dolor tan intenso, que, sujetándose la cabeza con las manos y exhalando un prolongado gemido, exclamó:

—¡Maldito golpe el del villano calabrés! Pero

si el diablo me deja dos minutos... Quiero que sepas de una vez quién eres... ¿De qué sirve rogar a Dios y a los santos?... Me han engañado...

Después, alzando las apagadas pupilas, comenzó a proferir tales blasfemias, que hubieran erizado el cabello a otro que no fuera Pietraccio.

—Sin embargo—siguió diciendo, cambiando el tono de feroz desesperación por otro más doloroso e igualmente profundo—; sin embargo, yo también creí en el perdón... cuando cantaba con las otras hermanas... ¡Oh, maldecida hora en la que puse el pie en aquellos lugares! ¿De qué me sirvió? Estaba condenada antes de nacer. Quise redimirme, y he aquí en lo que he venido a parar.

Y de nuevo, alzando los ojos al cielo, exclamó con una expresión imposible de describir:

—¿Estás contento?

Dirigiéndose luego al hijo:

—Si eres un hombre, podrás salir de aquí, y el que es la causa de mi muerte y de tu ruina arderá conmigo, si es verdad lo que dicen los curas. Aquella noche, en Roma, en que te puse al lado de Torsanguigna, para que mataras a aquel caballero, y tú, loco, gritaste antes de dar el golpe, por lo que te echaron mano, mutilándote como estás... era César Borgia... Cuando éste estudiaba en Pisa, estando yo en el monasterio, se enamoró de mí, y yo, ¡imbécil!, de él. Pero ¡yo qué sabía!... Una noche vino a buscarme. Yo tomé conmigo una hija de siete años, que dormía en una alcoba inmediata, y que al sentir escalar la ventana, se

despertó gritando... ¡Ay de él, si lo hubiesen descubierto!... Acababa de ser nombrado obispo de Pamplona. El miserable cubrió con una almohada la cabeza de la criatura, y con las rodillas... ¡Monstruo!... Yo caí en tierra... ¡Júrame por el infierno, por mi muerte, que lo matarás!... Indícame con la cabeza que lo juras... Dame al menos esta alegría.

El asesino, con los ojos horriblemente desencajados y fijos en su madre, movió la cabeza, afirmando que lo haría, y ella, quitándose del cuello una cadena que ocultaba bajo la camisa, agregó:

—Y cuando le hayas partido el corazón, dile: Mira esta cadena... Y se la pones delante de los ojos. Te la devuelve mi madre... No he terminado. ¡Oh, un momento aún!... Después, no te temo. Cuando volví en mí me encontré sobre un lecho, y tú eres... ¡oh, no puedo decirlo!... Al lado de mi pobre Inés, ¡qué bella era! Ahora estará en el paraíso... y yo, ¿por qué he de ir al infierno?

Estas últimas palabras fueron acompañadas de un grito que hizo retemblar la bóveda. Había muerto.

Pietraccio no se conmovió gran cosa; con su mirada inexpresiva siguió los movimientos convulsivos de la madre, y cuando hubo expirado, se acurrucó en el ángulo opuesto, como una fiera enjaulada que huye con repulsión del cadáver de otra fiera. Toda esta relación, hecha a intervalos y en una especie de delirio, no había sido comprendida sino en parte por Pietraccio. La única idea

que le quedaba viva era la de que tenía que vengarse de César Borgia por muchas injurias, pero principalmente, a su parecer, porque la situación en que se hallaba era debida a la barbarie de aquel hombre.

Aquel mismo relato había impresionado, sin embargo, de modo bien distinto, al secuaz de Valentino. El que hubiese podido observarlo creería que cada una de las palabras allí pronunciadas le iban arrancando la vida: tanta era la alteración de su semblante. Cuando la mujer cayó inerte, poco faltó para que a él le ocurriera lo mismo.

Mal seguro sobre sus piernas, descendió los peldaños, y con mano temblorosa cortó las ligaduras que oprimían a Pietraccio; fijó un momento sus ojos en la cadena que tenía al cuello y dijo:

—Dentro de un momento vendrán a visitarte un caballero y una dama. Quieren ponerte en libertad; pero que no aparezca que son ellos los que lo hacen. Está alerta, y mientras ellos auxilian a tu madre, huye, procurando que no te vean. A estas horas tu cabeza está pregonada.

Dichas rapidísimamente estas palabras, y como si caminase sobre ascuas, lanzó de refilón una mirada a la mujer, entregó su puñal a Pietraccio, y, como un relámpago, volvió a la cámara del condestable.

En su lugar explicaremos hasta qué punto había conturbado a un bribón como él la escena presenciada desde la escalera de la prisión.

El lector se dirá: ¿pero es que no acabaremos nunca con estos horrores de asesinatos, traiciones, calabozos, muertes y demonios del infierno?

Si nosotros hemos adivinado su pensamiento, él, con perdón sea dicho, no ha adivinado el nuestro, que en estos momentos era precisamente el de acabar de una vez, mandando al diablo a don Miguel, a Pietraccio y a Martín; porque, a decir verdad, toda esa tropa también a nosotros comenzaba a resultarnos enojosa; y hecho esto, le rogaríamos que nos acompañase nuevamente a la fortaleza de Barletta, transformada desde el momento en que la abandonamos para seguir a don Miguel.

El patio y las galerías estaban engalanadas con colgaduras de seda de todos colores, con guirnaldas de hiedra y de laurel, que formaban festones y cifras. Todas las banderas del ejército pendían ondeando de los balcones y de las ventanas. La turba, compuesta de espectadores ociosos y de hombres que se afanaban en poner término al decorado, todos atropellándose, subían y bajaban las escaleras, yendo y viniendo por el patio y la galería; soldados, operarios, servidores y muchachos aparecían cargados de muebles, de accesorios, de escaleras y de toda suerte de objetos para adornar la mesa y decorar el teatro. Entraban viandas, frutas, vinos, presentes, que los señores de la ciudad y del ejército ofrecían al capitán de España. Era un ir y venir, un gritar,

un llamar y, en conclusión, un desorden indescriptible.

Cuando la campana de la torre dió las catorce horas apareció en lo alto de la escalera principal Gonzalo de Córdoba, con sus capitanes, y la alegría que experimentaba de volver a ver a su hija—un correo arribado poco antes habíale anunciado que doña Elvira se encontraba a tres millas de Barletta—había querido demostrarla con las galas de su vestido y las de su cortejo.

Sobre un túnico de brocado de oro llevaba una capa de terciopelo de un violeta encendido, forrada de cibelina, y a la cabeza, un birrete de campaña de la misma piel; de un bellissimo zafiro, que servía de broche, salía un penacho largo como de un palmo, hecho con perlas finísimas, ensartadas en hilos de acero tan flexible que enteramente parecía de plumas. Las vainas del puñal y de la espada estaban forradas del mismo terciopelo violeta, y en las empuñaduras centelleaban las piedras preciosas. Sobre el costado izquierdo, recamada en rojo, destacábase la Insignia de la Orden de Santiago.

Al pie de la escalera aguardaba una mula blanca, catalana, cubierta hasta el suelo de una gualdrapa de seda violeta tornasolada con festones de oro. Subió a ella, imitándole el séquito, y todos juntos pusieron en marcha para salir al encuentro de doña Elvira.

Próspero y Fabricio, vestidos de amaranto rosa con bordados de plata, cabalgaban a sus lados, en

dos caballos turcos, los más hermosos que desde hacía mucho tiempo se habían visto en Italia. Los dos primos se mantenían en su silla de terciopelo rojo, refrenando los impulsos de sus corceles, y en la viril arrogancia de sus personas se pregonaban sus altas dotes, que hacían de ellos los mejores condotiero que tenía el ejército.

En la comitiva que seguía se destacaba, por su aspecto ceñudo y robusto, Pedro Navarro, el inventor de las minas usadas con tanta fortuna en el ataque del Castel dell' Uovo. Diego García de Paredes, el hércules de aquellos tiempos, el cual, acostumbrado a no vestir más que de hierro, no tenía a mano atalajes para presentarse lucido en aquel día, por lo cual limitaba su gala a llevar los herrajes más limpios y pulidos que de costumbre y a montar en el caballo más salvaje que había encontrado; era un semental calabrés, cazado a lazo la semana anterior, de gran alzada, membrudo y totalmente negro. Sólo Paredes hubiera osado cabalgar sobre aquella bestia cerril, que, avezada a los bosques, y encontrándose ahora entre el tumulto de aquella comitiva, se encabritaba bufando y echando espuma por el befo; pero la estatura del caballero, lo pesado de la armadura y el castigo de un freno largo, como de media braza, que le ensangrentaba la boca, lo tenían sujeto, y después de haber hecho todos los intentos, tomó el partido de no considerarse más fuerte que Diego García, el cual, puestos los



codos sobre el arzón, se reía de aquellos inútiles esfuerzos.

La flor de la juventud italiana se confundía con los hidalgos españoles. Héctor Fieramosca, cabalgando entre sus dos amigos más íntimos, Iñigo López de Ayala y Brancaleone, llevaba un ferreruelo de raso azul, recamado de plata, labor de las dos damas de Santa Ursula. Tenía fama de ser el mejor jinete del ejército; el caballo que ahora montaba, de color perla, con las crines oscuras, regalo del señor Próspero, había sido domado por él con tanto arte que apenas necesitaba de la ayuda del freno y de la espuela para manejarlo a su gusto.

Parecía que Fieramosca tuviera el don de aparecer siempre como la primera figura entre todos y dondequiera que se hallase.

Formado de un modo perfecto, su estructura se dibujaba bajo un vestido ajustado a la carne sin hacerle una arruga y todo de raso blanco; y era tal su belleza y la gracia de su continente, que al paso de la cabalgata todo el mundo se fijaba en él y se maravillaba. El joven se apercibía de su triunfo, y en su interior se avergonzaba de producir una impresión que ni aun al sexo contrario se le perdona.

Detrás venían los escuderos, y como era costumbre en aquellos tiempos, cada señor procuraba tener a su servicio hombres de diversas naciones, y a medida que eran más bárbaros y extraños, más los apreciaban; veíanse espahis turcos

con corazas de escamas y gumías; hombres del reino de Granada, armados de las moriscas azagayas y cimitarras; flecheros tártaros al servicio de Próspero Colonna, y que vestían colores vivísimos, con sus arcos y sus aljabas de plata. Había también negros venidos del alto Egipto y armados de larguísimos dardos; y toda la bárbara fisonomía, contrastando con los semblantes europeos, formaban un cuadro abigarrado y lleno de variedad.

La salida de Gonzalo fué saludada con el disparo de todas las piezas que guarnecían la plaza y con un repique de campanas; y entre aquel estruendo resonaban los toques de las trompas y demás instrumentos, formando todo ello una armonía que, si no se acordaba perfectamente, daba al menos una impresión de marcial alegría que levantaba el ánimo.

En esto llegó el aviso de que el duque de Nemours, con los barones franceses, había entrado en Barletta, y deteniéndose, enviaba a algunos de los suyos a anunciarlo. A los pocos momentos, todo el cortejo de los caballeros franceses aparecía por el extremo opuesto de la plaza.

El duque, viendo a Gonzalo desmontado y que salía a su encuentro, descendió del caballo, y después de estrecharle las manos con gentil acogida, el francés dijo cortésmente que consideraba como imperdonable indiscreción venir a perturbar una fiesta a la que había sido invitado, lo que sucedería, seguramente, si él retardaba el momento

en que se habían de encontrar padre e hija. Suplicó que se le concediera el honor de acompañarlos; estimando que, si bien la guerra los ponía frente a frente, como enemigos que eran, no podía menos de apreciar en el gran capitán español sus cualidades de valor, de ingenio y otras sublimes dotes.

Era preciso inclinarse ante tan corteses palabras, y montando los dos caudillos sus caballos, marcharon delante.

Los dos séquitos se unieron entonces, cambiándose los saludos con aquellos modales llenos de cortesía en la que los franceses, en todo tiempo, han sido los maestros.

A poco más de una milla, fuera ya de la plaza, se detuvo el cortejo, viendo aparecer la litera que conducía a doña Elvira. Venía acompañada de Victoria Colonna, la hija de Fabricio, la que más tarde fué la esposa del marqués de Pescara y fué célebre por su entereza, por su virtud y por la claridad de su ingenio. Gonzalo, echando pie a tierra, corrió al encuentro de su hija, que había descendido de la litera, y, estrechándola en sus brazos, le decía muchas veces:

—¡Hija de mi alma!—colmándola de caricias, que contrastaban maravillosamente con la gravedad de un hombre tan grande.

Héctor e Iñigo habían sido designados por Gonzalo para servidores de su hija, por lo cual se adelantaron, conduciendo una jaca para que montara en ella. El joven italiano hincó una rodilla

en tierra, y la doncella, posando ligeramente sobre la otra la punta del pie, saltó a caballo con una gracia nunca vista. La frente pálida de Fieramosca se tiñó de un ligero carmín, cuando, volviéndose, le fueron dadas las gracias por doña Elvira, con una tal sonrisa y con un tal volver de ojos, que demostraban cuán agradable le había sido la elección de aquel joven para servirla.

La índole de doña Elvira, ocasionada probablemente por la excesiva ternura de su padre, no reflejaba la madurez de juicio que podía esperarse de una joven de veinte años. Su ardiente corazón y la vivacidad de su fantasía no se atemperaban siempre en ella por un recto juicio, tan difícil de encontrar y que, probablemente, después de la virtud, es la joya más preciada de un alma.

Su amiga Victoria Colonna unía a estas dotes la agudeza y el brillo de su pronto ingenio. Aunque las dos eran igualmente bellas, no se podían encontrar, sin embargo, dos tipos de hermosura más distinta. Los ojos fascinantes de doña Elvira, su frecuente sonrisa, cultivada probablemente por el íntimo instinto de que realizaba su belleza, saltaban a primera vista; pero las formas grandiosas y verdaderamente romanas de la hija de Fabricio, su rostro bellísimo y semejante a aquel que imaginaran los escultores griegos para representar las musas, y una cierta claridad que parecía iluminar su frente, se insinuaban de modo muy distinto en el corazón, produ-

ciendo un efecto maravilloso que difícilmente se borraba.

Un observador perspicaz acaso hubiera descubierto en ella un tinte de orgullo; si existía, su virtud supo más tarde vencerlo y dedicarlo al bien.

---

## CAPÍTULO XII

Entrada la comitiva en Barletta, los nuevos huéspedes fueron alojados en las mejores habitaciones del castillo. Disuelto el cortejo, cada uno se preparó para las fiestas que debían comenzar aquella misma tarde.

En la plaza se había construido un tablado con gradas y palcos, adornado lo mejor posible; y en cierto sitio, acomodado para el objeto, se habían encerrado hacia días algunos toros, novillos y búfalos salvajes, destinados a un espectáculo tan del agrado de los italianos en aquella época y en el que no desdeñaban tomar parte los caballeros más distinguidos. En este mismo espacio, bien enarenado, debía verificarse el torneo. En muchas partes, las tribunas estaban atestadas de gente, y en los tejados y ventanas se veían hacinados los espectadores. Los sargentos y alguaciles, con vestimentas de diversos colores, aguardaban el arribo de Gonzalo, después de haber despejado la plaza. El capitán llegó bien pronto con toda su comitiva, llevando a la derecha al duque de Nemours, y a doña Elvira a su izquierda. Hecho el paseo, subieron a un palco

más grande y mejor acondicionado, que estaba a uno de los extremos, y entre los vítores y gritaría del pueblo, siempre aficionado a las galas y a la ostentación, tomaron asiento y fué hecha la señal para que saliera el primer toro. El murmullo de la multitud, las contiendas suscitadas entre los espectadores, deseando cada uno ocupar el mejor sitio, cesaron al abriarse la puerta del encerradero. En la arena apareció un enorme toro negro que, moviendo la cola, corrió de acá para allá saltando, hasta que al ver que no hallaba salida se paró mirando alrededor con los ojos inyectados y llenos de recelo y escarbando con las patas en la arena.

En aquel momento, las miradas de todos se volvieron hacia un ángulo de la plaza, donde dos hombres sostenían una reyerta cuyo motivo se ignoraba. Para hacérselo conocer al lector, conviene que volvamos por un instante al monasterio de Santa Ursula.

La tarde en que Fieramosca anunció a las dos mujeres el combate con los franceses, no fué Ginevra la única que se echó a temblar ante la idea del peligro que podía correr. También Zoraida quedó suspensa. Una naturaleza noble y animosa va generalmente unida a un corazón de difícil acceso; pero si al fin el amor llega a penetrar en él, ¡qué de desgracias puede ocasionar!... Desde aquella tarde, Zoraida no encontraba hora de paz ni de reposo. Un solo pensamiento la ocupaba día y noche, y su imaginación daba vuel-

tas alrededor de la misma idea, sin poder apartarse de ella, ni ocuparse en alguna otra cosa. Pasaba horas enteras sentada al balcón, y sin que su mente tomara parte en ello, arrancaba los pámpanos y el ramaje que tenía a su alcance. Alguna vez salía resuelta, como si fuera a realizar algo importante; pero de pronto, olvidándose ella misma de adónde iba, detenía el paso y permanecía con los ojos fijos en el suelo, siempre procurando estar sola y esquivando, sobre todo, la mirada de su amiga, que a cada momento le parecía iba a descubrir lo que más le interesaba tener oculto.

A su vez, Ginevra no estaba menos agitada, y tal vez la causa de sus desazones tenía un origen más poderoso y complicado. El afecto que ella experimentaba por el joven italiano, nacido y alimentado de una antigua amistad, y más tarde, de los favores recibidos, se había acrecentado en aquellos momentos ante la idea de que una muerte gloriosa podía arrebatárselo para siempre, y del enorme remordimiento—ya que nada enciende tan vigorosamente el corazón y el entendimiento como los grandes obstáculos—que le aconsejaba cumplir con el deber de intentarlo todo para encontrar a su marido y alejarse de aquel que, a pesar de su virtud, la mantenía al borde de un precipicio. Se acordaba de haber prometido a Dios y a la santa del monasterio comunicar a Héctor la resolución que había tomado de abandonarle, y para excusarse de incumplimiento,



tomaba como excusa que el mismo día en que ella había decidido decírselo vino él a anunciarle la contienda; pero en el fondo comprendía que si esta causa podía disculpar su dilación, no debía en manera alguna eximirla de su deber.

Aparte de estos pensamientos, que bastante la perturbaban, en su conciencia había surgido una dolorosa sospecha respecto de su amiga. Las mujeres tienen un sentido íntimo, podría decirse un instinto, que las lleva a descubrir el amor, por muy oculto que se tenga. Ginevra se dió cuenta bien pronto de que Zoraida no era la misma de antes, adivinando además el motivo de esta transformación. Las dos amigas pasaron así algunos días, sin que hubiese entre ellas aquella espontánea y afectuosa familiaridad del principio.

Mientras tanto, en el monasterio, Jenaro el hortelano, las novicias y la soldadesca de la torre no hablaban de otra cosa que de los festejos que se habían de celebrar en Barletta, y entretenido cada cual en sus faenas, siempre se venía a parar a lo mismo y se repetían las conversaciones sobre la alegría y el júbilo de la jornada. Y fué tanto lo que se dijo, que al llegar el deseado día, a excepción de aquellos que absolutamente no podían, los demás corrieron a la plaza a coger sitio. El hortelano, como todos los meridionales, era entusiasta del holgorio; vistiendo su más bizarro traje y calando su chapeo adornado de flores, se disponía a entrar en la barca, apenas clareaba, cuando Zoraida le salió al encuentro en la misma es-

calera. Estaba ataviada con un esmero y elegancia inusitados para el lugar y la hora.

—Jenaro—le dijo—; de buena gana iría contigo a Barletta.

Y estas palabras fueron pronunciadas con una insinuación tan desconocida para Jenaro, acostumbrado a oírla hablar resuelta y autoritariamente, que, antes de contestar que era muy dueña de hacerlo, quedó un momento mirándola y lamentando no haber adornado la barca, ya que el solo hecho de complacerla era para él un honor

—Ahora vuelvo—dijo.

Y pretendió ir en busca de una colgadura para adornar su embarcación; pero Zoraida lo agarró por un brazo, y el hortelano, sintiéndosela cerca, la miró a los ojos, pensando para sí: “¿Se ha vuelto loca?”

Zoraida había dejado a Ginevra aún en el lecho, no queriendo entrar en explicaciones con ella respecto a su escapatoria; que había de parecerle extraña, siendo como era la primera vez que había abandonado el monasterio. A cada instante temía verla aparecer. Por eso, con pocas palabras y en un tono más bien de mandato que de súplica, ordenó descender al hortelano y fué conducida por él a la ciudad. Mientras remaba, Jenaro lamentábase de que no le hubiese advertido con tiempo, puesto que él era amigo de un mayordomo de Gonzalo, que les hubiera proporcionado un buen sitio para ver la fiesta.

Llegaron a la plaza del castillo cuando Gonzalo

y los suyos, acompañados de los barones franceses, salían al encuentro de doña Elvira, y las súplicas de Zoraida no bastaron para retener a Jenaro, disuadiéndole de seguir a la cabalgata entre el polvo y los gritos de la multitud. El hortelano la condujo a la hostería de "Veneno", asegurándole que volvería muy pronto a recogerla.

Entretenido más de lo que pensaba, cumplió su promesa, pero algo tarde. Cuando quisieron recordar, en la plaza no quedaba desocupado un solo hueco, persuadiéndose a primera vista de que sería inútil todo intento para acomodarla. Con súplicas, a codazos, abriéndose paso entre la multitud, que se agolpaba en torno de las tribunas, llegaron a colocarse próximos a una de las puertas por donde habían de entrar en la arena los combatientes; pero desde allí no veían más que las piernas de los espectadores balanceándose sobre sus cabezas, y se desesperaban de haber andado tan torpes. Por fortuna, en el momento de salir el toro abandonaba la arena Fanfulla da Lodi, director de la lidia, el cual, reparando en la molesta situación de Zoraida, reconoció al hortelano, que le decía:

—Excelencia ilustrísima: Ved a esta pobre señora que muere de deseos por presenciar la justa, y hemos llegado tarde.

Zoraida, descubriendo que el joven a quien se dirigía la súplica mostraba en su mirada fulminante algo más que el deseo de encontrarle un

sitio, pellizcó a Jenaro ordenándole que callara. Pero era tarde. Fanfulla vino a ella, y tomándola de la mano, la sacó fuera a lo largo de la tribuna, y con un bastoncito, como jefe de plaza, fué abriéndose paso entre la multitud. Después alzó los ojos buscando un hueco.

En lo más alto de la gradería, en el mejor lugar, sentado bien a sus anchas, esparrancado y abierto de brazos, se encontraba en mal hora el condestable de la torre de Santa Ursula, Martín Schvarzenbach. Fanfulla no hubiera renunciado a aquel encuentro, y en aquella ocasión, por mil ducados. Con su bastoncito alcanzaba hasta los talones del alemán, sentado a una altura como de cuerpo y medio. Tocóle ligeramente, y aquél se volvió para saber qué quería. Fanfulla, sin descomponerse, alzó la mano a la altura de la frente y movió los dedos de alto a bajo, al mismo tiempo que inclinaba la cabeza, guiñando un ojo y torciendo la boca, con todo lo cual quería darle a entender que dejara el puesto para la dama a quien él acompañaba; la expresión de su cara hubiera hecho saltar de cólera a un muerto. Martín, que a aquella altura se consideraba seguro, acordándose probablemente del barril, encogió los hombros y continuó en su sitio sin hacer caso.

—¡Alemán...!—dijo entonces Fanfulla, alzando la voz—. Te haría dar una paliza; pero, por lo pronto, para ti las fiestas de hoy ya se han terminado.

Martín no se movía; pero, escamado de su adversario, refunfuñaba.

En menos que se cuenta, Fanfulla saltó sobre una viga atravesada; echó mano a las piernas del condestable, que, cogido de improviso, no se pudo valer, y tirando de él, lo fué sacando del asiento con el propósito de que cayera a tierra; pero el pobre Martín quedó sujeto por dos travesaños, entre los cuales su dilatado abdomen no podía abrinse paso. El infeliz gritaba:

—¡Misericordia! ¡Socorro!

Pero el otro continuaba tirando, hasta que lo hizo caer en tierra, maltrecho y lleno de desgarraduras. Hecho esto, y diciéndole tranquilamente:

—Lo siento de todo corazón; pero te advertí que por hoy ya habías visto el torneo.

Hizo subir a Zoraida y a Jenaro y se perdió entre la multitud. Esta celebraba regocijadamente lo ocurrido al alemán, el cual, arreglándose como pudo el traje, y tentándose el cuerpo para ver si tenía algún hueso roto, recogió el sombrero, la espada y los guantes y desapareció, avergonzado de su descalabro.

Zoraida, que desde el sitio que le había procurado la victoria de Fanfulla dominaba perfectamente todo el anfiteatro, lo recorrió con la mirada, hasta detenerla en el palco de enfrente, donde vió a Héctor, que sentado con doña Elvira, entre los caballeros más distinguidos, la entretenía y procuraba con sus atenciones mostrarse digno de

la distinción que se le había hecho. La joven española, de corazón ardiente, imaginación fogosa y algo ligera, acaso atribuía a aquellas atenciones un motivo que lisonjeaba al mismo tiempo su corazón y su amor propio. Aquel diálogo era observado por dos mujeres que a distancia, y con sentimientos muy distintos, no perdían detalle. La una era Zoraida, que, muy distante para poder oír sus palabras, ponía tanto interés y seguía tan atentamente sus menores movimientos, que pudo darse perfecta cuenta de la importancia que la hija de Gonzalo concedía al caballero italiano, al cual no escuchaba tan sólo con la benevolencia de la cortesía. No sabía cómo juzgar de las intenciones de Fieramosca; pero a un corazón que se encontraba en el trance del suyo, la más pequeña sombra le hacía temblar.

La otra era Victoria Colonna, que conocía por experiencia el carácter de doña Elvira y que sabía que la joven no se guardaba de los asaltos de la galantería ni de las palabras insinuantes. Experimentaba por ella un profundo y verdadero afecto, y en la frente severa y en la mirada penetrante de la hija de Fabricio se reflejaba claramente que no veía con buenos ojos aquel diálogo, cada vez más íntimo.

El primer toro lanzado a la arena al principio fué abandonado a la multitud. Muchos habían salido a lidiarlo con varia fortuna; pero sin que ninguno lograrse obtener una victoria. De un palco lateral, donde, en unión de los barones fran-

ceses, se hallaban muchos españoles e italianos, salió al fin Diego García, al que, conocida su destreza en esta clase de fiestas, le habían rogado tomase parte en ella.

La habilidad del matador consiste hoy en España en saber introducir la espada en la unión de las vértebras con el cuello mientras el toro agacha la cabeza para levantar con los cuernos al adversario. En aquellos tiempos, en los que el manejo de las armas pesadas desarrollaba la musculatura, el mejor golpe consistía en cercenar netamente, de un tajo, la cabeza del toro, y el que unía a la mucha fuerza mucha destreza, frecuentemente lo lograba.

Paredes, apareciendo en la arena con su mandoble apoyado en el hombro izquierdo, y vistiendo un justillo de piel de búfalo y al aire la cabeza, vió que el toro, ya herido, perdía sangre. Hizo señas diciendo que quería otro. Cogido a lazo y retirado el primero, se abrió el toril y salió otro toro, aún mayor, de feroz aspecto y que, viniendo de la obscuridad, azuzado y enfurecido, comenzó a correr a saltos la arena, como es costumbre en estos animales, hasta que, viendo a su adversario, se paró en seco, bajando la cabeza, mugiendo y con un palmo de lengua fuera, y como si quisiera coger terreno, cejaba, echándose arena sobre el lomo. La fuerza de García era mucha; pero hubiera sido confiarse demasiado el intentar medirla con un animal armado de enormes astas y con un cuello largo y nervudo. El español com-

prendió que era preciso proceder con cautela; alzó a dos manos el espadón sobre el hombro izquierdo, y con el pie derecho golpeó varias veces el suelo, gritando: “¡Eh, eh!”, hasta que el toro, humillando el testuz, se lanzó contra él. Ya estaban casi juntos cuando Paredes, quebrándole el terreno, descargó sobre el cuello la espada, con tal fuerza y con tanta fortuna, que la cabeza rodó por la arena y el cuerpo continuó aún corriendo antes de caer en tierra.

Una explosión de gritos fué el aplauso tributado a Diego García, que, volviendo a su sitio, se sentó con los suyos. Los caballeros franceses, no avezados a estos géneros de espectáculos, viendo con cuánta facilidad había rematado la suerte el español, creyeron que era cosa sencilla de realizar, y como todos ellos eran hombres en la flor de la edad y de la fortaleza, y sabían manejar las armas a maravilla, dijeron: “También nosotros lo haríamos.” Y el que lo repitió más veces fué La Motte, el cual, prisionero de García, como ya sabemos, se había rescatado, y, soberbio por naturaleza, tenía aún clavada la espina, no porque le hubiesen tratado mal, sino porque no se resignaba á haber pasado por aquella humillación y encontrarse ahora delante del que lo esforzó a ella.

Elogió el golpe de García, por no aparecer descortés y envidioso; mas con aquel gesto que el francés de hoy llama *suffisant*, para cuya traducción el italiano no tiene vocablo preciso, exclamó estirado, echando el pecho fuera,



y, según su costumbre, mirando de través al aludido:

—¡Bravo, don Diego! ¡Buen tajo, *par notre Dame!*

Y volviéndose al compatriota más próximo, le dijo sonriendo:

—*Grand meschef a été que le taureau n'eût pas sa cotte de mailles; la rescousse eut été pour lui.*

Paredes, que lo oyó, montando en cólera, le dijo:

—¡Voto a Dios, que he de saber si ese perro francés tiene los dientes tan largos como la lengua!

Y acercándose a él exclamó:

—¡Cuántos ducados de oro queréis apostar a que yo le corto a un toro el cuello, llevándolo defendido por una malla, y a que vos no podríais ni aun llevándolo desnudo?... Y sin hablar de ducados, que no quiero que se crea que Diego García pretende hacerse retribuir como un torero, vaya solamente por la satisfacción, y veamos si podéis imitar el golpe mío como sabéis mofaros.

A La Motte no le agradó gran cosa aquella propuesta, y se mordió los labios, pesaroso de haberla provocado; no ya por cobardía, que era hombre valeroso, sino que siendo la primera vez que iba a combatir con tal clase de bestia, no sabía de qué modo debía gobernárselas. Pero ya no podía echarse atrás; la presencia de los que allí estaban le obligaba a jugarse el todo por el todo. Así pues, replicó con audacia:

—Para un caballero francés no sería un desdoro negarse a combatir con una bestia; pero no podrá decirse nunca que Guy de La Motte ha rehusado dar un tajo sea cualquiera la causa. Hagamos la prueba.

Y se alzó, bramando entre dientes y escupiendo de rabia:

—*Chien d'espagnol, si je pouvais te tenir sur dix pieds de bon terrain, au lieu de ta bête!...* (1).

Había seguido diligentemente todas las maniobras de García, observando muy bien la manera de descargar el golpe; siendo él joven, hombre de armas y francés, ¿podía desconfiar de sí mismo?

Aquel reto, de un género tan inusitado, levantó llena de ansiedad a toda la juventud. En el palco que ocupaba Gonzalo se notó una agitación y un murmullo, del que muy pronto se conoció la causa, pues en pocos momentos corrió por todo el anfiteatro, siendo acogida por la multitud con el más jubiloso entusiasmo. Bien es verdad que la noticia, pasando de boca en boca, había ido sufriendo transformaciones, tanto más curiosas a medida que descendía entre los individuos de la clase más popular. El sitio en donde estaba Zoraida, siendo el más distante del palco de Gonzalo, fué donde llegó la noticia más fantaseada de un lado y de otro al mismo tiempo. Al procurar siempre los más lejanos conocerla por los

(1) ¡Perro español, si yo te cogiera a ti en diez pies de terreno en lugar de tu toro!...

más próximos, se producía una ondulación de cabezas, un cambio de perfiles, que por la expresión iba dando a conocer los progresos que hacía la noticia al recorrer la plaza. Jenaro, de golpe, se había puesto de pie alargando el pescuezo y esperando con impaciencia el momento de enterarse de algo. El, Zoraida y los demás vecinos, habían visto la agitación producida en el palco de los caballeros y capitanes y cómo algunos salían a la arena. La fiesta parecía interrumpida; no salía otro toro, y unos y otros se preguntaban qué había ocurrido, sin obtener respuesta. Al fin, de un lado se comenzó a decir:

—Se quiere realizar el desafío entre italianos y franceses ahora, en esta liza.

—Precisamente—dijo otro—. No hay más que ver a Fieramosca allí, acodado en el palco, y observar cómo habla con aquella joven, pensando en todo menos en pelear.

Zoraida, oyéndolo, lanzó un suspiro. Pero de otra parte exclamaba un tercero:

—Dicen que el capitán francés ha desafiado a Gonzalo: el que de los dos mate al toro pregonado que han traído de Quarato, ése ha ganado la guerra y es amo del reino

Entre tanto, varios hombres que se afanaban delante del tóril, parecían prepararse para dar suelta a otro toro. Se veía, de un lado, a Diego García, con un espadón al hombro, rodeado de una multitud en la que todos hablaban a un tiempo y con viveza, como si quisiera persuadirle de

algo; pero en su frente animosa, que sobresalía por encima de todas, podía leerse, aun de lejos, el inquebrantable propósito de cumplir cuanto había prometido, por temerario que fuera el riesgo. Un poco apartado, La Motte, se hallaba rodeado de sus compatriotas, que lo alentaban para que no los dejara en mal lugar.

Mientras tanto, entre los espectadores que habían tomado asiento en las gradas más bajas, uno que se hallaba próximo a "Veneno", y que en aquellos momentos daba fin a una peroración, volviéndose a Jenaro, exclamó:

—Dice este buen hombre que aquellos señores porfían por cuál de los dos será capaz de beberse de un trago un jarro de vino griego delante del toro.

Muchos rieron la estúpida ocurrencia; pero la risa se les cortó en los labios cuando vieron que varios sargentos, guiados por Fanfulla, despejaban la plaza, en la que quedó solo e inmóvil, siempre con su espadón al hombro, el gigante español.

Conociendo cuán difícil le sería salir airoso de este segundo asalto, y que, a pesar de sus hercúleas fuerzas, cercenar el cuello de un toro protegido por una malla de hierro, era una empresa temeraria, se había provisto de otro mandoble, más pesado aún que el primero, y que solamente usaba para asaltar o defender trincheras. En un salto fué por él a su casa, haciéndole sentar el filo, y mientras tanto, se había reconfortado devorando cuanto encontró a mano y bebiéndose un fras-

co de vino de España. Para todo esto le había sobrado tiempo, pues no fué poco el necesario ni escasos los esfuerzos para revestir el morrillo de un toro con una cota de malla; abierta ésta por delante, y enfiladas las mangas por los cuernos, quedó adaptada y cerrada bajo el cuello, cayéndole sobre la frente la gorguera. El que haya visto en estos tiempos corridas de esta clase de animales, sabe que mientras permanecen en la obscuridad, basta echarles una cuerda a los cuernos para tenerlos sujetos.

Al son de las trompas y de todos los instrumentos de los distintas bandas que había en la plaza, hizo su entrada un rey de armas, vistiendo una dalmática amarilla y rosa, en la cual, sobre pecho y espalda, estaban bordadas las armas de España. Levantando su maza, impuso silencio y pregonó en voz alta:

“Por orden del rey católico Don Fernando, rey de Castilla y de León, del reino de Granada, de las Indias Occidentales, etc., etc., don Gonzalo Fernández de Córdoba, marqués de Almenares, caballero comendador de la Orden de Santiago, capitán y gobernador, por la gracia de su majestad católica, de esta plaza, prohíbe a todos los presentes, bajo la pena de dos tratos de cuerda, y aun mayor si así lo juzga necesario, turbar con voces, gritos, señales o en modo alguno, el combate que va a emprender contra un toro protegido de armadura el ilustrísimo y magnífico ca-

ballero don Diego Manrique de Lara, conde de Paredes.”

Todas las trompas volvieron a sonar, y los espectadores, sin excepción de clases, unos por cortesía, conociendo que de un paso más que se hiciera dar al toro dependía la vida del intrépido español, otros por temor a la cuerda, todos permanecieron inmóviles, y en tan hondo silencio, que al abrirse el toril, el chirrido del cerrojo fue el único ruido que se oyó de un extremo a otro del anfiteatro, en medio de aquella multitud.

Salió el toro, pero no con la furia de los otros. Era de menos peso, corto y todo negro; pero más inquieto y salvaje que los demás. Parándose a diez pasos de don García, comenzó a mirarlo, azotándose con la cola y escarbando la arena. Su adversario, con la espada en alto, era todo ojos, sabiendo que errar el primer golpe podía serle fatal. Se movió al fin la fiera, anduvo unos pasos y, de pronto, dando un mugido, arremetió con la cabeza baja contra don García. Este, creyendo que podía rematar la suerte, como la otra vez, se echó a un lado y descargó con grandísima fuerza; pero fuera que la espada no cayera de filo, o que el toro hiciese un espanto, el acero resbaló en la malla, y el toro se revolvió con tal furia que, para detenerlo, el español apenas tuvo tiempo de apoyarle la espada en el testuz, defendido por el collarín de la cota.

Aquí se demostró toda la fuerza de Paredes.

Plantado con las piernas abiertas, la espada mantenida con las manos, el puño contra el pecho y la punta fija en la frente del toro, tuvo poder para aguantarlo; la hoja, gruesa y fuerte, resistió la prueba, y era tal el esfuerzo de Diego García, que se veían sus músculos, especialmente los de las piernas, hincharse y temblar, lo mismo que las venas del cuello y de la frente. El tinte de su rostro se tornó rojo, y luego violado; y de tal modo se mordía el labio inferior, que la barba le chorreaba sangre.

El toro, viendo que se le cerraba el paso, reculó, y tomando carrera, arremetió de nuevo y con más furia. Paredes sentía que la fiebre le asaltaba de vergüenza por haber errado el golpe. En un momento en que miró de reojo al palco, sorprendió en el rostro de La Motte una sonrisa burlona, que le encendió más la sangre. Esto le infundió tan desmesurada rabia, y tanto se acrecieron sus fuerzas, que, alzando la espada cuanto pudo, la descargó sobre el morrillo, con tal pujanza que lo hubiera cortado, aunque hubiese sido de bronce. El tajo no hendió por derecho: le cercenó primeramente un cuerno, cortando después la cota y las vértebras, deteniéndose en la piel de la papada, por lo cual la cabeza quedó aún pegada al tronco, que rodó por el polvo.

Ante esta increíble proeza, se levantó un grito unánime de aclamación, tan clamoroso e inmediato, que pareció el estampido de un trueno. Paredes, dejando caer el mandoble a sus pies, perma-

neció jadeante durante algunos momentos: lo arrebatado de su rostro se tornó lívido; pero sólo un instante. Rápidamente fué rodeado por los suyos, que le vitoreaban: unos le admiraban a él; otros miraban el mandoble; algunos, la enorme cortadura y la limpieza del tajo. Y mientras tanto, todos los instrumentos dejaban oír acordes de victoria.

El español había triunfado de su empeño; ahora le tocaba a La Motte.

El golpe de su contrincante le daba que pensar. No podía esperar igualarlo, y si llegaba, lo que era muy dudoso, a trincar la cabeza del toro a cuello limpio, siempre su mérito sería menor; pero su inexperiencia en esta clase de combates le hacía presumir que ni a eso podría llegar. De todos modos, comprendía que no podría salir airoso de aquel paso, y el despecho que lo corroía le sacaba de juicio.

Cuando el español se le acercó, preguntándole si quería bajar a la arena, le replicó negativamente y con injuriosas palabras, agregando que los caballeros franceses, a caballo y con la lanza en ristre, eran los primeros del mundo, y como noble y caballero quería combatir y vencer a caballeros de su igual y en justa lid; que el arte de matar toros lo dejaba para los villanos y carniceros, y que se le quitara de delante y no lo molestara más.

A estas bestiales palabras respondió Diego García con otras tantas y aun mayores, y uno y otro



hicieron ademán de echar mano a las espadas. Esta reyerta, que ocurría en el palco de los caballeros, y de la que se dieron cuenta Gonzalo, el duque de Nemours y todos los espectadores, terminó con un nuevo lance, pues García, montando en cólera, con atonadora voz, retó a los franceses, ofreciéndose a combatirlos a caballo y mostrarles que los españoles, en este punto, no sólo les igualaban, sino que valían más que ellos.

Los capitanes de España y de Francia veían con júbilo cómo se mantenía y acrecentaba el espíritu guerrero de sus ejércitos por medio de estas rivalidades, que parecían renovar los hechos novelescos narrados por poetas y trovadores. Acordaron, por tanto, licencia para este nuevo lance, y en pocos momentos quedó establecido el número y el nombre de combatientes, disponiéndose que lucharan diez contra diez, a los dos días, a lo largo de la ribera, en el camino de Bari. Pero fué impuesta la condición de que no se volviera a hablar de aquel suceso en todo el día para no perturbar la fiesta.

Conformes los caballeros de una y otra parte, se estrecharon las manos, y cada uno volvió a ocupar tranquilamente su sitio. Mientras esto sucedía, los hombres destinados al servicio de la plaza retiraban el cuerpo del último toro y esparciendo arena y serrín en el lugar donde había caído, hicieron desaparecer todo rastro de sangre.

Fanfulla, que era el director, recibió la orden de Gonzalo de disponer lo necesario para el torneo.

En pocos momentos quedó instalada en la arena una valla a guisa de muro, convenientemente dispuesta y sostenida por unos pies derechos que se hincaban en tierra.

La plaza quedó dividida en toda su extensión, como el eje que atraviesa una elipse. Su altura podría llegar al pecho a un hombre de estatura ordinaria; los dos extremos no tocaban a la circunferencia, dejando bajo los palcos una abertura que diera paso a tres caballos que marcharan de frente. Según esta manera de tornear, en que se corría la lanza con los aceros despuntados, los dos caballeros se colocaban a un extremo, de modo que la valla que los separaba quedase siempre a la derecha de cada uno. Después, aguijoneando el caballo, corrían, acometiéndose al pasar. Este modo era más fácil y menos peligroso, puesto que al caballo le estaba siempre marcado el camino y al caballero el punto en que había de encontrar a su adversario.

Al fondo de la plaza, en las dos aberturas que dejaba libre la valla, se colocaron dos toneles desfondados llenos de arena, y en los cuales se hincaron lanzas de todo grosor, que los combatientes cogían al paso cuando, habiendo roto la suya sin que ninguno de los dos fuera abatido, dando la vuelta a la valla, volvían a encontrarse cada uno del lado que corría anteriormente su contrincante.

Cuando todo estuvo en orden, Fanfulla se dirigió al pie de la tribuna donde se encontraba doña Elvira para decirle que sólo se aguardaba su se-

ñal. La hija de Gonzalo arrojó a la arena su pañuelo; al mismo tiempo sonaron las trompas y aparecieron en la palestra, armados de relucientes arneses, con tantas plumas, tanto bordado y tanta gala que era un esplendor, los tres españoles que habían de defender el campo y que ofrecían tres botes de lanza y dos de hacha a los franceses que quisieran justar.

Los tres campeones eran don Luis de Correa y Xarcio; don Iñigo López de Ayala y don Ramón Blasco de Acevedo.

Un heraldo, presentándose en el palenque, proclamó los nombres, prohibiendo, como era costumbre, a los espectadores, tomar parte ni con palabras ni con hechos. Los escudos de los españoles fueron colocados bajo el palco de Gonzalo, con el nombre de cada uno escrito en letras de oro; mientras, los caballeros, después de haber dado una vuelta a la plaza, se habían situado al fondo, próximos a un gran estandarte, en el que se veían las torres y los leones de Castilla y las barras de Aragón, y que, tenido por un heraldo ricamente vestido, ondeaba flameando sobre su cabeza.

El premio destinado al vencedor era un yelmo ricamente forjado, con una victoria de plata por cimera, que en una mano tenía una pluma de oro y con la otra mantenía el airón. Había sido cincelada por Rafael del Moro, ilustre artífice florentino. Colocado al extremo de una pica, estaba fijado próximo a la puerta por donde habían salido los tres hidalgos españoles.

Bayardo, espejo y honra de la carrera de las armas, fué el primero en comparecer, cabalgando sobre un bayo de Normandía, calzado de tres cabos y con las crines negras. El corte soberbio del corcel estaba, según el uso, oculto de las orejas a la cola por una rozagante gualdrapa de un verde claro, cruzada por rayas bermejas, con el mote del caballero bordado en el pecho y en los flancos y rematada por flecos larguísimos. En la cabeza y en la grupa, rizábanse haces de plumas de los mismos colores, que se repetían en el gallardete de la lanza y en el airón del casco.

La complexión del caballero no tenía nada de extraordinario, y más bien, por lo que se podía juzgar bajo el armés, no denunciaba el vigor ordinario en los justadores de la época. Avanzó cacoleando en el caballo, que, levemente aguijado por la espuela y retenido por las bridas, se encabritaba botando, moviendo a un lado y otro el cuello y la cola, cuyo extremo barría la arena.

Vino a detenerse delante de doña Elvira, y después de saludarla, bajando la lanza descargó con ésta tres golpes sobre el escudo de don Iñigo Cogiéndola luego con la mano izquierda que sostenía las bridas y el escudo, echó mano del hacha que pendía del arzón, dando con ella dos golpes sobre el escudo de Correa; todo esto quería decir que demandaba al primero tres botes de lanza, y al segundo, dos golpes de hacha, hecho lo cual volvió a la entrada del anfiteatro.

Al mismo tiempo, Iñigo avanzó hasta su pues-

to, entrambos con la lanza apoyada en el muslo y la punta en lo alto. Bayardo, que hasta entonces había llevado alzada la visera, mostrando el rostro de una extrema palidez, por lo que todos se maravillaban de que quisiera y pudiera combatir aquel día, se la hizo bajar y cerrar por su escudero, diciéndole que, a pesar de las cuartanas—y, en efecto, hacía más de cuatro meses que lo atormentaban—, tenía la confianza de no desacreditar las armas francesas.

Al tercer resonido de la trompa pareció que un solo espíritu animase a los dos guerreros y a sus corceles: curvarse sobre las lanzas, meter espuelas, partir a la carrera con la rapidez del vuelo, fueron acciones simultáneas, realizadas por ambos con igual arrojo y violencia. Iñigo miró al yelmo del adversario, golpe seguro pero no fácil; luego, cuando lo tuvo más cerca, pensó que para el efecto en el público era mejor intentar un golpe que no pudiera fallarle, y se contentó con romperle la lanza en el escudo. El caballero francés, que era, seguramente, el hombre más diestro, en aquellos tiempos, en el manejo de las armas, puso con tal seguridad su mira en la visera de Iñigo, que si hubiesen estado a pie firme, no le hubiera llegado mejor. El yelmo echó chispas, el asta se rompió a dos brazas del regatón, y el español se inclinó tanto del lado izquierdo, del que además se le había escapado el estribo, que casi estuvo a punto de caer. Así, el honor de aquel primer encuentro correspondió a Bayardo.

Continuaron los dos campeones la carrera para volver a encontrarse del otro lado, e Iñigo, tirando con coraje el trozo de lanza que le había quedado, cogió otra al pasar. A la segunda prueba, los golpes fueron iguales. Iñigo, para sus adentros, dudó si la cortesía del caballero francés no le impediría emplear toda la maestría de su arte. A la tercera carrera, esta duda se convirtió en certidumbre. Iñigo rompió la lanza a la vista de su rival, y éste le rozó apenas la sien con el hierro, viendo bien a las claras que el hecho no era involuntario. Sonaron las trompas y los vítores, y los heraldos proclamaron igual el valor de los dos combatientes, que marcharon unidos hasta el palco de doña Elvira para rendirle reverencia. Mientras ella los acogía con palabras de elogio, no eran menores las de Gonzalo ni las del duque de Nemours, que decía a los dos campeones:

—*Chevaliers, c'est est bel et bon.*

Iñigo era de aquellos que en cualquier otra cosa se le podía vencer, pero nunca en generosidad. Quiso por esto hacer patente la cortesía usada por Bayardo; éste, con la modestia que siempre acompaña a la virtud, negaba obstinadamente, afirmando haber hecho cuanto podía. Ante esta emulación de cortesía, Gonzalo, interviniendo, les dijo:

—Escuchándoos, caballeros, puede haber duda de cuál de vosotros ha justado hoy mejor; pero lo que en modo alguno puede dudarse es que haya en el mundo dos hidalgos más nobles y generosos que vosotros.

## CAPITULO XIII

Nuevamente volvieron a resonar las trompas y apareció Correa armado de hacha y de un pequeño escudo redondo, viniendo a responder al llamamiento de Bayardo, que, desmontado, volvió a subir en un caballo de refresco, disponiéndose al combate. Pusiéronse en movimiento los dos adversarios, mas no lanzando los caballos a toda brida, sino manteniéndolos con el freno y la espuela a un galope corto, hasta que estuvieron próximos. En esta contienda, el ímpetu de la carrera no ayudaba, como en "la lanza", a acrecentar la violencia del golpe. El secreto consistía primeramente en el vigor del brazo, y después, y en gran parte, en saber manejar el caballo, obligándolo a inclinarse a tiempo para recaer luego sobre los brazos. El momento de esta caída era el elegido por el caballero para descargar el golpe, que, generalmente, se asestaba en el yelmo, y cuando este manejo se realizaba a tiempo, era tal la violencia, que difícilmente se resistía.

Al primer encuentro, los dos caballos, avezados y amaestrados, se alzaron y recayeron a un mismo tiempo, por lo cual los guerreros, cubier-

tos con los escudos, no pudieron darse el golpe y pasaron adelante. Al segundo, sucedió lo mismo. Conociendo Bayardo el juego del adversario, a la tercera vez arremetió con mayor furia, y Correa tuvo que hacer lo mismo; mas cuando se encontraron casi enfrente, el francés contuvo un momento el caballo en el instante mismo en que su enemigo, no aguardando tal cosa, había hecho empujarse al suyo para descargar el golpe; pero recayó sin haberlo dado. Bayardo aprovechó con increíble destreza el momento; levantó el hacha con las dos manos, metió espuelas, y derecho sobre los estribos, descargó sobre el yelmo de Correa tal golpe que le hizo caer sobre el pescuezo del caballo, y cuando los espectadores aguardaban que se levantara, cayó a tierra desvanecido, recogiendo sus escuderos y sacándolo de la arena. Bayardo fué a saludar a doña Elvira entre los vítores del anfiteatro y los acordes que celebraban su victoria.

Debió, sin embargo, volver atrás para combatir con Acevedo, que, avanzando, se ofrecía a continuar la lucha, que duró todavía algún tiempo y con varia fortuna; pero, al fin, se concedió la primacía al caballero francés.

Próximo a la entrada, fuera de la tribuna, se había preparado con tablas un recinto donde pudieran los caballeros que habían de combatir tener sus caballos, criados y arneses. Gonzalo había procurado que encontraran allí cuanto les fuera menester: mesas donde depositar las armas, un



forjador con una fragüita portátil, por si ocurriera recomponer algún arnés, y, finalmente, un repostero repleto de viandas y vinos. A Brancaleone fué encomendado el cuidar que nada faltase y de que se prestaran cuantos servicios fueran necesarios.

Mientras él atendía a este servicio, Grajano d'Asti, al que conocía por haberlo visto cuando en unión de Fieramosca habían ido al campamento francés, llegó con dos escuderos, que traían las armas, conduciendo además el caballo de batalla. Brancaleone, que, según su costumbre, había hablado muy poco hasta entonces, salió al encuentro de Grajano, acogiéndole con mejores y más pródigas palabras de lo que él solía, y el que lo conociera, observando sus modales en esta ocasión, hubiera comprendido que alguna intención oculta le llevaba a entablar relación con aquél. Y realmente llevaba una intención, y de importancia, como se verá más adelante.

Después de esta acogida y de ofrecerle sus servicios, proveyéndole de cuanto podía necesitar, se entretuvo charlando con él mientras los escuderos le ayudaban a despojarse del riquísimo traje de que venía vestido para endosarse un justillo y unos calzones de piel, ceñidos a la carne, sobre los cuales se adaptaba mejor el arnés.

El de Grajano era soberbio; todo él de acero bruñido, con damasquinados de oro. Se hallaba desarmado en una tabla próxima, y Brancaleone, que iba observando cada una de sus piezas con

gran atención, al coger el peto en sus manos advirtió que estaba hecho con dos láminas de acero y que, a su juicio, debía de ser impenetrable. La coraza era doble y de igual fortaleza. Tomó las guardas de piernas y brazos, y, como práctico, conoció que podía resistir a todo envite.

Mientras pasaba esta revista, un observador sagaz hubiera descubierto en su semblante un algo de extraño: su boca se contraía con cierto guiño indescifrable. Pero no había allí quien reparara en él. Quedaba sólo por poner el casco, y Branca-leone, examinándolo, notó que no correspondía en calidad con el resto de la armadura. Preguntó a Grajano si acostumbraba llevarlo sobre una cofia o casquete de hierro, y habiéndole respondido que no, le preguntó por qué sirviéndose de una defensa tan sólida para el resto del cuerpo no tomaba iguales precauciones para proteger la cabeza.

—Porque—respondió Grajano—en el asalto de un castillo que valía cuatro cuartos, y que aquel loco del duque de Montpensier se empeñó en que tomáramos, mientras apoyaba una escala, uno de aquellos villanos de los Abruzzos que lo defendía me dejó caer un guijo en la cabeza, que me abolló el casco, haciéndome tal descalabradura que no creo que se cierre por completo hasta que no me echen encima algunas paletadas de tierra. Mirad.

Y así diciendo le cogió una mano y, llevándose-la a la cabeza, le hizo palpar una brecha en me-

dio del cráneo, que se comprendía bien no pudiera llevar un casco más pesado.

—Esta herida—y así lo ahorquen al que me la hizo—me ha hecho perder muy buenos ducados. Tuve que dejar el servicio del rey Carlos y pasar varios meses en Roma, curándome. Bien es verdad—agregó sonriendo— que, merced a aquel accidente, me vi libre..., no sé si por suerte o por desgracia, de cierta mujer. Luego, por ganar, me acomodé con el miserable de Valentino, hasta que quiso Dios que volviera con los franceses, en cuyo servicio no se pasan penalidades, y todos los fines de mes aflojan la mosca, como si estuviéramos en el Banco Martelli, de Florencia.

—Pero este yelmo—insistió Brancaloneo—, ¡cómo resistiría un buen tajo!

—¡Oh!—replicó el otro—. No me preocupo de eso. En primer lugar, es de acero de Damasco y de un temple que no lo hay mejor, y además, te diré que, cuando en un encuentro sucede que quieren espantarme las moscas de la cabeza, me guardo con mi escudo, y ya ha de ser bravo el que me llegue. Mira.

Y le mostraba una correa, con la que se colgaba al cuello el escudo.

—Como ves, es lo suficiente larga para tener expedito el brazo.

Brancaloneo no replicó. Observó de nuevo el casco volviéndole en todos sentidos y haciéndolo sonar con los nudillos de un modo particular, y abriéndolo, lo colocó él mismo en la cabeza del caballero.

Mientras tanto, tenía lugar el combate de los tres españoles con Bayardo, del modo que ya conocemos. Este, después de su triunfo, llegó cuando Grajano acababa de armarse y estaba a punto de montar a caballo. El piamontés dirigió al vencedor algunas palabras corteses, y viendo que Brancaleone los escuchaba, le preguntó por el valor de los adversarios.

Bayardo, quitándose el guantelete y el yelmo y dejándolos sobre la mesa mientras se enjugaba el sudor, decía:

—Don Iñigo de Ayala, *bonne lance, foy de chevalier*.

Y para los otros también tuvo frases de elogio, que creía muy justas. Después dió al guerrero que iba a entrar en liza algunos consejos, que no fueron desaprovechados.

Apareció Grajano caballero en un corcel alazán tostado, cubierto de una gualdrapa color naranja, y un heraldo pregonó en alta voz su nombre, después de lo cual el caballero, colocándose bajo el palco de Gonzalo, golpeó con la lanza los escudos de Acevedo y de Iñigo. Un estremecimiento interno e involuntario hizo vibrar todos los nervios de Fieramosca al oír pronunciar aquel nombre, renovado el remordimiento por haber ocultado a Ginevra que su marido vivía aún; y como el hombre se siente más capaz de los buenos propósitos a medida que su ejecución lo está más lejana, decidió nuevamente revelarle toda la verdad en la primera ocasión.

Entre tanto, se había comenzado el combate. El guerrero piamontés, que por su fortaleza y por su maestría en el manejo de las armas era tenido como uno de los primeros, obtuvo decidida ventaja sobre Acevedo, bien que no logró desmontarlo; e igualmente, con Iñigo, se portó de manera que el juicio de cada espectador se declaró en favor suyo. Después salieron al palenque otros muchos franceses, entre ellos el señor de La Palisse, Chaudenier, Ovigni y La Motte, que, irritado como estaba por la cuestión surgida con Diego García acerca del combate con el toro, no hay para qué decir todas las filigranas que hizo.

En realidad, los tres españoles que habían defendido el campo llevaron la peor parte y debieron comprender que empeñarse ellos tres contra las mejores espadas del ejército galo era una empresa superior a sus fuerzas. Quedaban aún en sus sillas Iñigo y Acevedo, y Grajano, que ya había combatido una vez, se volvió de nuevo contra ellos. Fuera que el cansancio de tan continuada lucha los había rendido, o cualquiera otra causa, a Grajano le cupo en suerte el terminar la justa, abatiendo uno tras otro a los españoles, por lo que se le proclamó vencedor.

Al son de los instrumentos y del estrépito de los aplausos, recibió de manos de doña Elvira el rico yelmo, premio de la victoria.

Terminada de este modo la fiesta, Gonzalo y su hija se levantaron, y acompañados del gene-

ral francés y de toda su gente, volvieron al castillo, donde, avvicinándose la hora del banquete, ya se estaba disponiendo la mesa

La plaza y el anfiteatro quedaron muy pronto desiertos; todos, vecinos y forasteros, tomaron, los unos, el camino de sus casas; los otros, el de las posadas y hosterías — especialmente la de “Veneno”, que era la más estimada—, disponiéndose a reparar las fuerzas perdidas al par que discutían los varios incidentes de la jornada.

En aquella misma mañana, en la cual la fortuna le preparaba los más acerbos golpes, Ginevra se despertó una hora más tarde que de costumbre. Combatida cada vez más duramente por sus pensamientos, sólo al llegar el alba logró reconciliar el sueño; sueño agitado por mil fantásticas imaginaciones. Unas veces, se le representaba Fieramosca herido, moribundo, encomendándose a su piedad; otras, le parecía verlo victorioso, lleno de gloria entre los caballeros y que, apartando de ella la vista con desprecio, la volvía a otra mujer, cogiéndole las manos. Y aun durmiendo, se decía para tranquilizarse: “Afortunadamente, todo esto no es más que un sueño.” Pero, sin embargo, temblaba, pareciéndole oír los rumores de la fiesta con que se celebraba el desposorio de Héctor: las campanas, los disparos, la artillería... Y aquel fragor le perseguía de tal manera que, abriendo los ojos y volviéndolos hacia el balcón, desde el cual se descubría Barletta, se apercibió de que si todo lo demás era un

sueño, no lo era, sin embargo, el fragor que había llegado a sus oídos. Se alzó de la cama, y sacando de debajo de las ropas un pie pequeño, mórbido y blanco como la nieve, lo escondió en una pantufla granate, mientras se echaba sobre la camisa una túnica azul, alisándose con las manos hacia la nuca los largos cabellos castaños. Sentada bajo los pámpanos que sombreaban el balcón, miraba con ojos deslumbrados por la luz de un cielo sereno y límpido el cuadro majestuoso que se ofrecía a su vista. El sol, alto ya en el Oriente, iluminaba de lleno la playa, la ciudad y el castillo. Entre las torres y la galería, teñidas de rojo, surgían de cuando en cuando súbitamente esferas de un humo color perla, taladradas por rápidas lenguas de fuego, que a los rayos del sol reflejaban una luz blanquísima, resolviéndose en mil volutas, que se elevaban y se desvanecían en el azul del cielo. Un instante después llegaba el estallido que, repercutiendo en las ondas, se oía resurgir hasta perderse en un último eco en las alturas de la montaña.

El castillo y la ciudad, envueltos en el humo que rápidamente disipaban las brisas marinas, se reflejaba en las ondas rojizas de un mar tranquilo y tan plano que la imagen se reproducía titilante, pero íntegra, en el agua.

El sonido de las campanas y de los instrumentos llegaba a intervalos arrastrado por las ráfagas de la brisa, y en la quietud del monasterio se podía percibir en algunos instantes la grite-

vía y los vítores del pueblo que aclamaban al capitán español. Pero ni aquellas manifestaciones de alegría ni el cuadro riente que se desdoblaba ante sus ojos lograban arrancar del ánimo de Ginevra la melancolía que la embargaba. Al aguijón de los remordimientos se unía una tortura igualmente terrible: la sospecha de ser traicionada por aquel a quien todo se lo había sacrificado, desobedeciendo la voz del deber y de la conciencia. Era una duda que su imaginación rechazaba y su corazón aborrecía; pero, en el fondo, la duda existía, y quien la haya padecido puede decir si es fácil disiparla. Y, realmente, aunque lo que temía era del todo falso, sin embargo, alguna circunstancia le daba una apariencia de verdad.

Héctor había sabido ocultarle su encuentro con Grajano; pero, acostumbrado como estaba a franqueárselo en todo, no pudo evitar que ella adivinara, escondido en su corazón, un secreto que no quería confiarle.

Por otra parte, la extraña conducta de Zoraida era para ella como una espina que no podía arrancarse del corazón. Y pensaba: ¿Quién me asegura que también Héctor no ha adivinado? ¿Quién me afirma que no la quiere? Y cuando de todas estas conjeturas trataba de deducir una consecuencia, se perdía en un laberinto de dudas cuya salida no acertaba a encontrar.

Fatigada su imaginación por tantos pensamientos, levantóse con ánimos de hallar alguien con



quien hablar y distraerse, y buscó a Zoraida; no la vió en la casa ni en el jardín; preguntó en el monasterio a los pocos que en él habían quedado, y nadie supo darle noticias de ella. Sintió entonces que el corazón se le oprimía y que le asaltaba una indefinida sospecha. Al realizar estas pesquisas, hallábase cerca de la torre que defiende la entrada de la isla. La vió abandonada, sin una sola guardia; todos, siguiendo el ejemplo del condestable, habíanse marchado, uno a uno, a disfrutar de la fiesta. Pasó el puente y caminó un rato a lo largo de la playa, teniendo el mar a su derecha, y a la izquierda, la falda del monte, esmaltada de verde césped. Caminaba despacio y con la imaginación demasiado repleta de pensamientos para poder cuidarse de lo que pasaba a su alrededor.

La sorprendió de pronto un ruido que oyó entre el ramaje, y de allí a poco vió, despavorida, salir a un hombre cubierto de harapos, ensangrentado, todo lacerado por las espinas, con los cabellos largos y desgñados que le caían sobre el rostro; el cual, andando con mucho trabajo, vino a caer de rodillas a sus plantas. Pensó ella en huir; pero, valiente y animosa, se repuso de su turbación, y mirando atentamente a aquel hombre, poco a poco fué reconociendo en él al jefe de la banda, Pietraccio, a quien ella misma y Fieramosca habían ayudado involuntariamente a escapar, siguiendo las huellas marcadas por don Miguel. Los sucesos habían ocurrido exactamente como los

previó el espadachín de Valentino. Pietraccio mientras ellos trataban de prestar auxilio a la mujer, había salido corriendo por la escalera por la puerta, y haciendo molinetes con un puñal iba librándose de quienes le cortaban el paso; malherido y perseguido por muchos, buscó su salvación escondiéndose ágilmente entre los intrincados matorrales. Por no caer en manos de quienes le buscaban, decidió vivir miserablemente, escondido en lo más intrincado del bosque, y ahora al encontrarse casualmente con aquella de quien por creerla su libertadora nada temía, agotado por la fatiga y por el hambre, pedíale socorro, mostrándole las desgarradas ropas para hacerle conocer su miseria, que ya revelaba bien su lamentable aspecto. Ginevra tuvo a la vez miedo y compasión de aquel desgraciado, y le dijo que nada temiese; que en el monasterio no quedaba nadie sino las monjas, y no estando guarnecida la torre podía ir con ella, que le escondería en una leñera donde le llevaría que comer. El asesino, el cual encontraba la muerte menos dura que aquella manera de vivir, la siguió, y sin ser visto pudo llegar hasta el escondrijo, donde la piadosa dama le llevó de comer, y, vendadas las heridas, que aunque leves, necesitaban remedio, se dispuso a dormir sobre un montón de paja.

Cuando Ginevra volvió a salir, regresaban de Barletta Zoraida y Jenaro, y no pudo por menos de reprochar a la joven su ausencia sin habérselo comunicado.

—Zoraida mía, no sabes cuánta ha sido mi intranquilidad al no encontrarte en toda la isla... ¿Por qué no me dijiste que te marchabas?

—Por no despertarte—respondió Zoraida.

Y la falta de sinceridad de sus palabras tiñó sus mejillas de ligero carmín, que no pasó inadvertido a los ojos de Ginevra. Después continuó:

—Se me ocurrió de pronto al ver a Jenaro y...

—Pero ayer mismo, ¿no deseabas ya ir a la justa?—preguntó Ginevra sonriendo.

Esta pregunta, tan intencionada, irritó en cierto modo a Zoraida, y despechadamente respondió:

—Sí... Tenía una idea...—Después, cogiendo el hilo de su réplica en el punto en que lo había dejado, continuó—: Hacía mucho tiempo que quería presenciar una de estas fiestas, para darme cuenta por mí misma de si verdaderamente son tan superiores a las de los árabes. Pero, ¡por vida de Dios!, entre nosotros eso que hacen aquí caballeros y señores lo harían allí los esclavos, y ninguno de nuestros capitanes expondría su vida por divertir a tres o cuatro mil espectadores de la más baja plebe...

Ginevra, comprendiendo que Zoraida, no queriendo dar más explicaciones sobre su escapada echaba por delante aquella divagación sobre la justa, se guardó muy bien de insistir, y dijo:

—Y qué, ¿cómo ha resultado la fiesta?

—¡Cómo había de resultar!— exclamó Jenaro, que se moría por las ganas de meter baza, y que,

comenzando por la salida de Gonzalo, describió lo mejor que supo las galas y riqueza de aquellos caballeros.

Después, con el deseo de agradarla, le dijo, moviendo la cabeza y haciendo un gesto significativo, mientras hacía girar en sus manos la barretina:

—Y si hubieseis visto a vuestro hermano, ¡cómo cabalgaba sobre aquel potro plateado! Todo el mundo decía: ¡Vaya un hombre arrogante! Y, para decir verdad, con aquella capa azul que vos le regalasteis era propiamente una pintura. He estado a pique de morir aplastado por la multitud, con tal de seguir a la cabalgata hasta las afueras de la ciudad. ¡Cuántos codazos he tenido que dar!... Pero cuando la hija del señor Gonzalo descendió de la litera, estaba yo tan cerca como ahora de vos. Entonces, el señor Héctor la ayudó a subir al caballo, mejor dicho, ella apoyó su pie sobre las rodillas del caballero... Un piececito así, mirad—y para indicar la medida extendía el pulgar derecho señalando con el índice izquierdo a la coyuntura—, y saltó esbelta como una avispa... ¿Sabéis lo que os digo? Que no ha debido desagradarle vuestro hermano. Cuando ya estaba a caballo, le dijo ciertas frases, poniéndole una boquita que, ¡dichoso de él!... Vuestro hermano, lo vi perfectamente, se sonrojó. ¡Dios sabe lo que se habrán dicho! Yo pensaba entre mí: ¡Estaría bueno que el señor Héctor encoyudara con ella! Harían una buena pareja, yo os lo aseguro. Parecen hechos el uno para el otro.

Imagine cada cual la impresión que este relato y aquellas reflexiones produjeron en el ánimo de Ginevra. No pudiéndolas soportar y queriendo escapar de su presencia, le dijo:

—Sí, sí; ya me lo contarás en otra ocasión.

Y se volvió para marchar con Zoraida a sus habitaciones; pero Jenaro, que estaba en vena, no quiso dejarla, y prosiguió:

—Pero esto no fué nada. Había que verlos después, durante la justa, en el palco de los señores. El ha permanecido sentado al lado de ella y no han hecho otra cosa que cuchichear. Luego, la señora Zoraida puede decíroslo, todo el mundo estaba pendiente de ellos. Allí estaba el hostelero del Sol, que surte de vino al castillo, y decía que el padre ve con buenos ojos estos amoríos. Sería una gran cosa, ¿verdad? ¡Qué montón de ducados! Algo mejor que quitarse la vida, siempre a caballo, bajo el agua y el sol.

Ginevra, para acabar de una vez con aquella charla que la atormentaba, preguntó:

—Pero la justa... Decidme de una vez cómo ha estado la justa.

—¡Oh, la justa!... En Barletta no se recuerda otra como ésta.

Y comenzó a contar la corrida de toros, las proezas de don García, describiendo después los combates de hacha y de lanza, repitiendo los nombres de cada uno de los proclamados por los heraldos: su memoria era un prodigio. Y, para terminar, exclamó:

—El que ha terminado la fiesta, desmontando a los tres españoles, uno tras otro, ha sido el señor Grajano d'Asti.

—¿Quién? ¿Quién?—dijo Ginevra, sin poder ocultar su emoción.

—Un cierto Grajano d'Asti. Debe de ser un gran señor. ¡Iba armado y vestido con tal riqueza...!

—¿Has dicho Grajano d'Asti...? ¿Alto...? ¿Bajo...? ¿Joven...? ¿Cómo era?

Jenaro, que no había perdido detalle de las armas, de la fisonomía y del aspecto de cada uno de los combatientes, y que aun conservaba retratado el rostro de Grajano al salir a la arena con la visera levantada, pudo describirlo tan minuciosamente, que no le cupo a Ginevra la más pequeña duda de que era su marido. Sin embargo, tuvo la suficiente entereza para no descubrir la tempestad que se desencadenaba en su interior y averiguar cuanto quería sin delatarse.

Mientras Jenaro se recreaba dando detalles de todas las proezas de Grajano, Ginevra tuvo tiempo de recobrar su espíritu, y notando que Zoraida y Jenaro se habían dado cuenta de la impresión que en ella produjera aquel nombre, para disipar toda sospecha dijo, al acabar el hortelano su narración:

—No os extrañe que al escuchar el nombre de ese caballero me haya turbado. Hubo un tiempo en que surgieron ciertas diferencias entre mi familia y la suya. Más tarde, llegados a un acuer-

do, desaparecieron los motivos de resentimiento, y todo hubiera podido imaginar menos encontrarle aquí, en Barletta, y sirviendo a los franceses.

Dichas estas palabras entró en su casa. Zoraida y Jenaro, que percibieron su agitación, pensaron que algo oculto y de gran importancia la agitaba. Por tanto, se guardaron de seguirla, y cuando hubo desaparecido, dijo el hortelano a la joven:

—¿Estará enferma, o habré dicho algo inconveniente?

Zoraida, que tenía sus pensamientos muy lejos de allí, sin que ella misma pudiera definirlos, respondió encogiéndose de hombros y se marchó, deseando, lo mismo que Ginevra, encontrarse sola. Jenaro quedó allí con el gorro en la mano, y luego, mientras se encaminaba a sus quehaceres, iba diciéndose entre dientes:

—¡Todas son iguales! ¡El diablo que las entienda!

Ginevra, entre tanto, se dirigía a su alcoba, y el esfuerzo de cada peldaño le pesaba como si tuviera un mundo encima; acrecía su ansiedad; su corazón palpitaba violentamente, hasta ahogarla. En voz baja repetía sin cesar: “¡Ayúdame, Virgen santa!” Y aumentando su angustia, no podía sino balbucir: “¡Dios mío, Dios mío!” Al fin fué tal su postración, que le flaquearon las piernas y tuvo que sentarse en uno de los escalones. Su respiración era entrecortada y frecuente; su rostro se inundó de un sudor frío, y un pensamiento fijo la asaltó: “¡Mañana habré dejado de existir!” Y

aunque habiendo sentido a Zoraida encerrarse en su alcoba, y siendo ya mediodía, hora muy calurosa, durante la cual las monjas estaban retiradas en sus celdas y no podía temer que la encontraran en aquel estado, sin embargo, esta circunstancia la atormentaba, y para huir de ella decidió entrar en la iglesia por la puertecilla del claustro, donde esperaba hallar un amparo a los males que la amenazaban. Haciendo un esfuerzo y agarrándose al muro, se dirigió hacia allí, procurando esquivar el encuentro con alguna novicia que pasara por el claustro o alguna monja que se asomara a una ventana.

En la iglesia no había nadie. Ginevra se dejó caer en la gradería del coro, permaneciendo un buen rato con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas, procurando serenarse. Era tal la confusión de pensamientos que embargaban su mente, que, en realidad, no tenía ninguno.

Tras del altar mayor, descendiendo varios escalones de mármol, se llegaba a una capilla subterránea, en la que cinco lámparas de plata lucían día y noche ante una imagen de la Madre de Dios, pintada sobre el muro por San Lucas, según la creencia popular. Los milagros que era fama se habían obrado en aquel lugar dieron ocasión a que se erigiera la iglesia y el monasterio. Era una tripta de forma hexagonal, y frente a la escalera estaba el altar mayor y la imagen. En cada ángulo había una columna, con un capitel de hoja-



rasca de antiguo estilo, en la que descansaban los nervios de la bóveda, en cuyo vértice había una mechina enrejada que daba al presbiterio de la iglesia. Por una de las ojivas del templo, un rayo de sol, penetrando a través de las vidrieras, enfilaba la reja del subterráneo, llegando hasta el fondo de éste, apenas iluminado por las mortecinas lámparas, y proyectaba sobre el mármol del suelo la policromía de los vidrios y el dibujo del enrejado. Ginevra, al ir a postrarse ante el altar, cruzó por debajo de aquel rayo, cuya luz, al reflejarse sobre la seda azul de su traje, iluminó como un relámpago toda la capilla.

Comenzó a suplicar con las manos cruzadas estrechamente sobre el pecho y fijas las pupilas en el lienzo; y poco a poco sentía apaciguarse el latido de su corazón y calmarse el anhelo de su pecho. Su plegaria, confusa, pero salida del corazón, suavemente fué devolviéndole la calma.

Como todas las antiguas imágenes, el rostro de la Madonna mostraba una tal expresión de tristeza que a la atribulada joven le parecía como si sintiera piedad de sus dolores, y al fin, a fuerza de mirarla, creyó descubrir como un brillo de vida en sus ojos, lo que le impuso un santo terror, que, sin embargo, vino a reconfortarla aún más. “¡Virgen santa y gloriosa!”, decía llena de devoción. “¿Quién soy yo para merecer tu piedad? Pero ¿quién me ayudará si tú no me ayudas? He aquí a tus pies todos mis afanes, y sé que no puedo resistir a esta prueba, ni tengo fuerza para

salir de ella. ¡Oh Virgen mía piadosa! ¡Infunde tal ánimo a mi corazón que pueda yo realizar lo que quiero!" Y con los ojos siempre fijos en Ella, y derramando lágrimas que le descendían hasta el seno, permaneció allí largo rato, poniéndose bajo la protección de Aquella que quiere ser llamada madre y consoladora de los afligidos. Díganlo aquellos que habiendo perdido todo en la tierra, hasta la esperanza, pueden aún volver los ojos al cielo.

Acudían a su memoria todos los instantes de su vida: los inocentes juegos de la infancia, los afectos de la juventud, las primeras palabras de amor que llegaron a sus oídos, las primeras inquietudes; después, todo el cúmulo de penas y de dolores llovidos sobre ella desde su matrimonio; consideraba cuáles habían sido estos últimos años, tan avaros de alegría como pródigos de amargura y remordimientos. Ahora, además, como al despertar de un largo sueño, veía debilitarse su confianza en Héctor; ¿sería él capaz de cambiar de sentimientos, de perderle la estimación? Y cuando, extenuada por tantos golpes y queriendo seguir la voluntad de Dios, que la llamaba, le parecía imposible resolverse a obedecerle, más alta sentía la voz divina poniéndole en su camino, de modo tan inesperado, a su esposo. "Ya no cabe duda—pensaba—. Mientras lo creí muerto tenía una excusa; ahora, ¡desgraciada!, ¿cómo podré seguir así...?"

Un nuevo obstáculo se le presentaba: "Y cuan-

do llegue a su presencia y me pregunte: ¿Dónde estuviste hasta ahora?" No era fácil hallar una respuesta. Combatida por esta idea le parecía tan imposible resolverse a arrostrar la mirada de su juez, que desistió enteramente del proyecto, discurriendo encontrar otro sendero para salir del laberinto. Pero cuanto más pensaba, tanto más comprendía que el paso por el que experimentaba tal repugnancia era el único que podía y que debía dar. Y se decía: "¿De quién podré quejarme? De mí misma. Si yo hubiese procedido de otro modo, como era mi obligación, no tendría que sufrir ahora una humillación tan amarga, que lo será aún más cuanto más prolongue mis vacilaciones."

Ginevra era una mujer animosa y de un temperamento energético; por lo tanto, enemiga de la indecisión. Animándose, decía: "¿Podré continuar mi vida alimentando tantos remordimientos? No. ¿Puedo despreciar la esperanza o extinguir los terrores de la otra vida? No. Por lo tanto, hay que cumplir con el deber sin preocuparse de ninguna otra arma. Las angustias que me ocasione servirán de expiación a mis errores, y tú, Madre divina, tendrás piedad de mí en este mundo y en el otro. Si Grajano no me perdonara, ¿qué es lo peor que podría hacerme? ¿Matarme? Mi alma inmortal volará a la presencia de Dios, y ofreciéndole frutos de penitencia, alcanzará misericordia y perdón.

Después de esta ferviente plegaria abandonó

la iglesia con paso firme y rápido, como si le pareciera darse más ánimo, yendo a encerrarse en su habitación para pensar en el medio de poner en práctica su proyecto. Sentóse, como era su costumbre, junto al balcón que miraba a Barletta, y comenzó a pensar. Para marchar en busca de su esposo no podría encontrar mejor ocasión que la presente. En aquel día podría hallarlo más fácilmente sabiendo que asistía a las fiestas que se celebraban; sin ningún obstáculo, en media hora, podría cruzar el mar; en cambio, si aguardaba a que volviese al campamento francés, las dificultades serían mayores. “¿Por qué dudo? Hoy mismo debo verle... Pero, ¿y Héctor?... Hoy no vendrá. ¿Debo de esperarle? ¡No! Tampoco debo salir de aquí y abandonarlo sin que sepa siquiera lo que me ha sucedido, debiéndole la vida.” Y estas reflexiones le sugirieron una idea digna tan sólo de un espíritu como el suyo. “Si al abandonarlo le revelo el lugar que ocupa en mi corazón, lo conozco muy bien y sé que no tendría un instante más de felicidad en su vida; si, por el contrario, le abandono sin decirle la causa, pensará que fui desagradecida y mi recuerdo huirá muy pronto de su corazón.” No pudiendo soportar esta idea, dijo suspirando: “Mis pecados han sido muchos, pero son más grandes mis penas.”

Con esa inquieta solicitud que se experimenta en los momentos críticos, se alzó enjugándose los ojos y se puso a recoger las pocas prendas que pensaba llevarse consigo. Al buscar en un co-

ire, aparecieron los recortes del ferreruelo azul que regalara a Fieramosca y los hilos de plata con los cuales lo había recamado. El lector podrá imaginar lo que sucedió en el corazón de la joven a presencia de aquellos objetos. El primer impulso fué el de cogerlos para llevárselos; pero se dijo, volviendo a dejarlos donde estaban: "¡No. Todo recuerdo suyo debe ser sepultado para siempre! Si mi determinación puede procurarle la felicidad, ésa debe ser mi mayor alegría."

Escribió a la abadesa, agradeciéndole en pocas palabras la hospitalidad que le había dado y recomendándole a su amiga. Le decía que un motivo gravísimo la obligaba a partir en aquella forma, y que esperaba encontrarse muy pronto en situación de darle más claras explicaciones.

Cumplido este último requisito, nada le quedaba que hacer en el monasterio; pero no quería marchar antes de la noche. Aun quedaba un espacio de día, y resolvió aguardar pacientemente, hasta que llegase la noche, sentada al balcón. En ningún sitio la espera hubiera sido más penosa. Si volvía la mirada hacia el interior de la estancia, la vista del pequeño envoltorio que había dejado sobre la mesa y que llevaría en un viaje tan angustioso, le anticipaba, por decirlo así, aquel dolor. Si miraba al lecho, pensaba que en él había descansado la noche antes por última vez, y que sabe Dios dónde volvería a dormir la noche próxima. Fuera del balcón, era aún

peor: veía aquel trozo de mar que la separaba del castillo de Barletta, y recordaba cuántas noches, aguzando la mirada, había descubierto, como un punto obscuro sobre las aguas, la barca que conducía a Fieramosca.

Ahora le tocaba a ella salvar aquel espacio.  
¿Adónde iría?

## CAPITULO XIV

Mientras Ginevra aguardaba y temía que llegara la noche, presa de las mayores angustias, Pietraccio, escondido en la leñera debajo de la alcoba, esperaba con recelo e impaciencia que viniera ella a indicarle el modo de escapar sin ser visto.

El ventanillo, que desde lo alto enviaba un poco de luz, estaba a flor de tierra, dando a un terreno baldío al otro lado del monasterio, poblado de zarzas y ortigas y por donde no había miedo de que pudiera aparecer nadie. El maldrín se sobrecogió oyendo unos pasos que se acercaban hacia aquel lugar, y mucho más aumentó su escama viendo detenerse frente al tragaluz a un hombre, que reconoció en el acto. Era el condestable de la torre. Hubiera querido esconderse entre los haces; pero el temor de que las hojas secas le descubrieran, le hizo permanecer inmóvil donde estaba, procurando contener hasta el aliento. En esta situación, oyó perfectamente las palabras del condestable:

—Vedla—decía Martín—; aquella ventana del

primer piso donde hay una jaula y un jarro. Como veis, aun sin escala, por la reja de la ventana de la planta, se puede subir sin gran trabajo. Bien...; una vez arriba, os encontraréis en un corredor con muchas puertas; pero, acordaos bien. La primera a mano izquierda es la alcoba de la señora. Y no hay nadie más en la hospedería. Como las monjas se recogen poco después de anochecido, teniendo cautela podéis llegar hasta aquí a eso de las tres, raptar a la forastera y estar ya a una milla antes de que nadie se aperciba. Del perro, yo me encargo... A mis hombres les he dado licencia, y el que quiera dar con ellos esta noche habrá de buscarlos en las hosterías de Barletta. Así pues, estáis servido; ¡Pero cuidado con lo que se hace, y advertido al diablo de vuestro compañero, porque no me avento a perder mi plaza por un puñado de florines! Id con tiento, porque si la cosa sale mal, ya tengo pensado el modo de cargaros el mochuelo guardándome las espaldas. ¡Las cosas claras amigo mío!

Boscherino, al cual iban dirigidas estas palabras, tirándole al condestable de una de las guías del bigote, le dijo, moviendo la cabeza:

—Para cargarle el mochuelo al que nos manda acometer esta empresa, tendrías que emprenderlo demasiado, porque se necesita un brazo más largo que el tuyo. Y da gracias a San Martín de que el castillo de Barletta está lejos, y un tal que allí se encuentra no haya podido oírte;



porque te aseguro que, a pesar de encontrarnos en abril, te figurarías que estábamos en enero. Déjame hacer a mí, hermano, y de todo lo que aquí ocurra, salga mal, salga bien, ¡ni palabra! Es lo que más te conviene.

Martín, que había asistido al banquete de Gonzalo, y que habiendo bebido a sus anchas se sentía con más agallas que un tiburón, le contestó sin blandearse:

—Pues yo te repito que no le tengo miedo a nadie en el mundo, y si he accedido a prestaros este servicio, más ha sido porque entre soldados así se acostumbra que por unas cuantas monedas. Y no estoy dispuesto ni a romperme la cabeza ni a perder el pan por servir a quien no conozco. Te lo digo bien claro: mucha prudencia, porque si os descubren yo sabré cómo echarme fuera. Y del que os manda arriesgaros en esta empresa, sea quien sea, cuando estoy en mi torre me río de él. Conque estamos enterados, ¿eh? Adiós.

Dicho esto se fué hacia la torre, dejando que Boscherino examinara a su gusto el lugar. El caporal lo vió alejarse riendo compasivamente, y no pudiéndose contener, exclamó en tono bastante alto para ser oído por Pietraccio:

—¡Pobre burro! ¡Pretender mantenérselas con César Borgia! Has venido a dar con quien te curaría la sed con mojama. Es el vino de Alicante el que te hace hablar.

Estas últimas palabras, lo mismo que el diá-

logo anterior, escuchadas por Pietraccio, fueron suficientes para darle a entender que por orden de Valentino se estaba preparando el rapto de su protectora, y que el duque se encontraba en el castillo de Barletta. Podremos creer, sin hacer ofensa a Pietraccio, que su primera intención no fué la de defender a la dama; pero, ¿qué sabía él de gratitud?...

La esperanza de poder desbaratar la empresa del mayor enemigo suyo y de su madre, unida a la satisfacción de poder introducirse entre la multitud durante la confusión de la fiesta y matarlo, le hacía hervir la sangre de júbilo. Cuando Boscherino se marchó, Pietraccio, sacando del pecho el agudo puñal que le había dado don Miguel, probó en la extremidad del índice la punta, y rechinando los dientes, hizo el ademán de amagar un golpe. Después pensó en la manera de salir de allí y llegar salvo a Barletta.

Sonó el "Angelus" en el monasterio, y una media hora después abrió la puerta, y cautelosamente se asomó para observar aquel paraje, que estaba desierto. No atreviéndose a pasar por el puente para dirigirse a tierra, y conociendo que el trozo de mar que separa la isla le ofrecía un camino más seguro, descendió la escalera hasta el agua, se despojó de sus ropas, hizo con ellas un hatillo, que se ató a la cabeza, y desnudo, en pocos momentos, sin ser visto, se encontró en la playa. Era casi de noche; sin ningún temor pudo

enjugarse, y vistiéndose de nuevo, tomó velozmente el camino de la ciudad.

Diego García de Paredes, apenas zanjada con la maravillosa prueba del toro su cuestión con el francés, recordó que Gonzalo le había encomendado una misión muy importante, y se alejó inmediatamente del anfiteatro. Consistía su misión en inspeccionar los preparativos del suntuoso almuerzo que debía celebrarse en el castillo. Como el tiempo apremiaba, bajó a las cocinas, y conservando aún viva la rabia que le había producido las palabras de La Motte, su aparición entre cocineros y pinches, que se afanaban alrededor de las viandas, fué la de un hombre que no está dispuesto a dejar pasar la más pequeña falta o inadvertencia de sus servidoras.

—¿Cómo andamos?—dijo, deteniéndose en la puerta con los brazos cruzados—. ¿Estará todo listo a su tiempo? Falta escasamente una hora para que nos sentemos a la mesa.

El jefe de cocina, un hombrón alto y grueso, estaba cerca de la mesa del centro metiendo carne en un asador, con aquel ceño áspero que tienen todos sus colegas en semejantes circunstancias, aunque todo les marche a pedir de boca. Este, además, tenía otra razón para hallarse encorajinado: le había faltado leña, y aparte de que no pudiendo mantener el mismo fuego, la cochura de las viandas se entorpecía, se corría además el peligro de que la comida no estuviera dispuesta para la hora fijada y no pudiera

servirse, ni buena ni mala. El que conozca todo el honor profesional de un cocinero, se hará cargo del estado de ánimo en que se encontraba aquel a quien dirigió la palabra el capitán español. Ni al mismísimo Papa se hubiera dignado contestar en aquel momento el jefe de los galopines; pero a Paredes no había más remedio que contestarle. Levantó la cabeza y, accionando con el asador, dijo:

—El diablo ha metido aquí hoy los cuernos, señor Paredes. ¡El mismísimo diablo!... Ese traidor de mayordomo me ha dejado hoy sin leña... He mandado a unos cuantos poltrones que me estorbaban para que la buscaran dondequiera que fuera; pero han debido de morirse todos, porque ninguno vuelve.

Y terminó sus indignadas palabras dando un suspiro, o, si se quiere, el rugido del que ha llegado al colmo de la exasperación.

—¡Con leña o sin ella—comenzó a gritar Paredes—; voto a Dios, que si a la hora fijada para la fiesta no está todo a punto, majadero, harto de ajos!...—y siguió despotricando en español una sarta de injurias dedicadas al jefe, el cual, no pudiéndolas ya soportar, exclamó:

—Enséñeme su excelencia a guisar sin fuego.

Diego García no era de aquellos que abusan de sus fuerzas mostrando su cólera contra el débil; así, pues, aunque la respuesta del cocinero en el primer instante le arrebató aún más, bien pronto, conociendo que no tenía él la culpa, dijo:

—¿Y ese ladrón de mayordomo dónde se ha escondido?

Y sin aguardar respuesta, volvió las espaldas y salió al patio, gritando como un trueno:

—¡Izquierdo! ¡Izquierdo! ¡Maldecido de Dios!...

Izquierdo se había apresurado a ir a la leñería más próxima, y con ayuda de los marmitones cargó unos borriquillos que traía por delante, dándoles una lluvia de palos. Llegaba ya al patio cuando oyó las voces, con lo que arreció la paliza para que la culpa de la tardanza recayera, al menos en parte, sobre los burros.

Llegado junto a Paredes, comenzó a excusarse; pero éste le interrumpió:

—¡Vamos, pronto. Menos palabras... Arriba esa leña, o te mido con ella las costillas!

Para llegar a la cocina desde el patio, primeramente había que subir tres escalones; después, por un corredor obscuro, se llegaba a un patinillo, en medio del cual había un hueco rodeado de un murete, y descendiendo por una escalera de caracol se llegaba a la cocina. García pateaba lleno de impaciencia, al ver lo lenta y pesada que hacían aquellas gentes la faena de llevar la leña, transportándola a brazadas; y no pudiendo soportar tanta parsimonia, en un arrebató de ira, se inclinó bajo el vientre de uno de los asnos, y alzándolo al tiempo que cogía las patas con ambas manos, como se carga un cordero, lo condujo hasta el murete y lo dejó caer, la leña debajo y el burro encima con las patas al aire;

y volviendo con el mismo coraje cogió el segundo y el tercero, realizando con todos la misma faena, hasta formar un montón de leña y de orejas, y patas y hocicos de burros, todo revuelto; los pobres animales, maltrechos y desollados, rebuznaban estrepitosamente en medio del estupor de los galopines que, aturullados, no sabían qué hacer para librarlos, recogiendo la leña y sacándolos de la cocina. El terror producido por Diego García invadió también al mismo jefe; todos, guardando la cabeza, miraban hacia arriba para ver si continuaba la lluvia de asnos y tener tiempo para escurrir el bulto.

En un parpadeo, los hogares de los fogones estuvieron provistos, y el impulso dado por Paredes fué tan poderoso, que cada hombre se afanaba por tres. Cuando Diego se hubo persuadido de que las cosas marchaban a buen paso, sacudiéndose el polvo y no dejando de gruñir se fué a su alojamiento para vestirse. En el patio se encontró a la brigada que volvía de la justa. Gonzalo y el duque de Nemours, las damas y los caballeros, habían llegado a tiempo de contemplar el último burro sobre las espaldas de García, y enterándose de lo sucedido, todos rieron de buena gana, haciendo comentarios sobre el hecho. Después cada uno entró en su estancia, preparándose para la fiesta y aguardando la hora del banquete.

En la antecámara que daba acceso a las habitaciones de Gonzalo, larga como de cien pasos, se había dispuesto una gran mesa en forma de

herradura que la ocupaba toda y a la que podían sentarse cerca de trescientos comensales. En el extremo opuesto de la puerta de entrada y en la parte convexa de la mesa había cuatro sillones de terciopelo con franjas de oro, para el duque de Nemours, Gonzalo, doña Elvira y Victoria Colonna. A la espalda, colgados de las paredes, estaban los estandartes de España, las banderas de la casa Colonna y los pendones del ejército, combinados con trofeos; a lo largo del muro lucían los más ricos arneses, con vivísimos penachos en los yelmos, y con tantas galas y joyas que era un tesoro. En jarrones colocados sobre la mesa, que era suficientemente ancha, entre ramas de mirto, naranjo y palmera, había toda clase de frutas y flores; algunos surtidores de agua clara y fresca, conducida por delgadas tuberías, y que brotaban entre el verdor de los ramajes, venían a caer en tazones de plata donde nadaban peces de brillantes colores; entre las flores revoloteaban diversos pajarillos, ocultamente sujetos con crines de caballo, y que, habiéndose criado y crecido en sus jaulas, cantaban sin que los asustara la gente. Un gran trincherero, colocado cerca de la cabecera de la mesa, estaba materialmente repleto de vajillas de plata y de largas fuentes repujadas con arabescos; y en el centro, delante del trincherero, había un sitial más alto que los demás, desde donde el maestresala, con un bastoncito de ébano, dirigía el servicio de la mesa. En el espacio comprendido dentro de la

herradura había dos grandes pilas de bronce, como las que vemos pintadas por Pablo Veronés en sus *Cenas*, donde estaban puestos a refrescar vinos de España y de Sicilia. En los otros lados de la sala, a una altura de diez codos, estaban las tribunas para los músicos. Gracias a los cuidados de Diego García y a la diligencia del cocinero, pudo presentarse en punto el maestre-sala en el sitio donde los comensales aguardaban, seguido de cincuenta criados, con uniformes rojos y amarillos y provistos de toallas y jofainas para que se pudieran lavar las manos. Los servidores anunciaron que la mesa estaba servida. El duque de Nemours, radiante de juventud, de salud y de aquella gracia que caracteriza a la nación francesa, ofreció a doña Elvira la mano para conducirla a su puesto.

¡Quién hubiera dicho en aquel instante al joven príncipe, al que parecía estarle reservado un porvenir lleno de gloria y de venturas, que a los pocos días sus ojos, tan brillantes de vivacidad, y sus miembros, tan ágiles, habían de yacer fríos e inmóviles, encerrados en un pobre ataúd, en la iglesia de Cerignola, y que un fugaz recuerdo, debido a la compasión de Gonzalo, había de ser el último sentimiento que inspirara! (1).

Sentóse Gonzalo entre Victoria Colonna y el duque, colocando a la derecha de éste a doña Elvira, a cuya izquierda estaba Fieramosca, y co-

---

(1) El duque de Nemours fué muerto en la batalla de Cerignola.



menzó el banquete. La cortesía usada por Héctor respecto a doña Elvira fué tal, que la joven española, de corazón impresionable, no podía menos de sentirse rendida, tanto más cuanto que todo el mundo lo distinguía y elogiaba. Sentados juntos a la mesa, continuaron su charla llena de complacencia; pero, poco a poco, la frente del italiano iba cubriéndose de una nube de tristeza; sus respuestas eran menos prontas, acabando por resultar incoherentes. Doña Elvira lo miró de reojo dudosa y sorprendida, y al ver su rostro pálido, sus ojos bajos y su aire suspenso, quiso persuadirse de que ella era la causa de esta transformación. Este pensamiento la hizo más indulgente, y ella misma cortó el cuchicheo, permaneciendo ambos silenciosos durante un largo rato, en medio del rumor y la alegría de los comensales. La pobre doña Elvira se vanagloriaba pavoneándose demasiado, porque el motivo de la turbación de Fieramosca era muy otro y estaba originado por una combinación fortuita. Frente al sitio que él ocupaba, había un largo ventanal de finísimas columnas góticas, y habiendo sido abierto a causa del calor excesivo, apareció a sus ojos la vista del Gargano, con aquel tono cerúleo de que se tiñen los montes al mediodía, cuando el ambiente es límpido y sereno. En medio de la isla se levantaba el monasterio de Santa Ursula, y como un punto negro en la fachada rojiza de la hospedería, podía percibirse el balcón de Ginevra, sombreado por los verdes pámpanos. Sobre la entonación

pura y transparente de aquel cuadro se recortaba la figura sombría de Grajano, sentado enfrente, dando la espalda al ventanal.

A contraluz, destacándose sobre la diafanidad del cielo, la fisonomía de Grajano aparecía más grosera e inexpresiva. Fieramosca, pensando en el hombre que tenía delante, se consumía, y eso que, por fortuna suya, ignoraba en qué situación más agobiante se encontraba Ginevra, la cual, precisamente en aquellos momentos, habiendo oído de labios de Jenaro que Grajano estaba en Barletta, salía de la iglesia tomando la resolución de abandonar para siempre aquellos lugares.

En el tumulto de una mesa tan concurrida, nadie se ocupaba de doña Elvira ni de Héctor; solamente Victoria Colonna, que ya tenía algunas sospechas, había parado mientes en el cambio de los dos jóvenes, y dudando si entre ambos la conversación habría ido demasiado lejos, estaba inquieta y ojo atento, observando la actitud del caballero y de su amiga, por la cual no podía menos de interesarse.

Mientras estos personajes se encontraban en tal situación, el banquete había continuado con toda la profusión variadísima de viandas que requería la usanza de la época. Si el arte culinario es difícil en nuestros tiempos, lo era más entonces, exigiéndose de un cocinero, en ocasiones como ésta, pruebas de las cuales no tienen los modernos ni la menor idea. Todos los platos debían, no sólo satisfacer el paladar, sino, ade-

más, deleitar la vista de los comensales. Delante de Gonzalo había un gran pavo real con todas sus plumas desplegadas, haciendo la rueda, y la dificultad de cocerlo sin estropear su belleza había sido resuelta con tanto acierto que se le hubiera creído vivo. Lo rodeaban en el mismo plato multitud de pajarillos, que parecían estarlo mirando todos rellenos de especias y de aromas. De trecho en trecho surgían enormes tartas de una altura de más de dos brazas, y cuando el maestresala lo juzgó conveniente, hizo una señal, y sin ayuda de nadie, se vió izarse el remate, surgiendo del interior otros tantos enanos, extrañamente vestidos y provistos de cucharas de plata, con las que distribuían el contenido y arrojaban flores a los invitados. Los platos de confitura estaban formados, los unos, como montecillos, sobre los que crecían plantas cargadas de frutas azucaradas; otros, a semejanza de lagos de agua transparente, en las cuales navegaban barquillas de azúcar cargadas de dulces; otros, en fin, figuraban unas agrestes montañas con un volcán en su cima, y el humo que despedían era del más grato perfume. Abriéndola, se encontraban castañas y otras frutas, que se cocían lentamente a una llama de alcohol. Entre las viandas de caza había un pequeño jabalí con su piel, y al verlo intacto, parecía atacado por unos cazadores hechos de pasta; después, al trincharlo, se le hallaba sabrosamente cocido, y los mismos cazadores eran distribuidos a trozos con la carne.

Hacia el fin del banquete entraron en la sala cuatro pajes vestidos a cuadros rojos y amarillos, jinetes sobre cuatro caballos blancos y portadores de un enorme plato, sobre el que había un atún de tres brazas de largo, que colocaron delante de Gonzalo; y mientras todos admiraban el tamaño del pescado y la forma de estar adornado, hizo su entrada la figura de un joven desnudo, con una lira, que representaba a Arione di Metimna. Volviéndose Gonzalo al duque de Nemours, le presentó el cuchillo, rogándole abriera la boca del pescado. El duque la abrió, y en el acto comenzó a salir una bandada de palomas, que revolotearon por la sala. Esta sorpresa fué recibida primeramente con el asombro de todos; mas luego, deteniéndose las palomas acá y allá, se vió que cada una llevaba pendiente del cuello una joya y un cartelito, en el que estaba escrito un nombre.

Comprendiendo los caballeros que de aquel modo tan gracioso quería el capitán de España obsequiar a sus huéspedes, era en extremo curioso ver el revuelo que se produjo al querer todos coger las palomas; y el que atrapaba una, leyendo el nombre de la persona a quien estaba destinado, le hacía de ella presente.

Fanfulla también se dió a cazar palomas, y habiéndole volado sobre la cabeza la que llevaba el nombre de doña Elvira, pudo leerlo, y gustándole extraordinariamente el rostro de la joven, puso todo su afán en ser él quien le presentara el

agasajo. Y persiguiéndola, ágil como era, hizo tales cosas, que al fin logró cogerla, y abriéndose paso, hincó en tierra una rodilla, y ofreciéndole la paloma, le indicó que llevaba al cuello un broche de gruesos y bellísimos diamantes. Doña Elvira, con grata acogida, tomó la paloma, y queriéndosela acercar a la cara para acariciarla, ésta batió las alas asustada, despeinando y levantando los cabellos rubios de la joven, cuya frente se tiñó de un ligero carmín; y mientras ella pretendía sacar la joya del cuello de la paloma, Fanfulla, levantándose, le decía:

—Estimo que no habrá en el mundo diamantes más bellos que éstos; pero ponerlos cerca de vuestros ojos es como querer obscurecerlos.

Una sonrisa de complacencia compensó a Fanfulla de su galantería.

Algunos de mis lectores, acostumbrados a las galanterías que la civilización moderna pone en todas las relaciones sociales, pensará que este cumplido resulta demasiado alambicado; pero si reflexiona que está en boca de un soldado del 1500, con una cabeza tan loca como la que tenía el da Lodi, comprenderá que aun habló mejor de lo que se podía esperar de él, y que la acogida de la hija de Gonzalo es lo que más le absuelve.

Pero no pudo Fanfulla ver sin envidia, y hasta con despecho, que tras de haber elogiado y observado la joya, volviéndose hacia Fieramosca, y presentándole un alfiler de oro, le rogó se lo prendiera al pecho.

Victoria Colonna, apercebida, se acercó para hacerlo ella, y Héctor, conociendo todo lo que había de ligereza en la proposición de doña Elvira, estaba para devolvérselo; mas, caprichosa y acostumbrada a hacer su gusto, como los niños mimados por sus padres, poniéndose entre ambos, dijo a Fieramosca con una sonrisa que quería ocultar el despecho:

—¿Tan avezado estáis a manejar la espada, que lleváis a menos el tener en vuestras manos, aunque sólo sea por un instante, un alfiler?

No quedaba al italiano otra salida que la de obedecer. Victoria Colonna se volvió, reflejando en su rostro bellísimo qué lejos hubiera estado ella de emplear tales lisonjas. Y Fanfulla, deteniéndose a observar a Fieramosca, exclamó:

—¡Buena suerte tienes! Los demás sembramos y tú recoges.

Y se alejó silbando, como si hubiese estado en la calle y no en medio de aquella concurrencia.

Los regalos de Gonzalo no estaban solamente destinados a las damas; había pensado también en sus huéspedes franceses; y al duque de Nemours, lo mismo que a los barones que le acompañaban, correspondieron ricos presentes de anillos, de broches de oro para los birretes, y otras joyas. La suntuosidad que el capitán español había desplegado en el banquete tenía su objeto: quería hacer ver a los franceses que, no sólo no le faltaba cosa alguna para tener bien provisto

a su ejército, sino que, por el contrario, le sobraba para extremar los agasajos de su cortesía.

El juego de las palomas había terminado, y cada cual, vuelto a su sitio, se preparaba para el brindis.

El duque de Nemours, siguiendo la costumbre de Francia, se levantó, tomó el vaso, y volviéndose hacia doña Elvira, le rogó se dignase considerarlo de ahora en adelante, como a su caballero, salvo la obediencia al rey cristianísimo. La dama aceptó, correspondiendo con frases de cortesía; y después de otros muchos brindis, levantóse Gonzalo, y seguido de otros muchos convidados, salió a una galería que daba al mar, donde esperaron, entretenidos en diversas pláticas, las horas que faltaban aún para terminar la jornada.

La mayor parte de este tiempo lo pasaron juntos doña Elvira y Fieramosca. Diríase que la joven no sabía estar separada de él un instante; si él se alejaba, mezclándose con sus acompañantes y tomando parte en alguna conversación, pocos momentos después ya se encontraba doña Elvira a su lado. Héctor, bastante sagaz para no advertir esta preferencia, por un sentimiento de honradez no quería estimularla, sabiendo que no podía conducirlos a ningún fin laudable; pero ligado a don Gonzalo por deber y por estimación, no podía tampoco mostrarse descortés. Muchos se apercebían de este juego y cuchicheaban tras de

ellos, sonriendo maliciosamente. Fanfulla, que todavía se sentía despechado por lo ocurrido con la paloma, se consumía de ver a su compañero tan favorecido, y cuando podía acercarse a él le decía, medio riendo, medio rabiando:

—¡Me las has de pagar!

FIN DEL TOMO PRIMERO



## INDICE DEL TOMO I

---

	Págs.
Capítulo I.....	9
— II.....	28
— III.....	51
— IV.....	61
— V.....	87
— VI.....	103
— VII.....	112
— VIII.....	129
— IX.....	143
— X.....	161
— XI.....	183
— XII.....	196
— XIII.....	221
— XIV.....	245

---



**COLECCION UNIVERSAL**

---

**Massimo d'Azeglio**

---

**HECTOR FIERAMOSCA**

**TOMO II Y ULTIMO**

**MCMXX**

---

**ES PROPIEDAD**  
**Copyright by Calpe, 1920.**

---

COLECCION UNIVERSAL

---

MASSIMO D'AZEGLIO

---

# Héctor Fieramosca

NOVELA

TOMO II Y ULTIMO

La traducción del italiano ha sido  
hecha por J. I. de Alberti.



MADRID, 1920



# HECTOR FIERAMOSCA

---

TOMO II Y ULTIMO

## CAPITULO XV

En el salón de planta que todas las antiguas fortalezas tenían para que sirviera de sitio de reunión a los hombres de armas, había construído un teatro, formado, poco más o menos, como los de ahora, excepto el telón, que en aquella época, en vez de alzarlo, era costumbre dejarlo caer en el sitio que hoy se destina a la orquesta. De una ciudad contigua del litoral había llegado contratada una compañía de cómicos ambulantes, que, después de haber pasado el carnaval en Venecia, venían de ciudad en ciudad representando dramas y comedias, con propósito de ir después a Nápoles, por la fiesta de San Jenaro, o a Palermo por la de Santa Rosalía. Debiendo presentarse ahora ante una concurrencia tan escogida, la compañía se había preparado con el mayor esmero para que el espectáculo resultara agradable. Apenas se hizo de noche, los espectadores ocuparon

sus asientos, y todo estuvo dispuesto para comenzar. Dejada caer la tela que servía de cortina, apareció un tablado, sobre el cual se veía, de un lado, un pórtico rico en columnas y en estatuas y que representaba la entrada de un palacio real, sobre cuya puerta se leía en letras de oro: "Tierra de Babilonia"; y bajo el pórtico, sentado en un trono y rodeado de sus grandes, un rey con cetro de oro en la mano, vestido al uso de Oriente, con un gran turbante recamado de piedras preciosas, y sobre él, la corona; en el medio, la playa y un horizonte de mar; y del otro lado, sobre una escarpada montaña llena de árboles y peñascos, se abría una caverna, de la cual salía, de cuando en cuando, un dragón, haciendo ver que guardaba una piel de carnero, con el toisón dorado y resplandeciente, colgado de un árbol vecino.

Junto al rey, en un trono más abajo, estaba una mujer alta, robusta, de hermosas facciones, que vestía un traje de raso rojo con dos brazas de cola y una caperuza negra a la francesa; colgaba de su cintura una cimitarra a modo de sable, y en la mano tenía un libro y una vara. Era Medea. Poco después apareció junto a la ribera una nave, de la cual desembarcaron muchos jóvenes en trajes de soldados, y entre ellos uno gentilísimo, todo cubierto de una armadura de acero, excepto la cabeza: era Jasón. Dos jóvenes moros le llevaban el yelmo y el escudo.

Llegados adelante y hecha reverencia al rey,



comenzó éste un parlamento en versos octosílabos, que acaso no sonaran bien en los oídos de Victoria Colonna, como no sonarán en los de mis lectores, comenzando así su relato:

—De la cristiandad llegamos  
y argonautas nos llamamos.  
Al sultán de Babilonia,  
que Dios salve su corona.

Y siguiendo en el mismo metro, contaba cómo habían venido para conquistar y llevarse con ellos el vellocino de oro. A estas palabras, el rey Oete, después de haber consultado con sus ministros y con su hija, respondía que prestaba su conformidad, y, saliendo, dejaba sola a Medea con Jasón.

Este comenzaba en seguida a cortejar a la dama, y pidiéndole ayuda, le prometía llevarla a tierra de cristianos, donde la haría su esposa y una gran reina. Medea se dejaba persuadir fácilmente y le enseñaba ciertos hechizos con los que adormecer al dragón, recomendándole sobre todo que si quería usar de ellos no nombrase a ningún santo ni hiciese la señal de la cruz, porque estas cosas malograrían el encanto. Así que hubo marchado, Jasón, dirigiéndose a sus compañeros, les dijo que no le parecía propio de un buen caballero combatir con hechicerías, por lo cual iba a intentar primeramente vencer al dragón con las armas; y echando mano a la espada y cubriéndose con el escudo, que uno de los servidores le había presentado, mientras otro le endosaba el yelmo, se dispuso a acometer al dragón. Mas éste,

saliendo de la cueva y vomitando llamas, se defendía tan bien, que, después de una lucha de unos minutos, Jasón hubo de renunciar a su empresa. Entonces sus compañeros le instaban con repetidas súplicas a servirse de los encantos, y él, haciéndolo así, consiguió amodorrar al dragón y apoderarse sin peligro del vellocino. Hecho esto, volvía a salir Medea pidiendo a todos que volvieran con ellos a la nave. Oyéronse entonces en tierra sonidos de trompas, címbalos, clarines y otros instrumentos moriscos. Poco después, salía un joven a caballo, en traje sarraceno, a desafiar a Jasón, el cual, aceptando el reto, en pocos golpes lo vencía, y mientras intentaba salir en la embarcación con los suyos, llegaba de improviso el rey Oete, que, viendo huir a su hija y muerto en tierra a su hijo Absirto, ordenaba que se impidiese la huída a los *argonautas*. Medea entonces empleaba sus encantamientos: el aire se oscurecía, y muchos hombres, fantásticamente vestidos a modo de demonios, corriendo con luminarias, acababan por incendiar Babilonia y llevar con ellos al rey y todos los suyos, en tanto que se divisaba al fondo a los *argonautas*, que emprendían libremente su viaje. Así terminaba el drama.

Aquellos de nuestros lectores que se envanezcan de la exquisitez del teatro moderno, consideren que el arte en el cual hoy se arrancan los aplausos del público en ciertos espectáculos, y que consiste en disponer las cosas de modo que acaben siempre con un incendio, con alguna ca-

tástrofe, con el Olimpo o con el Tártaro, no es una novedad de nuestros tiempos. Era un recurso escénico conocido ya del público del 1500.

La reunión ante la cual se presentaba este espectáculo, bien que compuesta en su mayor parte de personas de alguna cultura, no quedó descontenta, o, al menos, así lo expresó. Y, para decir verdad, tratándose de aquellos cómicos y en un lugar como aquel en que se encontraban, fué hacer bastante.

Mientras tanto, un gran número de invitados a la fiesta, a los que su condición inferior no les permitía codearse con los nobles y caballeros, gozaba de un espectáculo semejante que se había realizado en el patio, y que, a juzgar por los gritos y aclamaciones, debía tener una gran aprobación.

Algunos soldados españoles habían obtenido licencia para representar ellos también lo mejor que supieran una comedia nacional. Y levantando en un ángulo del patio un tabladillo, habían estado ensayando muchos días antes, ingeniándose cada uno para interpretar bien su papel. Habían elegido una comedia estimadísima de los españoles, titulada *Las mocedades del Cid*; después, si les quedaba tiempo, recitarían un *sainete* a guisa de *petite piece*, como suelen llamarla los franceses.

Mientras comenzaba en el castillo la acción dramática que hemos descrito, dió principio también en el segundo teatro, con un auditorio numerosísimo, compuesto de caporales, oficiales, sol-

dados, vecinos del lugar, tenderos y mucha plebe. La aristocracia, de este modo, se había acomodado junto a la escena, y a medida que el público se iba retirando de este centro, la calidad de los individuos iba siendo peor y de más mísera apariencia, hasta llegar a los últimos, que eran desocupados y gente callejera. El ingreso al patio era público; de aquí la enorme concurrencia, y como todos, por la situación en que estaban colocados, no podían gozar igualmente del divertimento, los que estaban más distantes protestaban con exclamaciones, gritos, silbidos, que los más próximos a la escena oían con gestos de desdén, pretendiendo inútilmente hacerlos callar con "¡Chito!", salidos, ora de un lado, ora de otro, y que, lejos de servir de freno, estimulaban a los espectadores.

Entre aquella gente congregada para divertirse pululaba un hombre que, no obstante su pobre apariencia y lo destrozado de su traje, tenía un gesto, una expresión y un porte que no se confundían con el resto de la concurrencia; y en su ir y venir, inquieto y afanoso, se mostraba bien a las claras que el fin que lo había conducido era muy otro que el espectáculo. Este hombre era Pietraccio, que, llegado hasta allí sin obstáculos para matar a Valentino y advertir a Fieramosca del peligro que corría Ginevra, encontrándose ahora en medio de aquella confusión, permanecía perplejo, comprendiendo cuántas dificultades tendría que vencer para encontrar a la persona que buscaba.

Al lector le extrañará seguramente que un asesino, cuya cabeza estaba pregonada, se arriesgara a entrar en la ciudad, exponiéndose a ser detenido, y ciertamente, en la forma en que hoy está constituida la sociedad, hubiera sido una imprudencia; pero los hombres de aquel tiempo no tenían, como nosotros, reglamentos y agentes de policía, atentos a la vigilancia y a la tranquilidad de los ciudadanos (1). Pietraccio, pasado el revuelo que se produjo tras de la muerte del podestá, podía estar tan seguro en Barletta, máxime siendo de noche, como lo hubiera estado en medio de la montaña y entre los suyos. Fueran cualesquiera las dificultades de la empresa que proyectaba, estaba suficientemente avezado a escapar del peligro y lo bastante ansioso de realizar su venganza para no encontrar medio de vencer todo obstáculo.

Pero dejémosle con sus intenciones y volvamos a los protagonistas de nuestra historia.

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando, terminado el teatro, volvió a entrar la comitiva en la sala donde se había celebrado el banquete, la cual, cambiada por completo, se había dispuesto para salón de baile. La estancia esplandía claridad, iluminada por infinitas bujías de cera colocadas a todo lo largo en grandes candeleros, y en el centro, una magnífica lámpara pendía de la bóveda. La orquesta, como durante el banquete, estaba en su tribuna; a más de los músicos, colocados en un

---

(1) El autor se refiere a su época.

extremo, las galerías altas estaban ocupadas por gentes de menor cuantía, espectadores de una diversión en la cual no podían tomar parte. Gonzalo con sus huéspedes y con las damas, se situaron en un estrado puesto contra el muro debajo de los estandartes. El duque de Nemours, cuando la sala estuvo llena, se levantó, y, solicitando a doña Elvira, comenzó el baile.

Cuando hubo terminado y la joven fué conducida a su puesto, Fieramosca, queriendo, aun en esta ocasión, mostrarse cortés, le ofreció la mano, excusándose anticipadamente de su torpeza. La propuesta fué aceptada con visible alegría. Se dispusieron otras parejas, y Fanfulla, no pudiendo bailar con doña Elvira, eligió entre las muchas damas de Barletta que asistían a la fiesta a una que le pareció la más linda, y procuró colocarse de modo que en aquella que podríamos llamar contradanza viniese a estar al lado de Héctor y de su pareja. El cuidado con que espiaba todos los movimientos y palabras de doña Elvira no debían resultarle grato: en las miradas encendidas de la joven española se leía cuánto la interesaba su compañero, y el sonido de los instrumentos, el girar de la danza, el cogerse frecuentemente de la mano y todas aquellas licencias que el baile autoriza aun entre personas que en otras circunstancias se tratarían a distancia y con el mayor comedimiento, habían producido en la hija de Gonzalo una exaltación de la fantasía que, con gran esfuerzo, lograba reprimir. Héctor y Fanfulla se daban

perfecta cuenta de ello: el primero, con pesadumbre; el segundo, con despecho; y a cada vuelta, ya con palabras, ya con miradas de inteligencia, zahería a Fieramosca, el cual, no gustando de esta clase de bromas, mantenía un continente grave y en parte melancólico, que la joven interpretaba a su modo, pero a cien leguas de la realidad.

Al fin, doña Elvira, con aquella peligrosa imprudencia que era tan suya, en un instante en que tenía en su mano la de Héctor, se acercó más a él y le dijo al oído:

—Al terminar esta contradanza iré a la terraza que da sobre el mar; venid, que quiero hablaros.

Fieramosca, dolorosamente impresionado por aquellas palabras, que le revelaban una situación grave e inminente, asintió con la cabeza, algo demudado el rostro y sin atreverse a pronunciar palabra; pero, ya fuera por la poca precaución de doña Elvira no bajando suficientemente la voz, o porque Fanfulla se hallaba demasiado próximo, es el caso que éste también oyó aquellas malhadadas palabras, y maldiciendo en lo íntimo la aventura que se ofrecía a Fieramosca y no a él, dijo entre dientes:

—¡Que no hallara yo modo de hacerle pagar esta ligereza...!

Héctor, por su parte, se hallaba combatido por diversos pensamientos: ni le pasaba por la mente la idea de alentar las seducciones de la hermosa española, primero, porque en su corazón estaba muy viva la imagen de Ginevra; después, porque,

aun no existiendo este motivo, tenía suficiente juicio para prestarse a tal juego con la hija de Gonzalo. Por otra parte, era aquél el peor camino para arribar a su corazón, pues no era Héctor de aquellos que están siempre dispuestos a aprovechar las ocasiones; sin embargo, le disgustaba el que se le pudiera tener por descortés, por grosero, y acaso algo peor, ya que, entre las muchas contradicciones humanas, hay una que consiste en calificar como deshonorosos ciertos hechos, y, al mismo tiempo, tener por tonto y timorato al que no los realiza.

Durante el resto del baile anduvo cavilando para encontrar un medio de quedar bien sin comprometerse, y después de mudar muchas veces de proyecto, al fin, viendo que el instante se aproximaba, se resolvió a arriesgarlo todo antes que faltar a Ginevra; y pensando que ella, mientras él se encontraba en la fiesta, se hallaba reclusa en un claustro, en medio del mar, abandonada de todos y probablemente pensando en él, se recriminaba de haber tenido ni por un instante otro pensamiento que su amor; por lo que, apenas terminada la contradanza con doña Elvira, pidió permiso para salir, y pensando poner como pretexto uno de esos dolores de cabeza, tan útiles en el siglo XVI como en el XIX, se dispónía a dejar el castillo y marchar a su casa.

Los jóvenes que tomaban parte en la fiesta, para aparecer más esbeltos y porque tal era la costumbre, se habían despojado del ferreruelo que llevaban prendido del hombro izquierdo, depositándolos



en una habitación destinada a ello, y quedando en justillo y calzas, que casi todos llevaban de raso blanco. Fanfulla y Héctor vestían de este color, y por la estatura y por las trazas se asemejaban perfectamente; sólo llevando el ferreruelo se hubieran distinguido y establecido diferencia entre ambos, pues el de Fieramosca era azul, con bordados de plata, y el de Fanfulla, rojo.

Héctor buscó a Diego García para rogarle que lo excusara con Gonzalo y su hija, pues el dolor de cabeza le obligaba a salir; después se dirigió a la cámara para recoger su mantelete, atravesando entre la multitud, y en un momento en que ésta se hallaba un poco apartada, sintió que le tocaba en la espalda una cosa ligera, como algo que cayese de lo alto, y mirando a sus pies, adonde de rebote había caído, vió un pergamino plegado que contenía en su interior un objeto. Miró hacia la tribuna, de donde parecía haber partido, pero observó que nadie le miraba; iba ya a pasar adelante cuando, inclinándose, lo recogió, y, desplegado, halló dentro una piedrecilla, introducida para hacer peso y para poderlo arrojar más fácilmente. En el papel venía escrito, con caracteres comunes y apenas inteligibles, lo siguiente:

“Dama Ginevra debe ser raptada de Santa Ursula por voluntad del duque Valentino al sonar las tres. El que os da este aviso os aguarda con tres hombres en el portón del castillo, y tendrá una azagaya en la mano.”

Un escalofrío le penetró hasta la medula de los huesos, haciéndose más intenso aún al recordar que hacía un rato habían sonado las dos y media en el reloj del castillo. No había momento que perder. Pálido, como un hombre que, herido de muerte, da los últimos pasos antes de desplomarse, en un instante salvó la puerta y, precipitándose por la escalera, echó a correr tal como se encontraba, sin ferreruelo y sin gorra, dejando maravillados a cuantos repararon en él. Corriendo desesperadamente llegó al lugar indicado, con tal ímpetu, que para detenerse se tuvo que aferrar al grueso anillo del portón. El arco de entrada estaba obscuro como boca de lobo; miró, anhelante por la agitación de la carrera, cuando, destacándose del muro contra el cual estaba apoyado, se le acercó el hombre de la azagaya.

La huída de Fieramosca y la mudanza de su rostro fué observada por muchos; pero no pensaron en seguirlo, habiendo oído de García la excusada dada por Héctor. Sin embargo, Iñigo y Brancalione, que lo estimaban más que los otros, no satisfechos con el pretexto, marcharon tras de él, y aunque no le pudieron alcanzar, tampoco le perdieron de vista, llegando al portón pocos momentos después que él. Vieron a Fieramosca, que, teniendo aferrado a Pietraccio, lo zarandeaba diciendo:

—¡Vamos, pues, pronto, pronto!

Al reconocer a sus compañeros se dirigió a ellos, diciéndoles con precipitación:

—Si sois mis amigos, venid conmigo y ayudadme contra el traidor de Valentino. Entremos en una barca; somos siete, y rápidamente podremos llegar a Santa Ursula.

Brancaleone, reparando en sí mismo y en sus compañeros, objetó:

—¿Y las armas?

En efecto, ninguno de ellos traía ni siquiera la espada. Fieramosca pateaba, mesándose los cabellos, próximo a perder la cabeza. Entonces, Brancaleone, que en ocasiones encontraba palabras y recursos, dijo:

—Tú, Héctor, embárcate con estos hombres; tenlo todo aprestado y aguárdanos. Tú, Iñigo, ven conmigo.

Y se alejó con él corriendo, mientras Fieramosca les gritaba:

—¡Pronto, pronto! Dentro de un instante habrán dado las tres.

Y aunque sus amigos no comprendían ni el sentido de aquellas palabras ni el motivo de tal precipitación, juzgando, sin embargo, que debía ser cosa de gravísima importancia, llegaron en un vuelo a casa de los hermanos Colonna, y en la sala de planta, donde estaban las armas, descolgaron del muro yelmos y armas para tres personas. Con igual diligencia echaron a correr, llegando cuando ya los otros estaban instalados en la barca. Descargaron en ella las armas, saltaron dentro, e Iñigo, que había quedado el último, apoyando el pie en las rocas, impulsó la lancha hacia

el mar, bogando todos con tal ímpetu, que el remo se cimbreaba al esfuerzo. Saliendo del muelle, situado a la espalda de la fortaleza, debían pasar bajo la torre del reloj. Cuando llegaron, se oyó en lo alto el ruido de las ruedas que precede al sonar de la hora. El pobre Héctor curvó las espaldas con un movimiento instintivo, como si temiera que la torre se desplomara sobre su cabeza. Tras algunos segundos, en la campana resonaron los tres toques fatales, que se perdieron en el aire, vibrando cada vez más débiles, hasta ser repetidos tenuemente por un eco lejano.

Antes de conocer el resultado de este viaje, conviene que por un instante volvamos a la sala de baile.

Fanfulla, al que la casualidad o la astucia habían hecho dueño del secreto de doña Elvira, había resuelto frustrarles los planes; pero no daba con el medio. Al fin, viendo partir con tanta precipitación a su rival, sin ferreruelo ni gorra, se le ocurrió una idea loca, y él, que jamás meditaba un momento cuando se trataba de satisfacer un capricho, sin calcular las consecuencias, ciegameamente, se decidió a ponerla en práctica. Sin apartar de ella los ojos, había visto que, apenas terminado el baile, la hija de Gonzalo se encaminaba hacia la galería, por lo que dedujo que ella no debía hallarse enterada de la partida de Fieramosca. Corrió a la estancia donde se guardaban los ferreruelos y donde, habiendo recogido cada uno el suyo, sólo quedaban dos: el de él y

el de Fieramosca, con su gorrilla de velludo obscuro, forrada de plumas lloronas. Púsose ésta de modo que la pluma le sombrease una parte del rostro; sobre el hombro se colgó el ferreruelo azul de su amigo y, de no mirarle a la cara, cualquiera lo hubiera tomado por Fieramosca. Así vestido, y escurriéndose entre la gente, paso a paso, se encaminó hacia la galería donde no había luces, llegando solamente el resplandor de la iluminación de dentro. Muchas cajas de provisiones amontonadas alrededor de una pila, en cuyo centro salpicaba el agua, embarazaban aquel lugar, de modo que era fácil esconderse de aquellos que salieran de la sala de baile. Cuando Fanfulla salió a la galería, por suerte suya no había nadie. Marchó adelante sigilosamente y vió a doña Elvira sentada en el parapeto, que daba al mar, con un codo apoyado en la verja de hierro, y sujetándose la cabeza con las manos, miraba atentamente al cielo. La luna se hallaba en aquellos momentos oculta entre algunos nubarrones. Fanfulla comprendió que, si no aprovechaba aquel instante, al reaparecer la claridad era probable que le reconociera. Se acercó suavemente andando de puntillas a doña Elvira, que no se apercibió hasta tenerlo al lado, y cuando ella volvió la cabeza para mirarlo, Fanfulla, inclinando la suya con bastante gracia y destreza, como en señal de reverencia, hincó una rodilla, y cogiéndole una mano comenzó a besársela; todo esto tan bien disimulado, que supo ocultar el rostro hasta el

punto de que a la hija de Gonzalo no le cupiera la menor duda de que era Fieramosca.

Hizo por retener la mano; pero esto, según la usanza de todos los tiempos, le fué impedido con dulce violencia. Aunque de índole caprichosa, ligera y voluntariosa, debemos creer que a doña Elvira, el sostener un coloquio tan íntimo con un joven, le hacía experimentar cierto remordimiento, y que temblara ante el temor de ser sorprendida por su padre, y más aún por su rígida amiga.

Una fuerte ráfaga de viento arrancó a la luna el velo que la cubría, y el astro, en plenitud, iluminó con un límpido rayo aquel espacio, reflejándose brillantemente en los trajes de seda de Fanfulla y de doña Elvira, haciendo destacar sus figuras. Acaso ninguno de los dos se hubiera dado cuenta de ello; pero un grito agudísimo, de voz femenina, que partía del pie de la galería, suspendida a poca altura sobre el mar, la sobrecogió, y, comprendiendo que alguna otra persona de las que asistían a la fiesta, habiendo escuchado, podía salir, rápidamente volvieron por distintos lados a la sala, donde los pocos que se habían apercebido de aquel grito, entretenidos en sus charlas, no se habían preocupado de ellos.

Sin embargo, a aquel primer grito había seguido otro más débil, que, muriendo en la garganta que lo profería, fué sucedido del golpe sordo de un cuerpo que cae en el fondo de una barca; pero la galería estaba ya desierta, y en el interior todos atendían solamente a la fiesta. Ninguno se amies-

gó a averiguar quién era la desgraciada que pedía socorro.

Mientras todo esto sucedía en la fortaleza, la barca que conducía a Fieramosca y sus compañeros, impulsada por siete hombres, robustos, volaba deslizándose sobre el mar en dirección al monasterio, dejando tras de sí una larga estela de espuma.

Brancaleone, viendo que Fieramosca no pensaba sino en echarse sobre los remos con todo el vigor de sus brazos, dijo resueltamente:

—Vamos, Héctor, no sé adónde nos conduces; pero seguramente no es cosa de chanza. Y para proceder cuerdamente, mientras estas armas estén en el fondo de la barca no debemos precipitarnos

Convencido por estas palabras, decidieron que uno tras otro dejaran el remo para armarse. Ceñidas las espadas y calzados ciertos cascos ligeros, volvieron a bogar con más furia, siempre atisbando en la superficie del mar por si lograban descubrir a sus adversarios. Héctor, mientras bogaban, les explicó con interrumpidas frases el porqué necesitaba de su ayuda. Vieron en esto una barquilla poco lejana y se dirigieron a ella; pero al acercarse vieron que era conducida por una sola persona, que lentamente bogaba hacia Barletta. Para no perder tiempo enfilaron nuevamente hacia el monasterio, sin haber podido distinguir la figura del que remaba. Inigo aconsejó abordarlo por si algo sabía o había visto; pero

Héctor no lo permitió; la hora fijada había sonado, y apenas si esperaba llegar a tiempo. Sin embargo, de haber seguido el consejo de Iñigo ¡cuántas desventuras hubieran evitado!

El monasterio de Santa Ursula aparecía cada vez mayor. Fieramosca, con los ojos fijos en él, veía todas las ventanas, sin que en ninguna se distinguiera un resquicio de luz. Como a dos tiros de arcabuz, hacia la izquierda, vieron aparecer una barca baja y larga que marchaba como una golondrina a flor de agua. Héctor, Iñigo y Brancalone, exclamaron a un mismo tiempo:

—¡Helos aquí!

Y poniendo proa hacia ellos, redoblaron los esfuerzos. Los de la otra barca, comprendiendo las intenciones, se pusieron en fuga; pero a los perseguidores se les triplicaba el vigor; visiblemente disminuía el espacio entre las dos embarcaciones; ya se podía oír las voces de la una a la otra; ya Fieramosca, alzándose cuanto podía y sin dejar el remo, descubría una mujer tendida a popa con dos hombres que la custodiaban, y gritó con un rugido que retumbó hasta en los muros del monasterio:

—¡Traidores!

—¡Vamos, vamos, boga!—decían todos a una afanándose y con los dientes apretados.

Ya la proa tocaba la popa enemiga. Héctor, rápido como un rayo, dejó el remo, y con la espada en alto se lanzó contra sus enemigos que, también espada en mano, aguardaban apercibidos.



Héctor, al saltar a la lancha enemiga, empujó la suya, haciéndola retroceder, por lo que, encontrándose solo, recibió en el cuerpo y en la cabeza muchos golpes, de los que le preservaron la cota y el casco. Pero ya sus compañeros, viéndole en peligro, se le habían reunido. Pietraccio, que se hallaba el más próximo, saltó en seguida; mas apenas estuvo donde creía encontrar a Valentino, cuando un golpe de remo que recibió en la cabeza le hizo caer desmayado. Iñigo y Brancaleone se pusieron junto a Héctor, y combatiendo diestramente espada contra espada, por todos manejada con maestría, ni podían hacer gran daño a sus enemigos ni tampoco resultar ellos muy castigados; y alternativamente se daban y se repetían los golpes y las estocadas con asombrosa ligereza, y en este barullo iban de acá para allá haciendo bambolear la barca con inminente riesgo de que volcase.

Los compañeros de Pietraccio no habían podido tomar parte en la lucha, pues el lugar no tenía capacidad sino para un frente de tres hombres; mas no por eso fueron inútiles. Cogieron a la dama, que permanecía a popa, y la transportaron a la barca. Advirtiéndolo los tres combatientes—y después de aconsejarlo así en voz baja Brancaleone—, poco a poco fueron retrocediendo hasta pasar de un salto a la barca, permitiendo a los otros que se retiraran. Héctor no habría abandonado tan fácilmente la escaramuza si entre sus enemigos hubiese distinguido a Valentino; pero no viéndo-

lo, comprendió que había encomendado aquella empresa a sus espadachines, y le pareció que no merecía la pena mancharse con la sangre de aquella canalla. Además, viendo que Ginevra estaba en salvo—o, al menos, así lo suponía—, creyó mejor acudir a reanimarla. Por su parte, don Miguel se consumía de ver que le arrebataban el fruto de tantas fatigas y de no habersele ocurrido, en los primeros momentos de confusión, poner a salvo a la dama colocándola a proa; mas la imprevisión ya no tenía remedio, pues bien sabía que el pretender rescatar su presa, arrebatándosela a aquellos valentísimos jóvenes, era como querer hacer una raya en el agua. Pero los secuaces de Valentino no dejaron sin venganza su derrota; mientras los tres compañeros se retiraban a su barca, habían ido acercándose con la espada en la diestra y en la izquierda el puñal; Fieramosca, que se había quedado el último, aguantó la acometida, y en el momento en que saltaba le aconteció que le hirieron ligeramente en el cuello con una daga, sin que él, en el calor de la refriega, lo advirtiera.

Así, alejados recíprocamente, los unos siguieron su viaje hasta Barletta y los otros se dirigieron al monasterio.

La mujer estaba envuelta en una sábana. Fieramosca, todavía jadeante, la acomodó lo mejor que pudo, y al apartar el lienzo que la cubría, en vez de Ginevra apareció Zoraida, sin sentido; en cualquier otro momento hubiera dado gracias a Dios por haberla salvado; pero entonces sólo pensaba

en que, cuando creía todo terminado, sus afanes habían sido inútiles. ¿Qué había sido de Ginevra? ¿Cómo se encontraba allí la otra? Dió un profundo suspiro, golpeándose la frente con el puño, y apresurándose él y sus compañeros, asombrados de no verle contento, puesto que ignoraban el cambio efectuado, en pocos momentos se hallaron en la isla. Héctor, subiendo por la escalera, rápidamente estuvo en la alcoba de Ginevra, donde encontró los muebles abiertos y vacíos y la isla y el monasterio sumergidos en la más profunda quietud. Mientras salía para buscar a alguien a quien pedir noticias, sus compañeros llegaban al atrio y socorrían a Zoraida, que había vuelto en sí, y que, a las apremiantes palabras de Fieramosca, no sabía responder sino que, hacia las tres, la había despertado el ruido producido por algunos hombres, que, entrando en su alcoba, la habían envuelto en una sábana, llevándola con ellos a una barca, sin que pudiera recordar ninguna otra cosa; que de Ginevra no sabía nada, ni la había visto desde el mediodía anterior; pues habiendo observado que se encontraba melancólica, había juzgado conveniente no incomodarla, y a la hora de costumbre se había acostado sin verla.

Héctor escuchaba esta narración en pie, con los ojos fijos en Zoraida, y a medida que ésta iba hablando, el semblante del joven se demudaba lenta y visiblemente, tornándose pálido y hundíendosele las mejillas; por fin, tuvo que sentarse, y al hacer un esfuerzo para ponerse en pie, las ro-

dillas le flaquearon. Uno de ellos, mientras tanto, había ido a llamar a la puerta del claustro, y habiendo despertado a Jenaro, volvía con una luz. Brancaleone e Iñigo se sobresaltaron al advertir el aspecto de Fieramosca, que en pocos momentos había cambiado hasta infundir terror, y lo atribuyeron a la fatiga y la angustia que oprimía su alma. Intentó por segunda vez levantarse, pero las fuerzas le habían abandonado por completo, y volviendo a caer en la silla con la cabeza entre las manos, exclamaba con alterada voz:

—¡Brancaleone, Iñigo, siento un malestar como no lo he sentido nunca, y no me creo con fuerzas para levantar una pluma, cuanto más la espada... El tiempo vuela... ¿Qué será de Ginevra? ¡Si yo pudiera recobrar mi ánimo sólo por una hora, aunque luego quedara exánime!... Os lo ruego, queridos compañeros, no tardéis un instante, andad..., no sé adónde, pero volved a Barletta, buscad por todas partes, libradla, dad con ella, sea como sea... Dios eterno..., no poder dar ni un paso en su ayuda...

Y quiso incorporarse, pero le fué imposible; nuevamente y con más ahinco, rogó a sus compañeros que lo dejaran, corriendo en ayuda de la dama, y tanto y tanto insistió, que los otros, comprendiendo que no había tiempo que perder, prometiéndole volver luego con alguna noticia, le dejaron, y vuelto a embarcar con igual rapidez, se dirigieron a la ciudad.

Zoraida, en tanto, trataba de auxiliar a su libertador con palabras y actos llenos de ternura y

de solicitud, y quitado el yelmo, se afanaba por despojarle de la cota. Cuando lo logró, al enjugarle el sudor frío que le corría por la frente y el cuello, reparó en la herida que le había alcanzado por debajo del collarín.

—¡Oh, estáis herido!—gritó.

Y con un lienzo limpió la sangre que, al quedarse coagulada, hacía aparecer mayor la herida. Luego, serenándose, dijo:

—No es nada. Un rasguño.

Pero observando más atentamente, vió que los labios de la herida se teñían de un color violado, y que el rostro de Fieramosca se tornaba lívido, y sus manos, verdes, frías y rígidas. Por haber nacido en Oriente y visto toda clase de heridas, bien pronto le nació la sospecha de que el arma estaba envenenada. Suplicó al joven que se echara en el lecho, y ayudándole, no sin gran fatiga, logró acostarlo; el pulso le latía lento, lento y como oprimido.

Pero las penas corporales no eran nada para Fieramosca, comparadas con las angustias que se multiplicaban en su mente, presentándole a cada instante una forma nueva. Todo lo sucedido aquella noche y el peligro que corría Ginevra no le había dejado hasta entonces pensar en otra cosa; pero como el reo de muerte en la última noche de su vida, si logra hallar algún momento de reposo, al despertar vuelve a caer sobre él la idea de la muerte inminente, del mismo modo apenas pudo Fieramosca reanimarse del desvanecimiento

que le embargaba, recordó el desafío y el juramento prestado de no exponerse a ser herido. Pensó en la vergüenza que recaería sobre él por haber quebrantado su promesa, en el dolor de no poder manejar la espada en unión de sus compañeros, en la burla que harían de él los franceses, en el perdido honor italiano; y estas imaginaciones, todas a un tiempo, lo asaeteaban con tal fuerza en la parte más sensible de su corazón, que todos los músculos de su cuerpo se contrajeron con un movimiento convulsivo, saliéndole del pecho un suspiro tan amargo, que Zoraida, desfavorida, se acercó a él preguntándole la causa. Héctor exclamaba:

—¡Estoy deshonrado para siempre! ¡El lance, Zoraida, el reto!...

Y se golpeaba la frente con la mano.

Faltan muy pocos días y me siento reducido a tal extremo que no podré restablecerme ni en un mes acaso... ¡Oh Dios mío, qué gran pecado cometí para que me alcancen tantas desventuras!...

A estas palabras, la joven no sabía qué replicar; probablemente, más que en la batalla, pensaba en el peligro que amenazaba al dueño de su corazón, peligro que su experiencia le mostraba cada vez más grave. Una especie de letargo le invadía la cabeza, derribada sobre la almohada, más pálido que nunca y las venas del cuello latiendo convulsivamente. Zoraida observó de nuevo la herida, viendo que el amoratado de los labios se había extendido aún más.

Héctor, continuando su lamentación dolorosa, exclamaba:

—¡He aquí el campeón del honor italiano! He aquí el glorioso fin del combate, de las bravatas, de las jactancias de que habíamos alardeado; y, sin embargo, ¿cuál es mi delito? ¿Podía hacer otra cosa de lo que he hecho?

Pero estas razones estaban muy lejos de devolverle el sosiego, y pensaba:

“¿Pero a quién podré contar esa historia? ¿A quién podré dar mis excusas? Y aun dándolas, ¿las creerán mis enemigos?... Pensarán: Héctor las inventó porque nos tuvo miedo.”

Mientras su mente se agitaba con tales ideas, el veneno ingerido por el puñal de don Miguel hacía progresos, serpenteándole por las venas que pueblan la superficie del cráneo, y por grados sentía enturbiársele la vista y anublársele la luz del entendimiento, pareciéndole que veía todos los objetos, primero, bambolearse, después, dar vueltas cada vez más rápidas, cortadas por puntos luminosos que le deslumbraban. Zoraida permanecía en pie a su lado, toda espantada y temblorosa, y Héctor tenía clavados en su semblante los ojos dilatadamente abiertos. Y entre aquellos desfallecimientos de los sentidos, a la débil claridad de la lámpara que iba extinguiéndose, veía Fieramosca descomponerse las facciones de la joven y trocarse sus líneas en las del rostro de La Motte; esta máscara, estirando los ángulos de la boca, dibujaba una risa amarga y espan-

table; seguía estirándose y dilatando los labios, y tomaba entonces la forma de Grajano d'Asti: pequeña al principio y que después iba creciendo, y abiertas completamente las fauces, afectaba el pálido semblante de Valentino; de este modo, sucediéndose las imágenes unas a otras, se le presentaban como fantasmagorías de aquellos personajes que debían estar más vivamente pintados en la memoria del enfermo. Entre otras, apareciósele en su delirio la imagen de Ginevra, a la cual llamaba por su nombre con ardientes palabras de amor, diciendo:

—¡Dejadme morir así! ¡Te he amado tanto!... ¡Sacadme de este pozo!... ¡Quitadme esta araña que me roza la cara!...

Y otras frases incoherentes, al final de las cuales todas las figuras que creía percibir venían a confundirse en una, formando primero una coloración roja y trémula como una ráfaga prolongada, que iba después obscureciéndose y perdiéndose gradualmente hasta extinguirse del todo cuando las facultades morales y físicas del enfermo quedaron totalmente suspensas.

---



## CAPITULO XVI

Para conducir de modo simultáneo el relato de los muchos sucesos que aquella noche sucedieron a los diversos personajes de esta historia, ha sido conveniente dejar en suspenso cada narración, y aunque ésta sea la costumbre de muchos autores, no creemos que sea la más agradable cuando el libro que se tiene entre manos ha logrado despertar interés, deseándose conocer cuanto antes el desenlace.

No nos excusaremos con el lector de haber seguido tal método, que, por otra parte, en nuestro caso, era indispensable. Tal excusa sería un acto de vanidad que haría reír, y la modestia, que en muchos es virtud, en algunos es camandulería.

Sea como quiera, no tenemos más remedio que abandonar también a Fieramosca, aunque sólo sea por algunos momentos, y volver a la fortaleza, a buscar a Valentino, a quien dejamos en la habitación baja que daba a la playa.

De las dos intenciones que le habían llevado hasta el ejército español, a pesar de su astucia, una ya le había fracasado; no había conseguido infundir la suficiente confianza a Gonzalo para inducir-

lo a una alianza, o, al menos, a patrocinarla. El español, manteniéndole la promesa de tenerlo oculto, había rechazado su demanda, acogiéndole, por lo demás, con los honores debidos a su calidad y que creía correspondían a su grado; en los siete u ocho días que transcurrieron entre la presentación y la resolución de su propuesta, estuvo casi siempre encerrado en su cámara, para no despertar sospechas, y si salió alguna vez a tomar el aire, fué de noche y con antifaz, como era costumbre en aquel tiempo entre hombres de alta posición, frecuentemente para amparar con el secreto sus malévolas intenciones. Como hemos dicho, a sus miras políticas se unían maquinaciones contra aquella que había sido valerosa al extremo de demostrarle su desprecio, y estas maquinaciones, mediante las habilidades de don Miguel, y según su promesa, habían producido sus efectos aquella misma noche.

Parecerá acaso difícil a alguno el concebir cómo este insigne bribón, avezado en tanta perversidad, pusiera tal interés en la posesión de una mujer, siguiéndole con tanto ahinco la pista. Sería un error figurarse que el amor, aun en el sentido más grosero, guiaba los deseos de Valentino; pero Ginevra se le había resistido, mostrando desprecio y horror hacia él; vivía, según su creencia, feliz con otros, y el duque se consideraba por ello rebajado y escarnecido; ¿quién en el mundo podía vanagloriarse de haberle parado los pies a César Borgia?

A cuantas mujeres había encontrado con fama de belleza las había hecho culpables o infelices; había muchas entre ellas de acendrada virtud, y algunas que, por lazos de consanguinidad con hombres poderosos, podían creerse seguras; ¿podría soportar que una mujercilla poco conocida hiciera burla de él, que había temblar a Italia de una punta a otra?

A la sazón, sin embargo, Valentino se hallaba próximo a la realización de su venganza, y se decía: "La necesidad de estarme aquí escondido ha de pagármela bien cara." Y, en verdad, el permanecer en semejantes habitaciones, muy parecidas a una cárcel, acostumbrado como estaba a vivir en medio del esplendor de la corte romana, debía resultarle muy duro, si a aquel hombre podían resultarle duras las peores privaciones, con tal de realizar su fin. No le había faltado manera de matar el tiempo. Aparte las horas que había pasado con Gonzalo, y aquellas que destinaba a escuchar de boca de don Miguel las trazas de su empresa, le llegaban a cada instante de la Romana emisarios que, enviados por sus más fieles servidores, le traían cartas y noticias sobre asuntos de trámite. Llegaban y volvían a partir durante la noche, siempre procurando la aserción de Nicolás Maquiavelli, que, escribiendo al Común de Florencia, años antes, decía: "De todas las cortes del mundo, aquella donde mejor se guarda un secreto es la del duque"; y aunque no agregara claramente el porqué, daba a entender que a

las lenguas imprudentes se les imponía el silencio de la tumba.

Esta correspondencia se mantenía por medio de barcos ligeros que, sorteando, llegaban hasta la Romaña, escondiéndose entre ciertos escollos al pie del Gárgano. Desde allí, en una lancha, bien cerrada la noche, llegaban hasta la fortaleza, y de aquella chusma, la tripulación, compuesta de hombres escogidos, había entresacado don Miguel dos hombres que convenían para su empresa. La noche de la fiesta, mientras en el castillo resonaban por todas partes músicas y rumores, estaba Valentino sentado a una mesa, a la luz de una lámpara, revisando para entretener el tiempo varias cartas que los correos le habían traído en días anteriores. Vestía un tabardo cerrado por delante con una fila de botones, con cuello y mangas estrechas de seda negra, acuchilladas con tiras de terciopelo blanco; cerca del cuello, tres o cuatro botones abiertos dejaban ver la cota de finísima malla de acero, que no se quitaba jamás. Este fué el traje que más frecuentemente usó César Borgia; el que haya visitado en Roma la galería Borghese recordará haber visto el retrato, pintado por Rafael, vestido en esta forma.

A pesar de lo fuerte de su complexión, de cuando en cuando le acometían ataques de humor herpético que lentamente le serpenteaba en la sangre, y que se le manifestaba en la piel, sobre todo en la cara. Entonces, la lívida palidez de su rostro

se tomaba en una supuración rojiza, y la asquerosa deformidad de su cara era tal que infundía repugnancia hasta a las personas que cotidianamente estaban a su lado. En ninguna facción, como en aquéllas, hubiera podido reflejarse mejor un alma como la suya. A causa de la vida sedentaria de aquellos días, tan opuesta a sus hábitos, y por virtud de la primavera, se habían recrudecido aquellos infectos humores con una fuerza extraordinaria, descomponiendo más que nunca sus facciones y esparciendo de todo su ser una irritante inquietud, consecuencia ordinaria de tales enfermedades. Hacia las dos de la madrugada, cuando arriba comenzaba el baile, la puerta de la alcoba del duque fué empujada suavemente y apareció un hombre que vestía calzón de un rojo obscuro, ceñido a la carne; una capa que le llegaba a media pierna; traía calada la capucha hasta los ojos, espada, puñal y un paquete bajo el brazo.

El Valentino alzó la cara, y el otro avanzó haciendo reverencias, sin que ninguno de los dos profiriera una sola palabra. El duque, poniendo la mano sobre el paquete que el otro dejó sobre la mesa, dijo:

—Esta noche saldré de aquí. Enciértrate en la cámara más apartada y, oigas lo que oigas, si no te llamo, no aparezcas.

El hombre salió por una puerta frente a la que había entrado, y César Borgia, sacando un puñalillo, cortó el cordón de seda roja que con los sellos apostólicos sujetaba un pergamino que le

escribía el Papa Alejandro. Al abrirlo salió del interior, rodando por la mesa, una esferilla de oro, a la vista de la cual el duque se levantó de golpe, lleno de recelo, y mirando más atentamente los sellos y el escrito se fué serenando hasta volver a sentarse.

No se atribuya este súbito sobresalto a un temor pánico: en aquel siglo había tantas maneras de suministrar veneno, y era tan frecuente el mandarlos encerrados en carta, de manera que al abrirlos produjeran inmediatamente su efecto, que bien podía perdonársele al duque su recelo a la vista de aquel objeto que no esperaba; precisamente porque si había en el mundo un hombre dispuesto a pensar lo peor, ese hombre era él.

La carta, que más parecía una simple enumeración de hechos, venía escrita en una traza de la cual nadie tenía la clave más que el Papa y él. Por la mucha práctica, la levó de corrido, y su esencia era ésta:

“El Pontífice ha sido tentado por el representante del rey cristianísimo para que firmara con él las bases de una ley contra el rey católico, para expoliarlo del reino, ofreciendo al mismo tiempo unir sus esfuerzos a los de la Iglesia para la empresa de Siena y de los Estados del Co, Giordano, no habiendo creído el Papa oportuno aceptar estos acuerdos antes de saber en qué términos se hallaba la negociación entablada por el Valentino con Gonzalo.

Haber recibido de la madre y de la amiga del cardenal Orsino una suma de dinero y una perla de admirable belleza, hurtadas ambas del palacio de Monte Giordano, cuando fué saqueado por orden del Papa, tras la muerte del duque de Gravina, Vitellozzo y Liberotto da Fermo. Querer que el duque tuviese la gente dispuesta para que a la muerte del cardenal citado pudiera marchar sobre Bracciano, donde los Orsini y su parentela se habían fortificado.

Para subvenir a los gastos que requiere la ejecución de tales designios, el Pontífice ha decidido conceder el capelo a Juan Castelar, arzobispo de Trani; a Francisco Remolino, predicador del rey de Aragón; a Francisco Loderini, de Volterra, a monseñor de Corneto, secretario de Breves, y a otros ricos prelados, aguardando que el hijo vuelva a Roma, para decidir cuanto convenga hacer y apoderarse de sus tesoros.

Por último, haber sido advertido de que durante aquel año viera la manera de guardarse de un grave peligro, aconsejándole llevara consigo y para su salvaguardia una esferita de oro encerrando un objeto de suma veneración, semejante al que le enviaba para este efecto." (1).

Aunque los hechos indicados en esta carta sean rigurosamente ciertos, y la traición urdida contra

---

(1) Los hechos indicados en esta carta se encuentran particularmente narrados en la *Vida del duque Valentino*, de Tommaso Tommasi.

el cardenal de Corneto, rebelado contra el Papa como es sabido, fuera la causa de su muerte, hemos dudado, no obstante, si debíamos revelar tanta infamia a nuestros lectores. Pero si Dios, por impenetrables designios, ha permitido que algunos de los primeros guardadores de las cosas más santas hayan cometido abusos tan reprochables, acaso sería peor ocultar sus iniquidades, y nos acarrearíamos el calificativo de parciales y de buscar el triunfo de los malvados y no de la verdad, la cual, para brillar, no necesita de la ayuda de la doblez. Los errores del Papa Borgia y de otros ministros de la Iglesia serán pesados en la balanza inmutable de la ira de Dios, y no le es dado al hombre aventurar su juicio; pero de las cenizas de aquellos Pontífices, como de la tumba de los mártires, surge una verdad que se cimenta, no en el oro, no en las espadas, no en las artes cortesanas, sino en la virtud evangélica, sobre la cual se alza gloriosa la cruz de Cristo.

Al duque de la Romana, la lectura de la carta de su padre le sugirió ideas muy diferentes de las que acabamos de exponer. Mirando alternativamente el pergamino y la bola de oro que hacía girar entre sus dedos, se dibujaba en su rostro una sonrisa en la que aparecía, de una parte, desprecio para la verdad, puesto que no creía ni en Dios ni en los santos, y, por la otra, una tímida y supersticiosa credulidad, puesto que daba fe a las artes de la astrología. Tan cierto es que



la inteligencia humana tiene necesidad de encontrar un principio fuera del mundo visible.

Si ya no hubiese estado decidido a partir aquella misma noche para la Romaña, el contenido de la carta le hubiera obligado. Una trama que debía saciar sus ambiciones y llenar sus cofres era bastante más importante que el vano empeño por una mujer. Pensó que no podría tardar mucho don Miguel y los suyos, y guardándose en el pecho la bola de oro, con el gesto despreocupado del que dice: "Sea lo que quiera", se puso a recoger las cartas y otras cosas que debía llevar consigo.

En pocos minutos lo ordenó todo, volviéndose a sentar como antes; y no sabiendo qué hacer, se sacó del pecho la esferilla y comenzó a mirarla y remirla, pasándola de una mano a otra, y pensando en lo que contenía y en quién se la había enviado; y de una idea en otra pensó en la religión de la cual era cabeza visible, en los artículos de la fe que creyera en un tiempo y en su espléndida situación, fruto de la sujeción de los pueblos a la autoridad pontificia; y tras de haber escarnecido dentro de su corazón la credulidad de la gente, y pensando: "Por mi parte, yo disfruto por todos", oyó una voz que, surgiendo poco a poco del fondo de aquel saco de malas pasiones, de violencias y de irreligiosidad, decía: "¿Y si fuera verdad?"

El duque, no queriendo prestarle oídos ni pudiendo hacerla callar, se levantó con enojo, pa-

seando por la cámara y haciendo cuanto pudo por distraerse. Pero fué inútil. Aquel "Si fuera verdad" le seguía importunamente, quitándole, por decirlo así, el gusto de los honores, del poder y de todos los bienes que poseía. Se tumbó en el lecho escondiendo la cara con rabia entre las almohadas, y tratándose de loco, logró irse serenando.

Sintió pesadez en los párpados, que se le cerraron, y se quedó dormido.

Pero en su sueño, el curso de sus ideas, persistiendo en la misma dirección, le condujo a Roma, en la vía que va del Castillo a San Pedro. En el cielo y en la tierra reinaba la confusión; todo se había transformado y todo aparecía poblado de tinieblas, y por todas partes se escuchaban lamentos. El se esforzaba por llegar a San Pedro y no podía; pareciéndole que le sujetaban, miró a su alrededor. Eran todos aquellos a quienes había traicionado, asesinado, envenenado, que lo tenían cogido por los cabellos y por las carnes, con un gritar agudo y desesperado.

Después, sin saber cómo, se encontró en San Pedro en un caos inenarrable, negro, lleno de llantos, entre el temblor de las bóvedas, el abrirse de las tumbas y el vagar de las larvas; y él, siempre seguido de sus víctimas, que le gritaban "¡Justicia de Dios!", pensaba: "Este es, pues, el juicio en que yo no creía." Y hacía esfuerzos desesperados para marchar hacia adelante y hallar refugio en el Papa, al que veía en el fon-

do sobre un trono, envuelto en una vaga y tenue claridad; pero se lo impedían, por un lado, su hermano, el duque de Gandía, con las heridas abiertas, que, en vez de sangre, manaban una linfa corrupta, y con el cuerpo hinchado, imponente, del cadáver empudrecido en el agua; de otro lado, el duque Biselli y Astor Manfredi, y mujeres y niños, los cuales, llorando, extendían los brazos hacia el Papa pidiéndole justicia y venganza. El Papa estaba envuelto en una capa negra, calada la tiara; el rostro gordo, fofo y caído de Alejandro VI, estaba pálido como el de un cadáver; y mientras su figura se alzaba lentamente, como si se pusiera en pie, los gritos y los llantos fueron sofocados por una carcajada infernal salida de la boca de un demonio acurrucado, con la barba entre las rodillas y que gritaba:

—¡Cristo, la Fe, el Papa..., puras patrañas!... Y esta última palabra retumbó bajo la bóveda de la iglesia como un lango aullido.

Aun resonaba en sus oídos cuando se halló, con los ojos abiertos, sentado en el lecho y completamente despabilado.

Permaneció un momento tembloroso; pero este sueño afirmó aún más en él la disparatada opinión de que podía cometer toda clase de delitos sin temor a los castigos de la otra vida.

Mientras se confortaba con estos pensamientos—hacía pocos minutos que habían dado las tres—, el murmullo de las conversaciones sosteni-

das por tantas personas, la música, los alegres rumores, que descendían del piso alto del castillo, llegaban debilitados por el grosor de la bóveda, por lo cual, aquel mismo grito que había interrumpido el coloquio de doña Elvira con Fanfulla, fué oído por el duque, más cercano, como si viniese de detrás de su misma puerta, separada del mar por un trecho de arenas.

Solió a ver quién lo había proferido, y no vió sino un barco vacío, cuya proa, embarrancada en la arena, se había detenido en la orilla. Miró a la galería y a las ventanas y no vió a nadie; y ya iba a volverse a su habitación, pero dió algunos pasos aproximándose al barco, y alargando el cuello, distinguió tendida en el fondo a una mujer, que, con la cabeza entre las manos, a cada instante lanzaba débiles quejidos. Pasado un primer momento de sorpresa, se resolvió de pronto, y entrando en el barco, pasando a la mujer un brazo bajo del sobaco y otro por las rodillas, la levantó en vilo, y desmayada como estaba, la tendió sobre su lecho. ¡Pero cuál no sería su sorpresa cuando, acercando la luz para verle la cara, reconoció a Ginevra! Conservaba demasiado vivo el recuerdo de aquel semblante para que no diese crédito a sus ojos; mas, ¿cómo adivinar por qué extraño accidente se le venía así a las manos, sola, y, a lo que parecía, burlando la asechanza de don Miguel?

“De aquí en adelante—decía para sí—, quiero creer por lo menos en el diablo. ¿Quién sino un

demonio amigo podía servirme tan a mi gusto?" Y dejando la luz sobre una mesita, junto a la cabecera, sentado en una orilla de la cama, observaba todos los movimientos del rostro de Ginevra para sorprender el instante en que volviera en sí; la satisfacción de poder disfrutar, al fin, de una venganza larga y dolorosa, centelleaba en sus ojos con el chispeante parpadeo de una corriente eléctrica, y las pupas que le descomponían el rostro parecían hervir, tiñéndolo de un color sanguinolento. Ciertamente, la cara de un hombre, agregando a la deformidad física la que imprime a sus facciones la expresión del delito, no se había mostrado jamás con un aspecto más horrendo. De un lado, Ginevra, pálida, inmóvil, con la expresión del dolor esculpido en su rostro, postrada con toda la languidez del abandono; del otro, el Valentino, tal como lo hemos descrito, formaban un cuadro bastante doloroso. Largo rato permanecieron ambos en la misma situación; pudo considerarse muy feliz Ginevra mientras sus potencias desvanecidas, sus párpados caídos, privaron su conciencia del lugar en que se encontraba y la visión del que en aquellos momentos era dueño absoluto de ella; pero duró poco esta fortuna, y por algunos ligeros movimientos comprendió César Borgia que su víctima estaba a punto de abrir los ojos. En aquel sitio y a aquella hora era seguro que nadie podía estorbarle; los gritos bajo aquella bóveda, y cuando la fiesta se encontraba en todo su apogeo, no hubieran sido oídos;

encontrándose, pues, bien seguro, se decidió, puesto que la noche avanzaba, a gozar a sus anchas de una suerte tan favorable.

Del pecho de la joven se escapó un profundo suspiro, que hizo ondular el velo que la cubría: abrió un momento los ojos, cerrándolos inmediatamente; volvió a abrirlos una segunda y una tercera vez, hasta fijarlos en el rostro que tenía delante, inmóvil y desconocido; pero lo veía tan sólo materialmente, sin que el cerebro participara de ninguna idea; después, sus ojos, no pudiendo soportar la imagen de aquel rostro desfigurado, se volvió a otra parte, lentamente, con un movimiento tan lánguido, que hubiera inspirado compasión en cualquier otro que no fuera César. Al recobrar poco a poco el conocimiento, la primera idea que surgió en su recuerdo fué la visión de Fieramosca, allá arriba, en la galería, al pie de doña Elvira.

—¡Oh, Héctor!—dijo apenas articulando las sílabas—. ¡Era verdad! ¡Me habías traicionado!

Y llevando la mano a sus ojos y a su frente, permaneció así algunos momentos.

Valentino, al oír aquel nombre, contrajo ligeramente sus labios con una colérica sonrisa.

Fué entonces cuando Ginevra recordó que debía hallarse en el fondo de la barquichuela, y alzándose sobre las rodillas para intentar ponerse de pie, notó lo mullido del lecho; abrió los ojos; aterrada, vió al duque y lanzó un grito, que la

mano de éste ahogó en sus fauces, aferrándola por el cuello y derribándola.

—No grites, Ginevra—le dijo Valentino—. Perderías el tiempo. Mucho me satisface que hayas venido a buscarme; yo te resarciré de las molestias de un viaje tan intempestivo. Sin embargo, no era a mí a quien buscabas, ¿no es verdad? Qué quieres, todas las balas no salen redondas.

La pobre Ginevra escuchaba aquellas palabras con un temblor que la dejaba sin fuerzas; hacía mucho tiempo que no veía al duque, no le reconocía y únicamente experimentaba horror, hallando en él un confuso recuerdo de su fisonomía. Comprendiendo que no tenía escape, dijo:

—¿Quién sois, señor?... Tened piedad de mí... ¿Qué es lo que queréis? Dejadme...

—¿Recuerdas, Ginevra—dijo el duque—, allí en Roma, de qué modo procediste hace ya muchos años con un tal que te amaba entonces como a las niñas de sus ojos y te había hecho tales dones y tales caricias, hasta dejarte maravillada? ¿Recuerdas que usaste con él unos modales que hubieran numillado a un mozo de cuadra? ¿Recuerdas que te burlaste de su amor, que tuviste por viles sus ofrecimientos, que te condujiste con él con una soberbia más altanera que la de una reina?... ¿Sabes quién era aquél?... Pues aquél soy yo. Y ¿sabes quién soy yo? César Borgia.

Este nombre cayó como una maza de plomo en el corazón de Ginevra, sepultando en ella toda esperanza. Sin responder, mirando al duque toda

temblorosa, como hubiera mirado a un tigre que la tuviera bajo sus garras, sin que le pasara por la imaginación el tratar de enternecerle con palabras.

—Ahora que sabes quién soy yo, piensa si debes aguardar alguna compasión en mí. No obstante, podría resignarme a no descargar sobre ti toda mi venganza; pero con una condición, Ginevra: que tengas prudencia, que bien la necesitas.

Estas palabras, menos ásperas, no pudieron menos de abrir en el pecho de la joven un resquicio de esperanza, y con las manos juntas, procurando no mostrar en sus ojos el asco que le inspiraba, se puso a rogarle, como se ruega a un crucifijo, diciéndole que no oprimiera a una pobre mujer ya bastante desgraciada e infeliz.

—Yo os ruego, señor, por las llagas de Jesucristo, por aquel día en que vos también, aunque tan poderoso en la tierra, os encontréis, desprendida vuestra alma, ante la presencia de Dios Eterno... Si tuvieseis alguna mujer que os fuera querida, decid, si se encontrara en manos extrañas, pidiendo en vano misericordia...; si vuestra madre, si vuestra hermana se hallaran en el trance que yo ahora me encuentro y suplicaran y suplicaran en vano, ¿no es verdad que pediríais venganza al cielo contra el que os hubiese hecho el ultraje?

Estas palabras, que enlazaban la idea de la virtud y de la honestidad con los nombres de Vanozza y de Lucrecia Borgia, movieron a risa a Va-



lentino, que los conocía bien; y fué tan siniestra aquella risa, que acrecentó los terrores de Ginevra; pero insistió en sus ruegos, velando el llanto sus palabras, cada vez más confusas y entrecortadas por los sollozos.

—Yo soy una infeliz mujer—dijo por último—. ¿Qué gloria puede hallar un poderoso señor como vos empleando su venganza en mí? ¡Quién dice que no llegue algún día en que el recuerdo de haber sido piadoso conmigo no sirva de consuelo a vuestro corazón!

Describir el ansia, la angustia, la desesperación de la desdichada Ginevra viéndose en tan terrible trance; describir sus lágrimas, sus ruegos y, por último, los gritos desesperados y sus locas imprecaciones, sería imposible y ofreceríamos a nuestros lectores un cuadro demasiado desgarrador. Diremos tan sólo que su suerte se había decretado de un modo irrevocable.

Entre tanto, don Miguel volvía con sus nombres disgustado, mohino y temblando por el recibimiento que le haría su amo, viéndole entrar con las manos vacías; al llegar al pie del castillo, viendo detenidas a la puerta del duque las dos barquichuelas, la de Ginevra y la del emisario de Alejandro, se puso en guardia. Saltó a tierra, y oyendo ruido en el interior, presintió algún siniestro accidente. Empujó la puerta, y hallándola cerrada, no se hubiera tranquilizado, de no oír la voz de César Borgia que le gritó:

—¡Aguarda!

Aplicó el oído a la rendija de la puerta, no pudiendo imaginar por qué estaba cerrada.

Tras algunos momentos, durante los cuales reinó el más absoluto silencio, oyéndose tan sólo allá en lo alto el rumor de la fiesta y el murmullo de las ondas que en la ribera movían ligeramente las barcas unas contra otras, don Miguel, que escuchaba oído atento, oyó la voz del duque que decía en una risotada:

—Ahora ve a rogar a Dios y a los santos.

Luego percibió el ruido de sus pasos que se acercaban a la puerta, de la que él se apartó en el momento en que el duque, dando vuelta a la llave, salía.

Don Miguel comenzó a excusarse, pero fué interrumpido.

—Déjalo para otra ocasión. Respecto a este asunto, sé yo bastante más que tú.

Estas palabras hubieran podido hacer creer a don Miguel que su amo estaba indignado con él, si no hubiese conocido en el tono de su voz y en su rostro que allí había algo en lo cual nada tenía él que hacer.

El duque, volviéndose a los hombres que ventan con don Miguel, les ordenó:

—Vosotros, embarcad ahora mismo y aguardadme junto a Santa Ursula. Tú vas conmigo.

Los hombres cogieron el remo, perdiéndose muy pronto de vista. Don Miguel y el duque entraron en la estancia, de la que volvieron a salir rápidamente, trayendo el cuerpo de Ginevra, que coloca-

ron otra vez en la barquilla tal y como el duque la había hallado.

Don Miguel descubrió sobre el traje, hacia el costado izquierdo, algunas manchas de sangre.

Hecho esto, llamaron al menajero, entrando los tres en una barca sin proferir palabra, y marchando al costado de la otra, se trasladaron a ella.

Sentóse el duque a popa y don Miguel quedó en pie delante de él; y aunque ahora supiese ya por qué su amo no se preocupaba de que el golpe hubiese resultado fallido, quiso, no obstante, explicarle por qué motivo había vuelto con las manos vacías. Entonces, le relató todo lo ocurrido y cómo habiendo sido atacado por varios hombres, a duras penas pudieron defenderse; pero los enemigos rescataron la dama.

—Uno de ellos, sin embargo, ha salido mal parado de la refriega—añadió señalando a Pietraccio, el cual, como vimos, alcanzado por un remo, cayó aturdido dentro de la barca, siendo hecho prisionero. A la sazón, vuelto en sí, se hallaba sentado a corta distancia del duque, pues sus hombres, creyéndole más muerto que vivo, e imposibilitado de huir, le habían dejado en paz.

—Este bergante—continuó don Miguel—, saltó a la barca como una furia; pero el Moreno lo acarició con el remo entre las orejas, y lo dejó acostado. Yo lo creía muerto; pero veo que revive.

Por el relato de don Miguel, Pietraccio sacó en

consecuencia que se hallaba próximo a aquel que durante toda la noche había estado buscando. Por su parte, Valentino observó que el herido le miraba siniestramente, y su gesto extraviado le indicaba que algo urdía en contra suya, y estuvo a punto de ordenar que lo echaran al agua.

Don Miguel, que, como recordarán los lectores, había escuchado en la prisión de Santa Ursula las últimas palabras de la madre del asesino y las recomendaciones para que se vengara de César Borgia, conoció a su vez, mirándole de reojo, que aquél estaba a punto de intentar un golpe desesperado. El secuaz del duque, si bien le servía porque su protección le traía buen provecho, no obstante, hubiera gozado, sin descubrirse y sin que nadie pudiera sospechar que tenía él la culpa, si el bandido, de rechazo, lo vengaba a él también de una antigua injuria. Fácilmente podrá imaginar el lector cuáles eran sus intenciones respecto a su señor, cuando sepa que la mujer muerta en el fondo de aquella torre y a sus ojos era su esposa.

Cuando, como consecuencia del encuentro con Pieramosca y sus amigos, Pietraccio quedó en poder suyo, había concretado su recuerdo y fraguado un plan, para utilizarlo como vengador de su agresor; pero no había tenido tiempo de redondear sus propósitos, y sin decidir nada aún, pensaba únicamente en aprovechar la ocasión, si ésta se presentaba, y ahora veía acercarse el momento tan deseado.

A las últimas palabras de don Miguel, sucedió un instante de silencio, que aprovechó el joven para acometer su intento desesperado; se alzó de golpe, y rozándose con don Miguel, que hizo como si le quisiera atrapar, cayó sobre Valentino como una bestia rabiosa, dispuesto a destrozarle con las manos y con los dientes; pero el duque, que estaba sobre aviso, lo recibió, y apenas don Miguel tuvo tiempo de aferrar a Pietraccio por la espalda, cuando se desplomaba muerto, atravesado por el puñal que Valentino llevaba siempre a la cintura y que en aquella ocasión había utilizado con increíble rapidez.

El hecho había sucedido de un modo tan instantáneo, que cuando don Miguel y los remeros volvieron la cara todo había terminado, y sólo vieron al duque envainar su daga y que, empujando con el pie el cadáver, aun palpitante, daba orden de que lo arrojaran al mar.

—¡Loco!—exclamó don Miguel, mostrándose muy impresionado por el peligro que había corrido el duque—. Nadie me quitará de la cabeza que este hombre era muy otro del que aparentaba... Lo encontré hace unos días en la torre del monasterio, encerrado en unión de su madre. Lo habían prendido los esbirros, en unión de una partida de asesinos. La madre murió a consecuencia de las heridas recibidas al defenderse, y antes de expirar dió al hijo una cadena contándole no sé qué historia... ¡Ah, sí, ahora me acuerdo! Le decía que se la regaló un amante que tuvo en Pisa...

Aguardad... Oye, Moreno: antes de echarlo al agua quiero ver si aun lleva al cuello la cadena con el medallón. De todos modos no hay para qué echarle el oro a los peces.

Así diciendo, abrió el jubón del desgraciado Pietraccio; halló la cadena, y quitándosela se la mostró al duque, que había escuchado muy atento sus palabras.

No pudo Valentino contener su habitual indiferencia ni disimular la repentina turbación que le producía aquel objeto. Permaneció un momento abstraído, y las manos, en las que tenía el medallón, cayeron como privadas de toda fuerza. Volvió a sentarse donde estaba, ordenando con voz sorda por segunda vez se arrojara el cadáver al agua; y vuelta la cabeza a otro lado, se dió cuenta de que le habían obedecido al sentir la zambullida y las salpicaduras que penetraron en la barca. Luego tiró lejos la cadena, se arrebujó en el mantelo, y apoyando la cabeza en las manos enmudeció.

Don Miguel, fingiendo respetar los pensamientos que ocupaban a su señor, se apartó, yendo a sentarse entre los hombres que dirigían la barca y que, silenciosos, bogaban.

No se oyó más en todo el viaje que el chapoteo de los remos en el agua.

El esbirro de Valentino halló una venganza que nadie en el mundo había obtenido jamás de aquel hombre, e hizo renacer en su corazón recuerdos que le hicieron experimentar algo muy parecido

al remordimiento, a aquel remordimiento que, desprovisto de toda esperanza, semeja a la desesperación del infierno. Gran orgullo para don Miguel, que podía conocer y apreciar en todo su valor aquellos instantes.

Después de este incidente siguieron su viaje hasta llegar al barco que los aguardaba y que se hizo a la vela con rumbo a la Romaña. Pero no continuaremos detrás de estos bribones.

---

## CAPITULO XVII

La retirada de Fieramosca y sus amigos, habiendo pasado casi inadvertida, no turbó la alegría del baile. Fanfulla, escapando de la terraza donde había encontrado a doña Elvira, con presteza y sin ser visto, corrió a depositar las prendas de su amigo, volviendo luego a confundirse entre los que bailaban, como si nada hubiese sucedido, y riendo dentro de sí de la aventura realizada con tan buen éxito, se recordaba de ganas de contarla. La hija de Gonzalo buscaba a Héctor, y no distinguiéndolo en ningún lado, no acertaba a comprender por qué razón se ocultaba ahora de ella.

Transcurrida así cerca de una hora, se vió entrar a Brancaloneo y a Iñigo, preguntando por Gonzalo. Hallábase éste en un ángulo de la sala rodeado de señores franceses. Llegándose a él, lo llamaron aparte, contándole todo lo ocurrido, y como sabían que Valentino estaba en la fortaleza y por su mandato se había cometido aquel desafuero, le rogaban les expresara qué determinación habían de tomar. Gonzalo, que lo creía capaz de tales fechorías y aun de mayores desmanes si fuera necesario, quedó pensativo un momento; después,



dijo a Iñigo y a Brancaloneo que lo siguieran, y se encaminó a su estancia. Al pasar, vió a don García y le rogó que le acompañara.

No quiso confirmar que el duque estuviera en el castillo por no quebrantar su promesa; pero reflexionando que aquel mismo día le había comunicado su propósito de partir de madrugada, le parecía muy extraño que aprovechara precisamente sus últimos momentos de estancia para realizar aquella trpelia. De todos modos, lo mejor era aclarar el hecho. Pidió luces, ciñóse la espada y echó a andar adelante por un corredor que conducía a una escalera de caracol, por la cual descendieron, abriendo dos puertecillas de hierro que cerraban la entrada. Quedaba por abrir otra puerta; se detuvo Gonzalo y ordenó en voz baja que lo aguardaran sin hacer ruido y no fueran a su encuentro si él no llamaba. Abierto el postigo, entró en la cámara del duque, encontrándola desierta, a oscuras y en completo desorden: aquí, una silla derribada; allá, una mesa; junto al lecho, caída, la lámpara y derramado el aceite. La estancia próxima también estaba vacía. Llamó entonces, y después de pasar un momento, dijo:

—Por mantener mi palabra a un granuja no quiero dejar correr el riesgo de ultrajar a un inocente. Sabed que el duque ha permanecido en esta estancia varios días; esta noche o mañana pensaba partir; no puedo deciros más, porque no lo sé. Todos estáis persuadidos de que él es capaz de cualquier villanía; bien pudiera ser también el autor

de ésta. Proceded, por lo tanto, como mejor os cuadre; seguidlo, si queréis; os dejé en plena libertad. Y vos, don Diego, prestadles todo auxilio.

Se le ocurrió a Iñigo el asomarse para ver si se distinguía aún alguna embarcación; pero no pudiendo ver nada a través de los vidrios, ni queriendo perder tiempo en abrir aquellos grandes ventanales, corrió hacia la puertecilla que salía a la plaza y que él conocía por haber recorrido toda la fortaleza; y saliendo, vió una lancha, y en su fondo a una joven a quien no conocía y que pensó pudiera ser Ginevra. Llamando a gritos a sus compañeros, todos quedaron sin saber qué pensar, viendo a aquella mujer en tal sitio y abandonada de aquel modo. Con todo el cuidado que pudieron la trasladaron al lecho del duque, que, hallado en completo desorden, arreglaron de la mejor manera. Gonzalo, compadeciendo a aquella desdichada, en cuyo aspecto se veían las huellas de una lucha, arañado el rostro, enmarañados los cabellos y algunas salpicaduras de sangre, salió presuroso pensando encomendarla al cuidado de alguna mujer; mas no queriendo propalar aún la noticia, incierto como estaba de lo sucedido, pensó confiarse a Victoria Colonna, cuya natural prudencia le era bien conocida. Subiendo a la sala de baile y encontrando a la hija de Fabricio, la condujo discretamente al lado de Ginevra, narrándole por el camino lo que había ocurrido y cuán útiles serían sus cuidados en el trance en que se hallaba la desventurada desconocida. El animoso corazón de Victoria Colonna

aceptó con solicitud y agradecimiento aquel servicio, y cuando llegó a la cabecera de la joven y fijó en ella su vista un instante, se dispuso a arreglarle el lecho, a colocar más cómodamente las almohadas, con aquel agrado e instintiva piedad de que la Providencia ha dotado particularmente a la mujer, instituyéndola en dispensadora de remedios y consuelos para los afligidos.

El estado de Ginevra era una especie de letargo, en el que le habían hecho caer tantos padecimientos; era una postración total de sus fuerzas. No se podía decir que estuviera privada de sentido, ni que fuera dueña de él: permanecía inerte; si se le movía un brazo o la cabeza, dejaba hacer y parecía que no se apercibiera. Tenía los ojos, naturalmente, abiertos; pero apagados, volviéndolos a un lado y a otro, sin ver nada. Comprendió Victoria que aquel estado, cuanto menos grave parecía mayor atención reclamaba, y como no había tiempo que perder, despidió a los hombres e hizo venir a algunas de sus doncellas, que trajeron espíritus y cordiales, con lo que reanimaron a Ginevra, cuya vida parecía a punto de extinguirse.

El primer síntoma que dió de haber recobrado sus facultades fué el de mirar con espanto a su alrededor y arrojarle impetuosamente del lecho, pretendiendo huir; pero su debilidad era tanta, que hubiera caído a tierra si los brazos de Victoria no la hubiesen sostenido y con blanda energía vuelto al lecho.

—¡Oh Dios!—dijo entonces Ginevra—. ¿Vosotros también estáis de acuerdo?... Parecéis, sin embargo, una noble dama... Sois joven y bella, y ¿no tendréis piedad de mí?

—Antes, nosotras y todos cuantos se encuentran en el castillo están a vuestro servicio y para ayudaros y defenderos—le respondió Victoria, tomándole las manos y besándolas—. Sosegaos, por amor del cielo, y no temáis por ninguno.

—Si es así—dijo Ginevra, volviéndose a arrojar del lecho—, dejadme, dejadme marchar.

Victoria, creyendo que aquel deseo de huir era ocasionado por alguna perturbación mental, viéndola tan débil y tan desfigurada, pretendió persuadirla, con cariñosas palabras, a que tuviera paciencia por algunos momentos; pero el odio a aquel lugar había llegado a ser para Ginevra una obsesión que los impedimentos exacerbaban, por lo que insistía más obstinadamente, y agregó llorando:

—¡Señora, por amor de Dios y de la Virgen Santísima, no os pido más sino que me dejéis abandonar este lecho! ¡Echadme al mar, al fútilo; pero sacadme de aquí! Pocas molestias os daré... Un sorbo de agua, que se me arden las entrañas, y haced que pueda hablar unas palabras con fray Mariano, de este convento de Santo Domingo... Pero vamos... ¡Dejadme marchar!

Y así diciendo, se alzó, no oponiéndose más Victoria en vista de su decisión, y no sin grandes esfuerzos ella y sus doncellas la condujeron ca

en brazos por una escalera, alojándola en una cámara apartada donde Gonzalo había mandado preparar un lecho; y allí, despojada de sus vestidos, dando un suspiro, dijo:

—Señora, Dios, que lo ve todo, lee en mi corazón el fervor con que le pido que os pague el bien que me habéis hecho. ¡Gracias, Virgen mía! Y a vos, señora, a la que he de agradecer el no morir desesperada, sólo os pido que hagáis venir cuanto antes a fray Mariano. Decidme qué hora es. ¿Es día, o noche? No sé en qué mundo vivo.

—Son las cinco de la madrugada—respondió Victoria—. Se mandará por fray Mariano; pero el espanto que tenéis dentro os hace temer más de lo razonable; aquietaos, procuraos algún reposo, querida joven, porque estáis en lugar bien seguro. Yo no os dejaré.

—¡No... no... no me dejéis! Si supierais qué alivio dan a mi corazón vuestros piadosos ojos cuando me miran... Sentaos aquí, en mi lecho... Ved... Yo os hago sitio... No, no temáis molestarme; al contrario; así estoy mejor...

Y quedando algunos momentos como aturdida, le acometió un escalofrío de espanto y exclamó como fuera de sí:

—¡Si supierais qué horror ser enterrada viva!... ¡Ser sepultada bajo un montón de cadáveres!... ¡Contemplar aquellos visajes de los muertos que, llenos de podredumbre, reñan!... ¡Oh Dios mío! Todavía me parece estar allí...

Y al pronunciar aquellas palabras se estrechaba

contra su protectora, que ante aquel delirio, conociendo lo inútil de las razones, la abrazaba, y con caricias pretendía quietarla.

—¡Oh señora mía!—continuaba Ginevra escondiendo la cabeza en el seno de Victoria—. No sé lo que me digo... Comprendo que digo despropósitos; pero he sido horriblemente traicionada, ultrajada, sin merecerlo. ¿Qué le había hecho yo para que me tratase así? Y la Virgen Santísima me había prometido salvarme. ¡La había rogado tan de corazón!... ¡Es verdad que no procedí bien; pero he sido más infeliz que culpable! ¡Oh, sí, mucho más infeliz! Porque lo que pasaba dentro de mi corazón no lo sabía nadie más que yo, como nadie sabe lo que he sufrido.

—Lo creo—respondió Victoria—; pero tranquilizaos y no digáis que la Virgen os haya abandonado. ¿No veis que me ha traído aquí para enjugar vuestras lágrimas y distraeros de vuestros afanes? Vedme a vuestro lado; no me separaré de aquí; y si esto os basta, estad segura de que no he de abandonaros. Pero si vuestro caso demanda otra ayuda, si se ha de castigar a quien os ha ultrajado, si hay alguna ofensa que remediar, decidlo, fiaos en mí; Fabricio Colonna es mi padre; Gonzalo, todos, en suma, se os ofrecen...

—¡Ah, señora!—interrumpió Ginevra—. Todo el mundo junto no podría proporcionarme un instante de bien ni amenguar en un punto mi mal. ¡Todo ha terminado para mí en el mundo!... Sin

embargo, os doy las gracias porque el último consuelo me lo habéis proporcionado vos; y no me llaméis ingrata si no os cuento mi desventura; pero no es posible, no se puede narrar... Y aunque no acepte vuestras ofertas... Dios os las recompense... El, que puede... Yo sólo puedo agradeceréoslo y besaros estas benditas manos que sostendrán mi cabeza en el último momento y que me cerrarán los ojos. Prometedme que no me dejaréis hasta que esté helada.

Victoria quería alejar de ella estas ideas, persuadiéndola de que su vida no estaba en peligro; pero Ginevra no la dejaba terminar.

—No, no, señora mía... Es inútil.. Yo sé lo que he pasado y cómo me encuentro. No me neguéis este bien, bendito ángel mío. ¿Verdad que no me lo negáis? Ved cómo me aprovecho de vuestro buen deseo. No podéis tacharme de orgullosa ni de ingrata... ¿Me lo prometéis?

—Sí, sí, querida, os lo prometo, si fuera necesario.

—¡Oh, ahora ya estoy tranquila! Haced que venga fray Mariano y todo habrá concluído aquí. Dadme aún un sorbo de agua, que me parece tener carbones encendidos en el corazón; y aquella luz, si pudierais quitármela de delante, que me hiere la vista... Perdonadme tantas impertinencias...; pero durarán poco tiempo.

Victoria, después de prestarle estos pequeños servicios, volvió a sentarse en el lecho, y a poco, Iñigo, que había ido a llamar a fray Mariano,

se acercó a la puerta preguntando si podía hacerle entrar.

—Entre, entre—dijo Ginevra.

Apareció en la puerta un fraile de alta estatura, cuyo semblante, pálido y recatado, quedaba medio oculto bajo la capucha. Se acercó al lecho, y dijo:

—Cristo os guarde, señora.

Todos salieron, quedando los dos solos.

La presencia de aquel religioso; sus modales llenos de aquella ardiente caridad que nace del conocimiento de la misión augusta y divina de consolar al hombre de sus miserias, indicaban a primera vista que desde algún tiempo todos los afectos e intereses mundanos yacían sepultados a sus pies.

Su historia era una especie de misterio para los habitantes de Barletta y para los mismos religiosos del convento de Santo Domingo, en el cual, sin ocupar ningún cargo dentro de la Orden, vivía rodeado de una suerte de reverencias, nacida de los ejemplos de su virtud, de su saber y de la creencia de que había sido víctima de una persecución religiosa. Se susurraba que en el siglo había sido uno de los primeros ciudadanos florentinos que abrazaron la secta llamada de los Piagnimi, de la cual era jefe fray Jerónimo Savonarola; que, arrastrado por la palabra de aquel terrible predicador, había abandonado el mundo, recibiendo de sus manos el hábito de dominico en San Marcos. A estos hechos, que todo el mundo



tenía por verdaderos, se mezclaban voces más inciertas; que por entregarse a Dios había roto lazos del corazón... Se decía que aquel cambio tan repentino había dado lugar a grandes escándalos, rencores y venganzas por parte de una mujer abandonada cuyos manejos le envolvieron en las persecuciones suscitadas por la Corte de Roma contra Savonarola, y que, muerto éste, por consejo de sus superiores y para librarle de asechanzas, vino disfrazado y con nombre supuesto al convento de Barletta, donde siguió sus años olvidado.

Estas eran las voces que corrían respecto de él; mas la maledicencia, escrutadora, había buscado en vano un resquicio prudente por donde hallar motivo para manchar su fama. Las severas doctrinas de Savonarola habían caído en su corazón como en tierra dispuesta a recibir la semilla, y ayudado de su naturaleza, pronto a sacrificarlo todo en holocausto de la verdad, había rendido fruto de caridad y de celo ardentísimo.

La hoguera en que su maestro había sido reducido a cenizas consumió, por decirlo así, todo su partido; el miedo a la venganza pontificia había hecho callar a aquellos que protestaban contra los abusos de la corte de Roma. Fray Mariano vivía tranquilo en su retiro, ya que Dios no le había hecho digno de morir por la verdad. contento por no tener que presenciar inactivamente aquellas iniquidades, contra las cuales no le era permitido levantar su voz.

Sentado junto a la cabecera de la joven, le dió su bendición, preguntándole si quería confesarse.

—¡Oh sí, padre!—respondió Ginevra—; no tengo otro deseo en el mundo; y si no hubiese sentido que me faltaban las fuerzas y la vida, no os hubiera molestado a estas horas; pero no os incomodaré mucho; por eso, no perdamos tiempo y haced que yo muera en la gracia del Señor mi Dios y de la Santa Iglesia Romana.

—La vida y la muerte están en manos de Dios—respondió fray Mariano—, y será lo que El quiera; haced por vuestra parte lo que podáis, y no dudéis que os concederá su ayuda.

Y hecha la señal de la cruz y recitadas después las preces de ritual, dijo a la mujer:

—Ahora, hablad.

Para abrir enteramente su corazón hasta en lo más íntimo le fué preciso contar desde el principio de la historia de su vida, su desgraciado matrimonio, la supuesta muerte de su marido y cómo ella había vagado errante de tierra en tierra. Su relato era interrumpido por frecuentes desvanecimientos, y resultaba algo inconexo por la dificultad y el trabajo con que su cerebro coordinaba las ideas.

—¡Padre!—dijo al fin Ginevra—: es verdad que he permanecido muchos años al lado de un hombre que no era mi marido, pero sin cometer otra culpa que la de exponerme a la tentación. Dios me libró de ella. He sido negligente en buscar a mi esposo y en lo de esclarecer si realmente había

muerto; al fin lo encontré, y en el acto tomé la resolución de volver a su lado y vine a buscarlo. Con la ayuda de la Virgen Santísima esperaba salir con bien; pero ved, ¡Dios mío!, dónde he caído.

Y aquí narró a fray Mariano cómo al llegar al pie de la escalera percibió el estrecho coloquio de Héctor y doña Elvira, y cómo, herida del dolor, cayó en el fondo de la barca para volver en sí en la cámara de Valentino. Y explicando toda la cruel situación, prorrumpió en un llanto convulsivo y desesperado, y en palabras incoherentes que mostraban bien a las claras el comienzo de su enajenación.

Conmovido hasta lo más profundo del corazón, el fraile usó de toda la prudencia que requería la importancia del caso, de todos los medios para devolverle la calma, y sólo lo consiguió en parte después de mucho tiempo, cuando la naturaleza agotada la hizo caer en un paroxismo que dejó a la infeliz más decaída y sensiblemente exhausta.

—¡Padre!—continuó Ginevra con voz débil—. ¿Es posible que Dios y que la Virgen hayan desoído mis lágrimas sin atender a mi dolor? La venganza de Dios ha caído sobre mi cabeza como un rayo, cuando yo esperaba su piedad. Muy grande ha sido el castigo de mis pecados; pero aun temo otro más tremendo: siento que muero desesperada de obtener perdón; siento que Dios ha endurecido mi corazón en estos últimos momentos. Estoy para morir y no puedo olvidar a aquel

hombre ni perdonar a éste; rogad por mí, ayudadme mientras quede un instante, habladme de esperanza.

—¿De esperanza? — interrumpió el fraile—. ¿No sabéis que Aquel que me manda a vuestro lado es el mismo que compró nuestra salvación muriendo en una cruz, que os promete misericordia y que os la promete aunque estuvierais cargada de todos los pecados del mundo? No ofendáis tanto amor desesperando de su piedad. Y ¿qué es lo que os pide para merecerla y para merecer aquella corona de gloria y de eterno gozo? Os pide que lo améis como El os ha amado; que sufráis un poco por su amor, como El ha sufrido por el vuestro; que perdonéis al que os ha injuriado, como El perdonó las heridas, los ultrajes y la muerte. Ved que os aguarda en el cielo, deseando acogeros con sus brazos, enjugad vuestras lágrimas y trocarlas en júbilo sin tasa. El enemigo, que os tenía por suya, no puede soportar que escapéis de sus manos; por todos los medios pretende volver a poseeros; intenta robaros la esperanza; pero no ha de lograrlo. Yo, ministro de Dios Eterno—y se puso en pie en actitud solemne, extendiendo sus manos sobre la cabeza de Ginevra—, os juro por su santo nombre que con un solo acto de amor podréis obtener vuestra salvación eterna, escrita en el libro de la Eternidad. La divina sangre de Jesucristo descienda sobre vuestra alma, como celeste rocío, para lavaros toda mancha e infundiros la paz,

la alegría y el dolor de haber ofendido a quien padeció por vos; El os dará valor para vencer y despreciar los asaltos del enemigo, que busca vuestra condenación.

—¡Oh padre mío!—dijo Ginevra, toda llena de unción por las palabras que acababa de oír—. Dios habla por vuestra boca. ¿Puedo aún esperar sin creerme abandonada para siempre?

—Sí, hija mía. Cuanto más duro sea el combate, más gloriosa será la victoria. Y ahora, que Dios os da gracia y tiempo para conocer vuestras culpas y su misericordia, pensad en no volver atrás, recordando lo que El mismo dice: “Más vale ignorar el camino de la justicia, que abandonarlo una vez conocido.” Quien pone manos en el arado y luego lo abandona, no es digno de piedad. ¿No podéis arrancar del corazón la imagen de aquel hombre? Ved dónde habéis puesto vuestra esperanza y de quién aguardáis la alegría y el ánimo. Ved por quién abandonasteis el amor de Dios. Por uno que no ha sabido guardar ni aun la palabra mundana que os dió; que, en un instante, se ha inclinado a otra sin preocuparse de vos. Así atiende el mundo a sus promesas, y por seguirlas, abandonamos las promesas indefectibles del Eterno. Y cuando El os muestra con su mano lo vano de nuestros deseos, ¿seríais capaz de despreciarlo y no postraros a sus pies ante este milagro de bondad? ¿No podéis perdonarla a ella? ¿En qué os ha ofendido? Primeramente, ni os conoce; luego, doncella libre,

puede escuchar sin delito sus palabras. ¡Oh, cuánto debierais, por el contrario, amarla, adivinando en ella el instrumento que ha escogido la mano de Dios en favor vuestro! Yo también soy pecador, lo fuí; fuí tan desgraciado y tan ciego que busqué en las criaturas la paz de mi espíritu. Dios me llamó; seguí su voz, primero con amargura; pero después, ¡qué dulce compensación no me ha concedido la divina bondad por aquel pequeño sacrificio! ¡Qué sosegada delicia de amor! ¡Oh, creedme a mí, hija mía, que soy hombre, más pecador que vos y he pasado por estas pruebas: todo es amargura, dudas y tinieblas fuera del amor a Dios, servirle y confiar en su misericordia!

—¡Oh sí!—dijo Ginevra, prorrumpiendo en llanto—. Habéis abierto mis ojos y me habéis convencido. Sí, perdono. Perdono con toda mi alma y quiero dar prueba de ello. Que venga, que yo la vea antes de morir y la abrace; que sean felices, como yo espero serlo con Dios en la otra vida.

Cayó de rodillas el fraile junto al lecho, y alzando al cielo los ojos y las manos, exclamó:

—*Variis et miris modis vocat nos Deus* (1). Adoremos la obra de su misericordia.

Y después de permanecer unos instantes en oración, se puso en pie, bendijo y absolvió a la joven, y dijo:

—¿Luego verdaderamente estáis resuelta a verla y a perdonarla?

---

(1) Dios nos llama por medios diversos y maravillosos.

—Sí, padre. Haced que venga. Quiero morir perdonando.

—Y Dios, os lo digo en su nombre, ya os ha perdonado. Ya sois suya. Este santo propósito es el signo de vuestra salvación.

Se disponfa el fraile a ir a buscar a doña Elvira, cuando Ginevra le llamó:

—Un favor me queda que pediros, y no podéis negármelo, si queréis que muera en paz. Cuando haya muerto, id al campo francés, buscad a mi marido, que se llama Grajano d'Asti, y que está a sueldo del duque de Nemours; decidle que en mi última hora he pedido perdón a Dios, como se lo pido a él, si lo he ofendido; decidle que, a pesar del trance en que me encuentro, mi alma, al dejar esta vida, saldrá tan pura como cuando él me recibió de manos de mi padre; que no maldiga mi memoria y mande decir una misa en sufragio de mi alma.

—¡Bendita seáis!... Estad tranquila; vuestros propósitos serán cumplidos.

—Otra merced aun he de suplicaros; no sé si hago bien o mal; pero Dios, que ve mi intención, sabe que lo digo con buen fin... Quiero que lo busquéis también a él... Me refiero a Héctor: está a las órdenes de Próspero Colonna... Decidle que rogaré por él y que lo perdono... No, no le digáis nada de perdón; no estoy segura de mi misma; pudiera ser tan sólo un sentimiento que se le asemeja... No, no... decidle únicamente que piense en su alma, que ahora comprendo en cuánto error

hemos vivido; que se acuerde de la otra vida, que ésta pasa como el humo, y se lo dice quien tiene la prueba y lo quiere... y piensa en su bien. Decidle, por último, que si Dios, como lo espero, tiene misericordia de mí y me acoge en su seno, rogaré por él para que venza en el combate, amparando el honor de las armas italianas.

Fray Mariano dió un suspiro y dijo:

—También esto lo haré.

La moribunda guardó silencio unos instantes. Luego, a su mente vino el recuerdo de Zoraida, su protegida, contra la cual había abrigado en los últimos días ciertos rencores. Suplicó al fraile que la buscara en el convento de Santa Ursula, llevándole con su último adiós un collar, que le suplicaba que llevase en recuerdo suyo, y recomendó al religioso que cuidase de aquella pobre abandonada, buscándole un honrado refugio, y, sobre todo, que procurase hacerla cristiana.

—Después de lo cual, una última caridad os pido, y seguramente accederéis a ella. Haced que me entierren en la capillita subterránea de Santa Ursula y que me amortajen con el hábito de la Orden. Me consuela el pensar que he de dormir en paz próxima a la imagen de aquella Virgen que ha escuchado mis últimas plegarias y puesto término a mis desdichas.

—Bien—dijo fray Mariano, conteniendo las lágrimas—; vuestros deseos serán cumplidos.

Diciendo esto, salió, llamando antes a Victoria Colonna, que tomó la palabra por no dejar sola



a Ginevra, a la cual comenzaba a faltar el aliento y se fatigaba al hablar.

—Una vez más, señora, os ruego busquéis a doña Elvira y haced que venga aquí. Quisiera hablarle.

Victoria, que no aguardaba esto, permaneció un momento suspensa y se dispuso a salir sin replicar. Ginevra agregó:

—Perdonadme esta incomodidad, pero no hay tiempo que perder.

Era muy cerca de las cuatro de la madrugada. El baile había terminado hacía poco, y las salas comenzaban a quedar desiertas, descendiendo los invitados las escaleras acompañados de los caballeros españoles. Gonzalo había despedido al duque de Nemours y a sus barones, que, montados a caballo, volvían al campo precedidos de antorchas.

En el patio había un bullir de gentes de a pie y de a caballo, un rumor, una gritería, que reinaba por todo el castillo. Las mujeres montaban a la grupa de los caballeros, como era costumbre en aquella época, y así, disminuyendo por instantes el bullicio y el estrépito, en poco tiempo quedó abandonado aquel lugar, por el que cruzaban solamente algunos servidores afanados en sus quehaceres. Se oyó abrir y cerrar de puertas, se vieron aparecer y desaparecer muchas luces por la galería y ventanas y, al fin, cuando el reloj dió las seis, la guardia de la puerta alzó el puente que daba sobre la plaza, y al morir el chirrido de

las cadenas que lo suspendían, sucedió un silencio no turbado durante el resto de la noche.

Entre tanto, Victoria había atravesado la sala, donde estaban apagando las luces, y se dirigía a la alcoba, a la que ya se había retirado doña Elvira, comenzando a despojarse de sus galas. Dos camareras la ayudaban en esta operación, que, a juzgar por la expresión desdeñosa de su rostro, parecía no serle muy agradable. Estaba sofocada, rojas las mejillas, y con un aspecto muy distinto al de haber quedado satisfecha por los agasajos celebrados en su honor. Cuando vió entrar a Victoria, un íntimo instinto, producto acaso de un oculto remordimiento, hizo surgir en ella la idea de que su amiga viniera a hablarle en un tono que, en aquel momento, se hallaba poco dispuesta a soportar. Esta idea dió ocasión a que la recibiera con un gesto de sorpresa, que disimulaba mal su impaciencia. Victoria lo comprendió; pero no dándose por enterada, le dijo con la mayor dulzura que le suplicaba retardara el acostarse unos momentos y viniera al lado de Ginevra, que la reclamaba. Debíó, por lo tanto, explicarle cómo había sucedido el caso; y la hija de Gonzalo, que, como todas las cabezas ligeras, tenía en el fondo un gran corazón, fué solícitamente, tanto más cuanto que la cosa tomaba mejor camino de lo que ella esperaba.

Llegadas a la cámara de Ginevra, se acercaron al lecho; la belleza de doña Elvira no tenía tanto esplendor, acostada y con los cabellos afectada-

mente recogidos, como ahora, en aquel desorden que dejaba ondear libres sobre el cuello y espalda sus larguísimas hebras de oro. Fray Mariano bajó los ojos, y la pobre Ginevra, al mirarla, sintió un estremecimiento interior, lanzando un suspiro que disculpó, lleno de compasión, el buen religioso. Las tres mujeres permanecieron mudas durante algunos instantes, tras los cuales, incorporándose Ginevra, dijo:

—¡Señora..., os extrañará que yo haya tenido la audacia de molestaros no conociéndoos ni siendo conocida de vos. Pero a quien se encuentra en esta situación, se le perdona todo. Antes de hablaros más claramente quiero pedir os licencia: ¿podré hablaros con libertad? Cualquiera que sea vuestra respuesta, muy pronto será sepultada conmigo; pero ¿queréis responderme delante de esta dama, o preferís que quedemos solas?

—¡Oh!—dijo doña Elvira—. Esta es mi más querída amiga, y me ama mucho más de lo que yo merezco. Decid, pues, querida señora, que estoy pronta a escucharos.

—Siendo así, y ya me dais licencia, he aquí la sola pregunta que quiero hacer os.

Pero en este punto, como para recobrar fuerzas y buscar las frases, pues no sabía cómo comenzar, se detuvo un momento. El impulso de perdonar a aquella que le ocasionara tan desesperado dolor, había quedado en suspenso; pero ¿quién culparía a esta desdichada porque en el punto de adquirir la seguridad de que sus ojos no la en-

gañaban, y de que el joven visto a los pies de doña Elvira era realmente Héctor, sintiera una invencible repugnancia a comprobar esta certeza? ¿Quién tendría corazón para condenarlo si aun abrigaba una indefinida esperanza, de haberse equivocado y de asegurarse de que Héctor seguía siendo el mismo de siempre?

Sea como sea, debemos decir que estos sentimientos no se habían extinguido enteramente y que de ellos nació la breve duda que se produjo en aquellos momentos de silencio. Sin embargo, al fin, dijo resueltamente y con voz clara:

—Decidme, pues, y perdonadme si aventuro esta pregunta: ¿No érais vos quien estaba en la galería que cae sobre el mar, a eso de las tres, y no se mantenía arrodillado a vuestros pies Héctor Fieramosca?

Esta pregunta, tan inesperada como directa, sobrecogió a las dos jóvenes, a cada una por diversos sentidos. El rostro de doña Elvira se tornó rojo, permaneciendo sin poder coordinar palabra. Ginevra, que la miraba fijamente, comprendió todo; sintió helársele la sangre, y continuó con voz entrecortada:

—Señora... Es demasiada audacia, lo comprendo; pero ved que muero y que os ruego, por el perdón que todos aguardamos en la otra vida, que no me neguéis esta gracia. Respondedme: ¿Erais vos?... ¿Era él?...

Doña Elvira creía soñar. Volvió sus ojos tímidos a Victoria, la cual, leyendo en ellos que temía

su severidad, y comprendiendo que no era aquel el momento de mostrarla, la abrazó, y sin proferir palabra, la tranquilizaba. Ginevra se sentía morir en la duda: extendió los brazos temblorosos, y con una voz que era un grito desesperado, replicó:

—¡Decid!

Doña Elvira se estrechó, aterrada, contra su amiga, bajó los ojos y respondió:

—Sí, éramos nosotros.

El rostro de la infelicísima Ginevra se demudó como si en un instante se hubiese demacrado. Poco a poco se incorporó en el lecho, tomó las manos de doña Elvira, la hizo aproximarse, la echó sus brazos al cuello, y le dijo:

—Siendo así, que Dios os bendiga y os haga felices.

Pero esta última palabra fué apenas percibida, y acaso, antes de ser articulada enteramente, ya su alma recibía en el cielo el premio de la victoria más difícil que pueda alcanzar una mujer sobre sí misma, del perdón más magnánimo que pueda conceder el corazón humano. Sus brazos, cruzados al cuello de la hija de Gonzalo, se desligaron privados de fuerza, y su cuerpo cayó inerte sobre el lecho. Su rostro adquirió en un instante el aspecto y el color de la muerte. Las dos damas, observándolo, lanzaron un grito; el fraile permaneció por algunos momentos sin aliento; al fin dijo, cruzando las manos:

—El cielo se refleja en su semblante.

Después se arrodillaron, orando por el reposo de aquella alma que tanto lo necesitaba y que tanto lo merecía

Cruzaron sus manos sobre el pecho, y fra Mariano puso en ellas el rosario que llevaba a su cintura. Luego, colocando en el suelo una luz, dijo:

—Descanse en paz.

Y en el fondo de su corazón, ora rogando por ella, ora demandando su intercesión como a una alma que le parecía arribar a puerto de salvación, condujo a las jóvenes fuera de aquel lugar funesto, y vuelto al lado de la difunta, se puso en oración hasta que se hizo de día.

.....

Una de las miras principales de Gonzalo, al acordar su consentimiento para los lances en que debían combatir españoles y franceses e italianos, había sido la de ganar tiempo para que pudiesen llegarle los refuerzos que por mar aguardaba de España, privados de los cuales, viendo sus fuerzas muy inferiores a las del ejército enemigo, le había convenido encerrarse en Barletta sin intentar operación ninguna de importancia. En el transcurso del día en que tuvo de huéspedes a los caballeros franceses, le había llegado una carta anunciándole estar próximo el arribo de las naves repletas de hombres; los cuales, dobladas ya las puntas de Reggio, tardarían poco en dar vista a Barletta. Comprendiendo que no le convenía prolongar por más tiempo aquella situación

y que no era necesario mantener la tensión de su gente, puesto que la sola llegada de los refuerzos bastaría para levantar el ánimo, se las compuso de manera que, hablando de los lances con el duque de Nemours y con otros caballeros franceses, los persuadió de que debían realizarse lo más pronto posible. Así se decidió que los españoles combatieran al día siguiente del baile en una extensión a lo largo de la costa, a media milla de la puerta de Bari, y los italianos dos días después, en un terreno que ya habían reconocido Brancaleone y Próspero Colonna, estimándole a propósito y que estaba próximo a Quarato, a mitad del camino entre Barletta y el campamento francés.

Los caballeros de ambas partes, notificados de esta decisión por su jefe, se dispusieron a preparar todo lo conveniente; los franceses que debían combatir dejaron el baile, tornando al campamento antes que los otros para tener tiempo de ordenar cuanto necesitaban para la lucha; los españoles, por su parte, marcharon a su alojamiento con el mismo objeto y para descansar algunas horas. A Iñigo y a Brancaleone les fué dada la noticia cuando, estando ya Ginevra alojada en la estancia de donde no había de salir viva, habían ido a buscar al fraile. El primero, que era uno de los combatientes, para poner en orden sus cosas, dejó a Brancaleone el encargo de volver a ver a Fieramosca y ayudarlo en su desventura. Se estrecharon las manos, y al separarse, dijo Iñigo:

—¡Cómo ha de combatir pasado mañana, si esta noche no se podía tener en pie!

Brancaleone, por única respuesta, movió la cabeza, mordiéndose el labio y mostrando en su gesto que comprendía toda la realidad de aquella observación. Salió de allí, y yendo al puerto, embarcó, deseando llegar cuanto antes al monasterio para comunicar a Fieramosca el resultado de sus trabajos.

Antes de que narremos en qué estado se encontraba su amigo, dejado en tan mal trance, debemos relatar el encuentro de los españoles.

Cuando los dos bandos, compuestos cada uno de once hombres, se hallaron en el campo, hacía una hora que había salido el sol. Entre los españoles Iñigo, Acevedo, Correa, el viejo Sagredo y García de Paredes eran los más renombrados; los otros, aunque menos conocidos, eran buenos jinetes y gente aguerrida. Pedro Navarro había sido nombrado padrino.

Por la parte francesa, este encargo se había confiado a monseñor de la Palisse, que entre sus hombres tenía a Bayardo, honra de los guerreros de su época.

El encuentro se mantuvo durante mucho tiempo con igual fortuna de una y otra parte; al fin a Sagredo, de un tajo, le cortaron las bridas, por lo que el duelo se consideraba como una derrota y aquel a quien tal cosa sucedía, debía entregarse prisionero. Viendo el buen Sagredo que su caballo estaba para traspasar los límites, seña



lados por una línea de pedruscos, se echó a tierra, y fuera por la dificultad del caso, o fuera porque los años le habían robado su agilidad, cayó de rodillas. Aun pudo defenderse valientemente de dos enemigos que se le vinieron encima galopando; pero se le rompió la espada, y no teniendo otra arma, y siéndole imposible refugiarse entre los suyos, que se encontraban muy distantes, debió rendirse abandonando la palestra. El lance había ocurrido tan honrosamente, que todos lo elogiaron, compadeciendo su desgracia. Después de este accidente, continuando el combate, pareció que la fortuna se inclinaba del lado de los españoles. A muchos franceses les habían matado los caballos, y debemos advertir a los lectores que, a pesar de las antiguas leyes de caballería, en esta clase de encuentros se estipulaban de antemano el poderlos herir para que el combate tuviese más semejanza con la realidad de la guerra. Rara vez se establecía este acuerdo, encaminado a mostrar la mayor pericia de los combatientes. Tras de dos horas de lucha, los padrinos hicieron sonar las trompas, acordando un descanso.

Los españoles permanecían todos a caballo, y de sus hombres sólo Sagredo había quedado fuera de combate. Entre los franceses uno sólo se había rendido prisionero; y aunque en este punto estaban iguales, en el campo yacían seis de sus caballos.

Bayardo se mantenía aún en su silla. Tras de

una media hora de reposo, se emprendió de nuevo el combate, y a pesar de los esfuerzos de los españoles, los franceses permanecían atrincheros, podemos decir, tras de los cuerpos de los caballos, sobre los cuales los de sus adversarios, aunque acuchillados a espolazos, no quisieron pasar. Así, tras de muchos afanes y manejos inútiles, los franceses propusieron poner fin a la lucha, declarándola igualmente honrosa para los dos bandos.

---

## CAPITULO XVIII

La obstinada resistencia de los franceses y la dificultad de vencerlos del todo, resguardados como estaban tras de los cadáveres de sus caballos, decidió a la mayor parte de los españoles a aceptar la propuesta. El único que no se resignaba era Diego García; increpaba, airado, a sus compañeros, diciéndoles que era una vergüenza retirarse delante de hombres medio vencidos, debiendo terminar la empresa con la demostración de que los españoles, a pie y a caballo, valían más que ellos. Y no pudiéndose emplear más armas que la espada, con la cual no lograban alcanzar su propósito, se inclinaba en tierra, enfurecido y levantando los pedruscos que fijaban los límites del campo, y que un hombre de fuerza ordinaria no hubiera podido mover, los lanzaba en medio del escuadrón enemigo. Pero no era difícil esquivar el golpe, y ni aun así logró rendirlos. No obstante, se reanudó la refriega, durando hasta que el sol caía en el ocaso, manteniéndose los franceses bravísimamente en su defensa, tanto, que las dos partes convinieron en dar por terminada la lucha, decretando los jueces igualmente honro-

sa la jornada para ambas partes y dando a los españoles el dictado de más valientes y el de constantes a los franceses. Los prisioneros fueron canjeados, y todos, rendidos, fatigados, jadeantes, tomaron el camino, los unos para su campamento, y los otros, para la ciudad.

Cuando entraron los españoles era casi de noche. Descabalgaron en el castillo, y presentándose a Gonzalo, narraron los incidentes de la jornada. El capitán, grandemente enojado, les gritó, reprochándoles que habiendo comenzado tan bien no hubiesen sabido terminar. En esta ocasión se mostró claramente toda la nobleza de Diego García; él, que en el campo había recriminado con duras palabras a sus compañeros que abandonaban la lucha sin rematarla, ahora, en presencia de Gonzalo, tomó ardientemente la defensa de todos, diciendo haber cumplido cada uno como hombre de valor, conduciendo a su término los fines de la empresa, que no era otra que la de hacer confesar a los franceses valer los españoles tanto como ellos. Pero Gonzalo, no queriendo aceptar esta excusa, cortándole la palabra, les dijo:

—Por mejores os envié yo al campo (1).

Y los despidió.

Volvamos a coger el hilo, relatando cuanto acaeció la noche antes a Brancaleone, después de haber dejado a Iñigo para ir en busca de Héctor.

---

(1) En español en el original.

Cuando arribó a la isla de Santa Ursula, la premura de llegar que experimentara durante el trayecto se sosegó recapacitando de qué modo debería anunciar a Héctor el caso de Ginevra y el estado en que la dejara. Subió lentamente la escalerilla que conducía a la explanada del convento, y ordenando sus ideas llegó a la hospedería; pero el discurso que había preparado se le quedó en el buche. Al entrar en la cámara vió a Zoraida sentada a la cabecera del lecho y que le hacía señas de ir con tiento. Fieramosca dormía profundamente. Retiróse Brancalone de puntillas, mientras la joven, alzándose, después de comprobar el reposo de Héctor, salió, dirigiéndose ambos a una alcoba contigua.

—Todo va bien—dijo Zoraida—; mañana, Héctor estará como si nada le hubiese ocurrido. Pero ¿y Ginevra? ¿Dónde está? ¿Habéis dado con ella?

A Brancalone le volvió el alma al cuerpo escuchando las noticias de Fieramosca, y contestó:

—Ginevra está ahora en el castillo, en buenas manos, y muy pronto la podréis ver. Pero decidme, ¿Héctor está realmente curado? ¿Podrá combatir de aquí a dos días?

—Podrá combatir.

Una misteriosa expresión que acompañaba las palabras de Zoraida picó la curiosidad de Brancalone, deseando saber más minuciosamente qué clase de dolencia era la de su amigo. Supo tan sólo que había sido herido, pero ligeramente, en el cuello. Zoraida se guardó de mentar el veneno,

y no convenciéndole la expresión de la joven, siguió interrogándola, pero no pudo sacarle palabra del cuerpo.

—Hay una fábula en Oriente—dijo Zoraica con una sonrisa enigmática—que refiere cómo a un león del desierto le salvó la vida un ratón. No puedo decir más; básteos saber que de aquí a pocas horas, los brazos de Héctor tendrán la fuerza de un toro salvaje. Mañana se despertará a tiempo de poder disponer cuanto necesite. Yo me vuelvo a su lado para atenderle; fiad en mí: soy maestra en el arte de curar heridas, y he logrado sanar otras más peligrosas.

Brancaleone, en vista de que nada tenía que hacer al lado del herido, encargó a Zoraica que cuando Héctor se despertase lo tranquilizara con respecto a Ginevra, le anunciase que de allí a dos días iba a celebrarse el combate y que él volvería a verle a mediodía, si a aquella hora no hubiese comparecido en la ciudad. Puestos de acuerdo, Brancaleone volvió a Barletta, y antes de ir a su casa, pasó por el castillo para adquirir noticias de Ginevra. Pero encontró cerrada la puerta y echado el puente, por lo cual decidió esperar a la mañana para aclarar sus dudas.

Apenas se hizo de día, corrió allí y encontró que habían salido entonces los once guerreros españoles para dirigirse al campo, por lo cual era poquísima la gente que quedaba en la fortaleza.

Subió la escalera sin hallar de quién informarse; vino hasta la puerta donde por la noche

había dejado a Ginevra y llamó. Fray Mariano, que había pasado allí la noche, abrió, y conduciéndole a una habitación inmediata, le contó lo sucedido.

Mostróse Brancaleone tanto más afligido y preocupado por esta triste nueva, cuanto que veía caer tan grande desventura sobre su amigo en el momento en que menos dispuesto se sentiría a sobrellevarla, y cuando la proximidad de la lucha requería en él mayor fortaleza, temía que, agobiado bajo el peso del dolor, se mostrase inferior a sí mismo en una prueba tan difícil y decisiva. Pensando en remediar esta situación, convino con el religioso en tener oculta la muerte de Ginevra todo aquel día y en hacerla conducir al siguiente a la capilla del monasterio, como ella lo deseaba, mientras Héctor combatía al lado de sus compañeros. No juzgaron difícil guardar el secreto por aquel día, durante el cual la fortaleza estaba casi desierta, y decidieron revelárselo únicamente a Gonzalo, con objeto de que facilitase los medios necesarios para trasladar el cuerpo y celebrar las exequias con algo de decoro.

En cuanto a Fieramosca, al cual había que dar alguna explicación, acordaron que Brancaleone le dijese que Ginevra estaba bien, y no pudiendo recibirlo aquel día, le mandaba decir que se acordara de que le habían encomendado la defensa del honor italiano; que combatiera con todo el esfuerzo que merecía una tal empresa, mientras ella rezaría por él y por sus compañeros. Todo

esto se podía decir sin escarnio y con el propósito de reconfortarlo y que pudiera entrar briosamente en la batalla.

Tomando este partido en un asunto de tanta importancia, salió Brancaleone, encaminándose a la casa de los hermanos Colonna, a los que encontró en el patio en unión de los combatientes que examinaban atentamente las armas, los caparazones, los caballos, con objeto de que al día siguiente se encontrara todo a punto y no hubiese parte de un arnés que no se hubiese puesto a prueba.

Brancaleone, que había tenido noticias de aquella reunión, había enviado a sus escuderos y a los de Fieramosca con caballos y armas; pero los arnos faltaban, y a las preguntas de todos, respondían diciendo que no los habían visto y que nada sabían. Próspero Colonna escuchó estas noticias con un asombro que se mudó muy pronto en cólera; así pues, cuando compareció Brancaleone, le interrogó con severidad:

—¿Dónde está Fieramosca, que no ha acudido?

—Excelencia—respondió Brancaleone—, comparecerá aquí al momento. Su retraso no es voluntario. Un caso imprevisto y de importancia.

—¿Puede haber algo de mayor importancia que la acción de mañana? Nunca hubiera creído que se pudiera tener otro pensamiento.

Fanfulla, que, recordando el caso de la noche anterior, quería desviar la conversación, encami-



nándola a un terreno que le permitiera hablar, dijo riendo:

—¡Pchs!... Habrá bailado demasiado esta noche, o acaso haya encontrado un nuevo clavo para sacar el viejo; y si es así, resulta muy molesto el madrugar.

—¡Habrá encontrado el cáncer que Dios te dé!—respondió Brancaloneo—. ¿Crees que todos son como tú? Os repito, excelencia, y no lo dudéis, porque os lo digo por mi honor, que dentro de un instante estará aquí; y si no, yo mismo iré a buscarlo.

Pensando que este camino sería el más seguro—pues aunque se fiaba de Zoraida, temía que algún nuevo obstáculo pudiera impedirlo—, se dirigió al puerto para marchar de nuevo a la isla. Ya embarcado, en el momento de zarpar, llegaba al muelle una lancha, en la cual, lleno de alegría, percibió a Héctor, quien viéndole, vino a él, y saltando a tierra, le preguntó:

—¿Dónde está Ginevra? ¿Está enferma? ¿Qué le ha ocurrido? Vamos, vamos inmediatamente a buscarla.

—Donde vamos es a casa de Colonna. Tú eres el único que falta. Ginevra está bien y podrás verla luego.

—Sí, sí; pero vamos a verla.

—Pero ¿no te ha dicho Zoraida que mañana es el encuentro?

—Combatiremos; pero ahora, en nombre de Dios, condúceme al lado de Ginevra.

—Ni puedes verla ahora, ni la verás en todo el día.

—Pues yo te digo...

—Si no me dejas hablar, no acabaremos nunca... Debes saber—y todo esto te lo digo por encargo suyo, no porque yo la haya visto—que está bien, que Victoria Colonna la ha recibido, prestándole todos los cuidados que requería; que nada le falta y que te ruega no intentes verla ni acariciar ningún pensamiento que pueda llevar la inquietud a tu ánimo, pues mañana deberás combatir, y te recuerda que el honor de Italia está en juego, no debiendo olvidar lo que tantas veces habéis hablado sobre este propósito. Ella pedirá a Dios por nuestra victoria.

—¿Y por qué no he de poder verla? ¿Qué misterio hay aquí?

—No hay misterio ninguno... Yo no sabía decirte ayer todo lo ocurrido en medio de la confusa precipitación. Basta por ahora el saber que está en salvo; lo demás lo sabremos después del combate. Ahora no es tiempo de pensar en estas cosas. Anda, Próspero y los compañeros aguardan y han preguntado por ti, maravillados de tu proceder. ¡Vamos, ánimo!... ¡Siempre has sido un hombre, y es una villanía que echés por tierra y que pisotees el nombre y el honor de gran soldado que siempre has tenido!...

—Sí, ¡vamos!—respondió Fieramosca colérico—. No necesito tanto acicate. Sólo quería verla, y no creo que por esto se fuera a desquiciar el mundo.

—No se desquicia nada; pero ¿no comprendes que están todos allí hace más de una hora haciendo pruebas y sólo tú faltas? ¿Qué van a pensar?

—Ea, pues—dijo Fieramosca apretando el paso, pues todo el diálogo anterior lo habían sostenido marchando lentamente y queriendo ir, el uno, hacia la fortaleza, y el otro, conducirlo hasta casa de Colonna—. Vamos, que no hay nada perdido; el deber ante todo.

Y mientras caminaban, Branca'leone le preguntó:

—Y a todo esto, ¿qué tal te encuentras? ¿Y la herida?

—No fué nada... Luego te diré, porque ahora no tenemos tiempo. Cuánta brujería... Y esa pobre Zoraida... Ella no ha querido decirme nada; pero yo me di cuenta perfectamente de mi mal: el puñal debía de estar envenenado. No quisiera que me hubiese chupado la herida... De todos modos, ella me ha devuelto la vida... Y aseguraré que ése ha sido el recurso; pero yo estaba tan fuera de mí, que ni pude distinguir nada ni podría asegurar ahora mismo si todo ello no había sido más que un sueño.

—Pero ¿te encuentras bien?

—Como si jamás hubiese estado malo.

Y así diciendo, entraban en el patio, presentándose a Próspero Colonna que, tras de breves frases a propósito de la tardanza de Fieramosca, continuó la tarea en que estaba ocupado.

La minuciosa atención que puso Próspero en aquella revista la hizo prolongar durante algunas horas. Los caballos fueron probados, probados los arneses a bote de lanza y a golpe de hacha y de espada; del tajo de las armas ofensivas se hicieron pruebas sobre madera y sobre hierro, dejando a un lado las menos perfectas. Hacia el mediodía, tornado cada cual a su alojamiento, Héctor fué retenido con el pretexto de establecer algunas particularidades; pero, en realidad, con el propósito de no dejarlo solo. Brancaleone había llevado aparte a Próspero, poniéndole en antecedentes de todo y rogándole hiciese de manera que Fieramosca continuara ocupado durante el resto del día. Al llegar la noche, cuando ya no había pretexto razonable para retenerlo, se le dejó marchar, y Brancaleone, acompañándolo a su casa, suscitó discusión sobre la carrera de las armas y sobre la manera como se debían conducir al día siguiente con los enemigos; y tanta atención logró despertar en Héctor, que su fantasía no pudo caminar hacia donde su corazón le llamaba. Al cruzar la plaza, volvía el escuadrón de campeones españoles y, acercándose a ellos, preguntaron noticias de la jornada.

De este modo fueron matando el tiempo, hasta que, muy entrada la noche, se retiraron a su casa.

—Tienen los huesos duros estos endiablados franceses—dijo Héctor separándose de su amigo—; es un bocado duro de roer.

—Tanto mejor—contestó Brancaleone—; ten-

dremos que habémoslas con hombres. No en balde militamos bajo la bandera de Colonna. Por mi parte, mañana espero trabajar como dos. Figúrate lo que dirían esos bribones de los Orsini si llegaran a saber que nos han vencido. ¡Cómo reiría ese poltrón del conde de Pitigliano!... Pero, por esta vez, me parece que no se sale con su gusto.

—¡Oh no!—respondió Fieramosca—, y bien puede ser que a alguno de estos franceses les haga daño el haber querido catar los hijos de Puglia. En fin, pensemos en descansar las pocas horas que nos quedan y en demostrar mañana que, si los míseros italianos son siempre asesinados, es porque el maldito destino así lo quiere; pero que, por lo demás, hombre a hombre, no los tememos ni a ellos ni al mundo entero. Adiós, Brancaleone. Sé lo que quiere decir no tener miedo; hasta mañana a la noche no pensaré en otra cosa que en lo que se ha de hacer, y te juro que ahora mismo me hierve la sangre aún más que el día en que entregamos el cartel. Espero que ni Italia ni vosotros tendréis que avergonzaros.

—De eso estoy más que seguro—respondió Brancaleone—. Hasta mañana.

—Hasta mañana—respondió Fieramosca estrechándole la mano.

Y se separaron.

Antes de subir a sus habitaciones quiso Fieramosca echar una ojeada por la cuadra, y entrando en ella se puso a acariciar a su hermoso caballo de guerra, con aquel afecto, y pudiéramos

decir con aquella amistad que siente todo soldado por su compañero de fatiga y de peligros. Le pasaba la mano por el cuello y por el lomo, golpeándole ligeramente, y el caballo, echando hacia atrás las orejas, movía la cabeza, y jugando hacía como si quisiera morder a su amo.

—¡Pobre “Airón” mío! Come y regodéate cuanto puedas, que quién sabe dónde dormiremos mañana... Para cualquier otro lance llevaría a “Bocanegra” y no arriesgaría tu pellejo; pero mañana necesito tenerte debajo, porque estoy seguro que no darás un paso en falso.

Y después, sonriendo y cogiéndole el belfo entre las manos, agregaba:

—Tú también eres italiano y debes llevar tu cruz.

Viendo que todo estaba en orden, dijo a Masuccio, su escudero:

—A las cuatro le das de beber, y después, toda la cebada que quiera. A las cinco subes para vestirme.

Dadas estas órdenes, salió, y a los pocos minutos, habiendo apagado la luz, se hallaba en el lecho con el firme propósito de dormir. Al principio creyó que podía coger el sueño; pero a poco comenzó a ir de un pensamiento en otro y a dar vueltas en la cama, sin que le fuera posible cerrar los ojos un momento. Todo lo acontecido a Ginevra, acallado por las noticias que le diera Brancaleone, se le mostró de nuevo lleno de sombra y de sospechas; mil temores inciertos se atropella-

ron en su corazón. “¿Qué será—pensaba—todo este misterio que no podré aclarar hasta mañana? ¿Me habrá engañado Brancaloneo?” Hubo un instante en que llegó a renegar del duelo; mas aquel pensamiento fué rechazado con desprecio antes de tomar forma.

—¡Qué vergüenza, qué vergüenza!—dijo sentándose en el lecho—. ¿Cómo puede caber en mi ánimo tanta vileza? ¿No soy yo ya el mismo? ¿Qué diría Ginevra si presenciara mi torpe mudanza y tanta frialdad ante los hechos que en un tiempo, sólo al pensarlo, hacía correr el fuego por mis venas?

Estas reflexiones de tal modo le irritaron consigo mismo, que se levantó enfurecido, y vistiéndose, pues no podía dormir, salió a la terraza, sentándose, como solía hacerlo, bajo la palmera, dispuesto a aguardar allí el alba, que no estaba lejana. La luna, pálida y en menguante, se reflejaba apenas sobre el mar. Distante a unos quinientos pasos a la izquierda surgía la fortaleza, que a aquella hora, esfumados los contornos, aparecía como una masa oscura, recortándose tan sólo sobre el cielo las altas almenas. Héctor miraba, suspirando, aquellos muros, pensando en la que estaba allí encerrada, y de cuando en cuando parecía escuchar como un lejano y alterado murmullo de salmodias; pero estaba tan distante, que dudaba. En una ventana que por estar en el flanco del castillo no podía ser sino de escorzo había una luz que no se apagó en

toda la noche. Hubiera dado su sangre por no ver más aquella luz, y apartaba sus ojos, diciendo: "Es una locura atormentarme con estas fantasías." Pero no podía menos de volver los ojos, y aquella luz continuaba luciendo. Con esa especie de mala fe que frecuentemente emplea el hombre consigo mismo cuando se halla hostigado por una duda importuna, trató obstinadamente de persuadirse de algo que en lo íntimo de su corazón no creía, esto es, que Ginevra estaba sana y salva, que no le había ocurrido daño alguno y que todo el misterio que ocultaba aquel asunto era una idea suya, una vana imaginación. Y si, para engañarse a sí mismo prolongaba este esfuerzo, lo hacía convencido de que, para poder llevar todos sus pensamientos y todas sus ideas y todas las potencias de su alma al próximo combate, le era indispensable adquirir, si no la certidumbre, al menos la probabilidad de que todo aquello que imaginaba era una pura fantasía.

"¡Oh, sí, sí!—decía moviendo la cabeza y pasándose la mano por la frente y por los cabellos como para disipar sus pensamientos—. Primeramente hagamos honor... Y acaso mañana a estas horas habré podido decirle: *Ginevra, hemos vencido.*"

Después, parándose un momento a reflexionar:

"O bien, me habrá visto entrar en Barletta, depositado en un ataúd, y habrá dicho: "¡Pobre Héctor! Ha hecho cuanto ha podido..." ¿Y si esto sucediera?... Yo habría muerto como un hombre



honrado, y ella lloraría mi muerte, siempre preferible a la vida a costa del envilecimiento. Así podrá enorgullecerse al decir: "Éramos amigos de la infancia." Sí, pero en tanto permanecerá aquí sola, sin protección; ni siquiera sabe que su marido está en el campo francés; y aunque lo supiera, ¿cómo presentarse a él después de tanto tiempo?"

Héctor había formado, y en parte puesto en práctica, el designio de confiarla a Brancaleone; pero reflexionando que también éste podía morir con él, se resolvió a escribir una carta a Próspero Colonna, disponiendo en ella que su poca hacienda de Capua, esto es, su casa y una quinta, así como sus caballos y arneses, que valían muchos miles de ducados, todos pasaran a ser propiedad de María Ginevra Rossi de Monreale. Volvió a encender la luz, y en poco tiempo estuvo escrita la carta. Entonces pensó en incluir otra para Ginevra como despedida y para recomendarle a la joven sarracena, a la que por tantas razones tenía que estar agradecido; y como ya cantaban los gallos y se percibía en la cuadra el ruido de los criados, que comenzaban a levantarse, viendo que disponía de muy poco tiempo, escribió solamente estas líneas:

"Ginevra: Voy ahora mismo a montar a caballo, y no se si esta tarde bajaré de él vivo. Si el cielo ha dispuesto otra cosa de mí, no dudo un momento que, después de haber dedicado algunas

lágrimas a quien desde la niñez fué tu amigo sincero y tu esclavo, te alegrarás de que yo haya tenido una muerte como no puede imaginarse otra, ni más gloriosa ni más bella. Te ruego que, por amor mío, aceptes estos pobres recuerdos; sabes que soy libre y que no tengo parientes cercanos. Sólo te recomiendo—y no necesito insistir en ello—a mi criado Masuccio que, desde el día en que en Ofanto recibió una herida en el hombro, no se puede valer, y correría el riesgo, si tú no lo socorrieras, de tener que mendigar por Dios, lo que haría poco honor a mi memoria. Una última cosa tengo que decirte: tu marido está a sueldo del duque de Nemours. No tengo tiempo para más; oigo que en casa de Colonna van a dar la señal. Que Dios te guarde. Te recomiendo también a Zoraida.

*Héctor."*

En efecto: se oía al trompeta que, según costumbre, disponiéndose a tocar la diana, embocaba el instrumento, dando algunas notas sueltas. De la planta llegaba como un zumbido y un rumor sordo: voces indistintas y el caminar de hombres y caballos, indicando que la mayor parte de aquéllos, que debían ser actores o espectadores de la lucha, se ponían ya en movimiento. El cielo, sin embargo, no daba aún señales de alboreo; una niebla calina ocultaba las estrellas, condensando la atmósfera.

Héctor, que estaba cerrando las cartas, sentado

próximo a la ventana, miró hacia fuera, donde los rayos de la luz con que se alumbraba divergían, iluminando el trozo de niebla que alcanzaban. El aspecto desagradable del tiempo, hallándolo ya propenso a la melancolía, la aumentó. Los murciélagos, que atravesaban con vuelo trémulo y veloz ante la ventana, atraídos por el resplandor; los centinelas, firmes en las guardias del castillo, que, acercándose la hora del relevo, se llamaban con un grito lúgubre, todo, en suma, acrecentaba la tristeza de aquella hora, y el apesadumbrado joven permaneció abrumado un momento; pero el rumor de fuertes pisadas que llegaban de la escalera le hizo levantar la cabeza y componer el gesto para disimular su verdadero estado. Apareció Brancaleone, vestido de todas sus armas; tras de él venía Masuccio, trayendo el arnés de Fieramosca. La campana de Santo Domingo llamaba a la misa que debían oír todos los combatientes antes de partir para el campo.

—Armame, Héctor, que dentro de un instante estarán todos en la iglesia—dijo Brancaleone.

Y ayudado de Masuccio, en pocos momentos cubrieron el cuerpo de su amigo con la perfecta y reluciente armadura que reservaba para las grandes ocasiones. Construída por uno de los mejores artifices de Milán, se adaptaba tan bien a los miembros del caballero, y sus articulaciones estaban tan admirablemente ajustadas, que seguía los contornos del cuerpo sin alterar su gracia,

dejando al mismo tiempo sueltos y libres todos sus movimientos.

Terminado de armarse, y suspendidas, a la izquierda la espada y la daga a la derecha, salieron juntos, haciéndose llevar por los criados lanza, yelmo y escudo, así como los corceles, que eran conducidos de la brida. En esta guisa llegaron a Santo Domingo, donde a los pocos momentos, rodeados del pueblo, se hallaron reunidos los trece campeones y Próspero Colonna.

La iglesia tenía la forma rectangular, dividida en tres naves separadas por columnas y arcadas de un gótico primitivo. Hacia el altar mayor, dos alas laterales formaban una cruz con el cuerpo principal del edificio. El coro, según la antigua costumbre, situado delante del altar mayor, era de madera, dividido en escaños tallados, los cuales, con el tiempo, habían tomado una pátina oscura y reluciente. En el centro se había dispuesto un banco suficiente para trece personas, donde se colocaron los trece caballeros italianos. La luz naciente de la mañana no era aún bastante para penetrar a través de las vidrieras, que cerraban los puntiagudos ventanales. Todo el interior de la iglesia permanecía envuelto en una densa penumbra, y la luz rojiza de los pocos cirios que estaban en el altar se reflejaba temblorosa en las corazas de los guerreros, dejando las demás figuras casi invisibles. Próspero Colonna, también de punta en blanco, que estaba más destacado hacia el altar mayor, tenía a sus pies, para arrodillarse,

un rico cojín de velludo rojo con la columna bordada en plata, asistido por dos pajes, que se mantenían rígidos a su espalda. Comenzó la misa, que decía fray Mariano, y el corazón de aquellos espectadores, capaces de sentimientos altos y generosos, no debió permanecer indiferente a la vista de aquellos valerosos y esforzados jóvenes que inclinaban delante del Dios de los ejércitos sus frentes surcadas por el hierro y por las fatigas, pidiéndole concediera a sus espadas la victoria sobre aquellos que pretendían hundir en el fango el nombre de Italia.

En sus movimientos, a los cuales el frecuente uso de las armas imprimía hasta en la oración un cierto aire de bravura, se reflejaba el sentimiento religioso que había en sus almas. Al extremo del banco, a la izquierda, estaba Fieramosca, rígido, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho. Frente, a pocos pasos, estaba abierta la puerta de la sacristía. Los acólitos, que iban y venían dedicados al oficio, hubieran sido bastante para distraerlo de sus plegarias; pero a esto se añadía la visión y el diálogo de una escena que en aquellos instantes, más que nunca, acrecentaba sus pensamientos dolorosos.

Un hombre vestido con una anguarina parda y desgarrada, con los cabellos rojos en desorden y una mirada de mal agüero, se hallaba en medio de la sacristía, y volviéndose a un fraile dominico que ocupaba con su corpulencia un sillón de cuero colocado entre dos armarios, únicos mue-

bles de aquel lugar, le preguntaba con un lenguaje chabacano y una voz rónca:

—¿Cuál preparo: el de los pobres, o el de los ricos?

—Vaya una pregunta—respondió el fraile, que apenas podía mover mas que los labios—, ¿no sabes que quien paga es el señor Gonzalo? Por no satisfacer sus estipendios al clero, todo el mundo se hace enterrar por pobre. ¡De primera clase!... Ya se lo he dicho a todos: de primera clase, con repique, catafalco y misa cantada. Estás más idiota que nunca.

El otro, encogiéndose de hombros, marchó hacia uno de los ángulos de la sacristía, ocultándose a las miradas de Fieramosca; éste oyó aun meter una llave y abrir una puerta; después, un rumor de pasos que se alejaban, y durante unos momentos no se volvió a sentir nada más. A poco volvieron a sonar las mismas pisadas y un chirrido que se hacía más intenso hasta reaparecer el mismo hombre, arrastrando hasta el centro de la sacristía un ataúd negro con franjas de plata, y a la cabecera, una cruz, y a los pies, una calavera y dos tibias en forma de aspa, echando encima un paño de terciopelo negro después de sacudirlo para quitarle el polvo. Mientras el sepulcrero realizaba esta faena, con esa poltronería y mal humor que frecuentemente se observan en la gente de sacristía, una idea alegre debió cruzarle por la imaginación, haciéndole fruncir con una sonrisa la piel que le cubría los pómulos.

—Entonces, ¿alcanzará para que yo eche un trago? Hace ya tiempo que no se trabaja más que con marineros y pescadores. Demos gracias a Dios que de cuando en cuando nos envía...

Y se volvió, temiendo ser oído, y bajando la voz añadió:

—Uno de estos peces gordos.

—A cada uno le llega su vez—dijo el fraile, cortando la frase en dos con un bostezo.

—Y ¿quién sabe?—siguió el enterrador, cubriendo la caja con el paño negro y apartándose para observar si estaba bien distribuído—. Puede ser que la “Beca”, aquella bruja de mi mujer, haya acertado. Ayer noche—escuchad—, estábamos en la cama y decíamos que se está de más porque no hay trabajo, y que la saya de mi mujer y el tabardo que me hice con el dinero que ahorré cuando la peste se caen a pedazos. Ved cómo no miento—y al decir esto señalaba los codos, que salían por las mangas—. Y decía que, si seguimos así, dentro de poco nos habremos muerto de hambre. Pues esta mañana, antes del Avemaría, mientras me levantaba para bajar a la iglesia, me dice: “Oye, rojo, ¿sabes lo que he soñado?” “¿Qué has soñado?”—le dije—. Dijo: “Veía la cocina de la hostería de “Veneno” llena de camas, y el huésped, amarillo, amarillo, y era que había vuelto la peste y nos habíamos desquitado y tú andabas por Barletta vestido como un caballero.” Y después de todo, decid vos, fray Biagio, ¿no estamos entre la guerra y la peste?... Y ¿no pu-

diera ocurrir que antes de anochecer...?—Y aquí volvió a bajar la voz, y observando que en la iglesia nadie le miraba, señaló con el pulgar, por encima de la espalda, a los trece guerreros—: ¿No podría ocurrir—dijo—que alguno de éstos volviera a casa con los pies hacia adelante?

El fraile, bien por no contestar a tales majaderías, o por guardar los límites de la jerarquía, guardó silencio, con lo que terminó el diálogo. El viejo, cuando hubo puesto todo en orden, desapareció, quedando la caja colocada en medio de la sacristía.

No vino a la imaginación de Fieramosca, y si le hubiese ocurrido tal sospecha la hubiera despreciado como una locura, el pensar para quién se había dispuesto todo aquéllo; no obstante, no pudo apartar de allí los ojos durante todo el tiempo que duró el oficio; sus pensamientos giraron, naturalmente, alrededor de la idea de que aquel día podía ser el último de su vida, y vuelto con mayor fervor su espíritu hacia el Altísimo, pidióle de nuevo el perdón de sus culpas. Recorría con la mente el tiempo transcurrido desde que se había apoderado de Ginevra en Santa Cecilia, y creía no tener otro remordimiento que el de haberle ocultado que Grajano vivía. De éste, como de algunos otros hechos, se había confesado la tarde anterior. Le pareció quedar más tranquilo y poder marchar descuidado de cara a la muerte.

Terminó la misa; salieron los trece caballeros, siguiendo a Próspero Colonna, acompañándolo



hasta su casa y sentándose todos a la mesa para no ir en ayunas al combate.

Entre las cláusulas acordadas por ambas partes había una en la que se estipulaba que cada combatiente que cayera prisionero podría ser rescatado en el acto, con armas y caballo, mediante la suma de cien ducados; cada uno de los italianos entregó este dinero a Próspero, y los mil trescientos ducados, puestos en un saco, fueron cargados a lomos de mulas, las cuales, marchando delante, llevaban provisiones y todo cuanto podía ser necesario.

Terminada la colación, todos marcharon a la fortaleza, donde el Gran Capitán los aguardaba en la sala de baile; dióles licencia, despidiéndolos con breves palabras y gesto sereno, diciéndoles, además, que los aguardaba a cenar aquella noche y que haría preparar veintiséis cubiertos, para que si los franceses habían olvidado llevar el dinero de su rescate, no marcharan a la cama en ayunas.

Bajaron al patio, donde aguardaban en fila los caballos, sujetos por los criados. Montaron, y de dos en dos fueron saliendo, precedidos de los trompeteros y acompañados de sus amigos y de una turba de curiosos.

## CAPITULO XIX

A igual distancia de Barletta y del campamento francés, desde la llanura acercándose a la colina, comienza a elevarse, se extiende sobre montecillos de poca altura una planicie de cerca de trescientos pasos en cuadro, formada probablemente por algún aluvión. El terreno, cubierto de menudas guijas y de arena bien afirmada por el tiempo, y libre de arbustos y de hierba, brinda a los caballos un caminar resuelto y seguro. Este era el lugar escogido para el combate. El día anterior, algunos hombres enviados por ambas partes habían trabajado en aquel terreno nivelando sus desigualdades; se marcaron los límites con un surco y con grandes piedras colocadas alrededor, y a la sombra de corpulentas encinas que crecían en una loma, desde la cual se dominaba todo el campo, se colocaron asientos para los jueces, bajo una especie de pabellón a rayas blancas y rojas sujeto por las ramas de los árboles. Delante de este tribunal se habían puesto en fila, a la vista de todos, veintiséis lanzas con los escudos de los guerreros de las dos naciones y sus nombres escritos en grandes letras en cartelones.

En las tierras y villas del contorno, la curiosidad había congregado gran número de aldeanos y hacendados del campo, que antes de amanecer ya habían tomado posición en las alturas circundantes. Los que tenían cierta jerarquía se sentaban en la hierba con las mujeres y con los viejos; los otros, muchachos, gente pobre y vagabundos, se encaramaban a los árboles, y sacando la cabeza entre el ramaje, hacían resaltar sobre el verdor de las hojas los colores de la ropa y de la cara.

Magnífico espectáculo—sobre todo para los que, situados en las extremidades del campo, daban la espalda a la tierra adentro y la cara al mar—el contemplar tan vistosa escena campestre, reanimada por una multitud llena de vida y de movimiento; a la derecha alzábase al cielo la imponente masa de las encinas, y al color profundo de sus hojas se mezclaba el verde más vivo y alegre de otros árboles pequeños; detrás, en una llanura más elevada, la tierra de Quarato, de la cual se descubría solamente la puerta, defendida por una torre adosada a las rocas, a cuyo pie serpentea el camino; en medio del campo, y allá, a la orilla del Adriático, la ciudad y el castillo de Barletta y las siluetas de los edificios, recortadas sobre la entonación azul del mar; más lejanos, el puente y la isla de Santa Ursula, la alta cordillera del Gárgano y la línea del horizonte; a la izquierda, las colinas, que poco a poco iban alzándose, y frente al sitio destinado a los jueces, sobre un terreno desigual, sembrado de fres-

ca hierba, grupos de altísimas encinas con los troncos revestidos de hiedra y en todo el vigor de la vegetación más frondosa. La niebla formada por la noche, disipándose a la brisa matinal, surcaba las elevadas regiones de la atmósfera en forma de nubes fantásticas que, heridas ya del sol, refractaban sus rayos dorados. Otros jirones de niebla más espesa permanecían extendidos sobre la llanura, semejando enormes vedijas de algodón blanquísimo, de las cuales sobresalían acá y allá grupos de árboles más altos y las cumbres de algunas colinas. El disco del sol, próximo a levantarse del mar, difundía en el cielo una luz anaranjada, dejando muchos objetos iluminados solamente por el reflejo del aire. Todos los espectadores, como instintivamente, tenían vueltos sus ojos hacia el punto donde se iniciaba la aurora. Sobre la línea última del mar apareció, al fin, una centella de luz vivísima, que creció, tomó forma y salió el sol majestuoso como un globo de fuego, difundiendo su luz, que daba figuras y colores a los objetos y se hacía doble al reflejarse, oscilando, en el mar.

Una escuadra de infantería llegada allí muy temprano mantenía desembarazado el campo, cuidando de que el pueblo no lo invadiese, disperso en grupos por aquellos contornos, y que se reunía con frecuencia en el lugar donde muchos vendedores de viandas y de vino habían establecido sus tiendas y dispuesto mesas y bancos. Entre ellos se hallaba el hostelero del Sol, "Veneno", a quien

el lector conoce, y que en uno de los sitios más visibles había instalado su tenderete, bajo un emparrado al que ya habían acudido muchos soldados parroquianos suyos; dos o tres grandes sartenes estaban colocadas al fuego sobre otras tantas hornillas portátiles; una mesa formada por toscas tablas y sujetos lo mejor posible sus palos, que, fijos en el suelo, servían de patas, estaban cubiertas de cestas que contenían pescados, alcachofas, hortalizas y toda clase de frituras. “Veneno”, con su delantal y su gorro, con las mangas de la camisa remangadas hasta el codo, sostenía bajo el brazo la vasija de enharinar, en una mano el plato con el pescado todavía crudo, en la otra las tenazas para cogerlo, y se afanaba en preparar este plato, tan del gusto de los italianos meridionales, sin perder jamás un momento de charlar, reír, preguntar y contestar a todos a la vez; y únicamente se interrumpía de cuando en cuando para cantar *La bella Franceschina* o para desgañitarse gritando:

—¡Qué anchoas, qué anchoas! ¡Están vivos los salmonetes! ¡O no tenéis ojos, o no tenéis dinero!

Y otras voces semejantes que se oían a media milla a la redonda.

Al fin, un rumor más acentuado de la multitud que ocupaba los sitios más altos hizo a todos volver la cabeza hacia aquella parte, y circulando de boca en boca llegó la nueva de que ya se distinguía el escuadrón francés. Pocos minutos después apareció detrás de unos matorrales, y avan-

zando vino a colocarse en batalla en la parte superior del campo, dando frente al mar. Descabalgando los guerreros, y como unos ciento cincuenta amigos y camaradas que con ellos venían, dejaron los caballos a los criados, y saliendo al lugar destinado a los jueces, se dispersaron bajo las encinas, esperando la llegada de los italianos. En el camino de Barletta, una nube de polvo en medio de la cual se percibía el centelleo de las armas dió a entender que no se hacían esperar mucho. Las turbas, hasta entonces dispersas, se agolparon hasta los límites de la liza, procurando cada uno colocarse en primera fila, a pesar de que los guardias de infantería, con aquellos modales cariñosos que en toda época han distinguido a la soldadesca en ocasiones semejantes, golpeando en el suelo y muchas veces en el pie con el regatón de sus picas, echaban hacia atrás la ola que intentaba atropellarlos.

Llegados los italianos, se detuvieron frente a sus adversarios, observando las mismas ordenanzas; y descabalgados, subieron ellos también a la loma de las encinas. Tras de cambiar corteses saludos, Próspero y Bayardo, que eran los dos padrinos, parlamentaron, decidiendo que primeramente convenía que la suerte designara los jueces.

El lector se maravillará de seguro de no encontrar al famoso Bayardo entre los caballeros combatientes en una acción de tanta importancia, viéndolo, en cambio, actuar de padrino; puedo

asegurarle que yo soy el primer sorprendido. No podemos hacer sobre este caso más conjeturas que el suponer que alguna herida aun no curada le impedía manejar las armas, o que acaso la cuartana, que lo aquejaba en aquel tiempo, hubiera debilitado sus fuerzas; de todos modos, estamos ciertos de que no figuró entre los campeones.

Escritos, pues, los nombres de algunos oficiales de los dos ejércitos, franceses, españoles e italianos, en número igual, arrolladas las papeletas y echadas en un casco, la suerte recayó sobre Fabricio Colonna, Obigni y Diego García de Paredes, los cuales, tomando asiento en el lugar que se les había designado, abrieron sobre una mesa el libro de los Evangelios, tomando juramento a los veintiséis guerreros, los cuales se comprometían a no usar de malas artes en el combate; declararon hallarse libres de encantamientos sus cuerpos y sus armas e ir a la lucha valiéndose tan sólo de su propio valor y de las fuerzas naturales.

Fueron leídas de nuevo y en alta voz las cláusulas, entre las cuales se acordaba que cada uno pudiera rescatarse con armas y caballo por cien ducados. Uno de los italianos vació sobre la mesa el saco de dinero que llevaban, lo contó y entregó a los jueces. Se esperaba entonces que los franceses hicieran otro tanto, y visto que ninguno se movía, Próspero Colonna les dijo con la mayor mesura que pudo:

—¿Y vuestro dinero, señores?

La Motte, destacándose y con una despectiva sonrisa, dijo:

—Ya veréis, señor Próspero, cómo con ése habrá bastante.

Aquella importuna jactancia hizo subir la cólera al rostro del patricio romano; pero se contentó, diciendo solamente:

—Antes de vender la piel convendría matar al oso. Pero no importa; y aunque lo pactado es que cada uno aportara el precio del rescate, no hemos de hacer hincapié en este punto poniendo dificultades a la lucha.

—Señores—dijo luego dirigiéndose a los suyos—, ya habéis oído: este caballero da la cosa por hecha. A vosotros toca sacarlo de su error.

Inútil es decir cómo este desprecio hizo hervir la sangre de los italianos. Pero ninguno respondió ni a La Motte ni a Próspero más que con el gesto.

Terminados estos preliminares de fórmula, los jueces dieron licencia a los dos bandos, concediéndoles media hora para disponerse al combate, tras de la cual un heraldo a caballo, situado a la sombra de las encinas, próximo a los jueces, daría con tres toques la señal del asalto.

Vueltos a sus caballos y montando en ellos, los padrinos los colocaron en fila, a cuatro pasos de distancia uno de otro, y tanto Colonna como Bayardo revisaron nuevamente las cabezadas, las cinchas, las correas y las hebillas de las arma-



duras; y si en ambos cuerpos había ojos ejercitados en tales revistas, eran sin duda los de aquellos dos caballeros.

Terminada esta operación, deteniendo su caballo en la mitad de la línea, el señor Próspero dijo en voz alta:

—¡Señores! No creáis que voy a deciros palabras que enardezcan a hombres como vosotros. Estáis aquí lombardos, napolitanos, romanos, sicilianos... ¿Acaso no sois todos igualmente hijos de Italia?... ¿No tendréis todos la misma participación en el honor de la victoria?... ¿No estáis frente a extranjeros que tratan a los italianos de cobardes? Sólo una cosa os digo: ved allí a aquel malvado traidor Grajano d'Asti: combate por mantener el deshonor de sus compatriotas... ¿Comprendéis?... ¡Que no salga vivo del palenque!...

Fieramosca, que estaba junto a Brancaleone, le dijo en voz baja:

—¡Ah si el voto no me atara las manos!...

Y Brancaleone le respondió:

—Déjame hacer a mí, que no hice ningún voto, y que sé dónde debo darle el golpe.

La intención de matar a Grajano nació en él aquel día que, escuchando de labios de su amigo el relato de sus vicisitudes, pensó que podía de este modo suprimir el obstáculo que se interponía entre Ginevra y Héctor. Sabiendo después que el de Asti se encontraba entre el número de los caballeros franceses, comprendió que debía apro-

vechar aquella ocasión; y el lector recordará la información que hizo Brancaleone el día de la justa mientras Grajano se armaba en la estancia dispuesta al lado del anfiteatro. Ahora, el desgraciado e imprevisto fin de Ginevra venía a destruir aquellos planes; pero no por ello abandonó su propósito y le alentaron más a ponerlo en ejecución las palabras del señor Próspero, al cual, como jefe de las mesnadas colonnesas, obedecía en todo ciegamente.

En tanto, los dos padrinos se habían retirado a sus puestos: Bayardo junto a los jueces, y Colonna bajo la encina. Este, armado totalmente, excepto la cabeza, jinete en un hermoso caballo negro cubierto de una gualdrapa grana recamada de oro, alzaba la frente noble y audaz hacia los suyos, esperando en silencio el sonido de la trompeta. Tenía al lado a un paje, gentil joven de diez y seis años, vestido de azul celeste con las calzas rojas, y a varios cabos de escuadra del ejército, que, en diversas actitudes, a pesar de su inmovilidad, tenían cierto aire marcial y enérgico. A medida que se aproximaba el momento, faltaba a todos la palabra; a lo más se oía algún monosílabo susurrado entre los más próximos, y en medio de esta quietud, que imponía al conjunto un aspecto de solemne severidad, resonaba tan sólo, de tiempo en tiempo, el nervioso piafar y el relincho de los caballos, que, retenidos, no podían mantenerse tranquilos, mordían los frenos de oro cubiertos de espuma, arqueando

el cuello y la cola y corveteando, resoplando con las aletas de la nariz dilatadas y rojizas y echando fuego por los ojos.

Es difícil que en estos tiempos nos formemos idea del aspecto marcial de los guerreros de aquella época. Ellos y sus corceles, totalmente cubiertos de hierro; los caballeros, con la visera calada, encerrados en el arnés, con el escudo al pecho y enhiesta la lanza, montados en la silla cuyos arzones ferrados, alzándose por delante y por detrás, los resguardaban y les hacían casi imposible la caída; así encajados, oprimiendo las rodillas, el caballero se hallaba totalmente empotrado en su cabalgadura, de tal modo que le comunicaba todos sus movimientos, estableciéndose aquella unidad que debía ligar las dos naturalezas del centauro.

Los caballos llevaban las partes anterior y laterales de la cabeza defendidas por una guarnición de hierro, en la que se abrían tan sólo dos huecos para los ojos; en medio de la frente llevaban una punta, y el cuello, el lomo y los pechos, igualmente defendidos por conchas superpuestas a modo de escamas y articuladas para dejar en libertad todos los movimientos; un arnés con el mismo artificio protegía la grupa y los flancos, dejando descubierto tan sólo los ijares. El bello aspecto de estos nob'es animales quedaba tan mudado bajo la armadura, que, de cabos arriba, asemejaban rinocerontes. Al verlos plantados se creería imposible que pudieran, no ya correr, sino

moverse; un solo movimiento de bridas o el arri-mo de los talones les volvía ágiles y rápidos como si nada llevaran; tan hábilmente estaban cons-truídos estos atalajes.

A más de la lanza, la espada y el puñal que cada guerrero llevaba sobre sí, del arzón delan-tero pendían el hacha y la ferrada maza. Los adornos eran muy varios y a tenor del capricho de cada uno. En la cimera de los yelmos ondea-ban plumas de colores, dispuestas, por lo general, alrededor de un alto penacho formado con la cola de un pavo real. Otros, en lugar de las plumas, llevaban cintas de seda que los franceses llaman lambrequines. Algunos vestían sobreveste; otros, tahalí; otros, ciñendo armaduras muy ricas y bien trabajadas, las dejaban al descubierto; has-ta los caballos llevaban las cabezas adornadas con plumas y las bridas anchas como de un pal-mo y festoneadas con colores tan vivos que he-rían la vista. Sobre los escudos, además de la le-yenda, los italianos habían hecho pintar e ins-cribir motivos adecuados a las circunstancias; el de Fieramosca, para citar alguno, decía: *Quid pos-sit pateat, saltem nunc, Itala virtus* (1).

Al fin, un heraldo avanzó al centro del campo y pregonó en voz alta que nadie osara favorecer o perjudicar a alguna de las partes, ni con he-chos, ni con voces, ni con signos. Vuelto a' lado de los jueces, el trompetero dió el primer toque;

---

(1) Quede patente, al menos en esta ocasión, lo que puede el valor italiano.

dió el segundo... Se hubiera oído el volar de una mosca. Dió el tercero, y los caballeros, en un movimiento simultáneo, alargando 'as bridas, curvado el dorso sobre el cuello del caballo y metiendo espuelas, libres ya de ansiedad, se lanzaron unos contra otros, a botes primero, después a galope tendido y al grito de ¡Viva Italia! por una parte, ¡Viva Francia! por la otra; y aquellos gritos llegaron hasta el mar. Antes de encontrarse habían de recorrer unos ciento cincuenta pasos; poco à poco se fué levantando una polvareda, que creció y se hizo más densa, que los envolvió antes de encontrarse, dejándolos ocultos como en una nube al chocar caballo con caballo y al romperse las lanzas sobre los escudos y las corazas de los adversarios, con el fragor que produce el despeñarse de una roca que, rodando por una pendiente, primero sin obstáculos, entra luego en la selva, en la cual se precipita, arranca, desgaja, rompe y destruye todo cuanto encuentra.

El resultado de este primer encuentro quedó oculto para los espectadores; en medio de aquel tropel confuso y polvoriento de hombres y de caballos, apenas podía distinguirse el relumbrar de las armas al sol y algunas plumas que, arrancadas por la furia del choque, revoloteaban en aquel torbellino, alejándose llevadas por el viento. El estruendo retumbó por los valles del contorno. Diego García se golpeaba con el puño ante lo maravilloso del espectáculo y por la rabia de no

estar él también entre los combatientes; y éste fué el único movimiento que se notó entre los espectadores, atónitos y sobrecogidos.

Durante algunos segundos permaneció revuelto el grupo de los combatientes, y un cierto relucir más vivo, que centelleaba aquí y allí a través de la polvareda, indicó que los caballeros habían echado mano a las espadas; se oía un chocar de hierro y un martilleo tan continuado como si en aquel momento trabajaran diez pares de yunques. Toda aquella masa, rodeada de una luz vivísima y de un bullir continuo, semejaba a una máquina de fuego de artificio velada por el humo: tan complicados y rápidos eran los movimientos, el chocar, el retirarse, el revolverse de aquella lid titánica.

La expectación por descubrir algún detalle y por saber quién llevaba la mejor parte era tal, que a cada instante la multitud estaba para prorumpir en gritos, y ya se oía un creciente murmullo, que fué sofocado por un gesto de los heraldos, no menos que por la impresión que produjo el ver salir de aquella confusión un caballo desmontado, y a tal extremo cubierto de polvo, que ni podía distinguirse el color de la silla. Corriendo por el campo a galope corto, y enredados los brazos en las bridas, y lastimado por el freno, bajaba la cabeza hasta casi hocicar; por una ancha herida detrás de la espaldilla brotaba un caño de sangre negra que iba dejando un rastro; al fin, arrodillándose, extenuado, rodó por tierra.

Pudo verse entonces que era del escuadrón francés.

En tanto, los campeones combatían aparejados, espada contra espada, y así, dos a dos, atacando y rebatiendo fortísimos golpes y revolviéndose, iban ensanchando el campo en el primer encuentro tan cerrado. La polvareda, barrida por el viento, no ocultaba ya a los combatientes, y se vió que el guerrero derribado era Martellin de Lambris. Fanfulla, para desgracia del francés, se halló frente a éste, y con aquella su loca acometividad, acompañada de temerario valor y experta maestría, de un bote de lanza en la celada lo derribó cuan largo era para hacerle saber la blandura del terreno, y al dar tan fuerte golpe, alzó la voz, de modo que se oyera entre aquel estrépito, gritando: “¡Va uno!” Después, viendo no lejos a La Motte, que al ataque de Fieramosca había perdido un estribo, añadió: “No basta con aquel dinero. Es poco, es poco dinero”; y acercándose al vencido, le dijo: “Eres mi prisionero”; mas el otro, poniéndose en pie, le respondió con una estocada, que resbaló en la luciente armadura del de Lodi; no había transcurrido un segundo, y ya la espada de Fanfulla había caído a dos manos sobre el yelmo de su enemigo, el cual, descompuesto por el primer golpe, apenas podía mantenerse en pie. Y Fanfulla le sacudió otro y otro, gritando: “¡Es poco dinero! ¡Es poco dinero!”...; y el esfuerzo del ataque le obligaba a pronunciar la frase con aquella espe-

cie de resoplido con que el leñador descargaba el hacha.

No pudo el otro librarse de aquella borrasca, a pesar de los esfuerzos que hizo para recobrase; cayó en tierra medio atolondrado; mas no por esto consentía que le intimaran a la rendición; por lo cual, Fanfulla, irritado, le descargó un último golpe, aprovechando el momento en que intentaba ponerse de rodillas, y lo tendió inmóvil sobre la arena, diciéndole:

—¿Estás contento ahora?

Bayardo, viendo que su compatriota estaba dispuesto a dejarse matar inútilmente, envió a un rey de armas, el cual, arrojando entre los dos guerreros su bastón de mando, pregonó: *Martellin de Lambris, prisionero*. Acudieron algunos hombres, que le ayudaron a levantarse, y, sosteniéndolo, fueron a presentarlo al señor Próspero.

—¡Dios te bendiga la mano!—gritó éste al vencedor.

Y entregando a los sargentos de guardia al barón francés, que no quiso despojarse del casco, se tumbó bajo una encina y allí permaneció mudo e inmóvil.

Fanfulla, que había vuelto el caballo y puestole a galope corto, para tornar a la batalla, miraba alrededor para ver dónde podría emplear sus esfuerzos, y, como por juego, hacía molinetes con la espada, ejercicio en el cual tenía la mano más hábil y ligera de todo el ejército. Echando una ojeada a la contienda, observó que la suerte en



modo alguno se inclinaba en favor de los enemigos y que los italianos cumplieran como buenos; entonces, alzó aún más que antes la voz, llamando por su nombre a La Motte y repitiendo su estribillo: "*Es poco dinero*"; y cantaba estas palabras con la musiquilla de una canción que se oía entonces por las calles en boca de los ciegos; y su especial estilo de cabalgar, en cierto modo descuidado y bizarro, aquel maravilloso girar de su espada, que movía como jugueteando, y aquella entonación de su voz, todo junto imprimía a aquella cancioncilla un no sé qué tan atractivo y curioso que hasta el severo semblante del señor Próspero se animó unos momentos con una sonrisa.

Durante el tiempo empleado en alcanzar esta primera victoria, Héctor Fieramosca, de un bote de lanza, había hecho perder los estribos a La Motte, pero sin conseguir derribarlo del caballo. Tenía más fuerza y más valor que el prisionero de Fanfulla. Fieramosca, emulando la gloria alcanzada por éste, había comenzado a trabajar con la espada, de tal modo que quien tanto desdén había mostrado por los italianos, a duras penas podía, utilizando todo su esfuerzo, mantenerse en contra. Las injurias proferidas por el jactancioso caballero la noche de la cena en la posada del Sol, cuando había afirmado que un guerrero francés no se dignaría tener a un italiano por mozo de cuadra, acudieron a la memoria de Fieramosca; y mientras menudeaban las esto-

cadras y los tajos, desencajando y rompiendo el arnés de su enemigo, le decía en tono sarcástico:

—Al menos, el sacudidor ya sabemos manejarlo. Defiéndete, defiéndete, que ahora son hechos y no palabras.

No pudo su contrario soportar la burla, y le dirigió un golpe a la cabeza, con tal coraje, que no pudiendo Héctor oponer el escudo, intentó pararlo con la espada; mas no lográndolo, saltó en pedazos, y la del francés, cayéndole sobre el collarín de la coraza, que cortó a cercén, le hirió en el hombro, un poco por encima de la clavícula. No esperó Fieramosca el segundo golpe: echándose sobre él, lo abrazó, intentando derribarlo en tierra; el otro, dejando pendiente la espada, quiso a su vez abrazarlo; pero era esto precisamente lo que quería Fieramosca. Separándose de él antes de que tuviera tiempo de empuñar nuevamente la espada, metiendo espuelas al caballo, se puso de costado, y prendiendo rápidamente el hacha que pendía del arzón, cayó sobre su adversario.

El soberbio corcel de Fieramosca, adiestrado para todo lance de batalla, comenzó, advertido por ciertas señales de la brida y de la espuela, a botar a topa carnero, sin acercarse nunca al adversario, hasta el extremo de impedir a su amo maniobrar. Viéndole trabajar con tanta inteligencia, pensaba Fieramosca: “¡He hecho bien en traerte conmigo!” Y tales proezas hizo con el hacha, que recobró la ventaja que sobre el francés había perdido.

La pelea de estos combatientes, que podía considerarse como los mejores del partido, si no decisiva para el resultado de la batalla, lo era casi para su honor. Hubiera sido doblemente afrentoso para La Motte el resultar vencido, habiendo él mostrado tanto desprecio hacia sus adversarios, y doblemente glorioso para Fieramosca el quedar vencedor. Sus compañeros, sabiendo que valía para tal empresa, se guardaron de ayudarle, y lo mismo hicieron los franceses con respecto a su campeón, para que no se dijese que, después de tantas bravatas, no podían medirse uno a uno. Por esto, durante algunos minutos, y como instintivamente, todos dejaron de combatir, fijando sus ojos en los dos guerreros, en quienes los pensamientos que habían abrigado avivaban el imperioso anhelo de vencer, y combatían con tal encarnizamiento, con tal cuidado de no cometer desacierto alguno, con tal vivacidad para aprovechar las ventajas, que su lucha podía reputarse como un modelo del arte caballeresco.

Diego García de Paredes, que había pasado su vida guerreando, asombrado también a la vista de tan magistral batalla, no pudiendo ya permanecer quieto, se había puesto en pie; después, yendo al extremo del ribazo que dominaba el campo, se puso a mirar atentamente. Visto de lejos, con aquel busto gigantesco, afianzado sobre las piernas hercúleas y con los brazos naturalmente caídos, parecía tener la grave inmovilidad de una estatua; pero a los más próximos a él, la

contracción de sus músculos bajo el ajustado colete que llevaba, el apretar de sus puños, y más que nada el centellear de sus ojos, les revelaba cuánto le hervía la sangre y cómo se consumía de no ser allí sino un espectador.

Los miramientos que impedían a los demás turbar esta batalla, o no se le ocurrieron a Fanfulla, o no los tuvo en cuenta: el caso fué que cuando, al dejar al señor Próspero, iba corriendo por el campo, picó espuelas y, con la espada en alto, se lanzó contra La Motte. Apercibióse Héctor y le gritó: “¡Atrás!”; mas viendo que no se apartaba, le echó el caballo encima, atravesándolo con el de Fanfulla, y con el regatón del hacha le dió en la coraza tal golpe que, mal de su grado, le hizo retroceder, conteniendo las bridas.

—Para éste me basto yo y me sobro—le dijo, colérico.

Todos elogiaron la conducta de Fieramosca para con La Motte, con excepción de Fanfulla, que, prorrumpiendo en una de esas interjecciones italianas que no podemos trasladar al papel, dijo, entre rabioso y sonriente:

—¿Tienes la lengua en las manos?

Volvió grupas, y, a lo loco, metióse entre los combatientes, sin atacar a ningún enemigo determinado; y terminando así aquellos momentos de inacción, se reanudó más encarnizada la lucha.

Desde el principio, Brancalone, firme en su propósito, había dirigido su lanza contra Grájano; pero la fortuna se mostró igual para ambos.

Echada mano a la espada, se mantuvieron aún sin ventaja visible para ninguno. Brancaleone era superior a su enemigo por la robustez y aun por la maestría; pero el piamontés sabía medir mejor el tiempo, y quien conozca el arte de la esgrima sabe lo útil de esta cualidad. Entre las demás parejas de combatientes, la victoria estaba vacilante, y aunque sólo se combatía hacia hora y media, la batalla había sido tan obstinada y candente, que con facilidad podía apercibirse que hombres y caballos necesitaban de un breve respiro; éste fué acordado por mutuo consejo de los jefes, y dando la trompa la señal, los reyes de armas se metieron en medio de los combatientes, separándolos.

Ese murmullo que se produce instantáneamente en los teatros al caer el telón y dar fin a un espectáculo que ha cautivado la atención del público, surgió igualmente de la multitud que circundaba el campo. Los caballeros, volviendo a la primera formación, descabalgaron. Unos, levantaron la celada para refrescar sus frentes y enjugarse el sudor; otros, viendo el arnés de sus caballos descompuesto, se apresuraban a repararlos; los caballos, agitando la cabeza y abriendo la boca, buscaban un alivio al dolor producido por el freno, y no sintiendo la presión del hombre en la silla, se plantaban sobre las cuatro patas y con la cabeza baja sacudían el cuerpo con un temblor prolongado, haciendo resonar el arnés. Los vendedores del contorno, teniendo frescos los pul-

mones, lanzaron sus gritos, mientras los dos padrinos, a caballo, se reunían con sus guerreros.

Por hallarse prisionero uno de los franceses, y los demás maltrechos, y heridos casi todos, cada cual juzgó que los italianos llevaban las de ganar. Entre los muchos que habían apostado por uno y otro bando, los que lo hicieron por el francés comenzaban a poner mal ceño y a dudar. El buen Bayardo tenía demasiada experiencia de estos lances para no comprender que las cosas no iban bien para los suyos; pero disimulando esta impresión, los animaba, recordando todas las reglas del arte, los golpes que debían emplear y cómo habían de defenderse.

Próspero Colonna, viendo que los suyos tenían menos necesidad de reposo, por haber salido mejor librados, tras de una media hora pidió se reanudara la lucha, y los jueces ordenaron que se diera la señal nuevamente. Los caballos, a los cuales la frecuente respiración agitaba aún los flancos, estimulados por la espuela, alzaron la cabeza y se lanzaron de nuevo unos contra otros. Ahora la victoria se debía decidir en pocos momentos: volvió a reinar el silencio, la inmovilidad de los espectadores y la furia del combate. Las galas de los caballeros, las plumas y demás adornos, unos habían volado hechos añicos; otros se veían salpicados de sangre y descoloridos por el polvo. Del costado de Fieramosca pendía, cortada de un tajo, la franja azul: el yelmo desnudo y hendido; pero, por lo demás, tan sólo arañado en

el cuello, se mostraba lleno de arrogancia y nuevamente estrechaba a La Motte, con el que había reanudado la lucha. Fanfulla hacía frente a Jacques de Guignes. Brancalone continuaba su batalla con Grajano, buscando la manera de descargarle sobre el yelmo, y los otros, acá y allá, por el campo, cada uno contra un francés, combatían con el hacha, acosándolos maravillosamente. De pronto, los espectadores lanzaron un grito: todos, hasta los combatientes, volviéronse para conocer la causa, viendo que la lucha entre Brancalone y Grajano había terminado. Este, caído sobre el cuello de su corcel, con el yelmo y el cráneo partido de través, perdía a chorros la sangre, que brotaba por el hueco de la visera, resbalando sobre la coraza, sobre el arnés y escurriendo sobre las patas del caballo, que estampaba unas huellas sangrientas. Al fin, rodó por tierra, resonando su cuerpo como un saco lleno de herrajes. Brancalone a'zó el hacha ensangrentada, blandiéndola sobre la cabeza y gritando con una voz potente y terrible:

—¡Viva Italia!... Y caigan así los traidores y renegados.

Y, ensoberbecido, arremetió, esgrimiendo a dos manos, contra los enemigos que aun se defendían. Pero no duró mucho la pelea. La caída de Grajano pareció empujar la balanza. Fieramosca, furioso por la larga y obstinada defensa de La Motte, redobló sus esfuerzos, acometiendo con tanta rapidez, que lo aturdió, lo descon-

certó, dejándole sin escudo, rota la espada y el arnés destrozado, y, asestándole un terrible hachazo en el cuello, le hizo caer desvanecido sobre el arzón delantero.

Antes de que pudiera rehacerse, Fieramosca, que estaba a su derecha, echándose el escudo a la espalda, lo cogió con la izquierda por el correa-je de la coraza y picó espuelas a su caballo, que, arremetiendo, arrancó violentamente de la silla al caballero francés. Ya en tierra, Fieramosca, que había medido el tiempo y se había desmontado, se le echó encima con la daga desnuda y, apuntándole a los ojos, de tal modo que la punta le rozaba en la frente, le gritó:

—¡Ríndete, o eres muerto!

El barón, aun medio desvanecido, no contestaba, y como este silencio podía costarle la vida, se la salvó Bayardo pregonándole prisionero.

Conducido La Motte por sus criados a presencia de Próspero, Fieramosca se volvió para montar de nuevo en su caballo; pero éste había desaparecido. Miró en derredor, viendo que Giraud de Forces, al cual le habían matado el suyo, aprovechó el descuido del italiano y, montando sobre el "Airón", se hallaba combatiendo a la cabeza de los suyos. El buen Héctor comprendió que solo y a pie no podría recuperar su caballo, habiéndolo él criado y educado a su mano, acostumbrándolo a obedecer a su voz, se fué hacia él, y acercándose todo lo más que pudo, comenzó a llamarle, golpeando con el pie en el suelo, como solía



hacer cuando lo llamaba para darle el pienso. El caballo se volvió para seguirlo; mas queriendo el caballero retenerle, primero comenzó a dar empinadas, después saltos, y sin que el jinete pudiera ni oponérsele ni gobernarlo, lo condujo, a pesar suyo, entre los italianos, que, rodeándolo, le hicieron prisionero, sin haber cruzado las espadas.

Bajando del caballo, sobre el cual saltó inmediatamente Fieramosca, maldecía de su suerte; pero Héctor, volviendo a entregarle su espada, le dijo:

—Anda con Dios, hermano. Toma tus armas y vuelve nuevamente a combatir al lado de los tuyos. Los prisioneros se han de tomar por las armas y no por artes de encantamiento. El francés, que no aguardaba esto, quedó maravillado, enmudeció un instante y luego dijo:

—Si no me rindo a vuestras armas, me rindo a vuestra cortesía.

Y tomando por el medio la espada, fué a deponérsela ante Próspero.

Todos elogiaron, tanto el caballeresco proceder de Fieramosca, como el rasgo del caballero francés, acordando que se le dejara en libertad, sin cobrarle rescate.

Del bando francés habían quedado fuera de combate los cuatro mejores campeones, mientras que los italianos conservaban aún sus trece hombres a caballo; fácilmente se podía comprender cómo había de terminar la lucha. Sin embargo, los franceses descabalgados, que eran cinco, se

agruparon, poniéndose a sus flancos de dos en dos los cuatro jinetes que quedaban, y así ordenados, se dispusieron a hacer frente a los italianos, que, reanudando por tercera vez la batalla, cerraron impetuosamente contra sus adversarios. Nadie pensó en que pudieran resistir; pero admiraron la constancia y el arte de aquella brava gente; creció la ansiedad en los espectadores, curiosos de presenciar el éxito de aquel último intento, y a muchos casi les sabía mal que tan valerosos guerreros arriesgaran sus vidas en una lucha tan desigual. Pero los franceses no temían; exhaustos, llenos de heridas, cubiertos de polvo y de sangre, ofrecían aún un fiero y honroso espectáculo, manteniéndose audaces en espera de aquel turbión que se les venía encima y que parecía iba a reducirlos a polvo.

Se lanzaron al fin los italianos, no con el mismo ímpetu, pues el cansancio agotaba las fuerzas de los corceles, muchos de los cuales, por la dureza de los frenos, tenían la boca cubierta de una espuma sangrienta; gritaban más fuerte los italianos: ¡Viva Italia!, y, a pesar del estímulo de las espuelas, acometieron con un galope corto y sonoro; no obstante las reglas promulgadas, al principio fué tal la curiosa emoción que invadió en este instante a los espectadores, que el cerco que formaban fué estrechándose poco a poco; los hombres que tenían la misión de mantenerlo a raya, tan curiosos como ellos, siguieron aquel movimiento concéntrico, como acaece

cuando, apareciendo un toro en la plaza, al principio cada uno se mantiene en su puesto; pero cuando un perro se le agarra a una oreja, y luego otro, y casi han inutilizado al enemigo, ninguno puede contenerse: gritan, alteran el orden y todos avanzan para verlo mejor.

Al frente de los suyos, nuevamente ordenados para el combate, iba Fieramosca, que montaba el mejor caballo, y a sus lados los que aún los conservaban menos rendidos. De este modo, al avanzar hacia los enemigos, destacándose Héctor, marcharon en forma de cuña. Este orden se mantuvo tan sostenido que forzó el grupo de los franceses, sin que éstos pudieran impedirlo.

Entonces comenzó una nueva lucha, más compacta y más terrible que nunca: al número, al valor y a la pericia de los italianos se oponía un esfuerzo sobrehumano, rabioso, desesperado, ante el deshonor inminente e inevitable. Los temerarios y desgraciados franceses, entre un torbellino de polvo, caían ensangrentados bajo los cascos de las cabalgaduras; pero se alzaban, agarrándose a los estribos y a las bridas de los vencedores, y volvían a caer exhaustos, maltrechos, pisoteados, rodando unos sobre otros medio desnudos, con los arneses destrozados; pero siempre esforzándose por rehacerse, recogiendo del suelo trozos de espada, troncos de lanza y hasta piedras, con que retardar la derrota. Héctor, el primero, les gritó, intimándolos a abandonar la empresa y entregarse como prisioneros; pero su

voz se perdía en aquel fragor, y si le oían, le respondían con hechos, aguantando, silenciosos, aquellos horribles golpes, y ebrios de furor continuaban su admirable defensa.

De los cuatro que se mantenían a caballo al comenzar este último encuentro, uno había caído y se mantenía defendiéndose en pie; a los otros dos les habían matado los caballos; el cuarto, cogido en medio, fué hecho prisionero. Sería imposible describir todos los diversos accidentes, los golpes, los actos desesperados que se sucedieron en los últimos momentos, los cuales permanecieron durante muchos años grabados en la memoria de los espectadores como una visión maravillosa y terrible.

A De Liaye, para nombrar a alguno, se le vió aferrarse con las dos manos al freno de Capoccio para arrancárselo; el caballo lo derribó bajo sus patas; pero no pudo desprenderse de él, y arrastrado por el palenque, fué conducido hasta el lugar donde se hallaba Próspero, y se necesitó la ayuda de muchos hombres para abrirle las manos y hacerle prisionero, tanto era su esfuerzo. Al fin, a los mismos italianos, les pareció demasiado cruel prolongar semejante lucha. El grito de Fieramosca fué repetido por los demás, y todos a una, suspendiendo la acción, gritaban: "¡Prisioneros! ¡Prisioneros!"

Entre el pueblo comenzó a levantarse un rumor—que creció, y que sin atender a las ordenanzas proclamadas por los heraldos se manifestó

en voces, exclamaciones, gritos—pidiendo que terminara el combate y se salvara la vida de los franceses. Desobedecidas las órdenes, la turba había ido estrechando el círculo, encerrando a los combatientes en un espacio de treinta o cuarenta pies de diámetro; unos gritaban, otros agitaban los pañuelos y sombreros, esperando terminar así la batalla; otros se volvían increpando a los jueces y a los padrinos. Próspero, abriéndose paso hasta llegar a los combatientes, alzaba la voz y el bastón para inducir a rendición a los franceses. Bayardo, a su vez, aunque experimentando dolor por la derrota de los suyos, considerando que era inútil continuar y no queriendo se derramara más sangre generosa, invitaba a los suyos a que se rindieran, entregándose prisioneros; pero ni su voz ni ninguna otra era escuchada por los vencidos, que, conservando apenas el semblante humano, parecían más bien furias desencadenadas. Descendieron al fin los jueces del tribunal, viniendo hasta el medio del cerco, haciendo sonar las trompas y pregonar la victoria de los italianos. Estos quisieron retirarse; pero fué inútil; sus enemigos, a quienes la rabia y el dolor de las heridas habían enervado hasta el punto de no sentir ya nada, continuaban pe'ando como tigres rodeados por las serpientes, y se aferraban como podían a sus adversarios.

Al fin, viendo que no había otra manera, Paredes tomó su partido, y metiéndose en medio de

los combatientes, agarró a Sacet de Jacet—que, atacado por Brancaleone, pretendía arrebatárle el hacha, con la que el otro le amagaba un golpe que seguramente le hubiera costado la vida—y lo sacó de la lucha. Este ejemplo fué imitado por otros espectadores, que un momento rodearon a los que luchaban, y aun a cuenta de empellones y desgarraduras, después de muchos esfuerzos, retiraron a aquellos cinco o seis hombres medio extenuados que aun se debatían vomitando cólera, y los condujeron bajo la encina donde se hallaban los demás prisioneros.

El primer cuidado de Fieramosca, apenas concluído el combate, fué bajarse del caballo y correr en busca de Grajano, que yacía inmóvil en el mismo sitio donde cayera.

Cuando Brancaleone le descargó el hábil golpe, el corazón generoso de Héctor no pudo reprimir un primer impulso de alegría; pero, apenas nacido, lo reprimió con un sublime y virtuoso pensamiento. Llegado a él, separó la gente que se agolpaba a su alrededor, arrodillándose a su lado. Por la amplia herida aun manaba la sangre; pero lenta y coagulada. Le levantó la cabeza poco a poco, y con tal cuidado, que se creyera que trataba de salvar a su mejor amigo, retirándole el yelmo.

El hacha, destrozando el cráneo, había penetrado en el cerebro más de tres dedos; el caballero estaba muerto. Héctor, con un suspiro escapado de lo más profundo de su corazón, volvió a

dejar el cuerpo en tierra y, alzándose, dijo a sus compañeros, que se habían acercado, dirigiéndose más especialmente a Branca'eone:

—Tu arma—y señalaba el hacha que, aun bañada en sangre, pendía de su mano—ha realizado hoy un acto grande de justicia. Pero, ¿cómo podremos congratularnos de esta victoria? La sangre que empapa esta tierra, ¿no es sangre italiana? Y éste, fuerte y valeroso en la guerra, ¿no hubiera podido deramarla para gloria y honra suya y nuestra batallando en contra del común enemigo? Entonces, la tumba de Grajano hubiera sido venerada y glorificada y su memoria un espejo de honorabilidad. He aquí, en cambio, que yace infamado, y sobre sus cenizas caerá la maldición de los traidores a la patria.

Tras de estas palabras, todos, silenciosos y pensativos, volvieron a montar a caballo. El cadáver fué conducido más tarde a Barletta; pero cuando se le quiso enterrar en sagrado, el pueblo, amotinado, no lo consintió. Los sepultureros lo llevaron al cauce de un torrente, a dos millas de la ciudad, y, cavando una fosa, lo sepultaron. Desde entonces, aquel sitio fué llamado El Paso del Traidor.

El señor Próspero, antes de salir del campo, volvióse a Bayardo para preguntarle si quería pagar el rescate de los suyos. La jactancia de La Motte fué devuelta de este modo a Bayardo, el cual no respondió, y los jueces ordenaron que los prisioneros debían seguir a sus vencido-

res hasta Barletta. Fueron a pie, silenciosos, atur-  
didos, rodeados de una multitud numerosa y se-  
guidos de los italianos, al son de los instrumen-  
tos y entre gritos de: "¡Viva Italia! ¡Viva Co-  
lonna!"

Llegados a la fortaleza y entrados en la sala,  
los trece campeones presentaron los doce prisio-  
neros a Gonzalo, que esperaba entre los demás  
caballeros españoles. El Gran Capitán, después  
de haber dedicado a los vencedores grandes elo-  
gios, se volvió a los franceses y les dijo:

—No seré yo quien pretenda ofender a hom-  
bres valerosos por su mala fortuna; la suerte de  
las armas es voluble, y el que hoy es vencido,  
puede vencer mañana. No os recomendaré que  
de ahora en adelante respetéis el honor italiano;  
después de lo ocurrido, mis palabras parecerían  
superfluas. Sí os diré que aprendáis para lo su-  
cesivo a honrar el valor y el arrojo dondequiera  
que se encuentren, recordándoos que Dios ha dis-  
tribuído esos dones entre todos los hombres, sin  
concederlos como privilegio exclusivo a vuestra  
nación, y que la verdadera intrepidez va acom-  
pañada de la modestia y es deshonrada por la  
vanidad.

Después de estas palabras, los despidió, y todos  
juntos salieron de la sala, terminando así aquella  
jornada gloriosa.



## CONCLUSION

Todo aquel que narra o describe una historia—seamos sinceros—tiene la esperanza de que entretenga y de que haya alguno que la escuche o la lea hasta el fin. Nosotros hemos tenido siempre oculta en un resquicio del corazón esta esperanza, que, semejante a una llama expuesta al viento, a veces se hace mayor—ríe el lector, que tiene motivos para ello—; otras veces se empequeñece y está a punto de apagarse; pero el amor propio ha sabido conducirlo de modo que no se extinga hasta el final. Si este sutil adulator no nos ha engañado, si realmente existe un lector con bastante paciencia para acompañarnos hasta aquí, le agradecerá probablemente tener algunas noticias más de Fieramosca, y nosotros, muy gustosos, le comunicaremos todo cuanto hemos logrado averiguar.

Cuando Gonzalo licenció a los vencedores y prisioneros, éstos fueron acogidos y bien tratados en casa de Colonna, donde descansaron aquella noche. A la mañana siguiente, había llegado del campo francés el importe del rescate. Fueron puestos en libertad y acompañados de un gran gentío hasta más allá de las puertas de la ciudad,

como demostración del honor a que eran acreedores por su valerosa defensa.

Pero Fieramosca, apenas salió de las habitaciones del Gran Capitán, no se acordó más de la lucha. Al fin podía pensar en Ginevra y en sí mismo, por lo que se escurrió de sus compañeros, que salían con una turba de amigos y que, enervados por el júbilo de la victoria, no paraban mientes en otra cosa. Vió en el fondo de una de las galerías del patio a Victoria Colonna que, habiendo presenciado el recibimiento hecho por Gonzalo a los guerreros, volvía a sus habitaciones, estando ya próxima a entrar en ellas, cuando Héctor, llamándola por su nombre, la detuvo. Victoria, a la cual habían llegado algunas noticias referentes a las relaciones de Fieramosca, adivinó lo que iba a preguntarle. ¿Qué le contestaría? Pero no había tiempo para reflexionar, porque Héctor ya estaba a su lado; traía la armadura cubierta de polvo y abollada por los golpes recibidos. Sobre el yelmo, una sola pluma ajada, y de las otras, no habían quedado más que los cañones. La visera, levantada, dejaba ver su hermoso rostro, demacrado por la fatiga, cubierto de sudor y reflejando a la vez la alegría por la victoria obtenida y la ansiedad por reunirse con aquella que, muerto Grajano, podía al fin llamar suya. Así como el corazón del hombre se inclina a la esperanza o al temor, según las circunstancias en que se encuentra, el desaliento, la desesperación, experimentada la pasada noche y aun aquella

misma mañana, antes de la batalla, pensando en Ginevra, ahora con la excitación física y moral sufrida en tan larga lucha, con el júbilo inefable de la victoria, se había mudado en una íntima esperanza de volverla a encontrar sana y salva.

—Señora—le dijo, con aquel respirar ahelante que produce el latido frecuente del corazón—, Dios os lo pague y os bendiga; lo sé todo: que la habéis acogido, prodigándole toda clase de cuidados. ¡Pobrecilla, bien lo necesitaba!... Conducidme a su lado, por el amor de Dios!

Cada palabra del joven era una puñalada para el corazón de Victoria, que no tuvo ánimos para declararle la verdad; antes bien, se esforzó en dibujar una sonrisa, y le dijo:

—Ginevra ha vuelto de nuevo a Santa Ursula. ¡Y era verdad! Una hora antes de volver los caballeros del campo había sido trasladada al monasterio, acompañada de fray Mariano, para enterrarla aquella noche.

—¿A Santa Ursula? ¿Cómo tan pronto? Entonces, ¿no ha estado enferma? ¿Se encuentra bien?

—Sí, está bien.

Fieramosca abrió sus brazos para estrechar en ellos a Victoria: ¡tal era su alegría! Pero, conteniéndose, hincó una rodilla en tierra y le tomó una mano, besándosela con una gratitud que valía más que todas las palabras.

Después se levantó como fuera de sí, dispuesto a dirigirse, sin aguardar más, a Santa Ursula;

pero, reparando en su banda rota, se detuvo y dijo a Victoria:

—Ved, señora; esta banda azul me la dió ella; hoy, un tajo, al tropezar con la coraza, me la ha partido en dos.

Y al decir esto deshacía el nudo que había hecho con los dos extremos para que no se le cayera.

—Es una audacia, lo sé; pero ¿querríais hacerme la merced de coserla para que Ginevra no la vea así, rota? La pobre lo estimaría como mal presagio, diciéndome: “¿Cómo no supiste cubrirla con el escudo?”

Victoria marchó de buena gana a sus habitaciones en busca de lo necesario, contenta de poder interrumpir por un momento la conversación con el joven y ocultando la profunda impresión que experimentaba al ver su ingenua confianza. Volvió más serenada y se puso a componerle la banda.

—Apenas—decía él, sonriendo, mientras ella cosía—, apenas se conoce ya de qué co'or era... Ha pasado mil vicisitudes; ha sido mi compañera en los días malos; ahora lo será también en los buenos. ¡Si supierais cuántos años hace que la llevo conmigo y de cuántas refriegas me ha salvado!... Y hoy, cuando todas mis tristezas se vuelven alegrías, me la han roto... Si yo creyera en agüeros, ¿qué pensaría?

Victoria, atenta a 'a costura, no replicaba. Combatida ante la necesidad de darle a conocer la verdad y el piadoso deseo de evitarle tan gran dolor,

creyó conciliar ambas cosas buscando a Branca-leone antes de que Héctor pudiera salir, advirtiéndole de que no abandonara a su amigo en una prueba tan terrible.

—Mil gracias—dijo Héctor cuando Victoria hubo terminado su labor.

Luego, echando escaleras abajo, en un abrir y cerrar de ojos estuvo en el patio, que se encontraba desierto; solamente Masuccio aguardaba, teniendo de la brida al caballo, cubierto de espuma. El pobre animal tenía la cabeza agachada, la mirada apagada; un jadear lento hacía latir sus flancos.

—¡A la cuadra! ¡A la cuadra!—gritó Héctor al criado—. ¿En qué estás pensando? ¡Un caballo sudado tenerlo al aire libre!

Y salió del patio, dirigiéndose al puerto con el propósito de embarcar, puesto que la distancia por mar hasta Santa Ursula era más corta. Llegado al muelle, no encontró ni una lancha; las naves que conducían las tropas arribadas de España acababan de anclar en el puerto, y deseando Gonzalo que las fuerzas estuvieran en tierra antes de llegada la noche, todas las embarcaciones estaban empleadas en aquel servicio.

Héctor golpeó el suelo con impaciencia. Después se dijo:

—Tendré que ir a caballo. Es más largo; pero ¡paciencia!

Volvió a la cuadra, donde Masuccio estaba quitándole las bridas a "Airón".

—Déjaselas—dijo Fieramosca.

Y él mismo las cogió, las pasó por el cuello, montó de un salto y a los pocos minutos se hallaba fuera de la ciudad, caminando a lo largo de la playa en dirección al monasterio.

—¡Pobre "Airón"!—decía, golpeándole con la mano el cuello, mientras apresuraba, dándole con los talones, el trote desmayado del corcel, que en contraba muy duro vinieran a sacarlo nuevamente de la cuadra después de tantas fatigas.

—Tienes razón; pero ¡paciencia! Un poco más, y te resarciré de todo.

En tanto, se acercaba la noche. El sol se había ocultado hacía media hora. Fieramosca, que caminaba hacia Oriente, tenía a su espalda el cielo, despejado y sereno, y ante sus ojos lo veía poblado de grandes nubarrones negros que formaban línea con el horizonte. Se veía la lluvia caer sobre el mar; la cima de aquel amontonamiento de nubes que se alzaban hasta mitad del cielo, traspasadas aún por la luz del crepúsculo, se coloreaban de un tinte blanquecino. Continuamente brillaban en medio de aquella oscuridad los trémulos relámpagos, y resonaba el rumor profundo y lejano de la tormenta. El mar iba agitándose y amenazaba tempestad; sobre sus olas hinchadas, y en medio de aquella tinta casi negra, brillaban las salpicaduras menudas y blancas; en la playa, las olas, elevándose gradualmente, terminaban en una hoja sutilísima, verde transparente, que avanzaba semejante a un muro de vidrio, hasta que el extre-

mo. revolviéndose sobre sí mismo, caía con fragor e inundaba de espuma la arena amarillenta de la playa.

El aspecto melancólico del tiempo no podía, sin embargo, perturbar ni un instante la felicidad del joven italiano. Medía con impaciencia la distancia que le separaba de Santa Ursula, y siendo la playa llana y descubierta, lo dominaba todo. Imaginaba el placer de su primer encuentro con Ginevra; la veía venir hacia él con su mirada honesta, con su andar ligero y gracioso; esperaba ser él el primero que le comunicara la noticia de la victoria, y sólo le detenía la forma en que había de darle a entender que desde aquel punto podía disponer de su mano.

Próximos a la torre, como a dos tiros de arcabuz, el levante, que le hería el rostro, había acercado la borrasca; grandes gotas, cayendo de través, chocaban con su coraza, rociándola al resbalar sobre ella; arreciando la lluvia, se hizo poco a poco más menuda y espesa. Luego, resonando un trueno en lo alto, pareció que se abría en los cielos una catarata, y comenzó a caer tal torrente de agua, que inundó a Fieramosca de pies a cabeza; bien que ya se encontraba a pocos pasos de la torre. El portón estaba aún abierto. Lo atravesó al galope, llegando prontamente a la hospedería de la isla. Atado el caballo a una reja, sobre la cual había un tejadillo, en cuatro saltos se halló en la habitación de Ginevra.

Inútil es decir que la encuentro vacía. Volvió a

bajar, pensando encontrarla en la iglesia. Sabía que acostumbraba ella rezar en una tribuna, y apenas entró, dirigió allí la vista; estaba vacía; la iglesia, desierta y totalmente a oscuras; vacía también la parte del coro que se divisaba; oíase en tanto un salmodiar profundo, como salido de debajo de la tierra. Avanzó, observando que de la mechina abierta delante del altar mayor y que comunicaba con la capilla subterránea, salía una claridad que venía a proyectar en la bóveda un círculo de pálida luz. Cuando se acercó más, percibió que era en la cripta donde recitaban aquellas preces. Fué detrás del altar y bajó. El resonar de sus armas, de las espuelas y de la contera de la espada, que golpeaba los peldaños, hizo volverse a aquellos que, formando un círculo, llenaban la capilla, y que, al verle, le dejaron paso; a los pies encontró el féretro que había visto por la mañana en la sacristía de Santo Domingo; enfrente, al lado del altar, estaba fray Mariano, con roquete y estola negra, y en su diestra levantada sostenía el hisopo; en medio, una tumba abierta cuya lápida sostenían dos hombres, mientras Zoraida, de rodillas y sollozando, inclinada sobre el cuerpo de Ginevra, le cubría el rostro con un velo y le ceñía la frente con una corona de rosas blancas.

Héctor, al llegar abajo y ver todo aquello, se quedó rígido, sin exhalar un grito, ni hacer un movimiento, ni agitar los párpados; poco a poco, se alargó su semblante, se puso pálido como la



muerte, los labios le temblaban febriles y por su frente corrían gruesas gotas de frío sudor.

Zoraida redobló sus sollozos, y fray Mariano, con voz insegura, que delataba lo dolorido de su corazón a la vista del desgraciado joven, pudo decirle:

—Ayer voló al cielo: Dios la ha hecho mas teliz que lo hubiera sido entre nosotros...

Pero el buen religioso sintió que el llanto le ahogaba las palabras, y calló.

La lápida, arrastrada con palancas al hueco de la tumba, encajó en él y lo cerró.

Héctor seguía inmóvil. Fray Mariano se acercó a él, le tomó la mano, a lo que él no opuso resistencia, le abrazó, le hizo salir de allí, y Héctor, como impasible, se dejó llevar. Subiendo la escalera, entraron en el templo: seguían los truenos, los relámpagos y caía el agua a torrentes. Cuando estuvieron cerca de la hospedería, se desafió de los brazos del fraile, y antes de que éste pudiese ni pronunciar una palabra, había saltado a su silla, y curvándose sobre el cuello del caballo, le hincaba las espuelas y salía a galope tendido.

Ni los amigos de Fieramosca, ni hombre alguno de aquella época, volvió a verle más; ni entonces ni nunca, ni vivo ni muerto.

Se hicieron varias conjeturas acerca del fin que tuviera; pero todas ellas inciertas y vanas. Sólo una puede ofrecer cierta verosimilitud, y es la siguiente:

Algunos pobres montañeses del Gárgano, que

se dedicaban a fabricar carbón, contaron a otros campesinos—y así de boca en boca corrió la voz en Barletta cuando los españoles habían levantado el campo—que había aparecido una noche de gran tormenta la extraña visión de un guerrero armado, a caballo, sobre la cumbre de una roca inaccesible, la cual se alzaba en un precipicio que caía a plomo sobre el mar; comenzaron a decirlo unos pocos, después muchos, y al fin todos aseguraron y tuvieron por indudable que aquella visión era el Arcángel San Miguel. Cuando lo supo fray Mariano y confrontó las fechas, pensó que bien podía haber sido Héctor, que, perdida la razón, conduciendo al caballo a un paraje difícilísimo, fuera a caer en algún ignorado precipicio, o acaso en el mar.

En 1616, habiendo quedado seco un trozo de arrecife bajo el Gárgano, un pescador vió incrustado entre los peñascos un montón de hierro, casi enteramente roído del orín y de las sales marinas, y dentro halló una osamenta humana y el esqueleto de un caballo.

Ahora, el lector que piense lo mejor que le parezca; por nuestra parte, la historia ha terminado.

Creer que ésta puede ser bien acogida por solo sus méritos sería vana y ridícula presunción; pero juzgamos lícito confiar en que los italianos acepten con amable benevolencia la buena voluntad de quien les recuerda un hecho que tanto los honra. Para hacer resaltar más el valor de los vencedores, no he creído lícito introducir circuns-

tancias a costa de los vencidos, cuya falsedad se descubriría leyendo la historia de Giovio, de Guicciardini y de otros autores que hablan de este hecho. No era nuestra mira injuriar el valor de los franceses, que somos los primeros en reconocer y en alabar, sino tan sólo hacer patente el que demostraron los italianos, y para ello no había necesidad de modificar la historia, en la que se les rinde plena justicia. A este propósito, permítasenos también declarar cuán inicua juzgamos aquella contienda que incita a hombres de diversas naciones a echarse en cara recíprocamente, y a menudo ayudándose con mentiras, sus vergüenzas y sus delitos; y qué noble misión es, por el contrario, la del que sólo quiere el bien de la humanidad con aquellas leyes de amor y de justicia proclamadas en el Evangelio, y se esfuerza en apagar esa chispa de odio, tan extendido y tan homicida.

¿Y qué diremos de las hostilidades, aun más sacrílegas y más insensatas, que han persistido durante tanto tiempo y tan frecuentemente han resurgido entre regiones de una misma nación? Realmente, Italia no puede en esto rechazar una primacía de culpa y de vergüenza, como en otros asuntos nadie le niega una preeminencia de mérito y de gloria. Y aunque tales enemistades hayan sido siempre y sean más que nunca reprobadas y maldecidas, aun está muy lejos de llegar el vituperio al nivel de la culpa.

Así pues, el que registra alguno de estos he-

chos lamentables, que tanto abundan en nuestra historia, podrá cumplir su misión imperfectamente, pero no se le podrá tachar de haber hecho una obra inútil. Es indudable, además, que estos juicios condenatorios deben ser más sinceros y tener mayor eficacia cuando el autor los emite sobre aquella parte de Italia en que ha nacido; que, de otro modo, el juicio podría parecer parcial y no totalmente desprovisto del mismo odio plebeyo que pretende vituperar. Por eso creemos que a un hombre nacido en el Piamonte convenía más que a ninguno otro hacer que recayese sobre la memoria de Grajano d'Asti la recriminación que merecieron sus hechos.

El ilustre conde Napione expresa la opinión de los piamonteses acerca de Grajano cuando escribe: "... aquel nuestro astiano que en el famoso duelo de Quarato, habiendo tomado las armas contra la nación italiana en favor de los franceses, no sólo compartió con ellos la vergüenza de ser vencido por los italianos, sino que, quedando muerto en el campo, todos pensaron que mereció el castigo de su bellaquería, ya que, en pro de una nación extranjera, había querido combatir contra el honor de la patria" (1).

Séanos permitido añadir que ahora, por mucho que buscásemos, no se hallaría entre nosotros ningún imitador de aquel desgraciado.

---

(1) Napione: *Dell' uso e dei pregi della lingua italiana*, Libro I, cap. IV.

## INDICE DEL TOMO II

---

	<u>Págs.</u>
Capítulo XV.....	5
— XVI.....	31
— XVII.....	54
— XVIII.....	81
— XIX.....	104
Conclusión .....	135

---





**COLECCIÓN ÚTIL Y ECONÓMICA DE CO-  
NOCIMIENTOS ENCICLOPÉDICOS EN LA  
CUAL HALLA SIEMPRE EL LECTOR EL  
LIBRO QUE LE INTERESA**

---

Los Manuales Gallach son valiosísimo archivo de los estudios de más de cien sabios especialistas, que han colaborado a nuestra singular obra de cultura para ayudarnos en la ardua empresa de divulgar, en libros económicos y presentados con primor, las diferentes ramas del saber humano.

**SON ELEMENTO DE CULTURA PRECIOSÍSI-  
MO Y SU COSTE ESTÁ AL ALCANCE DE  
TODAS LAS FORTUNAS**

**Los vendemos sueltos y por colección**

A los compradores de esta última (cuyo pago puede hacerse en pequeñas cuotas mensuales) les regalamos un bonito mueble para colocar los volúmenes.

**CALPE** Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones  
San Mateo, 13.—MADRID

## VOLÚMENES PUBLICADOS

- |   |   |
|---|---|
| <p>1.—<b>Química General</b>, por el Dr. Luanco. Pts. 1,50.</p> <p>2.—<b>Historia natural</b>, por el Dr. De Buen. Pts. 1,50.</p> <p>3.—<b>Física</b>, por el Dr. Lozano. Pts. 1,50.</p> <p>4.—<b>Geometría General</b>, por el Dr. Mundi. Pts. 1,50.</p> <p>5.—<b>Química Orgánica</b>, por el Dr. Carracido. Pts. 1,50.</p> <p>6.—<b>La Guerra Moderna</b>, por D. M. Rubió. Pts. 1,50.</p> <p>7.—<b>Mineralogía</b>, por el Dr. S. Calderón. Pts. 1,50.</p> <p>8.—<b>Ciencia Política</b>, por D. Adolfo Posada. Pts. 1,50.</p> <p>9.—<b>Economía Política</b>, por el Dr. J. Piernas. Pts. 1,50.</p> <p>10.—<b>Armas de Guerra</b>, por D. J. Génova. Pts. 1,50.</p> <p>11.—<b>Hongos comestibles y venenosos</b>, por don Blas Lázaro. Pts. 1,50.</p> <p>12.—<b>La ignorancia del Derecho</b>, por D. J. Costa. Pts. 1,50.</p> <p>13.—<b>El sufragio</b>, por el Dr. A. Posada. Pts. 1,50.</p> <p>14.—<b>Geología</b>, por D. José Macpherson. Pts. 1,50.</p> <p>15.—<b>Pólvoras y explosivos</b>, por D. C. Banús. Pts. 1,50.</p> <p>16.—<b>Armas de caza</b>, por D. J. Génova. Pts. 1,50.</p> | <p>17.—<b>La Guineá Española</b>, por D. R. Beltrán. Pts. 1,50.</p> <p>18.—<b>Meteorología</b>, por D. A. Arcimis. Pts. 1,50.</p> <p>19.—<b>Análisis químico</b>, por D. J. Casares. Pts. 1,50.</p> <p>20.—<b>Abonos industriales</b>, por D. A. Maylín. Pts. 1,50.</p> <p>21.—<b>Unidades</b>, por D. C. Banús. Pts. 1,50.</p> <p>22.—<b>Química biológica</b>, por el Dr. Carracido. Pts. 1,50.</p> <p>23.—<b>Bases para un nuevo Derecho penal</b>, por el Dr. Dorado. Pts. 1,50.</p> <p>24.—<b>Fuerzas y motores</b>, por D. M. Rubió. Pts. 1,50.</p> <p>25.—<b>Gusanos parásitos en el hombre</b>, por el doctor Marcelo Rivas. Pts. 1,50.</p> <p>26.—<b>Fabricación del pan</b>, por D. N. Amorós. Pts. 2.</p> <p>27.—<b>Aire atmosférico</b>, por D. E. Mascareñas. Pts. 1,50.</p> <p>28.—<b>Hidrología médica</b>, por el Dr. D. H. Rodríguez. Pts. 1,50.</p> <p>29.—<b>Historia de la civilización española</b>, por D. Rafael Altamira. Pts. 2.</p> <p>30.—<b>Las epidemias</b>, por D. F. Montaldo. Pts. 1,50.</p> <p>31.—<b>Cristalografía</b>, por L. Fernández. Pts. 2.</p> |
|---|---|



- 32.—**Artificios de fuego de guerra**, por D. José de Lossada y Canterac. Pts. 1,50.
- 33.—**Agronomía**, por don A. López. Pts. 1,50.
- 34.—**Bases del Derecho mercantil**, por D. L. Benito. Pts. 1,50.
- 25.—**Antropometría**, por D. T. de Aranzadi. Pts. 1,50.
- 36.—**Las provincias de España**, por D. M. Villaescusa. Pts. 2,50.
- 37.—**Formulario químico industrial**, por D. P. Trías. Pts. 1,50.
- 38.—**Valor social de leyes y autoridades**, por don Pedro Dorado. Pts. 1,50.
- 39.—**Canales de riego**, por D. J. Zulueta. Pts. 2.
- 40.—**Arte de estudiar**, por D. M. Rubió. Pts. 1,50.
- 41.—**Plantas medicinales**, por D. B. Lázaro. Pts. 2,50.
- 42.—**A, b, c del instalador y montador electricista.—Tomo I.—Instalaciones privadas**, por D. Ricardo Yesares. Pts. 2,50.
- 43.—**A, b, c del instalador y montador electricista.—Tomo II.—Estaciones centrales y canalizaciones**, por D. R. Yesares. Pts. 2,50.
- 44.—**Medicina doméstica**, por D. A. Oplisso. Pts. 2.
- 45.—**Contabilidad comercial**, por D. J. Prats. Pts. 3.
- 46.—**Sociología contemporánea**, por D. A. Posada. Pts. 1,50.
- 47.—**Higiene de los alimentos y bebidas**, por D. J. Madrid. Pts. 1,50.
- 48.—**Operaciones de Bolsa**, por D. J. Bertrán. Pts. 1,50.
- 49.—**Higiene industrial**, por D. J. Eleizegui. Pts. 2,50.
- 50.—**Formulario de correspondencia francés-español**, por D. J. Mecca. Pts. 2,50.
- 51.—**Motores de gas, petróleo y aire**, por R. Yesares. Pts. 2,50.
- 52.—**Las bebidas alcohólicas.—El alcoholismo**, por D. A. Piga y D. Aguado Marinoni. Pts. 1,50.
- 53.—**Formulario de correspondencia inglés-español**, por D. J. Mecca. Pts. 2,50.
- 54.—**Carpintería práctica**, por D. E. Heras. Pts. 2.
- 55.—**Instituciones de Economía social**, por don J. Torrembó. Pts. 2.
- 56.—**Prontuario del idioma**, por D. E. Oliver. Pts. 3.
- 57.—**Máquinas e instalaciones hidráulicas**, por D. J. de Igual. Pts. 2,50.
- 58.—**Pedagogía universitaria**, por D. Francisco Giner de los Ríos. Pts. 2,50.
- 59.—**Gallinero práctico**, por D. C. de Torres. Pts. 3.
- 60.—**Del Nipón (El Ja-**

- pón), por D. A. García. Pts. 3.
- 61.—Cultivo del algodón-ro, por D. Diego de Rueda. Pts. 2.
- 62.—Galvano pl a s t i a y electrólisis, por R. Yesares. Pts. 2,50.
- 63.—Educación de los niños, por F. Climent. Pts. 3.
- 64.—El microscopio, por D. Ernesto Caballero. Pts. 1,50.
- 65.—Diccionario de argot español, por L. Besses. Pts. 2,50.
- 66.—Piedras preciosas, por Marcos J. Bertrán. Pts. 2,50.
- 67 } **Manual de Mecánica elemental**, por Forner Carratalá. Tomo I: "Mecánica general". Pts. 2.
- 68 } Tomo II: "Mecánica aplicada". Pts. 2.
- 69.—Los remedios vegetales, por Alfredo Opisso. Pts. 2.
- 70 } **Las Repúblicas hispanoamericanas**, por Emilio H. del Villar (dos tomos). Pts. 5.
- 71 }
- 72.—Vinificación moderna, por D. Diego de Rueda. Pts. 2,50.
- 73.—Plantas industriales, por D. Alfredo Opisso. Pts. 2.
- 74.—Cerrajería práctica, por Eusebio Heras. Pts. 2.
- 75.—El arte del periodista, por D. Rafael Mainar. Pts. 2,50.
- 76.—La electricidad en la agricultura, por D. R. Yesares. Pts. 2.
- 77.—Telegrafía eléctrica, por F. Villaverde Navarro. Pts. 2.
- 78.—Medicina social, por A. Opisso. Pts. 2.
- 79.—Geografía general, por Emilio H. del Villar. Pts. 3,50.
- 80.—La familia y los enfermos, por D. J. I. Eleizegui. Pts. 2.
- 81 } **Elementos de cálculo mercantil**, por L. de
- 82 } la Fuente. Dos tomos. Pts. 5.
- 83.—Teoría de la literatura y de las artes, por D. H. Giner de los Ríes. Pts. 2.
- 84.—Manual del naturalista preparador, por el Dr. Areny de Plandolit. Pts. 1,50.
- 85.—Documentos mercantiles, por Francisco Grau Granell. Pts. 3.
- 86.—Pozos artesianos, por Lucas F. Navarro. Pts. 1,50.
- 87.—Investigación y alumbramiento de aguas, por Lucas F. Navarro. Pts. 1,50.
- 88.—Manual de Pirotecnia, por J. B. Ferré. Pts. 2.
- 89.—Elementos de arquitectura naval (buques de guerra), por D. A. Blanco. Pts. 2.
- 90.—Rudimentos de cultura marítima, por Alfonso Arnau. Tomo I. Pts. 3.
- 91.—Rudimentos de cultura marítima, por Alfonso Arnau. Tomo II. Pts. 3.
- 92.—Ascensores hidrául-

- cos y eléctricos, por R. Yesares. Pts. 2.
- 93.—**Maravillas de la ciencia**, por D. J. Usunáriz. Pts. 1,50.
- 94.—**Derecho internacional**, por D. Aniceto Sela. Pts. 2.
- 95.—**El boxeo y la esgrima del bastón**, por A. Barba. Pts. 1,50.
- 96.—**Foot-ball, basse ball y lawn tennis**, por A. Barba. Pts. 1,50.
- 97.—**El gas pobre y sus aplicaciones a la fuerza motriz y a la calefacción**, por M. R. y Bellvé. Pts. 2.
- 98.—**La abeja y sus productos**. (Apicultura moderna), por Vicente Va. Pts. 2.
- 99.—**Manual de rimas selectas** (pequeño diccionario de la Rima), por J. Pérez Hervás. Pts. 2.
- 100.—**Manual del pintor decorador**, por D. José Cuchy. Pts. 1,50.
- 101.—**El dibujo para todos**, por V. Masriera. Pts. 3.
- 102.—**América Sajona**, por Emilio H. del Villar. Pts. 3.
- 103.—**Agrimensura**, por J. Ferré. Pts. 3.
- 104.—**Estética**, por D. A. Opisso. Pts. 3.
- 105.—**Floricultura**, por D. J. Garzón Ruiz. Pts. 3,50.
- 106.—**Flores artificiales**, por Dolores Andreu. Pts. 3,50.
- 107.—**Formulario práctico de artes y oficios**, por F. Climent Terrer. Pts. 3.
- 108 | **Astronomía**, por J.  
109 | Comas Solá. Pts. 7.
- 110.—**El arte de pensar**, por Alfredo Opisso. Pts. 3.
- 111.—**Máximas de Epiceto**, traducidas por Apelles Mestres. Pts. 2,50.
- 112.—**Manual del maquinista fogonero**, por Balbino Vázquez. Pts. 4,50.
- 113.— **Perspectiva**, por Francisco Arola Sala. Ptas. 5.



# COLECCIÓN UNIVERSAL

## OBRAS PUBLICADAS

(Julio de 1919 a mayo de 1920.)

- N.º 1, 2, 3 y 4.—**Poema del Cid**. Texto y traducción por Alfonso Reyes.—2 ptas.
- N.º 5 y 6.—Lope de Vega: **Fuente Ovejuna**. Comedia. Edición revisada por Américo Castro.—1 pta.
- N.º 7.—Kant: **La paz perpetua**. Ensayo filosófico. Traducción del alemán por F. Rivera Pastor.—50 cts.
- N.º 8, 9 y 10.—O. Goldsmith: **El Vicario de Wakefield**. Novela. Traducción del inglés por Felipe Villaverde. 1,50 ptas.
- N.º 11, 12 y 13.—La Rochefoucauld: **Memorias**. Traducción del francés por Cipriano de Rivas Cherif.—1,50 pesetas.
- N.º 14 y 15.—J. Ortega Munilla, de la Real Academia Española: **Relaciones contemporáneas**. Novelas breves.—1 pta.
- N.º 16.—P. Merimée: **Doble error**. Novela. Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.—50 cts.
- N.º 17, 18, 19 y 20.—Stendhal: **Rojo y negro**. Novela Tomo I. Traducción del francés por Enrique de Mesa.—2 ptas.
- N.º 21, 22, 23 y 24.—Stendhal: **Rojo y negro**. Novela. Tomo II. Traducción del francés por Enrique de Mesa.—2 ptas.
- N.º 25 y 26.—Goethe: **Las cuitas de Werther**. Novela. Traducción del alemán por José Mor de Fuentes, revisada y corregida.—1 peseta.
- N.º 27.—Antonio Machado: **Soledades, Galerías y otros poemas**. Segunda edición. — 50 céntimos.
- N.º 28 y 29.—Cervantes: **Novelas ejemplares**. Tomo I.—"La Gitani-

- lla" y "El amante liberal".—1 pta.
- N.º 30, 31, 32 y 33.—L. Andreiev: **Sachka Yegulev**. Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—2 ptas.
- N.º 34 y 35.—C. Castello-Branco: **Dos novelas del Miño**. Traducción del portugués por F. Blanco Suárez.—1 pta.
- N.º 36 y 37.—Ciceron: **Cuestiones académicas**. Traducción del latín por A. Millares. — 1 peseta.
- N.º 38, 39 y 40.—Villalón: **Viaje de Turquía**. Tomo I. Edición de A. G. Solalinde.—1,50 pesetas.
- N.º 41, 42 y 43.—Villalón: **Viaje de Turquía**. Tomo II. Edición de A. G. Solalinde.—1,50 pesetas.
- N.º 44 y 45.—Vladimiro Korolenko: **El día del juicio**. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 pta.
- N.º 46 y 47.—Serafín Estébanez Calderón "El Solitario": **Novelas y cuentos**.—1 pta.
- N.º 48. — Leibnitz: **Opúsculos filosóficos**. Traducción por Manuel G. Morente.—50 céntimos.
- N.º 49, 50 y 51.—Plutarco: **Vidas paralelas**. Tomo I. Traducción del griego por Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida. 1,50 ptas.
- N.º 52, 53 y 54.—Abate Prevost: **Manón Lescaut**. Novela. Traducción del francés por Enrique de Mesa.—1,50 ptas.
- N.º 55 y 56.—Ruiz de Alarcón: **Los pechos privilegiados**. Comedia. Edición cuidada por Alfonso Reyes. 1 pta.
- N.º 57.—Vélez de Guevara: **El Diablo Cojuelo**. Novela.—50 cts.
- N.º 58, 59 y 60.—George Eliot: **Silas Marner**. Novela. Traducción del inglés por Isabel de Oyarzábal. — 1,50 pesetas.
- N.º 61 y 62.—Alejandro Kuprin: **El Dios implacable**. Novelas. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 pta.
- N.º 63, 64 y 65.—Trindade Coelho: **Mis amores**. Cuentos. Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.—1,50 ptas.
- N.º 66, 67 y 68.—Madame de Staël: **Diez años de destierro**. Memorias. Traducción del francés por M. Azaña. 1,50 ptas.
- N.º 69 y 70.—Tirso de Molina: **El condenado por desconfiado**. Comedia. Edición de Américo Castro.—1 pta.
- N.º 71.—Kant: **Lo bello y lo sublime**. Ensayos críticos. Traducción del alemán por A. Sánchez Rivero. — 50 céntimos.
- N.º 72 y 73.—Alfredo de Musset. **Cuentos**. Tomo I. Traducción del

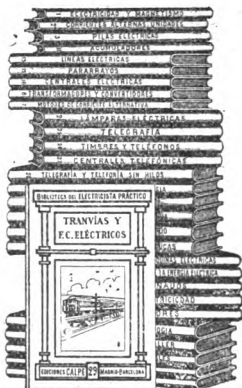
- francés por L. Fernández Ardavín. — **1 peseta.**
- N.º 74 y 75.—Leopoldo Alas (Clarín): **El señor y lo demás son cuentos.**—**1 pta.**
- N.º 76 y 77.—L. Sterne: **Viaje sentimental.** Traducción del inglés por A. Reyes.—**1 pta.**
- N.º 78, 79 y 80.—Julio César: **Comentarios de la guerra de las Galias.** Traducción del latín por D. J. Goya y Muñain, revisada y corregida.—**1,50 ptas.**
- N.º 81 y 82.—A. Chejov: **La sala número seis.** Cuentos. Traducción del ruso por N. Tasin. **1 pta.**
- N.º 83 y 84.—Garcilaso de la Vega: **Poesías.**—**1 pta.**
- N.º 85.—C. Cornello Tácito: **La Germania.** Traducción del latín por D. Alamos Barrientos, revisada y corregida. — **Diálogo de los oradores.** Traducción del latín por D. C. Sixto y D. J. Ezquerria, revisada y corregida.—**50 cts.**
- N.º 86, 87 y 88. — E. About: **El rey de las montañas.** Novela. Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.—**1,50 ptas.**
- N.º 89 y 90.—A. Caron de Beaumarchais: **El barbero de Sevilla.** Comedia. Traducción del francés por J. I. Albertí y E. López Alarcón.—**1 pta.**
- N.º 91, 92 y 93.—J. Sandeau: **La señorita de la Seiglière.** Novela. Traducción del francés por Pedro Vances. **1,50 ptas.**
- N.º 94 y 95.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo II. "La española inglesa" "Rinconete y Cortadillo", "Licenciado Vidriera". — **1 pta.**
- N.º 96 y 97.—A. de Lamartine: **Graziella.** Novela. Traducción del francés por Juan José Llovet.—**1 pta.**
- N.º 98, 99 y 100.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos.** Tomo I. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—**1,50 ptas.**
- N.º 101, 102 y 103.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos.** Tomo II. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—**1,50 ptas.**
- N.º 104 y 105.—L. Andreev: **Los espectros.** Novelas breves. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1 pta.**
- N.º 106, 107 y 108.—Dante Alighieri: **El Convivio.** Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif. — **1,50 pesetas.**
- N.º 109.—Francisco Herczeg: **Las hermanas Gyurkovics.** Historia familiar. Traducción del húngaro por Andrés Révész.—**50 cts.**
- N.º 110, 111, 112 y 113.—Jane Austen: **Persuasión.** Novela. Traduc-

- ción del inglés por M. Ortega Gasset.—**2 pesetas.**
- N.º 114 y 115.—G. Flaubert: **Tres cuentos.** Traducción del francés por Luis Bello.—**1 pta.**
- N.º 116, 117 y 118.—A. Caron de Beaumarchais: **El casamiento de Fígaro.** Comedia. Traducción del francés por E. López Alarcón.—**1,50 ptas.**
- N.º 119 y 120.—Fenelon: **La educación de las niñas.** Traducción del francés por María Luisa Navarro de Luzuriaga.—**1 pta.**
- N.º 121 y 122.—Máximo Gorki: **Varenka Olesova.** Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1 pta.**
- N.º 123, 124 y 125.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos.** Tomo III y último. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—**1,50 ptas.**
- N.º 126 y 127.—Agustín Moreto: **El lindo don Diego.** Comedia. — **1 peseta.**
- N.º 128.—Robert Filmer: **Patriarcha o El poder natural de los Reyes.** Tratado político. Traducción del inglés por Pablo de Azcárate. — **50 cts.**
- N.º 129 y 130.—Plutarco: **Vidas paralelas.** Tomo II. Traducción del griego por Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida. — **1 pta.**
- N.º 131, 132 y 133.—Carlos Nodier: **El hada de las migajas.** Cuento fantástico. Traducción del francés por Pedro Vances.—**1,50 ptas.**
- N.º 134, 135, 136 y 137.—Giovanni Verga: **Los Malasangre.** Novela. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—**2 ptas.**
- N.º 138 y 139.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo III. "La fuerza de la sangre", "El celoso extremeño" y "La ilustre fregona".—**1 pta.**
- N.º 140.—Tomás Arnold: **Ensayos sobre Educación.** Traducción del inglés por Lorenzo Luzuriaga.—**50 cts.**
- N.º 141 y 142.—Leónidas Andreiev: **Dies irae.** Novelas breves. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1 pta.**
- N.º 143 y 144.—Grazia Deledda: **Elías Portolu.** Novela. Traducción del italiano por Eustaquio de Echauri. — **1 pta.**
- N.º 145.—Voltaire: **Memorias.** Traducción del francés por M. Azaña. **50 cts.**
- N.º 146, 147 y 148.—Thackeray: **Catalina.** Novela. Traducción del inglés por Mariano Alarcón.—**1,50 ptas.**
- N.º 149 y 150.—Goldoni: **La posadera.** Comedia. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—**1 pta.**
- N.º 151, 152 y 153.—Vic-

- tor Hugo: **Bug-Jargal**. Novela. Traducción del francés por D. Dionisio Alcalá Galiano, revisada y corregida. **1,50 ptas.**
- N.º 154 y 155.—Torres Villaruel: **Vida**. Memorias. Tomo I.—**1 pta.**
- N.º 156, 157 y 158.—Montesquieu: **Grandeza y decadencia de los romanos**. Traducción del francés por E. Bohigas.—**1,50 ptas.**
- N.º 159 y 160.—Hauf: **Cuentos**. Traducción del alemán por C. Gallardo de Mesa. — **1 peseta.**
- N.º 161 y 162.—Kuprin: **El brazalet de rubíes**. Novela. Traducción del ruso por N. Tassin.—**1 pta.**
- N.º 163 a 166.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España**. Tomo I. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—**2 ptas.**
- N.º 167 y 168.—Teixeira de Queiroz: **Cuentos**. Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.—**1 pta.**
- N.º 169 y 170.—A. de Vigny: **Chatterton**. Drama. Traducción del francés por J. Robles. **1 pta.**
- N.º 171 a 173.—Cervantes: **Novelas ejemplares**. Tomo IV y último. "La señora Cornelia", "Las dos doncellas" y "Coloquio de los Perros".—**1,50 pesetas.**
- N.º 174 y 175.—Torres Villaruel: **Vida**. Memorias. Tomo II y último.—**1 pta.**
- N.º 176.—Eugenio d'Ors. **La Bien Plantada de Xenius**. Novela. Traducción del catalán por Rafael Marquina. **50 cts.**
- N.º 177 a 180.—H. de Balzac: **Papá Goriot**. Novela. Traducción del francés por J. de Zuazagoitia.—**2 ptas.**
- N.º 181 y 182.—H. Taine: **Notas sobre Inglaterra**. Tomo I. Traducción del francés por L. Sánchez Cuesta.—**1 peseta.**
- N.º 183 a 186.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España**. Tomo II. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—**2 ptas.**
- N.º 187 y 188.—Molière: **El ricachón en la corte** (Le bourgeois gentilhomme). Comedia. Traducción del francés por J. I. de Alberti.—**1 pta.**
- N.º 189.—Gómez Carrillo: **Ciudades de ensueño**.—**50 céntimos.**
- N.º 190 a 192.—Chmelev: **El camarero**. Novela. Traducción del ruso por N. Tassin.—**1,50 pesetas.**
- N.º 193 y 194.—Fóscolo: **Últimas cartas de Jacobo Ortiz**. Novela. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—**1 pta.**
- N.º 195 a 198.—Anónimo



- catalán del siglo XV: **Curial y Guelfa**. Novela. Tomo I. Traducción por Rafael Marquina.—2 ptas.
- N.º 199 y 200.—Kóbor: **Budapest**. Novela. Tomo I. Traducción del húngaro por Andrés Révész.—1 pta.
- N.º 201 y 202.—Kóbor: **Budapest**. Novela. Tomo II y último. Traducción del húngaro por Andrés Révész.—1 pta.
- N.º 203 y 204.—Chejov: **Historia de mi vida**. Novela. Traducción del ruso por N. Tassin.—1 pta.
- N.º 205.—Stevenson: **El extraño caso del Doctor Jekyll y mister Hyde**. Novela. Traducción del inglés por José Torroba.—50 céntimos.
- N.º 206 y 207.—Anónimo catalán del siglo XV: **Curial y Guelfa**. Novela. Tomo II y último. Traducción por Rafael Marquina.—1 peseta.
- N.º 208 a 211.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España**. Tomo III. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—2 pesetas.
- N.º 212 y 213.—Webster: **La Duquesa de Malfi**. Drama. Traducción del inglés por E. Díaz Canedo.—1 pta.
- N.º 214.—Heine: **Memoorias**. Traducción del alemán por Manuel M. Pedroso.—50 céntimos.
- N.º 215 a 217.—H. Taine: **Notas sobre Inglaterra**. Tomo II y último. Traducción del francés por L. Sánchez Cuesta.—1,50 pesetas.
- N.º 218 a 220.—Balzac: **Eugenia Grandet**. Novela. Traducción del francés por J. Alvarez Pastor.—1,50 ptas.



# BIBLIOTECA DEL ELECTRICISTA PRÁCTICO

---

## LA MEJOR ENCICLOPEDIA DE ELECTRICIDAD

Cuanto se sabe de la Electricidad; instalación de Centrales para la producción de fuerza y de luz; conducción de la energía; su aplicación a las industrias, a la Química, a la Metalurgia, a la Medicina y a la tracción, al telégrafo y al teléfono, a los servicios domésticos, etc., etc.,

### SE DOMINA PERFECTAMENTE

estudiando los volúmenes de esta colección, genuinamente española, redactada por autores especialistas, bajo la dirección de

### D. RICARDO CARO Y ANCHIA

Licenciado en Ciencias físicomatemáticas, Oficial de Telégrafos y Profesor de Electrotecnia y Telegrafía en la Escuela Industrial de Tarrasa.

**30 tomos con más de 5.000 páginas en total, 1.800 figuras en el texto y láminas intercaladas en negro y en colores**

**90 PESETAS, A PLAZOS O AL CONTADO**

**CALPE** Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones  
San Mateo, 13.—MADRID



89101343267

nt



B89101343267A

42

89101343267

## COLECCION

NOVELAS - TE  
FILOSOFIA - CUEN  
HISTORIA - MEMO  
ETC., ETC.



b89101343267a

Aparecen veinte números, de unas cien páginas, cada mes, al precio de **CINCUENTA CENTIMOS** cada número.

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL  
O ANUAL  
(OCHO PESETAS AL MES)

**CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO**

Los 240 números publicados desde julio de 1919  
— a junio de 1920 contienen obras de —

LOPE DE VEGA, KANT, GOLDSMITH, LA ROCHEFOUCAULD, ORTEGA MUNILLA, PROSPERO MERIMEE, STEVENSON, STENDHAL, GOETHE, MACHADO, CERVANTES, ANDREIEV, CASTELLO-BRANCO, CICERON, VILLALON, KOROLENKO, ESTEBANEZ CALDERON, LEIBNITZ, PLUTARCO, ABATE PREVOST, RUIZ DE ALARCON, VELEZ DE GUEVARA, GEORGE ELIOT, KUPRIN, COELHO, MME. STAEL, TIRSO DE MOLINA, MUSSET, CLARIN, STERNE, JULIO CESAR, CHEJOV, GARCILASO, TACITO, ABOUT, BEAUMARCHAIS, SANDEAU, LAMARTINE, AZEGLIO, DANTE, HERCZEG, AUSTEN, FLAUBERT, FENELON, GORKI, MORETO, FILMER, NODIER, VERGA, ARNOLD, HAUFF, G. DELEDDA, VOLTAIRE, THACKERAY, GOLDONI, VICTOR HUGO, TORRES VILLARROEL, DOZY, TEIXEIRA DE QUEIROZ, MONTESQUIEU, VIGNY, EUGENIO D'ORS, BALZAC, TAINÉ, MOLIERE, GOMEZ CARRILLO, CHMILEV, FOSCOLO, KOBOR, WEBSTER, HEINE, D'AUREVILLY, DAUDET y F. DE ROJAS

## CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13